

David Placer

Los brujos de Chávez



SARRAPIA
EDICIONES

David Placer

Los brujos de Chávez



SARRAPIA
EDICIONES

David Placer

**LOS
BRUJOS
DE
CHÁVEZ**



SARRAPIA
EDICIONES

LOS BRUJOS DE CHÁVEZ
David Placer

Primera edición, 2015
© David Placer
© Sarrapia Ediciones

Coordinación editorial:
Juan Carlos Zapata
Corrección:
Alberto Márquez
Diseño:
ABV Taller de Diseño
Caracas, Venezuela, 2015

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal:
IF26620079203325
ISBN: 978-980-7709-01-9

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
en sistema recuperable, o transmitida
en forma alguna o por ningún
medio electrónico, mecánico, fotocopia,
grabación u otros, sin el previo
permiso del autor.



FOTO: VINCENT URBANI

DAVID PLACER (Caracas, 1978) comenzó su carrera en 1998 en el diario *El Nacional*, donde se desempeñó como periodista en la sección de Estrategia y Negocios. Posteriormente trabajó en el Grupo Gerente, una compañía editorial de revistas de negocios, entre 1999 y 2001.

Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela, Placer emigró en 2002 a Barcelona, España, donde cursó el Máster en Comunicaciones en la Universitat Pompeu Fabra. Dos años más tarde, completó el Máster de Periodismo que organizan de forma conjunta Universidad de Barcelona y la Universidad de Columbia, de Nueva York. Al terminar sus estudios, ganó una beca de trabajo en *El Periódico de Cataluña*, donde cubrió durante siete años conflictos sociales de los barrios deprimidos del extrarradio de Barcelona.

Actualmente trabaja en *Economía Digital*, una publicación de negocios con sedes en Madrid y Barcelona, donde se dedica a la investigación de empresas y empresarios. También es corresponsal en España de *Konzapata.com*, diario digital venezolano especializado donde ha desvelado la vida de los poderosos del chavismo en España.



Agradecimientos

A Juan Carlos Zapata, por haber creído que esta investigación no era un reportaje, sino un libro.

A Herma Marksman, por la complicidad, el tiempo y la ayuda desinteresada.

A los viejos amigos y colaboradores del chavismo: Raúl Baduel, Elisabeth Sánchez, Yoel Acosta Chirinos, Nedo Paniz, Orlando Fernández y al resto de excompañeros del presidente Chávez que han contribuido con esta investigación.

A Santos López, Germán Ramírez, Chepín López y a los brujos, santeros, espiritistas, tarotistas y astrólogos del poder.

A los dirigentes y simpatizantes chavistas que decidieron hablar de un tema difícil.

A Natalie y Ernesto Campo y a Víctor Lorente. También a Alberto Márquez, por su ojo detallista.

A mi padre, a quien le hubiese encantado ver la culminación de este proyecto. A mi madre, mi hermana y mi familia y a los que siento como mi familia por ser cómplices en el silencio.

Introducción

Esta investigación comenzó a finales de 2012, cuando el presidente venezolano Hugo Chávez era tratado en Cuba del cáncer que terminó quitándole la vida. En esos días, los canales de televisión oficialistas no dejaban de transmitir los rezos de los chamanes indígenas del Amazonas y los rituales babalawos para sentenciar una pronta curación. Las oraciones en favor de la salud del Comandante Eterno se habían convertido en una prioridad para el canal del Estado y para el gobierno. Ya los rituales no se escondían. No había nada de lo que avergonzarse, sino todo lo contrario.

Una ceremonia santera, celebrada en La Habana, fue transmitida en vivo y directo. El grito desesperado a los orishas debía ser difundido a todo el país, así como fue divulgada la exhumación de los huesos del Libertador Simón Bolívar de madrugada. El rumor extendido, la certeza de que el gobierno se había volcado de lleno en los rituales para conservar el poder, era una realidad en la calle.

Tras el anuncio oficial de la muerte de Hugo Chávez, el movimiento político se convirtió en un fenómeno religioso. Las exequias del presidente fueron transformadas en un acto electoral masivo. Los funerales de Estado también formaban parte del mitin electoral. Cientos de miles de personas se persignaron frente al cadáver del gigante de América y comenzaron, de inmediato, a pedirle casa, carro y trabajo. Se construyeron templos populares en honor a Hugo Chávez y poco tardó el líder político venezolano en aparecerse entre los vivos. Traía mensajes para sus amigos, se materializó en sueños y también se dejó sentir en los rituales espiritistas en las montañas de Sorte y Quibayo.

No podía ser de otra manera. El líder del proceso, Hugo Chávez, nunca ocultó su marcada personalidad supersticiosa, su afición por la lectura de cartas ni su debilidad por el espiritismo. Y sus seguidores más fieles también lo quisieron acompañar hasta en sus convicciones espirituales.

Los rumores sobre las brujerías y los sacrificios de animales y ritos secretos siempre han envuelto el chavismo. Desde los animales mutilados en los zoológicos hasta los zamuros muertos en el Palacio de Miraflores, los extraños acontecimientos ocurridos en una sociedad crédula alimentaron la figura del Chávez santero, brujo y espiritista.

Para averiguar hasta qué punto la relación del chavismo con la magia es pura invención y dónde comienza una realidad contrastada y comprobable, decido emprender la investigación más compleja y ambiciosa de mi carrera. Tras el fallecimiento de Hugo Chávez, me trasladé de Madrid a Caracas.

Después de dos viajes en los que sumé tres meses en Venezuela, realicé más de sesenta entrevistas con amigos, allegados, colaboradores y autoridades del gobierno chavista. Altos cargos militares, compañeros de su primer golpe de Estado, jefes del chavismo, políticos, sociólogos e historiadores. También conversé con brujos, santeros, espiritistas, sacerdotes y políticos que no ocultan su inclinación hacia los rituales menos convencionales. Después de más de dos años de trabajo, he podido descubrir la verdadera materia que vertebra el chavismo. No es la lealtad al líder político, ni el movimiento que empodera a los pobres y los libera del yugo oligarca. El verdadero cemento de la revolución bolivariana, el que consolida las simpatías y las convicciones, no es otro que el mundo mágico-religioso.

Todo comenzó con los rituales realizados por el presidente en su etapa conspirativa y que este libro detalla de forma documentada. Tras su llegada a la Presidencia, Chávez se acercó a todas las condiciones y creencias, se bañó en las cascadas de Sorte, se dejó leer el tabaco, pidió en televisión el poder de los rayos de los brujos de la revolución y celebró un ritual santero, a ojos de los babalawos, frente a los huesos del Libertador Simón Bolívar.

La debilidad de Hugo Chávez hacia los temas religiosos fue aprovechada por el gobierno cubano para sembrar de santeros y babalawos las oficinas públicas, los ministerios y los estamentos militares. Este libro contiene revelaciones sorprendentes sobre la verdadera función de esta red. También da a conocer la sala de rituales y sesiones de espiritismo en el propio Palacio Presidencial de Miraflores.

Para narrar una historia real, pero a la vez fantástica, he decidido recuperar la voz del presidente Hugo Chávez en cinco capítulos del libro. Para ello, he echado mano a alocuciones en televisión, extractos de su diario personal y a entrevistas con su entorno íntimo. Una parte de este contenido es literal. Se trata de reproducciones textuales de sus alocuciones y de sus textos en los que abordó el tema de los espíritus y los fantasmas. Otra parte ha sido reconstruida a partir de testimonios de su círculo íntimo. Ese ha sido el trabajo más difícil. Escribir esas historias y luego escuchar la voz del comandante como si lo volviera a tener frente al televisor. Espero haberlo logrado.

De esta forma he plasmado cinco vivencias mágicas de Hugo Chávez que son contadas en primera persona. La voz del presidente, marcada en cursivas, es el recurso literario que he decidido utilizar para revivir esas cinco historias fascinantes. Cada detalle que narra ha sido corroborado. Por ejemplo, el contenido del primer capítulo recrea la premonición más trascendental de su primera bruja, Cristina Marksman. Y dada la trascendencia de la profecía –cumplida en el tiempo y hoy recordada con fascinación por el círculo íntimo del comandante– en lugar de ponerla en boca de Cristina, recurro a Chávez. Es la manera en que decidí dar forma a un libro que también lleva esta impronta misteriosa. Estamos en el mundo de los brujos. De lo oculto.

Estuve en las tierras donde Chávez visitó a los espiritistas de María Lionza, en los Llanos donde escuchaba las ánimas y el cabalgar de su abuelo Maisanta. Visité en dos ocasiones en la cárcel al exministro de Defensa, Raúl Baduel y entrevisté en numerosas ocasiones a Herma Marksman, amante de Hugo Chávez durante diez años y una de las mujeres que mejor conoció sus temores y debilidades, sus grandezas y complejos.

También hice el camino que, tras la detección de la enfermedad, Chávez quiso recorrer para pedir curación a las Vírgenes y a los Cristos. En La Grita, en Barinas, en Guanare. Allí, el espíritu de Chávez todavía sigue vivo y sus allegados y detractores continúan refiriéndose a él en presente, como si no hubiese muerto, como si en cualquier momento pudiera sorprender al país con una nueva cadena presidencial.

Su energía sigue presente, su legado aún no ha desaparecido. Tal vez sus allegados, creyentes y supersticiosos como él, tengan razón y el último hechizo de Hugo Chávez que desvela este libro continúa ejerciendo sus influencias sobre el país.

La bruja de la conspiración

–¿Con qué frecuencia acudía a leerse las cartas?

–Él no hacía ningún viaje ni asistía a una reunión importante sin que le leyeran las cartas.

–¿Dónde lo hacía?

–En mi casa. Eso él nunca lo ocultó.

Elisabeth Sánchez, amiga personal de Hugo Chávez y colaboradora del golpe de Estado del 4 de febrero de 1992

–¡Dios mío! ¿Qué es lo que estoy viendo aquí?

–¿Qué pasó, negra? –le respondí.

Cristina se puso la mano en la frente y se mantuvo en silencio durante un buen rato. Entonces, de repente, lanzó aquella premonición. Sin anestesia, como dicen por ahí.

–Antes de los sesenta años te vas a enfermar muy gravemente y te puedes morir.

–¿Tú estás segura, negra?

Esa mujer estaba tensa, casi sudaba. Como si en tantos años nunca hubiese visto algo así. Antes de lanzar el resto de las cartas, las recogió todas y me las entregó.

–Hugo: mejor barájalas tú.

Imagínense ustedes: como si el destino y el futuro se pudieran cambiar con una nueva mano de cartas. Yo le hice caso, como siempre, y comencé a barajarlas. Con fuerza, no por encimita. Moví las cartas pensando que de esa energía podía depender mi existencia y hasta el futuro del país: chas, chas, chas.

–Corta en tres partes –me dijo antes de hacerme la misma pregunta de siempre:

–¿Derecha, izquierda o centro?

Yo solía elegir derecha o centro, pero esa vez me decidí por el mazo de la izquierda. No sé por qué. Así me salió en ese momento. Son esas cosas instintivas que no las piensas sino que te nacen de adentro, del alma.

–Antes de los sesenta años, te vas a enfermar gravemente y te vas a morir –confirmó esta vez sin condicionante.

¡Ay, compadre! Ya el «puedes» había desaparecido. Entonces se acercó despacito, casi con lástima, y señaló una carta de espadas y el caballo de bastos.

–Mira, Hugo, esta es la muerte y este eres tú. Han salido dos veces en la misma posición.

En ese momento me sentí sentenciado. Me subió un escalofrío por la espalda. Y como cristiano que soy, pensé: «Bueno, Jesucristo, si eso es lo que quieres, si me toca morir joven, estaré listo». Pero ese pensamiento duró solo un momento. Intenté asumirlo sin dramatismo, pero sí me acuerdo de que le pregunté cuál sería la causa de la muerte.

–Mira, Hugo, yo no sé qué es, pero lo que sí te veo es la muerte y antes de los sesenta.

–Seguro es un infarto o un ACV –le dije yo–. Tú no te imaginas la cantidad de cochino que comí de niño y de muchacho también. Cachapas, chicharrón, sándwiches de pernil. Debo tener ese colesterol por las nubes.

Estábamos los dos solos en la habitación, frente a frente, cada quien en una cama, solo separados por una mesita de noche, de madera de pino. Recuerdo que esa noche yo venía del Llano con mi carro esperolao. Era un Ford Zephyr azul de cuatro puertas, tenía la lata carcomida y los cauchos lisos. A veces no tenía ni caucho de repuesto porque si me quedaba un bolívar lo donaba para la causa. Ni siquiera podía llegar en secreto a ningún lado. El motor hacía tanto ruido que si viajaba de noche, despertaba a todo el vecindario. El tubo de escape echaba un humo negro, muy espeso. Bueno, echaba de todo por ahí menos aire puro. Y con él crucé todo el Llano hasta Caracas. Al día siguiente tenía que regresar a Elorza, donde me habían asignado. En aquel tiempo ya andaba en la revolución, conspirando, pensando en el futuro.

Eran días difíciles. A cada rato les decía a mis compañeros que me acompañaban: «Mira si nos siguen», «Cuidado que ese carro es sospechoso».

A mí me vigilaban, pero yo creo que tenía una fijación con eso, estaba obsesionado, pues. Y no era para menos. Me pedían explicaciones de todo, de cada paso que daba y también comenzaban a tenderme trampas:

–Mira, que ya sabemos en lo que tú andas. Fulanito te delató.

Entonces, antes de reunirme con alguien, iba donde Cristina a pedirle siempre lo mismo:

–Negra, ábreme las cartas.

Era una baraja española que le había enseñado a leer un anciano de El Callao. Las cartas estaban nuevas, como recién compradas. Les rezaba y las dejaba en un pequeño altar que preparaba el día antes de usarlas. Cristina siempre tuvo una habilidad extraordinaria para proyectarse en el futuro y desde hacía algunos años me guiaba con sus oraciones y su corazón.

Ese día cuando llegué a la casa inmediatamente supe que no iba querer atenderme. La Negra no me lee hoy cartas ni de broma, pensaba yo. Por ese entonces estaba complicada de salud. Sufría que si de tensión alta, que si un riñón, que si problemas de la vista... De todo padecía esa pobre mujer. Bueno, imagínense, así son estas cosas: ella resolvía los problemas de todo el mundo, pero no podía solucionar los suyos.

Esa noche me dijo que me esperara hasta el día siguiente en la mañana, que se había acostado tarde por la fiesta de Navidad y que de noche no veía bien los misterios. Que si no tenía suficiente luz, no podía interpretar lo que las cartas le decían. Andaba refunfuñona, pero la abracé de medio lado, mientras caminábamos hacia la habitación.

–Hermana, solo es un ratico, que mañana tengo una reunión.

Así la llamaba yo, hermana, porque realmente era como la hermana que nunca tuve; una mujer

muy humana. Nunca olvidaré su amistad, su sentimiento, su paciencia infinita. Cuando era joven no se perdía un carnaval de El Callao y se la pasaba metida en comparsas, bailando calipso, y ayudando con las carrozas y los trajes de las «madamas», esas negras que emigraron de las antillas inglesas y francesas, de Guadalupe, de Martinica, cuando en el estado Bolívar explotó la fiebre del oro y llegaban mineros de todas partes. Una vez salió retratada en un periódico local. ¿Cómo era que se llamaba? «El Luchador» y allí estaba en la portada, como si todo el mundo tuviera que saber quién era ella. Yo estoy convencido de que sus artes, sus dones, aquella espiritualidad que transmitía cambió mi destino y el de los míos.

Después de insistirle bastante, accedió a leerme las cartas.

–Bueno, está bien –dijo seca

Así, de mala gana, pero en el fondo yo sabía que estaba feliz por ayudarme. Y ahí se sentó en su cama, de medio lado con una pierna apoyada sobre el suelo. Yo me acomodé en la cama donde dormía Menkys, su sobrina, la hija de Herma. Ahí estábamos los dos, frente a frente. Ella con su pijama y yo con mi uniforme militar. Empezó a barajar las cartas y a hablar consigo misma.

–No te cruces ni de brazos ni de piernas –me dijo.

Las brujas creen que si tú te cruzas de brazos y piernas generas un bloqueo y entonces las cartas salen mal.

Mientras barajaba, hacía los rezos. Yo no sé si invocaba a los espíritus o a los ángeles, aunque sea como fuere, la escuchaban. Yo era muy echador de broma con ella, pero siempre respetaba aquellos momentos. Recuerdo que me gustaba mirarla a través del espejo que tenía enfrente porque así contemplaba la escena desde afuera, como si yo también fuese un espíritu.

Fue un 26 de diciembre de 1987. Lo recuerdo claro, nítido. Bueno, y aquella noche esa predicción terrible me quedó dando vueltas varios días. Y no es que tuviera miedo de morir porque uno con 32 años lo que siente es que la vida apenas comienza, y ve el final como algo lejano, que no es con uno, pues, que eso le toca a otros que ya han vivido mucho más.

Sin embargo, yo llevaba eso en la cabeza y no me lo pude callar. Una vez en una reunión por allá con los muchachos que andaban conmigo en la conspiración, lo tuve que decir. No me aguantaba más.

–Cristina Marksman me echó las cartas y me dijo que me iba a morir de una enfermedad muy grave antes de los sesenta años.

Yo pensaba que se iban a sorprender por la premonición, pero no. Se asombraron porque Cristina era bruja. Entonces empezaron:

–Chávez: ¿Cristina lee las cartas? ¿La hermana de Herma?

–¿Las del tarot o las españolas? –preguntó un subteniente

¡Ah mundo cuando era mundo! Desde ese momento comenzaron a pasar por allí militares amigos, conocidos, amigos de los amigos. Yo le pedía que atendiera a los compañeros que realmente necesitaban una ayuda excepcional. Esa negra consultó a mucha gente: cartas, manos, trabajos. Por ahí la comenzaron a llamar «la bruja de la conspiración».

La confirmación

El 8 de diciembre de 2012, cuando Hugo Chávez anunció al país la designación de Nicolás Maduro como su sucesor, faltaba un año, doscientos treinta y un días, dos horas y veintiséis minutos para cumplir los sesenta años. Era el tiempo límite para que la predicción de Cristina Marksman se hiciera realidad, un plazo muy corto y él lo sabía. Con una delicada cuarta operación para extirpar un nuevo tumor canceroso y tras reconocerle al país que podía morir en el quirófano, la sombra de aquella nefasta premonición se alargaba y lo iba cubriendo todo con el paso de los días.

Veinticinco años después de aquella tirada de cartas, Elisabeth Sánchez volvió a hablarle a Hugo Chávez. Tras el cristal de la urna, lo vio más moreno que de costumbre, con el rostro hinchado y con la boina roja del batallón de paracaidistas.

—Aquí vengo, Hugo, a perdonarte y a que me perdones. Y que Dios te reciba en su santo seno —dijo frente al cuerpo y al lado de los soldados que lo custodiaban y que escuchaban impasibles todo tipo de confesiones íntimas.

Al igual que muchos de sus mejores amigos de la época de conspiración, Hugo se alejó de Elisabeth una vez que llegó a la Presidencia. No la llamó, ni le escribió. Incluso en una ocasión que coincidieron en un acto público, evitó saludarla.

Elisabeth conocía a la familia Chávez desde la infancia: a los hermanos, a los tíos, a los primos. Los recuerda desde siempre. Vivía en una finca muy cerca de la de ellos. Barinas es ancha, inmensa, pero pequeña a la vez. En Sabaneta, casi todos conocían a los Chávez, una familia humilde, y también a los Sánchez, con mayores posibilidades económicas.

Pero la amistad inseparable entre Elisabeth y Hugo llegaría años más tarde a través de su primo, Nelson Sánchez, que había comenzado sus estudios en la Universidad de Los Andes, en Mérida, con Adán Chávez, el hermano mayor con quien Hugo convivió durante buena parte de su infancia. Las penurias de los Chávez llevaron al matrimonio de doña Elena Frías y Hugo de los Reyes Chávez a dejar a dos de sus hijos en la casa de doña Rosa Inés, la abuela paterna. No tenían suficientes recursos para mantenerlos y la abuela, que vendía dulces en el pueblo, se podía hacer cargo de los niños. Su crianza con doña Rosa Inés hizo que su relación fuese mucho más estrecha que con el resto de hermanos. Y muchos de los amigos de Adán eran amigos de Hugo.

Desde la universidad, Nelson y Adán estaban involucrados con grupos revolucionarios y subversivos. Habían comenzado a crear un movimiento de izquierda cuyo propósito era la toma del poder. Los integrantes manifestaron la necesidad de adherir a militares al grupo y es entonces cuando Adán Chávez llama a su hermano Hugo, que en ese momento se encontraba en la Academia Militar.

Conocida como «La Libertadora» por su lucha con los campesinos del Sur de Lago de Maracaibo, Elisabeth siempre ha creído en el destino. Siente que tuvo que vivir todo lo que vivió como si en algún lugar estuviese escrito el guión de su vida y sabe que no morirá antes de los 90 años. Es una convicción personal, íntima. Abuela de 58 nietos, rebosa vitalidad y energía y no le resulta

complicado creer que incluso superará los 100 años. Blanca, de cabellos negros, derriba las distancias desde el primer momento y toca el brazo de su interlocutor para mostrar cercanía.

Hace muchos años, en su época de lucha por la causa campesina, un retraso fortuito le impidió montarse en un avión en Maracaibo. Sus compañeros pudieron ingresar a la aeronave que se estrelló minutos después del despegue. A Elisabeth la lloraron sus amigos y los campesinos que la esperaban. Pero en su destino no estaba morir aquel día. Tuvo que ver fracasar a sus amigos y sufrir, con ellos, cuando fueron encarcelados por atentar contra la democracia en 1992. Recuerda la fecha: fue un cinco de marzo, el día en que se conmemora la Reforma Agraria y, casualmente, el mismo día en que Nicolás Maduro anunciaría al país la muerte de Hugo Chávez.

Y en el destino de Elisabeth estaba enterrarlo y darle la última despedida en nombre de todos los que se sintieron olvidados y excluidos cuando alcanzó la Presidencia en 1998.

—Nunca supe lo que pasó. Se alejó de muchos de nosotros, de aquel grupo que arriesgó sus carreras y sus vidas para cambiar el país. Yo creí que era mi gran amigo, pero me equivoqué. Fueron muchos años conspirando a su lado y no me tomó en cuenta para formar gobierno, ni siquiera para ayudarlo o para darle una opinión. Le guardé rencor, pero ese día fui hasta su féretro para desahogarme. Y sentí un gran alivio, estaba liberada como si me hubiesen quitado un enorme peso de encima.

Desde el inicio de los funerales, Elisabeth y el resto de los conspiradores que quisieron adivinar su porvenir a través de las cartas, comenzaron a rememorar aquella predicción de Cristina. «Te vas a enfermar antes de los 60 y te vas a morir».

Elisabeth no se sometió a las largas esperas que debían sufrir sus seguidores para despedirlo por última vez, sino que entró como familiar del presidente fallecido por un acceso directo a la capilla. Afuera, miles de simpatizantes tuvieron que hacer colas de tres kilómetros y las mujeres se desmayaban mientras pedían a Dios que se las llevara a ellas pero que trajera de regreso a Hugo Chávez. Algunos sufrieron lipotimias por falta de agua. El Gobierno calculó que dos millones de personas se acercaron hasta el recinto militar donde aguardaron día y noche sin descanso. Se quejaban de la falta de agua y comida, de la ausencia de vendedores ambulantes que pudieran ayudarles a mitigar el calor.

En un salón contiguo, los organizadores servían la cena a los familiares de quien, desde ese momento, había sido declarado Líder Supremo de la Revolución. El banquete era preparado para decenas de invitados, entre ellos los cuatro hijos reconocidos que tuvo dentro de sus dos matrimonios. Pero durante los funerales, dos niñas y un niño protegidos de los medios se convirtieron en centro de atención: para los asistentes, eran los hijos secretos del presidente. Una de las niñas había sido fruto de la última relación sentimental de Chávez con una azafata del avión presidencial. La mujer se veía cansada, con los ojos hundidos de tanto llanto, y fue fotografiada mientras sostenía en brazos a su hija para que viera por última vez a su padre.

Cuando la enfermedad rondaba a Hugo Chávez, Francisco Arias Cárdenas, gobernador del estado Zulia y uno de los líderes del golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, tuvo una cita con Herma Marksman en Caracas. Habían acordado comer mientras hablaban de la política nacional y del futuro del país. Arias Cárdenas quiso remontarse dos décadas atrás.

—¿Recuerdas si Cristina predijo más cosas sobre nosotros? Todo lo que me dijo a mí, se ha cumplido.

Arias Cárdenas había sido, junto con Chávez, líder de la insurrección militar fracasada pero que alcanzó un triunfo mediático y político gracias al elocuente discurso de Hugo Chávez ante las cámaras de televisión el 4 de febrero de 1992. Tiene una sólida formación cristiana. Había sido monaguillo de niño y seminarista en los primeros años de su juventud. El camino religioso no era extraño en su familia, porque ya había tenido un tío cura.

Siempre ha sido un sigiloso estratega y ha caído de pie en todos los precipicios de los que se ha lanzado o desde donde lo han lanzado. De carácter andino, reservado, era madrugador, como buen militar, y aún conserva la vieja costumbre de meditar y orar, un hábito que aprendió en el seminario Santo Tomás de Aquino de su San Cristóbal natal, en la zona de los Andes que une a Venezuela y Colombia.

Cada mañana se levanta, hace café, ve las noticias por televisión y se sienta a revisar los correos frente al computador. Siempre en el mismo orden. De cabello negro que resalta con sus patillas completamente blancas, es un superviviente de la política. Se alzó contra el gobierno del socialdemócrata Carlos Andrés Pérez y fue apresado pero a los dos años ya estaba trabajando para el gobierno del socialcristiano Rafael Caldera. Apoyó a la ex Miss Universo Irene Sáez en su carrera presidencial hasta que se cayó en las encuestas y después se unió al equipo de Hugo Chávez. Años más tarde lo llamaría gallina y loco cuando compitió con él por la Presidencia, pero finalmente terminó haciendo las paces.

En su primera batalla electoral, en 1995, cuando apenas recién salía de la cárcel para optar por la gobernación del petrolero y fronterizo estado Zulia, Arias padeció un reñido recuento de votos. Los primeros conteos le daban la victoria a su rival, pero, rodeado de su mujer y sus hijos, se negaba a aceptar la derrota. Cuando un periodista entró en la habitación del hotel desde donde hacía el seguimiento de los resultados, se encontró a Arias Cárdenas arrodillado, junto con el resto de su familia alrededor de la cama, en oración para pedir a Dios el vuelco de aquellos resultados electorales.

Minutos después, encendieron la televisión y recibieron la noticia del nombramiento de Arias Cárdenas como candidato ganador.

—¿Se da cuenta? Ese es el poder real de la oración—dijo el victorioso candidato al periodista.

Arias Cárdenas siempre fue, en carácter y temperamento, un hombre completamente opuesto a Chávez. De apariencia imperturbable, se caracterizó por exhibir su religiosidad desde el momento que asumió la gobernación del estado Zulia. Cada día suele acudir a misa antes de entrar a su oficina.

En los años de conspiración, llegó una noche a la casa de las hermanas Marksman cuando Cristina estaba en la cocina. Eran viejos conocidos. Herma y Hugo fueron a reunirse con él para pedir su adhesión a la causa golpista. A pesar de sus convicciones religiosas, tenía gran curiosidad por los asuntos esotéricos. Y esa noche quiso ponerla a prueba.

—Negra, léeme las cartas a ver si es verdad que lo ves todo.

A Cristina no le gustaba que la retasen. Decía que eso era contraproducente para ese tipo de trabajos. La predisposición negativa atentaba contra sus predicciones. Pero en el fondo, la supuesta incredulidad de Arias Cárdenas parecía una curiosidad encubierta, una coraza para no parecer débil ante esos asuntos que solían fascinar a los militares y conspiradores que buscaban certezas entre tantas incertidumbres.

La vidente y el consultado, acompañados de Herma Marksman, se sentaron en una mesa redonda donde solo había una lámpara. Él esperaba, como Hugo, respuestas a los temas conspirativos y de trabajo, pero la baraja de Cristina se torció hacia otros asuntos. Así son a veces las cartas. No obedecen los designios de quien las invoca.

–Me da pena contigo, chico. ¿Tú quieres que yo te diga lo que estoy viendo aquí delante de mi hermana Herma?

–Bueno, no hay problema. Hay confianza –respondió antes de ruborizarse.

–Tú nunca estuviste con una mujer de muchacho. Empezaste de viejo en eso. Y la primera vez, fuiste casi arrastrado del miedo que tenías.

Arias Cárdenas escuchó con sorpresa la narración y estaba convencido de que nadie había podido aportar a Cristina aquella información tan personal. Ante las dos hermanas, confirmó que había sido seminarista y que abandonó el camino religioso por una mujer.

–Tú quieres mucho a tu esposa y crees que vas a estar con ella toda la vida, pero aquí veo una ruptura y una nueva mujer, que será la definitiva.

Arias Cárdenas estaba casado con Gladys Fuenmayor, dos años mayor que él y quien siempre tuvo plena confianza en su fidelidad. «Mi esposo no se da cuenta de cuándo una mujer le está coqueteando», confesó Fuenmayor a la periodista Milagros Socorro en un reportaje publicado en mayo de 2000 en la revista Gatopardo. Llevaba siempre el Corazón de Jesús en el pecho y solía viajar en avión aferrada a las oraciones impresas en sus estampas. Dos décadas después de aquella predicción, Arias Cárdenas rompía el matrimonio y volvía a recordarse de Cristina.

En la organización de los Juegos Centroamericanos, en 1998, se enamoró de una profesora jubilada de la Universidad del Zulia, Margarita Padrón, con quien se casaría años más tarde.

Cristina le había descrito su infancia sin recursos, las duras condiciones de vida de su familia numerosa y hasta había visto en las cartas un tío que también había sido sacerdote. Arias miraba las cartas arrojadas por Cristina, una a una. Espadas, bastos, oros. Al final de todas, giró una decisiva: el as de copas, en posición correcta, casi radiante sobre el resto de la baraja.

–Al final, veo la victoria. Ustedes lograrán sus propósitos.

Arias Cárdenas no quiso concertar ninguna otra consulta. Fue la primera y la última. Esos hábitos estaban reñidos con su formación adquirida en el seminario, en el seno de su familia católica y también chocaban con la Iglesia que visitaba cada día. Pero no podía ocultar su sorpresa por las revelaciones de su amiga.

Durante los primeros trece años de la presidencia, el vaticinio más demoledor que había anunciado Cristina permaneció en el olvido. Nadie recordaba aquellas noches en las que la Negra leía las cartas a Hugo ni las anécdotas que el consultado había comentado con sus más allegados. Pero cuando la enfermedad comenzó a agravarse, Herma Marksman, que fue amante, confidente y colaboradora útil de Hugo Chávez durante diez años, la mujer que más tiempo estuvo a su lado, recordó aquel 26 de diciembre de 1987. Fue reviviendo aquellas sesiones hasta la transmisión de los funerales por televisión.

–La ceremonia me pareció un acto terrible. Hugo había pedido algo sencillo y quería ser enterrado

en su pueblo natal, al lado de su abuela. Y los días siguientes a aquellos funerales volví a recordar las sesiones de Hugo y Cristina –explica Herma Marksman.

Entrevisté a Herma por primera vez en una cafetería cerca de la casa en El Paraíso donde convivía con Hugo. La larga cabellera castaña ha dado paso a un pelo gris corto, cómodo, fácil de peinar. Ya no tiene tiempo para demasiadas coqueterías. Tampoco suele pintarse los ojos de verde, el color que enamoró a Hugo Chávez a principios de los años ochenta. Ahora sin maquillaje, su mirada parece más serena. Son los mismos ojos que se trasnocharon estudiando la vida de Simón Bolívar, una de sus principales ocupaciones porque el grupo subversivo le había encargado esa tarea para ayudar a dar forma a un marco teórico e histórico al movimiento.

Pudo tenerlo todo, pudo haber sido primera dama de la República y vivir rodeada de todos los lujos y comodidades de las que gozaron las mujeres que entraron en la vida de Hugo después que ella. Sus allegados están convencidos de que Herma, la última mujer del Hugo Chávez anónimo, fue una de las pocas a las que realmente amó.

Pero lejos de la vida que pudo haber disfrutado, Herma siguió como profesora de historia en la Universidad, buscando los productos de primera necesidad en las tiendas de Caracas, preocupada porque tiene dificultades para conseguir leche, aceite, harina o limpiador para su cocina de vitrocerámica. Los amigos de Hugo, los que aún permanecen en el poder y los que terminaron en la oposición o en la cárcel, la miran con cierta compasión. Se entregó como nadie, lo dio todo por el proyecto y por su amor y terminó casi en el anonimato exenta de lujos, viajes, y del reconocimiento que muchos de sus compañeros de aventuras tuvieron. Pero tampoco el poder estaba en su destino.

Había tenido muy pocas noticias privadas en los últimos 18 años de quien fuera su amante. Solo la llamó en una ocasión para ofrecerle una embajada en el país de su elección. Desde que Chávez se convirtió en un ídolo de masas en la cárcel, la relación se había deteriorado. Una entrevista en la radio en la que Hugo se mostraba como un padre de familia ejemplar con el corazón resquebrajado por la lejanía de su esposa y sus hijos pudo haber sido la estocada de la relación. Y a partir del momento en que se transforma en figura pública, sus compañeros de celda se dan cuenta de que el líder de la insurrección también se había convertido en un Don Juan, un hombre capaz de despertar los instintos más básicos entre las mujeres que esperaban largas mañanas al sol para verlo de cerca, tocarlo y conversar unos minutos con él.

–Sufrí mucho cuando rompí mi relación de diez años con él. Iba manejando el carro y me tuve que parar a un lado de la carretera. Puse las manos sobre el volante y lloré desconsoladamente. Pero nunca más. Cuando murió, él ya no era él. No era aquel compañero. Aquel hombre al que amé profundamente era otro. Solamente me produjo lástima de cómo murió. Solo, rodeado no de amigos, sino de intereses. Pero no derramé ni una lágrima. Yo le había guardado el luto muchos años atrás – cuenta Marksman.

Durante los funerales, decretados días de duelo nacional, cerraron casi todos los comercios, algunos por respeto y otros por temor a ser atacados si no suspendían las actividades como muestra de dolor hacia el fallecimiento del presidente. Las fotos de Chávez fueron colgadas en puertas y ventanas como nunca antes. Parecía que estaba de nuevo en campaña electoral. Mientras sus seguidores habían quedado sumidos por la muerte, en el Gobierno también había otra preocupación más íntima: ¿podría sostenerse el chavismo sin Chávez?

Hubo escenas de dolor en la celebración llena de simbolismo. El sucesor oficial, Nicolás Maduro, colocó la espada de Simón Bolívar sobre el ataúd. Rezó, pidió por su alma y lo nombró Líder

Espiritual y Comandante Eterno. Tal vez en ese momento, moría el chavismo como movimiento político y nacía como fenómeno religioso.

Aquellos días, Francisco Arias Cárdenas envió un mensaje de texto a Marksman. «Cada día que pasa me convengo de que Cristina era una mujer muy especial. Una vidente como muy pocas», explica Marksman mientras busca el mensaje en su teléfono. Fue la propia Marksman quien le había enviado un primer mensaje de texto para darle el pésame por la muerte de Chávez y para recordarle aquella premonición.

En la cárcel de Ramo Verde, en las afueras de Caracas, la imagen de Cristina también llegó aquellos días a los recuerdos de Raúl Isaías Baduel, exministro de la Defensa de Hugo Chávez en 2007, que paga condena tras haber sido acusado de corrupción. Baduel adversó durante los últimos años en libertad a Hugo Chávez y fue apresado mientras arreciaba su campaña contra el régimen. No son pocos quienes piensan que su ingreso en prisión fue una venganza personal del presidente.

El general cambió la historia del país cuando, en medio del golpe de Estado contra Hugo Chávez el 11 de abril de 2002, fue uno de los pocos altos militares fieles al régimen y ordenó el rescate del presidente que estaba detenido en la isla de La Orchila, a 160 kilómetros de Caracas a la que solo tienen acceso el presidente, sus familiares y su círculo militar.

Baduel ha sido mucho más que un general que permitió restituir al presidente en el poder. Había una sólida amistad de por medio. Su hija menor fue ahijada de Hugo Chávez. El presidente se dirigía a él como «papa», sin acento en la a. Era su particular demostración de cercanía y cariño.

—Cristina fue una mujer con una espiritualidad especial. Le había dicho a Chávez que moriría de una enfermedad grave, pero ninguno de nosotros lo tomó en serio. Estábamos llenos de juventud y de futuro. Chávez le había contado esa premonición a su círculo más cercano pero nunca vi gran preocupación en su rostro. Más bien, lo recordaba casi como una curiosidad, como un chiste — explica Baduel desde la cárcel.

Las largas horas de espera en el funeral se convertían en apenas unos pocos segundos junto al cuerpo de Chávez. Los guardias de honor urgían a la gente a continuar con rapidez y el ministro de Comunicación, Ernesto Villegas, pidió comprensión a los seguidores porque no todos podrían ver por última vez al Comandante Eterno.

La Orquesta Sinfónica Simón Bolívar tocó el Himno Nacional y el Grupo Madera, una congregación musical con raíces africanas, llevó los mismos tambores con los que tocaron durante su último programa de televisión Aló Presidente. Los mandatarios de otros países fueron anunciados, uno a uno, por altavoz y fueron aplaudidos por los asistentes en la ceremonia. El presidente de Uruguay se abrazó al féretro, el de Irán arrojó a la madre del presidente, Elena Frías, la de Argentina se fundió con la hija del presidente, María Gabriela Chávez.

Y mientras sus allegados y el pueblo humilde lloraba al presidente, en los despachos ministeriales las reuniones del equipo de gobierno eran continuas. Si antes bastaba una aprobación de Hugo Chávez, ahora cualquier detalle debía ser consensuado. El centro del debate era el cuerpo del propio comandante. ¿Había que cumplir su voluntad de ser enterrado en Barinas o debía ser exhibido en algún lugar público, embalsamado, para la eternidad?

Esa última posibilidad había atormentado a Hugo Chávez en vida. En una de sus visitas a Asia, en

2007, el presidente decidió hacer una parada en Vietnam en un viaje que lo llevó por Rusia, Bielorrusia, Catar, Irán y Mali. En todos los países, el presidente quiso exaltar el espíritu de lucha contra Estados Unidos, contra el imperio que tanto adversó en vida. En Vietnam, Chávez comparó al héroe nacional, Ho Chi Min, con el libertador venezolano, Simón Bolívar, se dejó fotografiar con el general Vo Nguyen Giap, artífice de las victorias vietnamitas contra Francia y Estados Unidos, y paseó por el Museo Militar de Hanói donde alabó el triunfo de un país pequeño sobre el más poderoso del planeta. Pero no todo fueron buenas impresiones.

En una de las jornadas, Chávez pasó el día entero con el presidente del país, Nguyen Minh Triet, quien ofreció una cena hasta la medianoche. A la mañana siguiente, tenía programada una visita al monumento de los mártires donde dejaría una ofrenda floral en un acto oficial y después visitaría el mausoleo de Ho Chi Min. Durmió poco, como casi siempre, y a primera hora, se levantó y encendió la televisión venezolana. Su equipo llevaba continuamente consigo un dispositivo que le permitía tener conexión directa con los canales del país.

Mientras el presidente sacaba del armario su camisa blanca y su corbata azul y roja, vio al asistente personal de Fidel Castro en una alocución televisada. No pudo seguir abrochando los botones de la camisa, quedó petrificado, a medio vestir, frente al televisor. Se había perdido la mitad del anuncio y pensó que había ocurrido lo peor con su mentor político. Solo una frase quedó suspendida en su habitación «Le transfirió el poder». La salud de Fidel Castro se resquebrajaba aquellos días y algunos medios lo daban por muerto. Chávez iba tarde, lo esperaban para los actos oficiales y no tuvo tiempo de permanecer, como deseaba, frente a las noticias del televisor.

Llamó a su hermano Adán, que estaba hospedado en el mismo hotel y que en aquel momento era embajador en Cuba. Le ordenó quedarse, averiguar qué sucedía mientras él asistía a los actos oficiales.

Llegó al mausoleo con la incertidumbre de si Fidel Castro estaba vivo o muerto. Entre los elogios, los saludos de las autoridades locales y las presentaciones, su mente estaba en la otra punta del planeta, en La Habana. No tenía un buen presentimiento y el ambiente del mausoleo contribuía a reforzar sus peores temores. El salón principal se mantenía en la penumbra. La visibilidad era la justa para que los visitantes pudieran desplazarse. El cuerpo del líder patriota es tratado como un obra de arte y la luz puede dañar sus tejidos. Las pupilas de los asistentes tardan en acostumbrarse a la oscuridad.

Cuatro soldados custodiaban cada una de las esquinas del ataúd acristalado, que los visitantes rodeaban en forma de u antes de salir. Las miradas se concentran en su rostro dormido, aplanado, muy bien momificado. Chávez se mostró sorprendido por el espectáculo turístico en que se había convertido el cuerpo del líder de la revolución marxista en Vietnam. Siete años más tarde, sus seguidores en Caracas harían el mismo recorrido alrededor de su cuerpo en la Academia Militar. También en forma de u.

—Qué cosa tan impresionante, terrible. Vi el cadáver de Ho Chi Min y pensé: Fidel, no quiero verte así nunca —dijo Chávez tras la visita al líder embalsamado.

El Comandante Eterno había imaginado la escena que tanto lo atormentaba: él frente al cadáver de Fidel Castro, dando el pésame a su hermano Raúl, en unos fastuosos funerales de Estado celebrados en La Habana. Chávez había acompañado a Fidel en sus peores momentos de enfermedad: en el

hospital tras sus operaciones, le dio ánimos para recuperación y viajaba con frecuencia a Cuba para interesarse por la evolución de su salud.

Siete años después de aquella corazonada funesta, la escena de Hugo Chávez se cumplía pero con los protagonistas en roles opuestos. Raúl Castro llegaba con traje negro a la capilla ardiente y daba el pésame a su hija Rosa Virginia, con camisa azul y grandes lentes de sol para ocultar sus ojos apesadumbrados. Hizo lo mismo con doña Elena, la madre que, aferrada a su pañuelo, buscaba consuelo en el pecho del presidente cubano. Frente a Chávez hizo el saludo militar, arropado por los efusivos aplausos de sus hijas, hermanas y familiares cercanos.

Algunos vieron que el cristal se empañaba y dudaron de si el presidente podía estar respirando. Otros dijeron que era un muñeco y que por esa razón la presidenta de Argentina, Cristina Fernández, abandonó los funerales convencida de que todo aquello era una burla. Hubo quien lo vio de noche, caminando entre las sombras de las palmeras de la Academia Militar. Algunos pensaron que su alma debía estar en algún lugar cerca, contemplando el funeral desde arriba, como una cámara de televisión cenital, para constatar el amor que aún despertaba entre los pobres y excluidos del país.

La peregrinación continuaba su paso y el cuerpo de Chávez se convertía en solo un recuerdo breve en las cabezas de quienes pasaron segundos frente a su cadáver. No pudieron hacer fotos, aunque algunos lo intentaron. Parecía que las horas aceleraban de repente y aquel cuerpo se había quedado suspendido en un limbo sin tiempo ni lugar, solo consigo mismo, pese a la multitud que lo rodeaba. Y su rostro ya inexpresivo, cada vez más hinchado, se iba vaciando de poder.

–Hugo, tú vienes marcado.

La frase quedó suspendida en la habitación como una densa niebla que dificultaba la visión de los presentes. La bruja hizo una pausa larga, casi insoportable. Ni Hugo ni Herma sabían lo que venía después pero intuían que se trataba de una premonición trascendental. El rostro de la Negra también quedó paralizado con la mirada perdida entre las cartas. Parecía perforar con sus ojos la baraja, la mesa y todo lo que se cruzara en su línea de vista. De piel morena clara, nariz ancha y pómulos profundos, solía leer las cartas con normalidad, salvo cuando veía alguna situación dramática o trascendental, como era el caso.

–Yo creo que tú vas a ser presidente de Venezuela. Vas a estar preso primero y vas a ser presidente después.

–Negra, ¿tú estás segura de eso? ¿Dónde lo ves? –preguntó Hugo mientras intentaba adivinar cuál era la carta que desvelaba su destino.

–No, Hugo, eso no está en las cartas. La señal la cargas encima. Tú tienes una marca en tu cuerpo.

Era una noche de marzo de 1985 cuando aún era capitán. Habían pasado de las nueve de la noche cuando llegó a la quinta Carysa, la casa de Elisabeth Sánchez donde vivían temporalmente las hermanas Marksman. Herma había llegado de El Callao a Caracas. Había dejado su pueblo colorido, minero y alegre para estudiar en la capital, en un posgrado en la Universidad Santa María. Elisabeth, que había hecho una gran amistad con Cristina, le ofreció su casa. La anfitriona era generosa con sus huéspedes y tenía posibilidades para serlo: su vivienda disponía de tres plantas y ocho habitaciones. Disfrutaba de una posición privilegiada gracias a que su marido, militar activo, ganaba un buen salario.

Cristina acompañaba a Herma en sus horas de estudio. Estaban en una habitación, donde había una cama matrimonial y un amplio escritorio que Herma utilizaba para estudiar durante su doctorado. Hugo llegó con su café y un pedazo de pan que mojaba en la taza y se dirigió a Cristina para pedir una consulta.

Esta vez la Negra asintió sin problemas y tomó el manojito. Su hermana Herma, que había presenciado algunas consultas, también quiso atestiguar, sentada en el escritorio donde se celebraban las reuniones conspirativas con el exguerrillero Douglas Bravo y con Nelson Sánchez. Hugo, de uniforme militar de camuflaje y botas hasta las rodillas, contemplaba con admiración el momento en el que Cristina removía las cartas.

–Lo estoy viendo. Es un lunar en la planta del pie que se une con otro que tienes en la cadera.

Cristina no solía utilizar los condicionales ni las formas de pospretérito de los verbos. Casi nunca los necesitaba. Esta vez, sus palabras no admitían otra interpretación y su sentencia volvió a ser firme.

–Quítate la bota para ver lo que cargas encima.

–No me la voy a quitar ahora. ¿Tú sabes lo que cuesta desamarrar esto? –replicó Hugo.

–Quítatela para enseñarte la señal que llevas contigo –insistió.

Pese a la protesta, Hugo, en el fondo, quería complacer a su vidente personal y demostrarle a ella, a Herma y a sí mismo que su futuro trascendental también estaba marcado con su melanina.

Pero fue la propia Cristina quien se agachó y aflojó, una a una, las 18 trenzas de la bota que le llegaba hasta la rodilla. Hizo fuerza con las yemas de los dedos y fue halando cada uno de los extremos: nueve veces hacia la izquierda, nueve veces hacia la derecha hasta aliviar la tensión. Cristina se sentía comprometida, quería ayudarlo en sus propósitos militares y políticos. Herma, que era muy detallista, no recordaba ningún lunar ni en la planta del pie ni en la cadera.

Al aflojar la tensión de las trenzas, Cristina movió hacia un lado y hacia otro la bota, para poder sacarla de un solo tirón. Las dos mujeres estaban esperando a que Hugo se quitara la media y dejara su pie al descubierto.

Hugo cruzó su pierna para apoyarla por encima de la rodilla. Sacó el calcetín y quedó con la mirada clavada en su pie. De inmediato, dejó que las mujeres lo miraran. Herma se acercó para comprobar que realmente tenía la marca que había adivinado su hermana.

Era un punto negro, redondo y simétrico. Se convencieron de que no se trataba de una marca irregular, fruto de la casualidad genética. Era algo más.

–Ves lo que te digo, Hugo. ¡Ese es el lunar!

De inmediato Cristina le pidió que se levantara la camisa para comprobar si las otras señales que había visualizado también estaban marcadas en el cuerpo de Hugo.

El consultado no ponía obstáculos a sus órdenes. La admiraba, la respetaba y, en el fondo, conocía el final de aquella premonición. Sabía que Cristina acertaría nuevamente y que también encontraría la segunda marca.

Levantó un poco la camisa y, aprovechando el mismo gesto, bajó con una mano el pantalón para dejar al descubierto la cintura y la cadera. Era un acto casi privado. Con el gesto, Hugo también se estaba desnudando sus intimidades pero no tenía nada que esconder ante su amante y ante la que consideraba su hermana.

En ese momento quedó al descubierto la segunda marca. Ahí estaba, marrón oscuro, casi negro, para demostrar que sería presidente. Ambas manchas dibujaban una línea invisible que cruzaba su cuerpo de izquierda a derecha. Se trataba de una trayectoria imaginaria que solo había existido hasta ese momento en la mente de Cristina, y que Hugo y Herma también comenzaron a ver desde aquel momento. Pero, sobre todo, el lunar estaba allí para confirmar las visiones de Cristina.

La convicción de que Hugo Chávez estaba predestinado para dirigir las riendas de Venezuela comenzó a extenderse entre sus colaboradores cercanos muchos años antes de llegar a la Presidencia. Y aunque intentaban evitar el tema en público, para no ser tachados de brujos fanáticos, los militares más allegados guardaban el secreto.

Algunos comenzaron a explicar que en la piel de su espalda había dibujada una cruz, una señal de predestinación que le había descubierto una vidente en un encuentro entre amigos en la urbanización La Floresta en presencia de su excolaborador Nedo Paniz. Los marxistas y exguerrilleros se

avergonzaban de que el grupo subversivo se llenara de creencias esotéricas que desvirtuaban la ideología del movimiento. Parecía que nunca habían leído a Marx y sus reflexiones sobre el opio del pueblo. Pero los creyentes aseguraban que algo en la piel de Hugo encerraba mensajes para el país y que las premoniciones de Cristina debían ser escuchadas. Tal vez estaban frente al próximo presidente y frente al inicio del cambio por el que había trabajado tanto. Desde ese momento, la confianza de Hugo Chávez en su pitonisa fue absoluta. No le quedó duda alguna de que las cartas y las predicciones eran infalibles.

En 1985, cuando Hugo Chávez llevaba tres años conspirando, Cristina ya se había convertido en su vidente habitual. Las consultas de cartas eran cada vez más frecuentes y en una ocasión también le leyó la mano.

Un día, en octubre de 1985, un joven se apareció en la casa donde Cristina vivía temporalmente. Quería una consulta. La Negra, que en ese tiempo ya había dejado de trabajar por su presión alta en el ojo, no solía consultar a extraños pero el hombre llevaba consigo una carta de recomendación.

Desde Elorza, el campamento donde había sido destinado, Chávez le pedía que atendiera a su amigo. En la carta, escrita de puño y letra en bolígrafo rojo, Hugo también se ofrecía para asumir los gastos que el trabajo de Cristina podría suponer. Cristina nunca comentó de qué se trató aquel ritual pero la carta sigue intacta treinta años después.

Querida Cristina:

Un abrazo grandote, esperando que te encuentres bien. Yo estoy acá sobre la propia tierra de Maisanta, con una fuerza muy grande.

Amiga mía, acudo a tí para presentarte al cabo Iro José del Carmen Mejías, quien es uno de mis «Centauros de la Muerte» y presenta un problema serio. Yo sé que tú lo vas a ayudar.

Mándame por escrito lo que tú consideres del caso. Y lo que necesitas para tu trabajo.

Te quiero mucho. Hasta el fin.

Hugo Rafael

El documento revela la necesidad que Cristina había generado en Hugo Chávez para iluminarlo en su camino conspirativo. Antes de concertar cualquier reunión importante y antes de irse de viaje, la Negra Cristina lo guiaba.

En septiembre de 1986, Hugo sufrió su primera traición y fue citado a un interrogatorio de rigor. Un compañero militar de su misma promoción, Andrés Eloy González Cárdenas, que estaba destinado en La Guaira donde se encuentra el principal puerto y aeropuerto del país, le informó de una delación.

–Tienes que estar atento. Me dijeron que alguien te iba a delatar –advirtió su compañero.

La conspiración es un sobresalto permanente y, por muchos sustos que asimile, el conspirador nunca se acostumbra a ellos. Hugo Chávez volvió a ser presa de los nervios cuando recibió la advertencia de González Cárdenas. Tal como haría dieciséis años después, cuando intentaba

desmontar un golpe de Estado que pretendía derrocarlo de la Presidencia, Hugo no paraba de fumar y, entre cigarro y cigarro, bebía una taza de café. Relajantes y estimulantes, dos vicios con los que conviviría durante el resto de sus días. Debía enfrentarse a un interrogatorio del que saldría airoso.

Pero un año después, en septiembre de 1987, Hugo recibió una nueva citación. Se trataba de un segundo interrogatorio. Sus superiores querían comprobar si realmente no estaba conspirando en contra del orden constitucional. Era la consecuencia lógica de tantos años de reuniones subversivas. Nadie era capaz de detener un secreto a voces cuando tantos militares estaban implicados. Tendría que volver a convencer a sus superiores de que él no estaba involucrado en ningún movimiento subversivo, es decir, debía hacerles creer una gran mentira.

No pidió consejos a sus compañeros militares ni solicitó la intervención de sus superiores para salir airoso de la investigación. Recurrió a la Negra. Cristina prometió a Hugo preparar un amuleto que debía llevar durante el interrogatorio. Le haría un trabajo especial. Nunca se supo en qué consistió aquel ritual pero lo que nadie cuestionó es que Cristina hizo la preparación con esmero y entrega.

—No supe lo que era, pero recuerdo que estaba envuelto en una bolsa de fieltro rojo —recuerda Herma Marksman.

La Negra le dejó instrucciones claras para el interrogatorio. No hizo ninguna recomendación sobre lo que debía decir pero sí sobre lo que debía hacer. Poco importaba el contenido de sus respuestas. Cristina estaba convencida de que la salida triunfal de Hugo dependía de la seguridad en sí mismo, que desde ese momento también suponía la seguridad en el amuleto.

—Debes sostenerlo siempre con tu mano izquierda. Sujétalo con fuerza y no lo sueltes mientras estés respondiendo las preguntas.

Hugo comía, firmaba y saludaba con la mano izquierda. Era su punto energético y en ella se concentraba gran parte de su fuerza. La elección de la mano donde debía llevarla no fue en vano.

Tuvo que desplazarse al Comando del Ejército en San Juan de Los Morros, a 130 kilómetros al sur de Caracas y puerta de entrada hacia los Llanos, la región ganadera donde creció y se crio Hugo Chávez. Se enfrentaba a la segunda de las tres delaciones que sufriría a lo largo de su carrera conspirativa.

Llegó solo, convencido en su capacidad de actuación, en su seguridad y en la fuerza positiva de su hermana Cristina. Su única compañía era el amuleto que apretaba con fuerza con su mano izquierda. Estuvo encerrado varias horas negando todas las acusaciones, desmintiendo movimientos y amistades, jurando lealtad al sistema y al orden constitucional.

Tras los interrogatorios, Hugo solía salir preocupado. Así sucedió en septiembre de 1986, con la primera delación y en diciembre de 1989 con la tercera. En esa ocasión lo había traicionado el oficial Noé Acosta, que estuvo en dos reuniones conspirativas. La información llegó a manos del general Carlos Julio Peñaloza que enfrentó a Hugo personalmente. En el interrogatorio de cuatro horas también estuvieron dos sargentos, dos coroneles y tres generales, entre los que se encontraba Enrique Ochoa Antich, que dos años después sería nombrado ministro de la Defensa.

Al llegar a casa tras ese interrogatorio, que duró más de cuatro horas, Herma quiso saber cómo había transcurrido la reunión. Pero no obtenía ninguna respuesta. Hugo la miraba fijamente, en silencio permanente. Tomó un papel y un bolígrafo y comenzó a escribir nueve puntos. En las dos

hojas, Hugo estaba dando respuestas a las preguntas de su compañera, pero se negaba a hablar. Pensaba que los servicios de inteligencia lo podían estar espiando. Tal vez lo estaban grabando en su propia casa.

Pero, en el fondo, Hugo comunicaba buenas noticias. A pesar de estar bajo vigilancia, sentía que la constante protección de Cristina era capaz de derrotar las adversidades. Así lo sentenció al final de esa carta. «Nada debe detenerse. Hay que continuar pase lo que pase».

Cristina nunca se dedicó profesionalmente a esos asuntos. Había estudiado citotecnología y compatibilizaba su trabajo en el hospital con la venta de ropa y bisutería. Viajaba a Miami, Aruba y Curazao y llegó a habilitar una habitación en su casa que convirtió en una pequeña tienda. Era excelente comerciante y, en sus ratos libres, leía las cartas a los conocidos, amigos y familiares. No solía cobrar por esas labores, pero recibía muchos regalos. En diciembre, también atendía a los venezolanos que vivían fuera del país y que aprovechaban el viaje a Caracas para consultarse con ella.

Además de sus predicciones, Cristina disponía de una voz cautivadora. Pudo haber sido cantante de góspel de haber recibido formación musical. Por eso, cuando abría las cartas e interpretaba lo que veía en ellas, Hugo quedaba envuelto en sus explicaciones melodiosas.

En su familia aseguran que, desde pequeña, tuvo sueños premonitorios. En su casa, recuerdan la mañana del 23 de mayo de 1981. Cristina se levantó diciendo que algo malo le pasaría al Papa. Había soñado que Juan Pablo II estaba muy grave en el hospital. No dio más detalles, pero pocas horas después, llegó la noticia del atentado. También pudo ver cómo terminaría en una silla de ruedas solo doce días antes de que tuviera el accidente cerebro-vascular. Le pidió a su hermana Herma que le echara las cartas, porque no se las podía echar a ella misma. Solo las podía leer.

–Voy a tener una grave enfermedad que me va a dejar postrada. Y no me voy a volver a levantar – le dijo a su hermana, señalando con sus uñas largas las cartas de aquella tirada.

Tenía problemas de vista, vivía con un solo riñón y era diabética. El ictus, al que tanto temió Chávez, causó su muerte de joven. En los últimos días de su vida, cuando el presidente enfrentaba la mayor conspiración en su contra y cuando ya se consultaba con otros brujos a quienes se les atribuían más poderes, Cristina apenas reconocía el sexo de quienes se le acercaban: «Muchacho», «muchacha».

Hugo siempre tuvo la habilidad de utilizar a sus amigos para que lo ayudaran en sus propósitos políticos. Y también necesitaba a Cristina. Había leído que los grandes personajes de la historia del país, para cumplir con su misión, recurrieron a una pitonisa de cabecera, un Rasputín personal. El dictador venezolano Juan Vicente Gómez consultaba sus decisiones con el Brujo Tarazona, Joaquín Crespo confió la gestión del país a las artes adivinatorias del tachirense Telmo Romero, que se ganó su confianza y fue nombrado ministro de Sanidad y el expresidente Carlos Andrés Pérez contó sus secretos a la vidente Evenia Rengifo.

Necesitaba que Cristina lo ayudara a seguir esa senda y estaba dispuesto a confiarle todos sus grandes asuntos, sus citas, sus confidentes y sus reuniones más secretas. La ayuda de la Negra había sido inestimable pero su revelación más trascendente aún estaba por llegar.

Los espíritus de la noche

Había conocido a Cristina y poco tiempo después, el 11 de abril de 1984, me presentaron a Herma, que no tenía nada que ver con ella. A Cristina, morena y con ojos pícaros, le encantaba cantar. Su karma eran las enfermedades, pero yo creo que no se murió antes por la alegría que le daban las fiestas. Siempre fue mística y para todo el mundo era la Negra. En cambio, Herma, historiadora y terrenal, era blanca como la luna. Cuando se arreglaba, se maquillaba con colores que le hacían juego con el color de los ojos. Eran hermanas por parte de madre.

Nos conocimos gracias a una amiga, Elisabeth Sánchez, prima de otro gran conspirador, Nelson Sánchez, que había estudiado con Adán en la universidad y que nos convenció para iniciarnos en la lucha clandestina, en aquellos años de proyectos, de esperanzas. Y Cristina, que apenas se había mudado de Ciudad Bolívar a Caracas, se quedó en casa de Elisabeth, en la urbanización La Gran Colombia. Los signos de que nuestro destino nos llevaba a continuar una lucha histórica estaban en todas partes. También en los nombres de los lugares donde nos reuníamos.

Herma y Cristina vivieron un año y medio allí hasta que les entregaron su apartamento en El Paraíso. En aquel tiempo, no andaba muy bien. Se lo comenté a varios compañeros y recuerdo que a uno, de apellido Saavedra y del que decían que era un experto en plantas, le pedí una recomendación. Me dio unas cosas, que si yinzhen, que si otra que no me acuerdo del nombre. Total, que yo seguía igual: solo dormía tres o cuatro horas, a lo sumo.

Había llegado cansado de Elorza después de un largo viaje y con muchas noches sin dormir. Llegué al apartamento de Herma y apenas entré por esa puerta, estoy convencido de que Cristina supo ver la preocupación en mi rostro, las angustias que arrastro desde siempre. Y asumió ese rol de madre protectora que tanto le gustaba.

—Chico, tienes esos ojos rojos. Hugo, ¿qué es lo que te pasa?

No aguanté más. Sentí que era el momento en que debía desnudar mi alma y confesar aquel secreto que escondí tantos años y que jamás me atreví a contárselo a nadie:

—Hermana, es que los espíritus no me dejan dormir

Cristina guardó silencio. Su mirada se quedó perdida pero me di cuenta de que no se sorprendió. Siendo una buena bruja de El Callao, estaba curada de espantos. Tal vez ya sabía lo que le iba a contar, eso nunca lo sabremos. A la tumba se llevó el secreto, como también se llevó sus habilidades y sus dones.

Herma y Cristina llevaban poco tiempo en su apartamento. Estaban en el proceso de adaptación a la nueva casa. Atrás habían quedado tantos buenos momentos, de trabajo y de celebraciones, de reuniones y de incertidumbres en la casa de Elisabeth Sánchez. Tenía machihembrado de madera y pisos de mármol. La parte trasera estaba orientada a una colina frondosa, llena de árboles, y me acordaba de cuando yo era chiquito y andaba feliz en los árboles

del patio de mi abuela Rosa Inés, ajeno a todo el tormento que me perseguiría años después.

–Muchacho, no te encarames en esos árboles –me gritaba ella.

Yo me lanzaba con mis hermanos y con Laurencio Pérez, que le decíamos el Chino. Todos caíamos al lado de un topochal, porque tienen el tronco blando y esponjoso y es como un colchón. Yo jugaba a que era Barú, el rey de la selva, y gritaba: «Baruuuu, Baruuuu». Claro, yo prefería ser Barú que Tarzán, porque Barú era africano.

–Muchacho, te vas a matar, bájate de ahí que el Diablo anda suelto –me decía mi abuela, pobrecita, que Dios la tenga en su Gloria. Cómo la hacíamos sufrir.

Me acordaba de esas vivencias en casa de Elisabeth porque de pequeño creía que el Diablo andaba suelto de verdad y a veces me preguntaba si la lectura de cartas y la invocación de espíritus eran cosas del Diablo. Pero también pensaba que si el Diablo andaba suelto, Cristo tenía que andar suelto también. Y Cristo siempre le gana al Diablo, como Florentino le ganó al Diablo, en aquel contrapunteo del gran Alberto Arvelo Torrealba.

Yo no sabía si esos espíritus eran buenos o demoníacos, pero de lo que sí estaba convencido es que ellos eran los culpables de que no pudiera dormir. Me atormentaban, me perseguían, estaban destrozando mi tranquilidad. No sabía si me buscaban para decirme algo o para pedirme alguna misión que cumplir. Confieso que muchas noches llegué a tener un temor incontenible. Sentía su presencia a mi lado. Podía escuchar los pasos en el pasillo y los silbidos que utilizaban para llamar a otros espíritus errantes que andaban por los alrededores. Sabía que no era uno, sino un grupo de ánimas que vagaban por los salones o por los jardines de la casa. Aparecían de repente, casi siempre de forma violenta, con sonidos que se magnifican en las noches de silencio absoluto. Movían los platos de la cocina o hacían ladrar a los perros. Los sentía acercarse por el pasillo y en ocasiones hasta podía escuchar su respiración. Parecía que necesitaran mi aire y hasta mi descanso y mi energía.

Cristina se sentó frente a mí, tomó un bolígrafo y una hoja.

-Tú lo que tienes que hacer es agarrar un papel y escribir tu nombre completo. Después colocas un plato sobre el papel y dejas todo debajo de tu cama. En el plato, colocas un vaso lleno de agua volteado. Eso lo vas a poner debajo de tu cama todas las noches. Y verás que los espíritus te dejarán de atormentar.

Herma también conocía mis tormentos. Desde el primer momento que hablamos, hubo una conexión especial, como si nos conociésemos de otras vidas. Me acuerdo de que iba a hablar con Elisabeth para que me prestara la casa porque mi equipo de béisbol tenía esa noche la final de un campeonato. Si ganábamos, necesitamos un sitio donde festejar, que era una tradición para nosotros. Y sabía que Elisabeth nos recibiría con gusto, porque también le encantaba un bochinche. Y ese día, cuando fui a pedir el favor, estaba Herma por allí. Sabía que era la hermana de Cristina, pero no me la imaginaba tan bonita. Yo había llegado con mi hermano Argenis y le di mi tarjeta de presentación. Era una profesora preocupada por el futuro del país. Hablamos del deterioro del sistema educativo. Así empezamos. Y terminamos compartiendo juntos diez años. Cuántas vivencias, cuántas luchas, cuántos sentimientos en aquellos años difíciles.

Herma nos ayudaba con las reuniones, se encargaba de captar gente para la causa, hacía de todo. Una vez yo estaba preparando un acto, una obra de teatro histórica. Faltaba una semana para el concurso nacional.

–Chávez, yo no sé cómo vas a hacer, pero tú vas y presentas una obra de teatro en Caracas dentro de una semana –ordenó el general.

–Bueno –le dije–, deme un subteniente y unos soldados.

Escogimos soldados, llaneros todos. Hicimos el guión y la obra. ¿Saben de qué? De «Las sabanas de Barinas», un libro del capitán Vowel, que yo había leído. Buscamos en la autobiografía de Páez. Le metimos de todo. ¿Cómo se llamó la obra? «El genio y el centauro en Cañafistola», que trata del encuentro de Bolívar y Páez en el Hato Cañafistola, en 1818.

Para esa obra, utilicé las banderas del Ejército de Páez que Herma había hecho durante dos meses, de noche, para un cabalgar que hicimos desde Elorza hasta el Campo de Carabobo el 24 de junio de 1986. Las había cosido una a una con sus manos. Sesenta en total. Cuánto amor, cuánta entrega al proyecto. Eran negras con una banda en diagonal de color gris y una calavera en una esquina. Abajo tenían el lema de los ejércitos de Páez: «Libertad o muerte».

Aquella noche, antes de acostarme, hice todo lo que me había recomendado Cristina. Escribí mi nombre completo en un papel, Hugo Rafael Chávez Frías. Coloqué el papel en una esquina de la cama. Luego agarré el vaso de agua y le puse el plato por encima. Me dio miedo hacerlo mal y que se derramase todo. Eso hubiese sido terrible porque sería la comprobación de que los espíritus conspirarían contra todo lo que pudiera ahuyentarlos. Pero no fue así. Había quedado bien colocado, no se escapaba ni una gota de agua. Lo dejé esa noche debajo de la cama y me acosté con una sensación diferente. Me sentí resguardado. Y por primera vez en muchos años, lo juro por mis hijos y mis nietos, había dormido más de seis horas seguidas. Cuántos años llevaba yo sin poder hacer eso, sin darle descanso a la mente y al cuerpo. Como dice el refrán para estas cosas: de que vuelvan vuelan. Esa noche, volaron, pero volaron bien lejos de mí y al fin pude dormir en paz.

La carta del río

Cuando Hugo Chávez se adentró en las tierras de los yaruros, quedó enamorado de aquellas tribus que habitaban las orillas del río Capanaparo. Casi nadie había visto a ningún militar pasar tanto tiempo con los indios. Pero el mayor Chávez escuchaba sus quejas, sus denuncias y también recibía consejos para moverse en la selva y aprendía de su cultura amenazada. Eran apenas unos 2.000 indios. Solían ser desconfiados con los hombres urbanos, y también con los guerrilleros y militares. Quinientos años de timos y abusos habían formado un nuevo carácter alejado, arisco, desconfiado.

En aquellos años, Chávez ya sobresalía por una cualidad extraordinaria: se ganaba de inmediato la confianza de casi todos quienes trataban con él. La memoria prodigiosa era su mejor aliada. Cuando se enteraba de que algún niño de la tribu enfermaba, Chávez se mostraba interesado por su evolución, los llamaba siempre por su nombre y cuando podía también les llevaba medicinas. Los indios, asentados en los poblados del estado Apure, en la frontera con Colombia, no estaban acostumbrados a recibir tanto interés y a casi nadie le importaba cómo se llamaban. Para la mayoría era un colectivo uniforme, gris, sin identidad individual. Todos eran uno, eran indios. Pero bien sea por amor a los nativos o por interés para conocer su zona de operaciones, Chávez procuró una cercanía especial con las tribus.

Quiso aprender algunas frases de su lengua así como había aprendido de memoria el grito de guerra de los indios caribe: «Anakarinarote annukon itotopaparoto mantoro». Era el llamado que recordaba la lucha de los pueblos indígenas. Solía decir que él era un poco variná, también quiba y yaruro, tres etnias indígenas venezolanas que campaban por el país antes de la llegada de los españoles. De eso presumía con los indios aunque no solía exaltar la otra rama de su mestizaje: su ascendencia europea. Uno de sus bisabuelos era rubio, alto, apuesto, según contaba en sus círculos íntimos.

El comando militar era visto con simpatía por algunas tribus porque se había enfrentado a los grandes terratenientes que tapaban los caños durante el verano para evitar que en invierno los pescadores, los campesinos y los indios pasaran por esas tierras a pescar. Chávez había ordenado eliminar todos los obstáculos para permitir que los indios y los pescadores siguieran pasando libremente. Por eso solían llamarlo «papa».

Cuando los indios empezaron a hablarle de mal de ojo, de enfermedades causadas por las envidias de los enemigos, Chávez supo que se había ganado su confianza. Con él, las tribus no temían a las burlas, le hablaban como a uno más. Y una confesión repentina por parte de un cacique, selló su confianza para siempre.

—Por estas tierras todavía rondan los espíritus de los indios asesinados y quemados. Y por las noches siguen navegando en sus canoas. Nunca los vemos. Ni a ellos ni a las canoas, pero se ve la estela de agua que dejan a su paso.

La tribu estaba convencida de que las almas de sus ancestros convivían con ellos y pululaban por aquellas tierras solo con el propósito de hacer justicia. Era lo que los campesinos llamaban las

ánimas de la sabana. A ellas le atribuían que muchas fincas cayeran en desgracia y no importaba quién las heredara o las comprara: estaban condenadas a las sequías y plagas constantes y los animales, a enfermedades y a la muerte. Tierra que fue robada a un indio jamás sería próspera mientras las almas de sus primeros dueños rondaran en ellas.

El hombre blanco siempre tuvo terror a las maldiciones de los indios. Creía que muchas fincas estaban tomadas por espíritus errantes: los espectros del Arauca y los fantasmas de las maporas eran solo algunos de los que repartían maldiciones. Pero Chávez se sentía confiado de que su amistad con ellos lo protegía de cualquier posible maldición.

Esos días, Hugo comenzó a ver cosas que el resto de sus compañeros eran incapaces. En el cajón del Arauca, recorrió caños, fundos y esteros mientras escuchaba los poemas-canciones de Pedro Telmo Ojeda que interpretaba su cantante favorito, Cristóbal Jiménez. Una noche, regresaba con su grupo de soldados de Puerto Infante, un pueblo bañado por el río Arauca, en la frontera con Colombia, tierra extensa, densa y frecuentada por guerrilleros. Se dirigían a la base militar de Elorza en una lancha surcando el ancho y profundo Arauca. Era medianoche cuando, en medio del río, Chávez divisa un enorme lomo. No estaba seguro si era una piedra o un caimán gigantesco. Pasaron rozando aquello que sobresalía del agua y Chávez notó un pequeño impacto. Pero nadie vio ni sintió nada. Había sido el único en alarmarse por aquella presencia extraña en medio del río.

Los días siguientes había regresado allí para comprobar si aquello que había visto en el medio del río permanecía en el lugar o se había esfumado. La posibilidad de que fuese una piedra era remota: ningún indio, ningún lugareño ni ningún militar había visto jamás una piedra en medio del Arauca. Pero Chávez estaba seguro de que no había sido una alucinación y al hacer una inspección a la hélice de la lancha se dio cuenta de que estaba doblada. Los días siguientes comenta el episodio con el resto de soldados y con sus compañeros militares, pero nadie le cree. Están convencidos de que en el mundo de Chávez, la realidad y las leyendas creadas por él mismo están delimitadas por una frontera desdibujada.

Los Llanos siempre han sido territorio de brujos. Dice Nelson Sánchez, amigo de Adán y de Hugo, que en Barinas, la tierra natal de los Chávez, por cada siete casas, hay un brujo. Se trata de una herencia cultural muy arraigada, casi tan antigua como los primeros asentamientos tras la colonización. Las mismas tierras en las que Hugo había visto fenómenos sobrenaturales habían sido el escenario donde Doña Bárbara, la temible hacendada, ostentaba el poder absoluto en la novela de Rómulo Gallegos. No solo infundía pánico por sus arbitrarios y crueles proceder sino también por su dominio de la brujería. Su asistente, el Brujeador, hacía los trabajos sucios que Doña Bárbara requería para ejercer su pleno dominio y era capaz de hacer enfermar a los animales con sus siniestros poderes sobrenaturales.

Doña Bárbara no fue más que un personaje literario pero Francisca Vázquez, la mujer que inspiró la novela, convivió entre la civilización y la barbarie en la Venezuela rural de principios del siglo pasado. En el hato Los Totumos forjó su fama de devoradora de hombres. Y desde aquellos años hasta hoy, brujos, brujeadores y curanderos gozan de gran respeto y también infunden temor.

En aquella zona, se había establecido la guerrilla colombiana. Uno de los deberes de Chávez era combatirlos, pero nunca se sintió identificado con su tarea de defender al presidente de Venezuela. En los primeros años de servicio, le tocó jurar lealtad a Carlos Andrés Pérez, un presidente que estaba saqueando al país para regalárselo a Estados Unidos, según pensaba el joven militar. En plena forma física, en 1977, Chávez meditó pasarse al bando guerrillero. Era explosivista, paracaidista y

estaba formado en guerra irregular. Leía al Che Guevara y escuchaba canciones de letras subversivas.

Pero un ataque repentino de Bandera Roja, una fracción guerrillera venezolana, lo hizo cambiar de parecer. Unos soldados compañeros de Chávez que dormían en Aragua de Barcelona, una pequeña población en el estado Anzoátegui, en el oriente del país, fueron acribillados mientras dormían. Chávez justificaba las muertes en combate. Eran consecuencia de la guerra, una suerte a la que muchos soldados y guerrilleros estaban expuestos, pero una emboscada a sus espaldas no podía ser considerada una lucha sino una masacre.

—La emboscada me volvió un torbellino y se me perdió el camino. ¿Por qué? A esos soldados los mataron cobardemente. ¿Qué guerrilleros son estos que matan así a estos pobres muchachos? Días después presencié el asesinato de un niño y un robo en una casa muy humilde en Sarare. Eso me hizo reflexionar sobre las causas de la guerrilla y leí al Che y leí a Mao para entender ese proceso —dijo Chávez años después al explicar sus inicios en el movimiento subversivo.

A mediados de los años ochenta, Hugo alternaba sus largas estancias en Elorza con visitas frecuentes a Caracas. Había comenzado a intensificar las reuniones conspirativas en la casa de Elisabeth Sánchez. Allí se citaba con exguerrilleros y líderes de la izquierda venezolana más radicales de la década de los sesenta, muchos de ellos reinsertados hoy en la vida política y económica del país. Los rumores de descontento militar corrían por todas partes y para los colaboradores más cercanos ya había dejado de ser secreto que el líder del movimiento conspirativo era Hugo Chávez.

También aumentaba la frecuencia de otras citas igual de necesarias para sus propósitos políticos: las que acordaba con Cristina Marksman. En las consultas, Hugo iba aprendiendo el significado de las cartas, de lo que comunicaban con cada posición. No era lo mismo un as derecho que al revés. Y los asuntos más complejos eran las combinaciones de las diferentes cartas que podían dar lugar a múltiples situaciones a las que solo Cristina, con su intuición prodigiosa, podía dilucidar.

Con el paso de las sesiones, la bruja de Hugo Chávez también iba descubriendo dotes ocultas hasta aquel momento. Cuando alcanzaba la abstracción absoluta, veía cómo los colores de los dibujos de las cartas comenzaban a transformarse. Las líneas negras se torcían y se desdibujaban, los azules palidecían y los rojos y los verdes se mezclaban en un confuso naranja que nublaba la visión de Cristina hasta el punto que solo lograba ver los bordes blancos de las cartas. Y, como una ventana hacia otra dimensión, contemplaba imágenes en movimiento, a veces lejanas y otras nítidas, pero siempre bajo un absoluto silencio. Los sonidos no existen en ese mundo.

En una de las consultas con Hugo, Cristina tuvo una de esas visiones. Al echar la baraja, en la cama de su hermana Herma, olió agua como huelen la lluvia los llaneros aunque esté a kilómetros de distancia.

—Te va a llegar una carta por agua, es decir, por mar o por río. Apenas la recibas, tienes que destruirla. No la abras ni la leas. Es un peligro muy serio para ti. Es más, ni siquiera debes mirar quién te la envía.

Hugo corroboró que Cristina había vuelto a ser precisa. No se protegía con declaraciones vagas ni generalistas, como otras brujas. Aunque también era cierto que jugaba con ventaja: conocía muy bien la vida y el carácter del consultado. No tenía que hacer preguntas para entender lo que las cartas le comunicaban ni para interpretar las visiones. Cada vez intentaba dar mayor detalle. Y eso parecía

darle buenos resultados.

Después de su descanso en Caracas, Hugo llegó a los Llanos olvidando la premonición. En aquellos días, uno de sus subalternos, el teniente Ramón Valera Querales, navegaba por el río Capanaparo, un afluente del Orinoco. Apenas había salido el sol y no hacía demasiado calor. Desde una curiara, una pequeña embarcación común en la zona, un hombre le pidió que se acercara.

–Teniente, venga que le tengo que entregar un encargo.

Valera Querales, giró la embarcación para acercarse al lugareño que llevaba un sobre de manila.

–Buenos días, teniente. ¿Cómo está la cosa?

–Aquí vamos, hermano. En la lucha.

Tal vez aquel hombre no sabía a qué lucha se refería pero cumplió con su cometido: entregar el sobre al teniente.

–Désele, por favor, al mayor Hugo Chávez.

–Sí, cómo no. ¿Quién lo manda?

–Entrégueselo al mayor, que ahí le explicará todo.

Al regresar con la carpeta, el teniente buscó al mayor Chávez para entregarle la encomienda.

–¿Quién te dio esto? –preguntó Hugo.

–Estaba en el río Capanaparo. Un hombre me pidió que se lo entregara.

Recordó, como un destello rápido, las últimas palabras de Cristina. Un escalofrío recorrió de repente la espalda de Hugo hasta esparcirse como un hormigueo por toda su cabeza. No pudo preguntar más y se dirigió a su habitación. Era un lugar reservado donde disfrutaba de privacidad. Había guardado libros que fue recogiendo con las historias del pueblo y que mantenía guardados en una repisa. También conservaba el retrato del Libertador Simón Bolívar, una bandera de los ejércitos de liberación campesina y un viejo ventilador. Los nervios y hasta cierto punto la emoción lo embargaban. Sacó el encendedor que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

A pesar de la advertencia de Cristina, Hugo abrió la carpeta. En su interior, encontró un sobre también de color marrón con una caligrafía irregular: «Para el mayor Hugo Chávez Frías». Al abrirlo, vio una inscripción en la franja inferior: «Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia». La misiva, escueta, sin demasiadas explicaciones, citaba a Chávez para una reunión un miércoles a la una de la madrugada. La guerrilla estaba interesada en mantener un primer contacto con aquel militar bolivariano cuya fama de conspirador ya había saltado al otro lado de la frontera. Se podía tratar de un pacto de no agresión o también de la petición de apoyo a la causa guerrillera.

Pero Hugo no dudó ni un momento y decidió seguir la advertencia de Cristina. Encendió un fuego, convirtió la carta en cenizas y las arrojó al río de donde había llegado la misiva.

Cuarenta días después, la puerta de la casa de Herma y Cristina fue golpeada con insistencia. También sonó el timbre. Herma inspeccionó por el ojo mágico de la puerta y se encontró con Hugo cargado de bolsas. Fue una sorpresa para ella porque esperaba a Hugo el día siguiente. Además, nunca tocaba la puerta sino que entraba directamente porque entonces ya disponía de las llaves de la casa y gozaba de plena confianza de las dos hermanas. Se había convertido en uno más de la familia

y no necesitaba anuncios previos.

Entró con prisas, venía sofocado.

–¿Qué pasó? ¿Por qué no abres la puerta? –preguntó Herma.

–Es que se me quedaron las llaves dentro del carro.

–Mira qué cargado vienes. ¿Qué llevas en esa bolsa?

–Esto es algo que traigo para la bruja más bruja de todas las brujas.

Se le veía contento, exultante. Hugo estaba convencido de que Cristina le había salvado la carrera militar y, como hombre detallista y cuidadoso con los agasajos, le traía un regalo. Herma insistió en saber, pero él no parecía demasiado interesado en responder sus dudas. Pidió clavos y un martillo y se dirigió a la habitación donde Cristina leía las cartas. Empezó a calcular dónde era el mejor lugar para colgar el regalo: una bruja de trapo, con su sombrero negro de punta y su escoba de paja. Hugo estaba emocionado, quería ver la cara de Cristina cuando llegara y se encontrara la bruja en su habitación.

Ese día, Hugo confirmó a su vidente la última premonición.

–¿Te acuerdas de la última sesión? ¿Lo que me dijiste de una carta que me iba a llegar por agua?

–Claro que lo recuerdo.

–Pues resulta que un pescador del Capanaparo me hizo llegar un sobre. Era de la guerrilla. Me invitaban a una reunión. Hubo una emboscada y un operativo militar y detuvieron a todos los que estaban allí y hasta hubo muertos. Ya te imaginarás lo que pudo haber pasado si hubiese ido.

De aceptar la invitación y de haber sido descubierto en una reunión con la guerrilla, su carrera militar y política se habría truncado para siempre. De haber sobrevivido, la destitución inmediata sería su destino seguro y el movimiento subversivo tendría que haber esperado quién sabe cuántos años más.

Hugo siempre fue muy celoso con la información que manejó para la conspiración que culminó con el golpe de Estado del 4 de febrero de 1992. Incluso ocultaba detalles a su amante y mano derecha en la preparación del movimiento, Herma Marksman. Omitía las reuniones con los sectores comunistas del país, con la izquierda venezolana más radical y también procuró mantener un cierto hermetismo con sus relaciones con la guerrilla. Hasta que, a raíz de aquellas cartas, Herma había descubierto las inclinaciones políticas de Hugo que habían permanecido ocultas hasta ese momento.

Hugo no solo hablaba con el espíritu de Maisanta sino que creía que lo protegía y lo acompañaba. Una vez íbamos en mi carro porque lo iba a dejar en Fuerte Tiuna y tuvimos una pelea de pareja. Al reconciliarnos, comenzó a soplar el viento muy fuerte. Y él me dijo: «¿Te das cuenta?, hasta Maisanta está contento si nosotros seguimos juntos».

–¿Enalteció la figura de Maisanta con fines políticos?

–Yo creo que sí.

–¿Lo adoraba más que a Simón Bolívar?

–Eso sí que no. Bolívar siempre estaba primero en su altar.

Entrevista con Herma Marksman, amante de Hugo Chávez durante diez años

Seis años antes de que me hicieran el santo, me impusieron el único collar que nunca me quité: el escapulario de Maisanta. Ni para bañarme me lo sacaba de encima, aunque estuviera viejo y roído. Ese era mi amuleto de guerra. Porque dirigir un país es una batalla constante, una lucha infinita como el legado de nuestros Libertadores.

Lo llevé mucho más tiempo que La Mano de Orula o que la cadena de oro de las seis herramientas que mandé a hacer en una joyería de Caracas. El 29 de febrero de 1992, tuve la primera visita en la cárcel desde que me metieron preso. Estábamos incomunicados en el Cuartel San Carlos. Fueron momentos muy difíciles, también entre nosotros, los dirigentes del movimiento. Me recriminaban mi rendición. Decían que me di por vencido muy rápido, que era un cobarde y que no quise arriesgar. Mis compañeros nunca entendieron que me sentí solo, que las radios fallaron, que estaba incomunicado y perdido en el cuartel. Sentía rechazo de su parte, tuve muy poco apoyo esas primeras horas hasta que el pulso de la calle comenzó a cambiar el ambiente. Nos lo dijo un cura que nos fue a visitar: «Fracasaron, pero en la calle ustedes son unos héroes».

La primera visita fue la de mi familia. Allí llegó mi mamá, mi papá, mis hermanos Adán y Argenis y mi primo Gilberto Lombano Domínguez.

Mis padres estaban muy preocupados por las condiciones en las que me encontraba, no sabían si comía y dormía bien. Fue un momento muy emotivo. Mi mamá, ya saben cómo es ella, parecía dura pero no se podía secar los lagrimones ese día. Yo subí en ascensor para encontrarme con ellos y cuando se abrieron las puertas, se me lanzó encima. No paraba de llorar y no me soltaba. Yo la intentaba consolar, pero era imposible.

Yo creo que eso de la oratoria y del don de la animación viene de familia. Ya saben ustedes que

a mí siempre me elegían para presentar la elección de la reina, para dar un discurso o cantar una canción en alguna fiesta de amigos. Ese día, Gilberto quiso hacer lo mismo.

Cuando nos dirigíamos a la sala de visitas, donde podíamos hablar de nuestras cosas, donde me esperaban los regaños de mi papa y mi mamá, Gilberto nos sorprendió a todos tomando las riendas de aquella reunión. Comenzó a reivindicar nuestra historia familiar, que también es la historia de los inconformistas, de los soñadores, de los guerreros del Llano. Y mencionó a nuestro bisabuelo común, Maisanta, que no era ningún bandolero ni asesino ni cortaba las cabezas de la gente y las exhibía en los palos de las sillas, como decían por ahí, sino que había sido un revolucionario, un soldado de la patria.

Dijo que el padre de Maisanta, el coronel Pérez, es decir, mi tatarabuelo, tenía una rara costumbre. Cada Semana Santa sacaba el viejo sable que había utilizado en las guerras zamoranas y lo clavaba en medio del patio. Ustedes saben que a mí siempre me gustó la historia y quise averiguar qué significaba eso pero nunca me dieron una explicación, aunque creemos que era una reivindicación familiar, un símbolo de que él había luchado por hacer a los campesinos libres y que sus descendientes tenían que asumir esa gesta, ese mismo compromiso.

Maisanta murió después de que en la cárcel el dictador que sembró los Estados Unidos aquí, Juan Vicente Gómez, lo mandó a alimentar con comida con vidrio molido. A Maisanta, que también era castrista, pero él de Cipriano Castro, el presidente que derrocó Gómez, le quitaron sus tierras por haber apoyado al presidente vencido. Le quitaron la finca La Marqueseña, llena de historias de guerrillas y de luchas. Me contaba mi abuelo que llegaron machete en mano, quemaron ranchos y le confiscaron todas las propiedades que pasaron al gobierno. ¿Se dan cuenta del atropello? Es una de las tantas arbitrariedades que tuvieron que sufrir los campesinos durante la historia reciente. Y mi abuelo, el hijo de Maisanta, también murió luchando por recuperar aquellas tierras.

Tras recordar ese pasado de sangre y familia que nos unía, Gilberto sacó de su bolsillo una bolsa muy pequeña. Era el escapulario que tenía la Virgen del Socorro, con la cruz de espadas y los laureles de la victoria. Se lo había cosido la madre de Maisanta y con él luchó en la guerra de la Revolución del «Mocho» Hernández en 1898. Era un escudo de guerreros, de soldados.

Entonces Gilberto se dirigió hacia mí y me pidió que bajara la cabeza. No estábamos en el lugar más adecuado para una condecoración. Era una sala pequeña, con la pintura caída y las sillas rotas. Pero el recinto era lo que menos importaba. Mi primo pidió silencio en aquel momento, me invitó a sentir de nuevo la sangre que dio vida a nuestra sangre y en ese momento lanzó su consagración:

—Primo, le impongo este escapulario de Maisanta. Él acaba de reencarnar en usted.

Mi abuela Rosa Inés fue la primera que me habló de Maisanta. Mi viejita, con esos ojos pícaros y ese pelo blanco (es como si la estuviese viendo ahorita, siempre llena de amor) pues ella preparaba en las noches la lámpara de kerosene y nos ponía a Adán y a mí frente a ella, en el patio. Allí nos contaba las historias del Llano, de las vivencias, de las raíces de uno. Una vez nos habló de un abuelo. Decía que se fue por allá a pelear con Ezequiel Zamora, que pasó por Sabaneta, mi pueblo natal, en marzo de 1859.

Zamora, ese gran socialista, ese luchador a caballo que intentó abolir los privilegios y hacer

una tierra de iguales, iba rumbo a Barinas, tomó esa ciudad, la liberó, constituyó un gobierno, proclamó la Federación y cantó el himno federal: «El cielo encapotado / anuncia tempestad / oligarcas temblad, / viva la libertad». La revolución inundó esta tierra. Cuando Zamora pasó a caballo por Sabaneta, con las trompetas sonando y los cascos de los potros levantando nubes de polvo, los campesinos lo vitoreaban, la gente del pueblo lo seguía, a pie o a caballo. «¡Vuelve Bolívar!», decían los viejos veteranos. Mi abuela Rosa Inés nos contaba: «Por aquí pasó Zamora». Pero ella, como mucha gente del pueblo, no hablaba muy bien de aquel abuelo.

–Dejó a la mujer y a los dos hijos pequeños y nunca más volvió. La pobre señora se quedó sola criando a esos muchachitos vendiendo topocho y buscando pescado en el río –nos contaba.

Eran las historias de esos hombres malos que dejaban a los niños a su suerte. Así le decían a uno. Y uno creció con ese temor y ese odio a la vez de los padres que dejaban abandonados a sus hijos.

Una noche nos contó la historia completa de ese abuelo, Pedro Pérez Delgado, que tuvo dos muchachos con una mujer llamada Claudina Infante. Nos dijo que teníamos «un abuelo malo». En realidad era nuestro bisabuelo y años después escuché cosas terribles de él. Decían que era un guerrillero, un delincuente, un asesino.

Pero cuando ingresé en la Academia Militar, decidí investigar quién era ese tal Pedro Pérez Delgado, al que llamaban Maisanta. Le decían así por su grito de guerra que era «Mai Santa», y que quería decir madre santa. Ustedes saben que a mí siempre me gustó la investigación y me encargué de hacer un buen trabajo, esos que ya pocos periodistas hacen. Era apenas un muchacho cuando iba con mi grabadora por los pueblos, preguntando a los señores mayores, de 90 años, lo que recordaban de Pedro Pérez Delgado.

–¡Ah, sí! Por ahí andaba con su caballo negro que le decían La Bala y sus dos perros: Perrondongo y La Chuta –me decían.

Maisanta fue uno de los hombres de Castro que se alzaron en armas. Bueno, Castro no era Fidel, porque Fidel no es tan viejo, ja, ¿verdad? Fidel entonces no era ni un espermatozoide, pues. Era Castro, Cipriano Castro, que se alzó en los Andes hasta Caracas y pasó por Barinas. Allí conoció a Maisanta y lo ascendió a coronel. Si fuera tan malo como dicen, no hubiese sido ascendido por un presidente de la República, digo yo. Si fuese un malandro, un delincuente, un matón de siete suelas, no obtendría semejante reconocimiento.

Aunque es verdad que Maisanta era un hombre duro y que no fue ningún santo. Vivió una Venezuela difícil, se crio en una sociedad compleja. Cuando tenía 15 años, un hombre del pueblo, un coronel de apellido Masías, dejó embarazada a su hermana, también menor de edad. Y no se quiso hacer cargo del muchacho. Se alzó, como decía el gran Cristóbal Jiménez en una de sus canciones. En aquel momento eso era una deshonra imperdonable para la familia y Maisanta le pegó cuatro tiros. Lo mató. Entonces tuvo que huir del pueblo porque lo andaban buscando para matarlo también. Un muchacho de 15 años, desorientado, de clase humilde. Solo le quedó una opción: irse a la guerra.

Y a aquel hombre que ya estaba casi muerto, poco le importaba irse a batir con cualquier enemigo. Con un poco de suerte, viviría algunos años más de los que le esperaban si se quedaba en el pueblo.

Él estuvo viviendo un tiempo en La Marqueseña, donde mataron a mucha gente,

revolucionarios, hombres de la patria. También estuvo en ese lugar Zamora, en 1859, en la Campaña Fulgurante. Una de las veces que pasé por La Marqueseña cuando aún estaba en la Academia Militar, me explicaron que Maisanta estuvo ahí escondido. Había encontrado un carro abandonado, un Mercedes Benz lleno de tiros y de plomo. Yo tenía apenas 21 años cuando descubrí unos libros abandonados en la maleta del carro. Decían que había sido de la guerrilla, que lo decomisaron después de un enfrentamiento de no sé cuántos muertos. Yo saqué todos esos libros e hice una biblioteca. Eran obras y pensamientos de la izquierda. Recuerdo que uno de ellos era «Tiempo de Ezequiel Zamora», escrito por Federico Brito. Zamora siempre fue el general del pueblo. De pequeño también disfrutaba de las historias del general. Me quedaba tranquilo escuchando los cuentos de la Guerra Federal, la Guerra de los Cinco Años y todas sus luchas para dar tierras a los campesinos. Bolívar, Zamora, Maisanta, es el mismo espíritu de un pueblo que persigue la libertad. Es la misma historia que se repite con el paso de los años.

La gente del pueblo recordaba a Maisanta tanto como recordaba a Zamora y algunos sabían que mi bisabuelo llevaba este mismo escapulario que cargo yo. Con él había huido, había salvado su vida y se había hecho soldado. Algo tenía ese cuero que lo protegió de sus perseguidores.

Ese era el mismo escapulario que a partir de 1992 comenzó a protegerme. Y con él, Maisanta también guió mi camino en medio de esta lucha dura y me enseñó a discernir entre mis enemigos, porque anduve en medio de ese vocerío desgarrador, entre César y Brutus, entre Caín y Abel, entre Cristo y Judas. A veces sentía cómo su espíritu me daba decisión para moverme en medio de tantas amenazas. Al final, él y yo éramos uno.

–En la cárcel, Chávez se la pasaba jugando a la ouija. Después comenzaron a hacer las sesiones de espiritismo.

–¿Cuál era el propósito de esas sesiones?

–Convocar a los espíritus libertadores y revolucionarios del pasado para que supuestamente los guiaran.

–¿Ustedes creían en esas prácticas?

–Algunos no creímos nada de eso pero otros otorgaban total credibilidad a las palabras de los espíritus que bajaban y hablaban a través de Chávez.

Entrevista con Yoel Acosta Chirinos, militar golpista y compañero de celda de Chávez

Cuando los líderes del golpe de Estado de 1992 fueron trasladados a la cárcel de Yare, a 30 kilómetros de Caracas para evitar crear una peregrinación de seguidores, comenzaron a organizar su rutina diaria para intentar fingir una vida normal. Los primeros días hacían casi todas las labores juntos, como una gran familia, pero poco a poco fueron dividiendo y organizando las tareas. Cada día, dos se encargaban de hacer la comida para todos y de limpiar las áreas comunes. Se coordinaban para elegir a los abogados y mantener el contacto con otras cárceles. Leían mucho e intentaban dar la mayor cantidad de declaraciones a los medios.

En las afueras del edificio anexo, donde fueron ubicados para que no estuvieran al alcance de los presos comunes, tenían una pequeña plaza y también un huerto. Algunos cultivaban tomates y pimentones, otros comenzaron a sembrar maíz. Solían salir a caminar al menos una hora y también a jugar fútbol.

Tres días a la semana recibían las visitas: jueves, sábados y domingos. Las listas de simpatizantes que deseaban conversar con los presos eran cada vez más largas y por esa razón el grupo intentaba organizarse por áreas de conocimiento. Casi todos querían ver a la única cara visible del movimiento, Hugo Chávez, quien tuvo la oportunidad de dirigirse al país en directo por las cámaras de televisión para reconocer su responsabilidad y rendirse. Poco a poco, cada preso fue tejiendo su grupo de amistades que casi siempre llevaban comida y libros.

Allí acudieron historiadores, profesores universitarios, economistas, escritores, periodistas. Y también llegaron evangélicos, curas, espiritistas y brujos. Casi todos los profesionales y aficionados del mundo mágico-religioso venían referidos por el capitán Ronald Blanco La Cruz. Hombre sosegado y aplicado (obtuvo la mejor calificación de su promoción), mostraba gran interés por el espiritismo y la ouija.

Las cárceles suelen marcar el carácter de quienes están condenados a vivir entre las paredes y los barrotes, y en el caso de Blanco La Cruz, que se convertiría al cristianismo, el cambio fue radical.

—Pude conocer a Cristo en la cárcel que es el sitio más duro de la vida. Y desde ese entonces he andado de la mano de él y aprendí que no se puede robar, que no se puede mentir, que no se puede matar. Y con esos principios ando desde que lo conocí verdaderamente. Antes de la cárcel pensaba que lo conocía, pero la verdad es que no era así —relata en tono confesional Blanco La Cruz.¹

A 30 kilómetros de Caracas, en Yare las coloridas máscaras, llenas de rojos, verdes, negros y amarillos, bailan cada Corpus Christi por todo el pueblo. Los diablos siempre terminan su procesión en el mismo lugar, en la iglesia del pueblo donde simbolizan la victoria del bien frente al mal. Es una de las localidades más conocidas en Venezuela por sus diablos y sus actividades folclóricas, símbolo turístico de la región. Pero en la cárcel, a seis kilómetros del pueblo, otras batallas entre el bien y el mal se libraban entre rejas.

Hugo Chávez siempre dijo que Yare había sido una cárcel muy dura. Y no mintió. Es una prisión hostil para los presos comunes, aunque no lo fue tanto para los militares encarcelados por la insurrección militar de 1992. Apenas fueron trasladados al recinto, el anexo comenzó a ser reformado para albergar a los militares golpistas. Los primeros días tuvieron que sufrir el desbordamiento de las aguas negras y ver cómo los excrementos se extendían por los baños los días de lluvia. También tenían el agua racionada, como el resto de la prisión, pero en pocas semanas sus problemas fueron solucionados. El gobierno instaló nuevas tuberías en el anexo de los presos militares y comenzaron a tener agua todo el día, según explica el capitán Luis Valderrama, uno de los líderes del golpe de Estado y compañero de Chávez en la Academia Militar, en *La Maisantera Chávez*, de Agustín Blanco Muñoz.

Nunca les faltó comida, ni la prensa de cada día que los reclusos querían devorar para tomar pulso a la actualidad política. Tampoco se privaban de televisión. Solían ver la telenovela *Por estas calles*, la primera en desterrar los tópicos de muchachas pobres enamoradas de hombres ricos, y que denunció los complejos problemas sociales que sufría Venezuela.

Los familiares de los militares presos se quejaban del trato humillante de los guardias de seguridad, que revisaban todo lo que ingresaban en las celdas. Pero poco a poco, los líderes golpistas comenzaron a disponer de artículos prohibidos: cámaras, teléfonos celulares y hasta armas. «Mi esposa metió una pistola en un sándwich», explica Valderrama en *La Maisantera Chávez*.

Los primeros días, casi todos achacaron el fracaso del golpe de Estado a la rendición prematura de Chávez. Estaban convencidos de que no luchó lo suficiente, de que los acontecimientos lo superaron. Era señalado y recibía reproches a menudo.

Un grupo también solía organizar oraciones a primera hora de la mañana, aunque Chávez nunca fue invitado. Ronald Blanco La Cruz era el más asiduo junto con el número dos del golpe, Francisco Arias Cárdenas, y Luis Valderrama. Blanco La Cruz se entregaba a oraciones bíblicas por el día pero por la noche celebraba otro tipo de rituales.

—Los primeros días hicieron varias sesiones de brujería y santería. Después, Chávez empezó a jugar a la *ouija*. Lo hacía casi cada noche, se la pasaba con ese jueguito —explica Yoel Acosta Chirinos, uno de los militares del grupo duro de Chávez, desde la habitación de un hotel en plaza Venezuela, en Caracas, que utiliza como oficina.

Cada vez que se organizaban las sesiones, las celdas olían a tabaco y los presos también

comenzaron a adquirir ron, una bebida necesaria para llamar a los espíritus venezolanos.

Ante la incredulidad de algunos, Chávez encarga a Ronald Blanco La Cruz que organice una sesión de espiritismo para comprobar sus dotes de *médium*. Fue la noche de un martes en que se debatía el liderazgo del grupo de cara a una posible candidatura presidencial. Los golpistas del 4 de febrero debían contar con un candidato. El postulante se elegiría entre Francisco Arias Cárdenas y Hugo Chávez. Cuando los compañeros entran en la celda de Hugo, se lo encuentran sentado en pantalones cortos en una silla fumando tabaco y con el amuleto de Maisanta que, desde el momento en que se lo impusieron en la cárcel, no se había separado de él. Hugo necesitaba el escapulario de Maisanta y el escapulario lo necesitaba a él.

Empezó a concentrarse, su respiración se hizo más intensa y, de forma repentina, surgieron los espasmos y unos bruscos movimientos en el cuerpo con los que hacía notar que un espíritu estaba entrando. Ronald Blanco La Cruz y el sargento Freites sujetaban la espalda a Hugo gritando de forma coordinada: «Que le den que le den ¡fuerza!, que le den que le den ¡fuerza!», tal como hacen los espiritistas en las montañas de Venezuela a ritmo del tambor para que el *médium* aguante físicamente la entrada del espíritu. Ronald Blanco La Cruz estaba detrás de Hugo en guardia por si la embestida del espíritu lo derribaba. Sus ojos se pusieron casi en blanco, y dejó de tener los espasmos cuando comenzó a hablar con voz de anciano.

–¿Cómo están muchachos? ¿Cómo les va por aquí?

–¿Mi general Bolívar?, pregunta Torres Namberg, uno de los presentes.

–No me ponga tan alto, responde Chávez en estado de trance.

–¿Mi general Maisanta?

–Claro, mijo, aquí estoy.²

Los militares organizaron al menos tres veces sesiones en las que bajó el espíritu de Maisanta, según aseguraba el *médium* Chávez. Si había algún asunto que causara una importante división de criterios en el grupo, se organizaba la sesión para que Chávez, a través del espíritu de su bisabuelo, aclarara el camino.

Fue el caso de la abogada Virginia Contreras, que en un primer momento fue juez suplente pero que después terminó llevando la defensa de la mayoría de los presos militares que participaron, junto con Chávez, en el golpe de Estado. Contreras mantenía reuniones con altos cargos del ministerio de la Defensa y comenzó a extenderse la sospecha entre los propios detenidos que podía ser una espía de la División de Inteligencia Miliar, DIM. Entonces, Ronald Blanco La Cruz tenía la ocasión propicia para organizar una nueva sesión en la que se volviera a manifestar el espíritu de Maisanta.

Para la ocasión, habían llevado botellas de plástico de refresco pero rellenas de ron, whisky y kalúa que habían entrado sin autorización a la cárcel. Las sesiones de espiritismo suelen ir acompañadas de alcohol, porque los espíritus tienen los mismos vicios de quienes los invocan. Blanco La Cruz llevó una foto de Virginia Contreras en la sesión en que Hugo Chávez volvió a entrar en trance.

–Mi general: queremos saber si esta mujer es buena –dijo Blanco La Cruz.

Chávez sujetó la foto con las manos, cerró los ojos completamente y se concentró mientras tocaba la fotografía y deslizaba sus dedos por toda la superficie como un invidente que intenta leer en braille. Entonces dio su sentencia.

–Esta mujer los va a ayudar, esta mujer es buena y esta mujer le gusta a mi nieto, así que déjenlo tranquilo –dijo Chávez en trance.³

La última sesión demostró, de acuerdo con los militares que más lo adversaron, que Chávez no era ningún *médium* sino que utilizaba las inclinaciones mágico-religiosas de sus compañeros para intentar manipularlos e imponer su criterio.

–Me acuerdo que Arias Cárdenas se reía. Yo también, pero había mucha gente que se lo tomaba en serio. Yo siempre estuve convencido de que Chávez no creía en nada de eso sino que lo utilizaba para manipular al resto del grupo que de verdad creía. Si Chávez iba a un país árabe era discípulo de Mahoma, si iba a algún país asiático era taoísta y en los países católicos era un seguidor de Cristo – explica Acosta Chirinos.

Pero al margen de su actuación pública y de una posible utilización de las creencias místico-religiosas de sus compañeros, Hugo siempre mostró en privado su inclinación hacia el contacto con los espíritus. Él creía tener el don de interpretar las señales exteriores de las ánimas y en especial la de Maisanta, que durante sus primeros años de conspiración se había convertido en su santo de cabecera.

–Él le pedía muchas cosas a Maisanta. En 1986, antes del día de la bandera, hicimos una reunión en Táchira con la que captaríamos a Francisco Arias Cárdenas para nuestra organización. Íbamos a comer, era tarde y el carro no encendía. Abrió el capó para ver si podía detectar el problema, pero tampoco vio nada extraño –explica Herma Marksman.

Entonces dio un golpe seco encima del vehículo y gritó:

–Bueno Maisanta, ¿qué pasa? ¿Me vas a dejar así? Haz algo.

En breves instantes, el automóvil encendió.

–Gracias, Maisanta –dijo Chávez sonriendo al entrar al auto. Y arrancó.

Con el tiempo, Hugo pareció cada vez más obsesionado con la figura de su bisabuelo. En el destacamento militar de Elorza, junto a la pintura del Libertador, mandó a colgar también la foto de Maisanta y exigía a los soldados que le rindieran tributo.⁴

Las sesiones de espiritismo en las que participaba Chávez no sentaron bien a todos los presos militares. En aquel momento, Chávez ya tenía tres hijos, una esposa, Nancy Colmenares, y una amante que todos conocían, Herma Marksman. La aparición de Virginia Contreras, una tercera mujer, no gustó a los más conservadores, que sospechaban que Chávez utilizaba las supuestas posesiones para manipularlos.

En aquellos días, dos famosos actores de telenovelas, Carmencita Padrón y Roberto Moll, pareja y predicadores del evangelio, visitaron la cárcel de Yare con un regalo para Luis Valderrama: el libro del Espíritu Santo. Carmencita Padrón, hoy alejada del evangelio, donde entró gracias al cantante José Luis Rodríguez, y entregada al contacto con extraterrestres, confirma que durante aquellos años llevó regalos de todo tipo a los reclusos militares: libros, biblias y estampas.

–El preso lee todo lo que le llesves porque no tiene nada que hacer. Y me he leído lo que es la

postura cristiana ante lo que es el fetichismo, la brujería y ese tipo de cosas. Y vi toda la aversión que había contra ese tipo de prácticas –explica Luis Valderrama.⁵

Después de haber leído el libro, Valderrama habla con Ronald Blanco La Cruz para intentar detener el incipiente movimiento pseudorreligioso dentro de la cárcel.

–Mira, Ronald, yo no creo en esto, yo no sé de espíritus buenos, ni malos ni burlones, porque yo no estoy formado en esta área, pero yo te voy a decir algo. Supongamos que todo lo que tú has dicho de la brujería es verdad. Si esto es un espíritu de verdad ¿cómo es posible que venga un espíritu aquí a tratar de imponer inmoralidades? Chico: esta es nuestra casa, aquí vienen nuestras familias, nuestros hijos, nuestras esposas. ¿Cómo puede haber aquí alguien con el propósito de pervertir el ambiente? Es un demonio y yo no quiero saber nada de eso. O esto es obra de un farsante o esta vaina es del demonio –dijo Valderrama al líder de las sesiones espiritistas antes de entregarle el libro que les había regalado Carmencita Padrón.⁶

Aquel momento fue el inicio del fin de las sesiones de espiritismo en la cárcel. Esa misma noche Ronald Blanco La Cruz decidió escuchar los consejos de su compañero y también leyó aquel libro. La mañana siguiente, Ronald Blanco La Cruz hizo una confesión íntima a Valderrama.

–Luis: leí el libro, me hiqué ahí y prometí a Dios que jamás en mi vida practicaría eso.

Desde ese momento, el promotor de las sesiones espiritistas transformó sus creencias por completo. Tras su salida de prisión, comenzó a simpatizar con la iglesia evangélica y tejió su nuevo círculo de relaciones en torno a las creencias religiosas. Dos años después de la llegada de Chávez a la Presidencia, Blanco La Cruz obtiene la gobernación del estado Táchira, fronterizo con Colombia, y donde el chavismo históricamente ha tenido más dificultades para ganar. Gestionó el estado bajo una premisa religiosa: «Dios te da abundancia si ayudas al pobre con alegría».

–Gracias a Dios pudimos estar ocho años en la gobernación. Lo que hicimos fue servir y el dinero nos rendía para todo. Una vez, el presidente (Chávez) me dice en qué puede ayudar al pueblo del Táchira. Y yo le dije «mire, tengo una demanda de 9.000 casas. Estamos dando 50-60 millones». Eran 30 millardos lo que necesitábamos, y él me dio como la cuarta parte. Nosotros estábamos finalizando el gobierno y todavía teníamos dinero para seguir entregándole a la gente. Dios prospera y le da abundancia al que le sirve, y él te respalda si tú eres fiel –añade Blanco La Cruz.⁷

Pero en la cárcel de Yare, el espíritu que más tiempo estuvo presente en las celdas de la cárcel fue el de Maisanta. Nancy Colmenares, la primera esposa de Hugo, llevaba al primo de Chávez, Gilberto Lombano, los jueves y sábados a las visitas. Un día, Luis Valderrama estaba en el pasillo que conducía a la salida de la cárcel cuando ve pasar al primo de Chávez.

–Bueno, que vaya bien, nos vemos el jueves si Dios quiere –dijo Valderrama.

–Y si Maisanta quiere –respondió Lombano

–¿Cómo que si Maisanta quiere, chico?

–Sí, sí. Si Maisanta quiere, nuestro Maisanta.

–No, no, compañero. Usted tiene una distorsión con ese pobre viejo. Mire, pídale a Dios para que esa alma salga del purgatorio y descanse en paz, ¡pero quítate esa mentira de Maisanta de la cabeza, chico!⁸

Hugo veía en Maisanta una historia de revolución novelada con la que compartía un vínculo

familiar. Su figura fue exaltada por primera vez por el historiador venezolano José León Tapia con el libro *Maisanta, el último hombre a caballo*. Se trataba de un linaje revolucionario que confirmaba la idea de que él estaba predestinado para continuar con las revoluciones de las clases desfavorecidas en Venezuela.

Desde la cárcel de Ramo Verde, Raúl Isaías Baduel, exministro de la Defensa, hombre de máxima confianza y compadre de Hugo, ratifica la enorme superstición que envolvía la figura del presidente.

—Nunca se quitaba el amuleto de encima. A él le atribuía todo tipo de poderes y también de protección. Era una bolsita muy vieja y desgastada —cuenta Baduel.

Pero los acercamientos de Hugo con los espíritus no comenzaron en la cárcel. La costumbre se remontaba a sus tiempos de conspiración, cuando solía hablar con sus héroes de cabecera. Los edecanes comentaban que lo veían hablando frente a los cuadros de los Libertadores, aunque sus compañeros nunca le confirieron demasiada importancia. Siempre creyeron que formaba parte de ese genio y figura, pintor, recitador, deportista, poeta, actor y cantante. En el fondo, era un gran intérprete y cualquier cosa que dijera o hiciera era percibida como un esfuerzo por construir su imagen de líder patriota, de defensor de los desposeídos.

Yoel Acosta Chirinos está seguro de que Chávez nunca confesó sus verdaderas inclinaciones religiosas, sus creencias profundas a ninguno de sus compañeros ni amigos. Y da una pista para seguir el mundo mágico del presidente.

—Sus mujeres son las únicas con las que él comentaba esas cosas. Ellas son las que te pueden decir la verdad.

Hugo solía dar grandes sustos a quien dormía bajo su mismo techo. En medio de la madrugada, podía estar fuera de la cama caminando como alma en pena, yendo de un lado a otro por los pasillos. Un sobrino de Herma que estudiaba derecho en la Universidad Central, y que esos días vivía en casa de su tía, fue despertado de forma repentina. Escuchó unas voces en la sala.

Donato Salas se acercó al comedor, temeroso de lo que podía encontrar. El miedo de sorprender a algún ladrón en casa suele dormir con cada venezolano. El muchacho se asomó al salón. Seguía escuchando voces. Parecía una discusión, a pesar de su tono silencioso, sosegado para no despertar a nadie. Cuando alza la mirada, el joven ve a Hugo despierto, apuntando con su arma a la pared. Completamente paralizado, observó la escena desde el silencio y la distancia. Hugo estaba dirigiéndose a una pintura de tinta china plasmada en una cartulina blanca de hilo.

—¿Cómo es posible que te hayas muerto tan joven, con tanto que quedaba por hacer? Estás muerto pero me provoca darte un tiro por habernos abandonado tan pronto —escuchó el joven, que rápidamente fue a la cama.

Al día siguiente no dudó en relatar lo sucedido a Herma Marksman.

—Tía, ayer Hugo me despertó en medio de la madrugada. Estaba hablando con mi pintura. Estaba hablando con el Che Guevara.

En el altar particular que Hugo iba construyendo con los ancestros, Bolívar ocupó el lugar privilegiado. En la Academia Militar, organizaba obras de teatro y comenzó a recitar los discursos de Bolívar. Incluso llegó a investigar su timbre de voz para imitarlo en obras de teatro. Y descubrió que no tenía el tono fuerte y robusto que había imaginado, sino más bien agudo, chillón.

Nedo Paniz, quien fue mano derecha de Chávez durante los años previos a llegar a la Presidencia, prestó su casa y su vehículo al candidato. Arquitecto y profesor de la Universidad Central de Venezuela, convivió con él muchas horas, le abrió su primera cuenta corriente y presenció de cerca la transformación del candidato al presidente. Paniz es amigo personal de Jesús Urdaneta Hernández y también tejió amistad con el resto de militares golpistas debido a su afición por el paracaidismo.

—Sus compañeros de celda me contaron que Chávez en la cárcel decía que él hablaba con Bolívar y con el Negro Felipe. Yo nunca lo escuché hablar solo pero no me extraña en absoluto que lo hiciera. Es más, estoy convencido de que lo hacía —explica Paniz.

Su idilio con Bolívar crecía al mismo ritmo con el que Hugo iba construyendo su propio mito. Cuando abría una botella de ron, una de sus bebidas favoritas, siempre echaba un chorro al suelo antes de servir. «Esto es para Simón Bolívar», decía. El acto de derramar alcohol en la tierra en honor a los muertos, a los familiares y amigos que ya no están, es un ritual muy extendido en Venezuela que a pocos extraña.

Pero poco a poco, el culto a la figura de Bolívar comenzó a adquirir un cariz preocupante para quienes seguían a Hugo en la aventura por lograr la Presidencia. En las reuniones de campaña cuando ya comenzaba a sentirse cerca del poder, solía dejar una silla vacía, a su lado, según explican algunos allegados.

—Que nadie se siente aquí. Esa silla será para que baje el espíritu del Libertador y nos guíe en las deliberaciones —decía Chávez a sus asesores de campaña.

Su exasistente no está seguro de si había algo de broma o de teatralización en ello. Pero ninguno de sus colaboradores cercanos durante la campaña llegó a considerar que el candidato deliraba ni mucho menos que estaba loco. Todos tenían la misma opinión. «Son vainas de Chávez».

Pero algunos de los compañeros que participaron en el golpe militar comenzaron a dudar de la salud mental del líder del país. Francisco Arias Cárdenas fue uno de los que más abonó la teoría de que el presidente estaba loco. Lanzó su candidatura contra la de Chávez en el año 2000 en una dura batalla electoral en la que recorrió junto con su esposa todo el país. La mujer de Arias Cárdenas paseaba en caravana por las calles de Venezuela mientras dibujaba con su dedo índice círculos al lado de la oreja. Era la señal de que el presidente estaba loco mientras coreaba al micrófono que debía ir a tratar su demencia a Cuba.

En aquellos días, el candidato había declarado que Chávez no se enfermó cuando llegó a la Presidencia, sino que su demencia venía de lejos. Arias Cárdenas hizo las mismas confesiones que

Nedo Paniz y ratificó que Chávez solía pedir dejar una silla vacía en las deliberaciones políticas para que fuera ocupada por el espíritu del Libertador Simón Bolívar.

El historiador Elías Pino Iturrieta también se hizo eco de la anécdota que se repetía cada vez que Chávez se reunía para designar grupos de trabajo o durante la campaña electoral. Pino Iturrieta confesó a Alberto Barrera y Cristina Marcano, autores de *Chávez sin uniforme*, la biografía no autorizada del fallecido presidente, que corroboró el episodio con al menos seis testigos diferentes. Todos coincidían en que el suceso era cierto y que en esas citas Chávez solía mirar a la silla vacía como si alguien estuviera sentado sobre ella.

En medio de la campaña, Hugo pidió a Nedo Paniz que lo acompañara a un viaje a la Gran Sabana. Fueron acompañados de las dos hijas mayores de Hugo: Rosa Virginia y María Gabriela. Hicieron el viaje desde Caracas en el automóvil de Paniz y acamparon frente a los tepuyes y con el sonido de las cascadas de fondo. La primera noche, Hugo invitó a Paniz a unos rones. Solía tomarlos secos, sin cola ni hielo. A veces bebía directamente en la tapa de la botella. Después de ofrecer ron a Bolívar y a Paniz, Hugo propone una caminata bajo las estrellas. Sus dos hijas se quedaron en el campamento y el candidato quiso dirigir el paseo.

Hablaban de la planificación de la campaña, de los mítines, de las necesidades y carencias de la política venezolana. Pero, de repente, Hugo interrumpe el hilo de la conversación. Se detiene y se gira hacia su acompañante.

—¿Sabes qué? Te voy a contar algo que nunca le he dicho a nadie.

—¿Y qué será eso?

—Yo soy la reencarnación de Ezequiel Zamora.

—¿Qué dices Hugo? Déjate de pendejadas. ¿Qué es eso de la «reencarnación de Ezequiel Zamora»?

—Te estoy hablando en serio. Yo soy la reencarnación de Zamora.

Paniz dice recordar exactamente el ritmo y las palabras de aquella intimidad. «Primero dijo Ezequiel Zamora. En su segunda afirmación, el nombre ya había desaparecido. Dijo Zamora, a secas».

La confesión sobre sus creencias en vidas pasadas era inédita. Nadie recordaba que hubiese dicho algo así, ni siquiera Herma Marksman, su amante durante una década. Pero revisando recientemente entre las cartas de amor que conserva de Hugo, Marksman se detuvo en una frase reveladora. En medio de las líneas en las que su amante le pide perdón por haberla desatendido durante los últimos meses, termina su misiva de la siguiente manera:

Yo, pasajero y tripulante de esta nave que viene de los siglos, apurado siempre de proa a popa, de estribor a babor, cuidando las velas rotas por el viento, achicando el agua que pueda hacerla hundir, generalmente no presto atención al relámpago. Siento su calor. Me orienta su luz. Pero a ti, amor, que lo generas, no dedico el tiempo que mereces.

—¿Te das cuenta? «Esta nave que viene de los siglos». Hugo creía firmemente que él estaba completando la misión histórica de sus antepasados, de los héroes y militares que llegaron antes que

él –razona Marksman.

Muchos de quienes lo acompañaron antes de la Presidencia observan todos estos fenómenos como la imagen divina construida por el propio Chávez para impregnar un aire místico, casi religioso a su persona y a su candidatura.

–Lo dice Jesús Urdaneta que durmió con él muchas noches: era un cuentero, un teatrero. Si hubiese sido actor, tendría un Óscar –asegura Paniz.

Pero otros testimonios contradicen la visión de Paniz y sus colaboradores. En ocasiones, Hugo parecía actuar para él mismo. En la época de la primera campaña electoral, en 1998, cuando visitaba hasta cuatro ciudades por día, pedía con frecuencia arroz con plátano en el almuerzo. Y cuando se quedaba solo en las habitaciones de los hoteles donde se hospedaba, solicitaba dos raciones. Una alta responsable que trabajó en aquel momento de la mano con el equipo de Chávez, sorprendió un día a Hugo en su habitación, con los dos platos sobre la mesa y entablando un diálogo, con la vista clavada en el cerro Ávila. La trabajadora se percató de que en la habitación no había nadie. Estaba Hugo Chávez frente a la ventana. La escena fue suficiente para que sacara sus propias conclusiones. «Estaba hablando con Bolívar».

—Cuando Chávez llegó al poder, aumentaron las relaciones con Cuba y la línea aérea tuvo que inaugurar dos vuelos a La Habana. Los militares me pedían que les regalara pasajes como favor personal. Yo pensaba que eran viajes de trabajo, pero cuando abrimos oficinas allí, nuestros empleados cubanos nos contaron el verdadero motivo de sus viajes.

—¿Cuál era?

—Iban a hacerse el santo, es decir, se iban a iniciar en la santería.

Entrevista con Ramón Barrios, ex vicepresidente de Operaciones de Aeropostal

El rostro de Bolívar estaba detrás de él, haciéndole sombra, como era frecuente. Llevaba una camisa roja y una chaqueta azul oscura, que parecía negra ante los focos intensos de las cámaras. Su voz no era la habitual, porque parecía más sosegada. Expiraba suavemente cada sílaba, como si intentara no despertar a alguien que duerme. A pesar de su comunicación íntima, se estaba dirigiendo a todo el país.

El padre Bolívar. Bolívar. Hemos visto a Bolívar. Sus restos. (La cámara hizo un acercamiento al rostro del Libertador, que el pintor quiso capturar despeinado por el viento). Yo he tenido algunas dudas, cómo no. No soy el primero a lo largo de estos años. Pero anoche viendo los restos de Bolívar, el corazón me dijo «sí, soy yo». Y recordé a Neruda, mirando el esqueleto, mirando el cráneo, mirando el espacio donde estuvieron los ojos. Y le pregunté en silencio, orando, aquella pregunta de Neruda, del gran Pablo Neruda. Le pregunté: «Padre, ¿eres tú, o no eres o quién eres?». Y me respondió el mismo Neruda, desde el corazón: «Sí, soy yo, pero despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

El salón Ayacucho, en el Palacio Presidencial de Miraflores, estalló en aplausos. En ese momento terminó su ceremonial, casi en tono de oración. Y volvió a su faceta de batallador, al ataque ante las cámaras.

Claro que, desde anoche cuando hice pública por @chavezcandanga la información, y más tarde dije a los ministros transmitan en vivo como a las dos de la mañana, tres de la mañana (...) empezaron por aquí por el Twitter y algunos medios de comunicación: «Chávez está dirigiendo un acto de brujería». Son unos enfermos. Es una enfermedad la que tienen. «Brujería, es una brujería». Aun cuando el 80%, el 90% de los mensajes, la mayoría de gente tocada espiritualmente y diciendo «¡Viva Bolívar!» y «retuiteando» el mensaje que se me ocurrió enviar, porque hombres como Bolívar no mueren. Esos restos que están ahí, eso no está muerto. Es algo así como aquella obra del gran escritor venezolano Isaac J. Pardo que se llama «Fuegos bajo el agua», son fuegos bajo el agua, o aquella obra de Miguel Otero Silva: «La piedra que era

Cristo». Esa piedra es Bolívar vivo, y vivo en nosotros, y vivo en los que estamos luchando hoy porque hombres como Bolívar trascendieron el tiempo. Él mismo lo dijo: mis angustias vivirán en el futuro.

El rumor de que Hugo Chávez practicaba actos de santería y brujería en el Palacio de Miraflores lo persiguió durante los últimos años de su vida. A pesar de las críticas dirigidas a quienes le atribuían estos actos, el escenario, las palabras utilizadas y las imágenes de la exhumación que se habían transmitido el día anterior por cadena nacional a las tres de la madrugada, expandieron la creencia de que el presidente buscaba algo más que explicaciones científicas.

—Fue un momento de confesión pública, un rito palero (rama de la santería que practica rituales con huesos humanos) en toda regla, el clímax del culto a los ancestros, a los nativos. La noche pertenece a los muertos. Eso lo saben todos los santeros y también lo sabía Chávez. Por eso lo hace de madrugada. Forma parte del común de los venezolanos: hablar con los muertos. Y él siguió el arquetipo —explica Santos López, un reconocido santero venezolano, que recibió apoyo económico de gobiernos locales y regionales chavistas para la celebración de FITA, un evento internacional de tradiciones afroamericanas organizado entre el 2003 y el 2008.

La celebración tenía como principal atractivo la visita de unas 500 personalidades de este ámbito de todo el mundo, sacerdotes santeros (babalawos), vudús y sanadores que hacían consultas espirituales. Y recibió apoyos de la alcaldía de Maracay y de la gobernación del estado Aragua, ambas bajo el control chavista. La inyección de dinero público para la organización de este tipo de actividades evidenciaba, al menos, una simpatía por parte del gobierno.

Pero los ritos y las consultas también pueden ser una excelente herramienta de estrategia política. Militares y personal de seguridad próximo al círculo presidencial asistían a la citas de los santeros internacionales, acudían como público a sus bailes pero también se hacían consultas secretas. Desde un hotel en la ciudad de Maracay, en el centro del país, los sacerdotes de la santería lanzaban mensajes políticos, interpretaban la nueva realidad nacional y se atrevían a vaticinar el futuro del presidente. Una de las predicciones daba por hecho que Chávez «tendría mucha inseguridad».

Las consecuencias no tardaron en llegar. El círculo cercano del presidente llamó a López para pedirle explicaciones acerca de esa predicción y exigieron una aclaración sobre el significado del término «inseguridad»: «¿Se trataba de un golpe, de una conspiración en marcha o de problemas de seguridad en el entorno del presidente?». López, un conocido santero incluso fuera de las fronteras de Venezuela, tuvo que explicar que simplemente era una revelación del Ifá, el oráculo ancestral de las tribus nigerianas con el que se predice el futuro.

Hugo Chávez siempre supo casar su vida personal con la de los ancestros. Después de ganar sus primeras elecciones, el 6 de diciembre de 1998, decidió que antes de la investidura, el 2 de febrero de 1999, debía iniciarse en la masonería. Las grandes transformaciones que había preparado para el país no solo requerían todo su esfuerzo y trabajo sino ayuda espiritual que, tal como había escuchado, también había sido utilizada por Simón Bolívar.

Los santeros que ya empezaban a tener contacto con Chávez le habían contado una versión histórica extendida en el mundo de la santería. Según esta interpretación, cuando Simón Bolívar estuvo en Haití, el prócer Alexandre Pétion, aliado de Bolívar y defensor de los derechos fundamentales de los esclavos en América, lo inició en el vudú. No hay ningún documento ni prueba, tan solo la tradición oral de que Bolívar fue bañado por sangre de toro, un acto que le habría aportado la fuerza para vencer en sus batallas. Es una historia a la que muchos santeros confieren

credibilidad.

Unas semanas antes de la toma de posesión de Hugo Chávez, un grupo de militares se acercó a una logia de masones en la urbanización Altamira, en Caracas. Se trataba de un grupo reducido encabezado por Hernán Grüber Odremán, emisario del presidente electo y máximo líder del segundo golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez, el 27 de noviembre de 1992. Grüber Odremán había pactado una cita con el «venerable maestro» Fermín Vale, el líder espiritual de la logia, para transmitirle una solicitud verbal: «Hugo Chávez quiere iniciarse en la masonería y ha elegido esta logia para llevarlo a cabo».

Vale, primo del exvicepresidente y hombre de confianza de Chávez, José Vicente Rangel, era «maestro de la masonería primigenia» y había conservado las normas y rituales de los próceres de la independencia. Ellos fueron los primeros líderes americanos que se habían adentrado en los caminos espirituales para pedir ayuda en sus guerras terrenales. Hugo quería iniciarse en la masonería del modo más parecido al que –según esa tradición oral– lo habían hecho los libertadores.

–Normalmente los miembros de la logia debaten la conveniencia o no de aceptar a un nuevo miembro. Pero por la investidura del personaje, en ese caso había poco que discutir. De inmediato se aceptó el ingreso –comenta uno de los antiguos miembros de la logia que prefiere mantener su nombre en el anonimato.

Pero el grupo tenía unas estrictas normas que imponía para aceptar al aspirante. Y, entre las condiciones que comunicaron a Grüber Odremán, se encontraba aislar durante unas horas al presidente electo de la escolta de Casa Militar que lo custodiaba día y noche. El contralmirante envió el mensaje de la logia pero fue rechazada por quienes velaban por la seguridad del futuro mandatario. El anillo de vigilancia no estaba dispuesto a dejar a Hugo Chávez a solas en manos de cuatro desconocidos. La logia se negaba a que el ritual fuese presenciado por militares, así que Chávez buscó otra opción para la iniciación. Los masones veteranos están convencidos que la logia elegida fue la de Sol de América, en el centro de Caracas, a la que pertenece el exalcalde de Caracas y dirigente del Partido Socialista Unido de Venezuela, PSUV, Freddy Bernal.

Bernal, expolicía y durante muchos años hombre fuerte del chavismo, ha salido de la primera línea de la política. De aspecto introvertido, suele ir con vestimenta informal: franela y jean. Su cuerpo parece trabajado con la práctica de algún deporte o con las máquinas de pesas de los gimnasios. Lleva dos teléfonos celulares sujetos al cinturón y suele comprobar si tiene mensajes o llamadas nuevas de forma repetida. La dicción de Bernal es peculiar. Pronuncia las eses de forma similar a como en España se pronuncian las ces y las zetas, lo que le puede conferir una imagen inocente, que poco corresponde con la realidad.

Bernal es un hombre duro y sobre sus hombros cayó la responsabilidad de organizar los círculos bolivarianos durante los años de mayor tensión política en Venezuela, a principios de la década pasada. A esos grupos se les atribuyó el manejo callejero de las armas, la intimidación a la oposición.

Me acerco a Bernal en un acto del Partido Socialista Unido Obrero de Venezuela, creado como plataforma de apoyo a Hugo Chávez. Acepta las preguntas. No pone barreras, aunque escucha y observa con gesto de precaución, casi de desconfianza. No niega su pertenencia al grupo masón pero tampoco confirma que Hugo Chávez haya solicitado un ritual de iniciación. Apartado de las decisiones importantes del partido, evita dar más información de la necesaria.

–No lo puedo asegurar ni desmentir. No sé si acudió allí o no. Yo soy miembro de esa logia y lo que sí te puedo confirmar es que no tratamos temas políticos ni religiosos, solo filosóficos –explica Bernal.

Desde la llegada de Hugo Chávez al poder, en 1999, las relaciones entre Venezuela y Cuba comienzan a intensificarse. Los militares viajan con frecuencia a La Habana para adiestrarse y formarse y crece el intercambio comercial y de pasajeros. La extinta línea aérea venezolana Aeropostal había inaugurado aquellos días dos vuelos semanales a La Habana: los martes y los jueves. Y desde entonces la gerencia de la línea aérea comenzó a recibir peticiones de altos militares.

–Querían viajar gratis a La Habana. Todos recibían algún tipo de curso de formación: inteligencia militar y seguridad interna, entre muchos otros. Me pedían pasajes gratis a cada rato. Y nosotros, para no tener problemas con el gobierno, se los teníamos que dar –explica Ramón Barrios, quien fue vicepresidente de Aeropostal y que acompañó a Hugo Chávez durante sus primeros viajes a La Habana.

Servicial, respetuoso y hasta temeroso del alcance de la santería, Barrios había sido director del aeropuerto de Maiquetía, en las afueras de Caracas, el principal del país, a principios de los años ochenta. Conocía muy bien el funcionamiento de la terminal aérea y del propio gobierno. Barrios también había sido uno de los observadores del primer partido de Hugo Chávez, Movimiento Quinta República, MVR, en las elecciones presidenciales de 1998.

Con los primeros años de Chávez en el poder, el auge del tráfico de pasajeros hizo que la línea aérea abriera una oficina en Cuba que contaba con seis trabajadores, tres de ellos practicantes de la santería. Al entablar una relación de confianza con el equipo, Barrios comenzó a descubrir que los supuestos cursos de formación de los altos mandos militares venezolanos, en realidad, tenían un propósito oculto.

–Me dijeron que las delegaciones venezolanas iban a Pinar del Río para hacerse limpiezas e iniciarse en la santería. Luego regresaban a Caracas con sus collares y no los ocultaban. Todo lo contrario. Se comenzó a generalizar la creencia de que si tenías la pulsera de Babalú Ayé (deidad de la religión yoruba), eras más de la revolución y estabas mejor considerado por tus superiores –explica.

Cuando Hugo Chávez afrontaba los primeros meses de gobierno, Aeropostal organizó un encuentro de empresarios en Cuba al que asistió el presidente. El evento se celebró en el hotel El Nacional, al lado del hotel Habana Libre. Barrios, abogado, criminólogo y doctor en Derecho, asegura que ese viaje fue el que tendió los puentes entre los santeros cubanos y Hugo Chávez y que transformaría la forma de hacer política en el país.

–Fueron seis militares a hacerse el santo (iniciarse en la santería). Podría decir que también fueron Luis Miquilena y José Vicente Rangel porque el jefe de la Casa Militar de aquel momento me había dicho que iban a una reunión secreta –añade.

En poco tiempo, un rumor circulaba de forma permanente e insistente tanto en las élites como en las clases populares: Hugo Chávez se había hecho el santo, es decir, se había iniciado en la santería en Cuba.

El santero cubano Carlos Valdés, que huyó en 1994 en una balsa hacia Miami, asegura haber presenciado la ceremonia que consagró a Chávez dentro de la santería en Cojimar, una población a

siete kilómetros de La Habana. Dice que asistió como ayudante en el ritual en el que Chávez dio de comer a los santos, es decir, realizó sacrificios animales para los orishas.

El primer acercamiento de Hugo Chávez con los santeros cubanos se habría producido en una visita del entonces candidato al hotel Habana Libre donde, según Valdés, Hugo fue invitado a una comida.

–Le encantó el pollo que le sirvieron y pidió hablar con el cocinero, de nombre Apito, que era homosexual y gago, extremadamente gago. Tuvieron conexión y pasaron de hablar de la comida a temas espirituales. Apito, hijo de Eleguá, era babalawo –explica Valdés en entrevista telefónica desde Miami.

El santero, conocido en el sur de la Florida entre la comunidad cubana, explica que la iniciación de Chávez en esa religión no es ningún secreto entre los sacerdotes de la santería de la Habana del Este. «Es un secreto a voces», asegura.

Pero otro babalawo cubano residente en Miami y que tuvo relación con el chavismo, asegura que el comandante fue iniciado en la rama de la palería (que hacen rituales con huesos humanos) en la Academia Militar de Caracas. «Se sacrificó un chivo para Eleguá, una chiva para Obatalá, un chivo para Ochún y también un carnero, una gallina y un pato», explica José Medina, babalawo cubano que muestra el primer cartel de campaña electoral de 1998 firmado por Hugo Chávez en el que lo nombraba como «compatriota y amigo».

Medina coincide en que el babalawo Apito fue quien inició a Chávez en la santería y asegura que, tras él, siguieron el camino otros altos dirigentes de la política venezolana como el general Manuel Rosendo, el exministro de la Defensa Lucas Rincón, y el exvicepresidente Luis Miquilena.

En aquellos días Aeropostal contaba con 400 trabajadores en el aeropuerto Simón Bolívar, y en menos de un año, la mitad comenzó a vestir ropa completamente blanca y a mostrar sin pudor los collares santeros. Era la vestimenta de iniciación en esta religión, heredada de los esclavos africanos, pero transformada en Cuba tras cinco siglos de colonización y mestizaje. Los empleados comenzaban a negarse a llevar el uniforme de la compañía y reclamaron poder vestir de acuerdo con sus nuevas creencias. Se trataba de una subversión religiosa. O tal vez de una revolución.

Entonces Barrios, que también había practicado la santería años atrás, volvió a mostrar sus collares.

–Si ven que eres santero, te respetan mucho más como jefe.

Poco importaba el cuándo y el dónde. Para los seguidores de la nueva religión que se extendía con fuerza en Venezuela, no había lugar a dudas. Ningún desmentido ni versión oficial era capaz de negar la contundencia de los metamensajes, la evidencia de la vestimenta y el discurso. Era irrelevante si fue en Caracas o en La Habana, si fue en 1994 o en 1999. Todos estaban convencidos de que Hugo Chávez ya se había convertido en santero.

–De que Chávez se consultaba y hacía esas cosas, no tengas la menor duda.

–¿Se inició en la santería?

–Sobre ese tema, si él nunca lo dijo públicamente, no voy a ser yo quien lo comente.

Noel Márquez, presidente de la Fundación Grupo Madera y amigo personal de Hugo Chávez y Nicolás Maduro

Cinco años después de la llegada al poder de Hugo Chávez, el auge de la santería cubana en las élites gubernamentales fue descendiendo hasta alcanzar los sectores populares que siempre habían tenido cercanía con lecturas de cartas, la invocación de los muertos y el espiritismo.

–Se convirtió en la religión oficial del chavismo –explica Germán Ramírez, un santero venezolano que organizó durante varias décadas una fiesta anual en honor a Santa Bárbara-Changó en el Círculo Militar en Caracas a la que asistían altos cargos militares.

Ramírez gozaba de amplios privilegios en el seno de la Fuerza Armada que fueron ganados por su fama de reputado santero. La fiesta a Santa Bárbara-Changó lograba reunir a los altos representantes del país. Por allí pasaron ministros, mandos militares, damas de la alta sociedad para algunos y viejas *catatúas* para otros. Todos comían los mejores entremeses y bailaban animados por orquestas de primer nivel y artistas como Oscar de León, Fania All-Stars y Celia Cruz. Durante quince años la celebración se organizó en el Salón Venezuela, el más amplio y reservado para ocasiones especiales y eventos de gran concurrencia.

–Había la mejor música y una comida exquisita. La gente iba vestida de gala. A Santa Bárbara la poníamos en el centro de la pista de baile y estaba toda la noche escoltada por cuatro militares en cada esquina que le hacían la guardia. Tenían que hacer turnos. Estaba rodeada de frutas de todo tipo: naranjas, melones, parchitas, piñas, patillas, lechosas, cambures... era una decoración copiosa y variada para atraer la abundancia. Entre baile y baile, los asistentes le fumaban el tabaco. Era un bochinche, pero a Santa Bárbara le encanta la fiesta y el bochinche –explica Ramírez.

La fiesta gozaba, al igual que Germán, de privilegios inusuales. Hasta hace pocos años, el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, se celebraba puntualmente en el recinto. Pero el 27 de noviembre de 1992, cuando Hugo Chávez cumplía condena por el golpe de Estado del 4 de febrero, otro grupo de militares se rebeló e intentó derrocar por segunda vez a Carlos Andrés Pérez. La acción, también fracasada, obligó al entonces presidente a suspender las garantías constitucionales, a prohibir las reuniones y a decretar el toque de queda.

Pero la fiesta de Santa Bárbara, una tradición esperada todo el año por creyentes y fiesteros, no podía detenerse por una prohibición presidencial. De modo que el santero aristócrata, como lo habían bautizado los cronistas sociales caraqueños de la época, pidió ayuda a sus amigos militares

para que permitieran organizar la tradicional cita. La ley siempre ha sido dúctil en Venezuela y cuanto más cercanía se alcance con la alta dirigencia, se convierte en más maleable.

—Al final se hizo como todos los años y ni el toque de queda logró impedirla —explica Ramírez.

El santero de los militares fue promoviendo el culto dentro de las Fuerzas Armadas. Y los altares de Santa Bárbara, ícono católico pero también santero, se multiplicaban en los pasillos y despachos de las instituciones militares.

Los dos clérigos cubanos que aseguran haber presenciado los rituales de iniciación de Hugo Chávez en la santería difieren en algunos detalles pero coinciden, sin equívocos, en que el comandante era el hijo de Changó.

La convicción de los santeros del poder también llegó hasta los barrios de Caracas donde se manejaba la misma información que en las élites. La creencia multiplicó la popularidad de la deidad africana y la santa católica hasta ser la favorita en las tiendas de santería.

Changó es un espíritu guerrero, dueño de los truenos, al que se le atribuye la fuerza y la virilidad. Los policías, abogados y militares que se inician en la santería casi siempre tienen una opción clara: quieren que Changó sea su padrino, su guía. En algunas comisarías de Caracas hay pequeños altares donde casi siempre está Santa Bárbara y Changó. Una parte importante de los policías que deben realizar operativos en los barrios más peligrosos invocan a Changó antes del enfrentamiento con los delincuentes. Le piden que los haga invisibles frente a los malandros y muchos de ellos dan fe de que las peticiones son efectivas y que, siempre que se encomiendan, salen ilesos.

«Changó es el orisha con más características humanas y terrenales, capaz de ser muy violento y tener una vida sexual muy marcada de erotismo. Fue en su tiempo un rey tirano, guerrero y brujo. La deidad del trueno, fuego y virilidad. Fue el cuarto rey del imperio Oyó, un poderoso Estado de la región Occidental de África. Después de su muerte, fue reedificado y ascendido al estatus de orisha».²

El detalle de las cualidades atribuidas en vida a Changó da una idea de por qué Chávez lo eligió como padrino o viceversa, según la convicción santera. Pero la popularidad de la deidad también se extendió en los sectores donde se impone la delincuencia. En los barrios más violentos de Caracas, la adoración a Changó creció de forma vertiginosa durante el mandato de Hugo Chávez. Enclavado en Las Minas de Baruta, en medio de una de las barriadas más populosas de Caracas, Benito Delgado, un veterano santero canario residente desde hace muchos años en Venezuela, regenta una tienda muy concurrida y rentable: vende todo tipo de santos y orishas. Changó es uno de los más solicitados. Delgado no es chavista y cuando criticaba al gobierno, solía recibir la misma reprimenda de sus vecinos: «no hables mal de tu hermano, que también es hijo de Changó».

Las Minas de Baruta es una barriada pobre, con grandes carencias de infraestructuras. Sufre, como la mayoría de las zonas populares, graves problemas de inseguridad. A pocos sorprende que el alto consumo de alcohol y las fiestas callejeras, junto con los enfrentamientos de bandas de delincuentes, terminen con varios muertos cada semana. Casi todas las viviendas han sido producto de la autoconstrucción y el color ladrillo se impone en la barriada. Las tonalidades naranjas tiñen las montañas alrededor de Caracas como una marca clara, como un resaltador de las zonas donde han crecido la pobreza y la exclusión. Pero con el gobierno de Chávez, los barrios parecen sentirse más atendidos. Bien sea por el discurso de inclusión o por algunos planes sociales entre los que destacan módulos de salud regentados por médicos cubanos, los habitantes suelen simpatizar con el chavismo.

En medio de esa realidad social, Benito Delgado, saca adelante su humilde pero próspero negocio. Ramas, santos, vírgenes, velones, Cristos y figuras de Hugo Chávez. Allí se venden todos los elementos necesarios para montar un altar popular, para pedir un mejor trabajo, para amarrar a la persona que se ama o para hundir a los peores enemigos. El negocio del santero Benito vive de la venta de la esperanza, del progreso, de la felicidad, algo a lo que muchos venezolanos no pueden acceder por los cauces habituales.

Desde mediados de la década pasada, el comercio de Delgado experimentó un repunte en las ventas, en especial entre los empleados públicos, donde la santería penetró en casi todos los escalafones. En los ministerios, en el Banco Central, en Petróleos de Venezuela: cerca de los despachos más importantes, siempre merodean santeros.

—Por lo general, vienen por lo mismo: para ascender, para conseguir un mejor trabajo, para atraer dinero y contra la envidia. Aunque son socialistas de discurso, estas son las cosas que les preocupan realmente —explica Delgado.

De los altos pilares, el ejército espiritual de deidades y santos también bajó a las barriadas más olvidadas. En los hogares de los delincuentes de las zonas populares de Caracas, Changó ha sido desplazado por el malandro Ismael. Su gorra girada de medio lado, una pistola visible en la cintura y un cigarro de marihuana en la boca lo distinguen del resto de santos.

Se ha convertido en un protector cotizado. Delgado vende una docena de las figuras de Ismael por semana. Los hay de yeso, los más baratos, y los «barrocos», de mejores acabados e importados de China. Las vendedoras dan fe del poder que emana del malandro, sea de yeso o sea chino.

De Ismael se sabe que fue un malhechor asesinado hace 30 años y enterrado en el Cementerio General de Sur, en Caracas. Su tumba se ha convertido en un centro de peregrinación de los delincuentes que acuden allí a pedir ayuda antes de cometer algún robo o asesinato por encargo. Un grupo de cuidadores mantiene su tumba limpia y pide colaboración a los peregrinos, generalmente ladrones o secuestradores.

Pero Ismael no está solo. Tiene a su lado la corte de trece malandros, en la que también se encuentran mujeres a quienes se les atribuye la protección de las víctimas de violencia doméstica. Es su compañera, la malandra Isabel. La violencia no solo se ha convertido en un drama diario, sino también en una religión. Las armas, el crimen y el asesinato no solo forman parte de la cotidianidad, sino que son objeto de culto. La devoción también anda armada.

En medio de la entrevista en la tienda de santería de Delgado, llega una mujer de mediana edad. Quiere a Changó. También sabe que, aunque no pudo hacer demasiado por su enfermedad, era el protector de Chávez. La relación de Changó con el presidente no es un débil rumor que circula en los barrios, sino un convencimiento. Nadie duda de que era el guía del mandatario. La verdad también es certificada por los brujos del poder —experimentados en la consulta de políticos, banqueros y militares— como Santos López.

—¿Tú crees que alguien te va a negar que Chávez era hijo de Changó? Nadie te puede negar eso —asegura López.

La oposición utilizó la cercanía de Chávez con grupos de santeros y babalawos para criticarlo y demonizarlo pero desde algunos bandos oficialistas también se defiende esa realidad como parte de las inquietudes espirituales de un hombre sabio, casi un iluminado enviado desde el cielo.

Noel Márquez es uno de los pocos chavistas que aborda la comunión de Chávez con estas creencias de forma desprejuiciada. Márquez, presidente de la Fundación Grupo Madera, es uno de los activistas sociales más relevantes dentro del chavismo. La agrupación tiene una dilatada trayectoria dentro de la corriente musical afroamericana y ha estado en las grandes despedidas del presidente. Tocaron con Chávez, quien solía decir que él era maraquero del grupo, en su último programa de televisión, Aló Presidente.

Los tambores no solo son instrumentos musicales sino que también son considerados sinónimo de santería y espiritismo porque con sus repiques se llama a los muertos. Márquez, comprometido con la lucha de izquierdas desde los años de la guerrilla urbana, asegura que el 90% de la música del Caribe va de la mano con la religión y que la creencia dominante entre los músicos es la santería. La mayoría de los salseros comienzan a visualizar la nueva religión que antes ocultaban, tal como asegura el cantante orisha Adalberto Álvarez en una de sus canciones: «Hay gente de que dice que no cree en *ná* y van a consultarse por la *madrugá*».

—Los acuerdos entre Venezuela y Cuba han influido de forma favorable al crecimiento de la Regla de Osha (santería) en Venezuela. En la Cumbre de Jefes de Estado que se hizo en los primeros años de Chávez en el gobierno ofrecían, como una de las opciones culturales a los mandatarios, acudir a este tipo de rituales. Este es un fenómeno político y también religioso —explica Márquez.

El Grupo Madera tiene sede en el barrio popular de San Agustín, en Caracas, uno de los enclaves chavistas de la capital que se ha visto beneficiado por la instalación de teleféricos que facilitan la subida de los habitantes a la barriada enclavada en la montaña. Allí el Grupo Madera cuenta con una sede en un enorme bloque al borde de la autopista y del río Guaire, la gran cloaca de la ciudad.

Acudo al lugar a una cita con Márquez, respetado líder social en el barrio. No camina una manzana sin recibir un saludo, un abrazo, una petición de ayuda. Dispone de recursos para llevar a cabo sus proyectos musicales y también las obras que le han permitido gozar de cierta popularidad. Ha sido amigo confeso de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro. De hecho, el gobierno de Maduro lo llamó para que ofreciera su testimonio en un documental sobre el candidato en plena campaña presidencial. Músico veterano, Márquez hablaba en el espacio sobre las inquietudes musicales del heredero de Chávez que había participado en un grupo de rock en sus años de juventud.

Alto, con un tono de voz fuerte y firme, y negro como los esclavos africanos que llegaron sometidos con los españoles, muestra con amabilidad su centro de operaciones. Dispone de un espacio amplio, donde hay salones de baile, almacenes y salas de reuniones. Pero un lugar destaca sobre el resto. Junto a la entrada, en un rincón ubicado a la izquierda de la puerta principal, un altar recibe a los visitantes.

Un mantel blanco y otro rojo soportan a un ejército de santos, libertadores y personajes del entorno popular venezolano. Entre todos, sobresalen Jesucristo, varias vírgenes y José Gregorio Hernández, el difunto médico venezolano a quienes los santeros atribuyen curaciones milagrosas. En la pared reposan dos ilustraciones de figuras a las que parece dedicado el altar: una pintura del Libertador Simón Bolívar y una pancarta electoral con el rostro de Hugo Chávez con su mano izquierda sobre la frente, el gesto del saludo militar. Sobre su fotografía, una frase de ánimo que se utilizó durante su enfermedad: «Pa'lante comandante».

Sobre la mesa cuelga una bandera de Venezuela. A los santos los acompañan flores, frutas y bebidas. Una enorme calabaza parece abandonada sobre el suelo, junto a ocho vasos llenos de diferentes licores y ocho más de agua. También reposan sobre la mesa una charrasca y varios

tambores alrededor. Los altares también se personalizan al gusto de quienes los elaboran. Es un popurrí cultural y espiritual.

Márquez muestra su último proyecto social: unos tambores fabricados con materiales procedentes de la industria petroquímica y que se reparten entre los niños de los barrios. Es uno de los proyectos de los que se siente más orgulloso, pero no el único. También organizan clases de baile para niñas, actividades culturales y procesiones religiosas. Sin duda, es un referente positivo, un hombre que se ha ganado el respeto de los suyos por el trabajo en comunidad. Al final de la visita, junto al altar, Márquez accede a hablar sobre la religión, la santería y la política, un coctel que casi todos en el chavismo desean evitar.

—De que Chávez se consultó, no tengas la menor duda, pero si él no quiso hablar públicamente de eso, yo, por respeto a él, tampoco voy a hacerlo —explica.

Márquez confiesa su fascinación por la relación entre el mundo espiritual y el poder político. Estudioso de las tradiciones culturales afroamericanas, considera a la santería un proceso natural surgido de la colonización española que llegó a América con los esclavos de las tribus de Nigeria.

Su amigo Nicolás Maduro, que se confesaba agnóstico y ateo antes de que fuera succionado por la vorágine de la revolución chavista, se presenta ahora como un hombre profundamente cristiano y reconoce que ese cambio fue motivado por su guía político y espiritual: Hugo Chávez. Después de todo, el comandante era evangelizador en un Estado inmensamente rico dentro de un país que parece condenado a la pobreza.

Maduro fue seguidor de Sai Baba, un polémico líder espiritual de la India con miles de discípulos en todo el mundo que llevó agua a muchos pueblos pobres de la India, pero que también fue acusado de abusos sexuales que han sido recogidos en varios documentales de la cadena británica BBC. La fotografía de un Maduro más joven, junto con su segunda esposa, Cilia Flores, y Sai Baba, desveló unas inquietudes espirituales hasta ese momento desconocidas, aunque el sucesor de Chávez negó haber pertenecido a esta secta. El propio Maduro reconoció su vinculación a esta corriente religiosa en una entrevista publicada por el diario venezolano *El Mundo* el 27 de noviembre de 2003. En ella, se le preguntó si era seguidor de Sai Baba. «Sí, cosas de las que no hay que hablar mucho. Cumple años el mismo día que yo: el 23 de noviembre», respondió Maduro.

Sai Baba pregonó en sus primeros años que él era la reencarnación de Visnú, el Dios preservador que está acostado sobre la serpiente Shesha, pero años más tarde aseguró que era la encarnación de Shivá, el Dios destructor y que también forma parte del Dios de la trinidad hinduista. También declaró ser la reencarnación del santo Sai Baba de Shirdi y del sabio Datatreia que aseguraba ser la encarnación de los tres dioses: Brahmá, Visnú y Shivá.

Sus devotos dan por ciertas las versiones según las cuales Sai Baba fue encontrado un día con una cobra en su cuna, una señal inequívoca de que se traba del Dios que se acostaba sobre la serpiente Shesha. Con las donaciones y la popularidad que ganó con los peregrinos occidentales, levantó el monasterio de Prashanti Nilayam, la morada de la paz suprema, donde acudieron Nicolás Maduro y Cilia Flores.

Antes de ser presidente, su oficina estaba llena de amuletos y muchos de ellos provenían de Sai Baba, explicó al diario español *ABC* el periodista Roger Santodomingo, autor de su biografía, en un reportaje publicado el 20 de agosto de 2013.

Pero los círculos de Maduro también atestiguan acercamientos con la santería cubana, una práctica

compartida con la mayoría de ayudantes cercanos de Hugo Chávez. La fidelidad incondicional solía estar acompañada de un seguimiento en las creencias religiosas. Si sus herederos políticos habían imitado su vestimenta, sus gestos y su tono de voz ¿por qué no debían seguir también sus prácticas esotéricas?

Consultado sobre los supuestos ritos santeros de Maduro, su amigo Noel Márquez contesta con silencio, que también puede ser una respuesta inequívoca.

–Hay códigos con los amigos que no se pueden decir –responde Márquez.

Pero el amigo de Nicolás Maduro no oculta un aspecto más público y evidente: que en el entorno de Cilia Flores, su mujer, abundan los santeros. Flores llegó a la vida de Chávez precisamente por su vinculación con Ronald Blanco La Cruz, el hombre que promovió el espiritismo en la cárcel de Yare en 1992.

Los seguidores más fieles y leales a Chávez niegan de forma rotunda cualquier vinculación del Comandante Supremo con la santería. Maripili Hernández, exministra, expresidenta del canal del Estado y a quien se le atribuyó una relación sentimental con Chávez, asegura que estas versiones buscan menoscabar la imagen del comandante.

–Hugo era un hombre cristiano. Él no creía ni en brujería ni en santería. Solo las respetaba como manifestaciones culturales porque era muy respetuoso de la diversidad –explica.

Pero la mujer que lo acompañó durante una década para dar el golpe de Estado, que conoció sus rituales más íntimos y sus miedos, está convencida de que él se abocó a los rituales de la santería y la magia negra en Miraflores.

–Es lo que me comentan los edecanes y los militares que trabajaron con él durante muchos años –explica Herma Marksman.

Raúl Isaías Baduel, exministro de la Defensa de Chávez durante un año también avala la tesis. «Había información solvente, seria, de que se estaban utilizando lugares históricos, monumentos de la nación, para la celebración de actos de brujería», explica Baduel.

La versión de Hernández, según la cual Chávez no creía en estos fenómenos paranormales, también es desmentida por la mediática astróloga venezolana Adriana Azzi. «Me sorprende que diga eso, porque ella misma me mandó a hacerle una carta astral a Chávez», asegura.

El propio presidente alimentó los rumores al denunciar, en cuatro ocasiones, que la oposición le estaba haciendo brujería. En la primera de ellas, en el 2003, se dirigió al país, en cadena nacional, y mencionó que en el Palacio de Miraflores había aparecido un animal muerto junto con unos colmillos.

–Yo le dije a los edecanes que sacaran ese animal raro de aquí. Han contratado a 200 brujos de todo el mundo para sacarme –dijo en la alocución en televisión.

Desde ese momento, algunos de quienes lo acompañaron y admiraron durante sus primeros años de gobierno también comenzaron a ver en él a una persona obsesionada con el poder y dispuesto a utilizar cualquier instrumento de brujería para retenerlo. La periodista de pasado guerrillero, Ángela Zago, que escribió un libro cuyo título revelaba su simpatía por el movimiento, *La rebelión de los Ángeles*, había escuchado de forma insistente que tanto Chávez como el grupo de militares que lo acompañó en la aventura golpista de 1992, hacían rituales en la cárcel. Le habían contado cómo invocaban al espíritu de Maisanta y cómo se realizaban sacrificios en el Palacio Presidencial

Miraflores para reforzar a Chávez en el poder. Le pareció que se trataba de prácticas propias de espíritus pobres, de cabezas básicas, primitivas.

Zago acudió al Palacio de Miraflores tras el golpe de Estado que sacó a Hugo Chávez durante dos días del poder. Iba acompañada de varios amigos a presenciar lo que creían que sería el fin del chavismo. Después de haber atendido a la autoproclamación de Pedro Carmona Estanga, el presidente de los empresarios, como presidente de Venezuela, Zago tuvo un presentimiento.

–Vámonos de aquí. Hay algo que no me gusta –dijo a sus acompañantes.

Sus amigos querían firmar el acta de los asistentes que tenía la intención de legitimar a las autoproclamadas autoridades, pero Zago los convenció de que era momento de abandonar el Palacio. Y no por razones políticas, porque ella estaba a favor del derrocamiento, como también lo estuvo diez años atrás cuando apoyó a Chávez y sus seguidores.

–Desde mi época de guerrillera, siempre tuve la capacidad de hacer caso a mi intuición en los momentos críticos. Y a ello le debo la vida. Una vez me fui de un campamento guerrillero y al poco tiempo llegó el ejército y masacró a todos los que estaban allí.

Zago se declara agnóstica, dice no creer en espíritus ni en santos ni en dioses. Pero está convencida de que su intuición, expresada en corazonadas repentinas, algún día será explicada bajo una óptica científica. Mientras tanto, sigue obedeciendo a esas premoniciones cada vez que aparecen. Y así lo hizo el 13 de abril de 2002, mucho antes de que el resto de invitados salieran corriendo del Palacio de Miraflores por las amenazas de una toma violenta.

Ese día, la sede presidencial respiraba un aire extraño. Hacía pocas horas que el general Lucas Rincón, máxima autoridad militar del país, había anunciado ante los medios de comunicación que Hugo Chávez había aceptado renunciar. El paradero del presidente era incierto. Los militares rebeldes habían desconocido su autoridad después de una marcha multitudinaria que acabó con decenas de muertos.

Los sectores más antichavistas comenzaron a llegar a Miraflores: militares, periodistas, empresarios, políticos. Asistían como público a una toma de posesión en la que un nuevo presidente provisional había sido electo en la clandestinidad por los militares insurrectos. Había abrazos, alegrías, euforias, pero también una tensión que casi oprimía.

Zago no estaba cómoda, sentía como si el techo del Palacio Presidencial se derrumbara sobre su cabeza. En los corrillos se escuchaba algarabía, pero el Palacio estaba rodeado de una extraña calma que había paralizado a toda la ciudad un sábado. Y decidió marcharse antes de lo previsto.

Cuando empieza a recibir llamadas de sus amigos y conocidos para preguntarle sobre los nombramientos de los ministros, Zago ya iba camino de vuelta a casa, todavía afectada por la energía pesada que había percibido. Para quien fuera amiga íntima de los militares golpistas, no había lugar a dudas: Miraflores se había convertido en un lugar donde se practicaba la magia negra.

Los babalawos espías

–¿Hay elementos políticos detrás de la santería?

–Por supuesto.

–¿Hay santeros que pueden ser agentes de inteligencia cubanos?

–Fidel es un hombre muy inteligente. Hizo una jugada a través de la ideología y también a través de la religión. La inteligencia cubana ha penetrado en Venezuela de manera silente. Lo hizo a través de la santería en las Fuerzas Armadas. Empezaron a llenar de babalawos el Ejército, los ministerios y las empresas del Estado para obtener información.

Entrevista con Raúl Baduel, exministro de la Defensa de Hugo Chávez, en la cárcel de Ramo Verde

El penal de Ramo Verde, en las afueras de Caracas, huele a incienso. En la segunda planta, el humo es lo único que se escapa de la celda de Raúl Baduel, compadre de Hugo Chávez. Como rocío mañanero, se esparcen varios aromas de naranja y vainilla que perfuman la celda donde cumple condena el general a quien desde niño su abuela y su niñera habían pronosticado un futuro lleno de grandeza y poder en una visita que hicieron al parque de Los Próceres, sede de los desfiles militares en Caracas. De fondo, suenan cantos gregorianos que aportan al preso relajación para evadir su mente de las cuatro paredes.

–Tu llegarás a ser ministro de la Defensa –dijo su abuela mientras Baduel miraba con admiración la tribuna presidencial y los monolitos con los nombres de todos los libertadores de la patria.

Recordó el episodio cuando fue nombrado ministro de la Defensa. No pudo contener el llanto, unas lágrimas que fueron interpretadas por el propio Hugo Chávez, años después, como un reconocimiento de que no mereció tal designación. Lo que difícilmente imaginaron su abuela y la niñera es que la cárcel sería el final de su carrera militar. Fue acusado de corrupción después de haber apoyado durante varios meses a los movimientos estudiantiles y de oposición que ocasionaron la única derrota electoral de Hugo Chávez: la del referéndum para modificar sustancialmente los cimientos políticos y económicos del país en 2007.

Acudo a la cárcel donde está recluido Raúl Baduel cuando la seguridad no era tan estricta porque todavía no había ingresado a prisión el líder opositor Leopoldo López. Corrían los días en que el presidente Nicolás Maduro acababa de ganar las elecciones presidenciales. Apenas se cumplía una semana del reñido triunfo. Era la primera visita que recibía el general desde la jornada electoral. Los controles son laxos. La cárcel que acoge a los presos políticos del régimen tiene una pequeña reja que parece bastante vulnerable. El acceso al penal es vigilado por militares y civiles que no parecen estar demasiado alerta.

Para ingresar solo piden cédula de identidad y preguntan relación con el preso: familiar o amigo.

«Amigo», respondo. Nunca había tratado con Baduel, pero la parca explicación parece dar resultados porque no hay más preguntas. Solo falta por superar una revisión: el cacheo. Confirman que no llevo armas ni grabadoras ni teléfonos móviles en las piernas, en el cuerpo y en los genitales. Una fotografía tomada a Baduel los días anteriores y que fue publicada en el diario *Sexto Poder* mantenía prevenido al personal, que pese a todo, procuraba un trato cordial.

Hasta la llegada de Leopoldo López, la cárcel de Ramo Verde era, como el resto de cárceles venezolanas, un recinto descuidado aunque quienes cumplían pena entre sus paredes se encontraban en mejores condiciones que los presos comunes hacinados en terroríficas cárceles sin las mínimas condiciones de salubridad. El moho que deja a su paso la lluvia tiñe de verde las paredes exteriores. Alrededor, los propios presos disponen de sembradíos donde campan a sus anchas gallos y gallinas. Como los reclusos, disfrutan de cierta libertad dentro de los muros del recinto y se mueven entre las rejas.

En los espacios comunes, los condenados y los investigados comparten un reproductor de DVD y algunos libros. En la base de las escaleras que dirigen a las celdas de Raúl Baduel y los expolicías metropolitanos apresados tras el golpe de Estado de 2002, la Virgen de las Mercedes, patrona del preso, recibe a los visitantes con los brazos abiertos. En su brazo derecho lleva colgadas unas esposas. Junto a la figura, se encuentra un puñado de estampas con oraciones en favor de los reclusos y la libertad.

Cada preso ha decorado su celda lo más dignamente que ha podido. Uno de ellos ha envuelto los barrotes con papel de regalo navideño como si la cárcel también fuese un regalo de Nochebuena. No es más que un detalle para esconder los colores y las tonalidades del penal. Todos quieren humanizar su celda, disimular de algún modo su condición de prisioneros.

El general Baduel, ahora repudiado por el chavismo, ha convertido la celda en un apartamento humilde. Una cortina, colgada desde el techo y que roza el suelo, separa la cama del resto de los espacios: un salón con más de una docena de vírgenes, una cocina y un pequeño baño. El habitáculo también se ha convertido en un escenario de resistencia. Tiene colgados dos retratos de Gandhi, Martin Luther King y Nelson Mandela, de quien intenta aprender lecciones. En la recepción, cuenta con dos grandes mesas, suficientes para una gran reunión y varias sillas de plástico donde comparte comida con las visitas.

A veces, sus hijas preparan pescado a la plancha que compran en un mercado cercano, con aguacate, pimienta y plátano frito. Otros días los pastores evangélicos le llevan pizza. Los presos de la policía metropolitana, que fueron encarcelados por apoyar el golpe del 11 de abril contra Hugo Chávez, interrumpen para ofrecerle un *risotto* al general.

Antes de la comida, dirige las oraciones. Su madre siempre quiso que fuera sacerdote, pero Baduel eligió el camino militar, otro sendero de dogmas y de fe. Antes de comer, da gracias por los panes, los peces y los frutos. A pesar de su encierro, el general se siente dichoso y muestra su agradecimiento.

—Jesús vino a hacer un pacto con nosotros. Hizo un trueque maravilloso: vino a darnos su santidad. Y ese pacto trasciende las religiones y las tradiciones políticas. Nos dijo: amad al prójimo como a uno mismo. Fue el sermón del monte, su clase magistral —explica Baduel minutos antes de la hora de la comida.

Además de católico, el general se declara taoísta, seguidor de Lao Tse, cuya existencia se ha

puesto en duda y a quien se le atribuye la autoría del Dào Dé Jīng, obra sobre las que se sientan las bases del taoísmo.

Mucho antes de ser acusado por corrupción y ser apresado los días que reforzaba su campaña contra el gobierno de Hugo Chávez, Baduel acudía sin falta a la misa de la capilla militar cada viernes. Era entonces ministro de Defensa con una convicción profundamente católica pero con inclinaciones hacia el budismo.

—Te sorprenderías de las enormes similitudes que hay entre ambas religiones —dice con su tono sereno, con el reposo de alguien quien no intentó evitar su ingreso en prisión y que tampoco tiene demasiada prisa en salir. Ha hecho de la cárcel un refugio espiritual.

Cuando la muerte comenzó a acecharlo, Chávez hizo una ronda de acercamiento hacia sus antiguos amigos, ahora apresados o perseguidos. Quería reconciliarse, pedir perdón, irse con las paces hechas después de 14 años en el poder que estuvieron acompañados de intrigas, traiciones, distanciamientos y amistades quebradas.

Pocos meses antes de que el presidente realizara su último viaje a Cuba, la ministra de asuntos penitenciarios, Iris Valera, acudió a su celda para valorar posibles medidas que atenuaran el encarcelamiento. Valera le llevó una oportunidad para salir de la cárcel.

—¿Quiere que le diga algo al presidente de su parte?

—Sí, cómo no. Dígale que es un cobarde —respondió Baduel.

El general está convencido de que su desgracia política y el fin de su carrera militar comenzaron con una inesperada llamada a su móvil. Eran los días previos al desfile militar del 24 de junio, día en que se conmemora la batalla de Carabobo, punto de inflexión donde los ejércitos de Bolívar ganan la guerra por la independencia. Del otro lado del teléfono, escuchó la voz de un Chávez exultante, llamándolo de un modo tan particular que solo él lo hacía: Papa, sin acento en la a.

—Papa ¿cómo va todo?

—Bien, presidente. Estoy aquí en Cojedes, preparando las maniobras para los desfiles militares del 24 de junio. Tengo pensado saltar en paracaídas.

—Yo creo, Papa, que no vale la pena correr ese riesgo. Debes pensar bien estas cosas que a tu edad implican un peligro. Pero te llamaba para que te vinieras a Puerto La Cruz. Esta tarde llega Fidel y quisiera que lo conocieras. Prepara un avión y vente hoy mismo para aquí.

Obediente, como no podía ser de otra manera, Baduel ordenó rápidamente preparar un vuelo de inmediato hacia el oriente del país. Ese era el signo del gobierno de Chávez: órdenes claras, obediencia rápida.

En la noche, Baduel se encontró con Chávez y Fidel, pero no hubo cita ni cena. Los presidentes dijeron que estaban cansados y Chávez concertó una cita para desayunar el día siguiente a las nueve de la mañana en Guaraguao.

Fidel solía ser extremadamente puntual, una cualidad de la que carecía Chávez, que casi siempre llegaba tarde, especialmente con las citas en las mañanas porque era noctámbulo. El día del bautizo de la hija de Baduel, que se celebró en una capilla de la casa de la vicepresidencia, los invitados y la niña esperaron seis horas por el padrino. Chávez llegó a las cuatro de la tarde, cuando la

ceremonia había sido convocada a las 10 de la mañana. Pero por su poder se le perdonaba todo y nunca nadie se atrevió a reprochar su comportamiento. El presidente se presentó al bautizo pidiendo disculpas por el retraso y con sus chistes, sus abrazos y su único regalo: una muñeca de trapo.

Pero en aquella ocasión, en la cita en la que Baduel conocería a Fidel, Chávez no fue extremadamente impuntual. Había cierta consideración hacia su padre ideológico. El general Baduel se había presentado a la reunión con una libreta para tomar notas de las ideas y propuestas que surgieran. Estaba convencido de que tratarían el tema de las ayudas humanitarias a los países del Caribe que acababan de ser afectados por un huracán.

Después del saludo de rigor, en el desayuno, Chávez se apoderó de la libreta y el bolígrafo y comenzó a escribir. Baduel estaba convencido de que el presidente pretendía enviar algún mensaje secreto y que no quería que Fidel se enterara. Durante la comida, no se trató ningún tema relevante. Solo surgió la posibilidad de que el ministro organizara un viaje a Cuba. Nada más. No hubo debate de temas de seguridad, ni de ayudas a los países afectados por el huracán ni ningún asunto que hubiese despertado el interés del general.

Al terminar la reunión, Baduel recupera la libreta que Chávez le había arrebatado y con la que había escrito con insistencia durante la reunión. Quedó asombrado cuando descubrió que solo había dibujado garabatos sin ningún significado. Las prisas de Chávez por celebrar la reunión no tenían ningún propósito conocido y, al reflexionar sobre aquel absurdo, la inquietud comenzó a embargarlo. ¿Qué sentido tenía una cita de urgencia con Fidel en la que no se trató ningún tema relevante?

Poco después, el general recibió un mensaje de un emisario de confianza. Fidel había recomendado a Chávez convertir a Baduel en su general Arnaldo Ochoa, que fue fusilado en La Habana el 13 de julio de 1989 acusado de narcotráfico. El mensaje había ratificado los temores de Baduel: Fidel lo había mandado a llamar para analizarlo y llegó a la conclusión de que las convicciones políticas del general podían obstaculizar los planes que el régimen cubano tenía en Venezuela. Desde ese momento, pensó, su carrera militar y su futuro político estaban sentenciados.

En los días en los que la misa católica dejó de ser una obligación militar, comenzaron a surgir grupos de soldados con pulseras amarillas y verdes. Se trata de Idefá, el signo de que militares del Ejército comenzaban sus andaduras por una nueva religión extendida en Cuba: la yoruba, regla de Osha o santería. Al poco tiempo, comenzaron a instalarse altares santeros en las dependencias militares.

—Yo nunca los vi, pero estaba plenamente convencido de su existencia —cuenta el general que admite que sus más cercanos colaboradores en aquellos tiempos también profesaban esta religión.

El 11 de abril del 2002, cuando el golpe cívico-militar expulsa a Chávez del poder durante unas horas, Venezuela comenzó una época de profundos cambios con los que la revolución chavista se haría más fuerte y terminaría por radicalizarse bajo la influencia y la inteligencia cubana. Y la superstición y las creencias divinas también marcarían el nuevo rumbo político.

—Fidel, muy astuto, hizo una jugada a través de la religión y también de la ideología. La inteligencia cubana ha penetrado en Venezuela de manera silente. Lo hizo mediante la santería en las Fuerza Armadas. Fueron ocupando espacios que, al principio, pasaron inadvertidos —explica.

Los santeros comenzaron su expansión dentro de todos los órganos militares. Consultaban a mayores y generales, sacrificaban gallinas para lograr ascensos, hacían trabajos de limpieza para evitar el avance del enemigo. Los babalawos cubanos escuchaban las preocupaciones de los altos

cargos, conocían sus protegidos y también sus enemigos. Con esa información fueron tejiendo un mapa de inteligencia militar. Algunos sacerdotes babalawos eran guías espirituales, psicólogos y amigos, pero también tenían mando dentro de las Fuerzas Armadas.

El crecimiento controlado de los santeros comenzó a levantar suspicacias en el Alto Mando Militar. Además de consultar el Ifá, los babalawos, la mayoría de ellos cubanos, también tenían otras intenciones. Los datos obtenidos en sus consultas espirituales eran utilizados como información de inteligencia que se enviaba a los servicios secretos de Cuba.

—Fidel siempre estuvo interesado en controlar el petróleo venezolano. En los años sesenta envió a la guerrilla y fracasó en su intento. Pero hoy ha triunfado con una invasión más sofisticada: la de la santería. Él nos estudió a todos nosotros y rápidamente se dio cuenta de que la superstición era una de las debilidades de Chávez —explica Baduel.

Pero los santeros no acceden a consultar a cualquiera. Siempre exigen una referencia, una recomendación. No se fían de nadie. «¿Quién te dio mi teléfono?», «¿Cómo llegaste hasta mí?». Uno de sus propósitos es mantener el control de su red. Y para ello comprueban de dónde vienen las recomendaciones. Nadie ajeno a su familia espiritual podrá contactarlo. Los consejos espirituales no son públicos. Parece que hay mucho que esconder y de que cuidarse. Y en las relaciones de subordinación de la Fuerza Armada, los santeros también comenzaron a introducir cierta distorsión.

—Desde Cuba, los babalawos empezaron a llenar los ministerios, las Fuerzas Armadas, las principales empresas del Estado para obtener información. De mí llegaron a decir que estaba metido también en esas cosas, que era santero y babalawo. Me pusieron a prueba, me propusieron entrar en esas cosas, pero quien me conoce bien sabe que estoy alejado de ese tipo de prácticas. También quisieron que me metiera en la masonería, pero yo no estoy muy de acuerdo con eso porque descubrí que entre ellos se tapan todas las sinvergüencerías.

La versión de Baduel es confirmada por los dos santeros cubanos que mantuvieron relaciones con el chavismo y que aseguran haber presenciado la ceremonia de iniciación de Hugo Chávez. «La inteligencia cubana comienza la infiltración con la santería», explica José Medina, el babalawo residenciado en Miami en una entrevista al canal de televisión América Tevé. «Al final, cambia las estructuras de la sociedad y todos los que están metidos en la religión piensan y actúan como cubanos», añade. Su compañero Carlos Valdés no descarta la teoría. «Si lo han hecho hasta con deportistas ¿cómo no van a aprovecharse de los santeros y los babalawos? Ser chivatos de la inteligencia les garantiza una forma de ascenso social», añade Valdés.

Al igual que Hugo Chávez, Baduel fue paracaidista y pese a su retiro, no renuncia a seguir saltando. El momento en que se enfrenta solo a las alturas, entre las nubes y la inmensidad de la tierra, también es mágico, espiritual. Chávez nunca ocultó sus miedos durante los primeros saltos. Le producía terror pertenecer a la lista de lesionados, al grupo de compañeros que caían desgarrados por una mala apertura o de los que no tenían tiempo de abrir el paracaídas en saltos de poca altura. Los accidentes eran frecuentes y no podía ocultar su aprehensión al peligro. Pero Baduel parecía disfrutar del momento, tanto que incluso a su edad se plantea retomar el hábito una vez que abandone la cárcel.

—La primera vez que salté en paracaídas fue a 21.500 pies de altura, unos siete kilómetros. Yo tenía entonces una especie de soberbia. Y cuando fui a hender el aire y a atravesar el espacio, como dice el poeta francés Alfred de Musset, sentí la majestad de Dios. Vi las montañas, las llanuras y escuché una voz que me dijo «¿Quién te has creído tú? Solo eres una minúscula parte del universo» —

refiere Baduel.

Y para que no quede dudas de que no habla con metáforas, aclara:

–No es una forma de hablar ni me lo imaginé. Yo escuché la voz de Dios.

Los altares que llegaron de Cuba

Cuando el diácono Rafael Plaza llegó al Cementerio General del Sur, en Caracas, sabía que se adentraba en un lugar sin ley. El recinto se había convertido en un gran supermercado. Los alrededores eran conocidos por ser como un gran zoco donde se vende ropa al mayor pero dentro, los trabajadores del cementerio también comenzaban a hacer otro tipo de negocios. Cobraban comisiones por todo lo que se vendía: comida, bebida, flores y cerveza. La policía y los trabajadores hacían la vista gorda con la mercadería ambulante tan extendida en el país. Al final de cada jornada, los buhoneros pagaban su tasa, el impuesto soterrado, a las autoridades. Pero lo que lo dejó horrorizado fue la dimensión de otro gran negocio: la venta de cadáveres por encargo.

En el cementerio comparten la misma tierra lo mejor y lo peor de una sociedad que también ha muerto: hombres ilustres del siglo pasado, expresidentes, músicos, escritores, militares y policías. Pero también saqueadores, ladrones y asesinos. Todos descansan en el mismo suelo y se enfrentan a los mismos peligros. La muerte no los ha salvado.

Rafael Plaza, un hombre vigoroso de palabra pero que necesita la ayuda de su bastón para desplazarse, fue sorprendido por la realidad de un cementerio que no esperaba. En el pueblo natal de Juan Pablo II en Polonia, todos los párrocos desean trabajar en el cementerio. Es un oficio honroso. Pero la realidad en Caracas parecía muy diferente.

Acudo a conversar con el diácono sobre sus vivencias en el camposanto. En la entrada, un grupo de jóvenes bebe cerveza a pocos metros de la jefatura de la policía, ubicada dentro del recinto. Parece que el lugar reclama seguridad.

El cementerio está impregnado de un ambiente de decadencia. Los jóvenes escuchan salsa con un teléfono móvil entre lápida y lápida. La escena no sorprende a nadie como tampoco llaman la atención los entierros que, antes de terminar, generan otro. Las bandas de los barrios suelen ajustar cuentas cuando se despide al difunto. No hay mejor momento para encontrar a todos los miembros de una banda rival que en el entierro de uno de ellos.

Los hombres que cavan las tumbas caminan como zombis, encorvados y con la mirada agachada, como si la vista también les pesara. El diácono asegura que muchos de ellos han recurrido a las drogas para soportar un oficio tan duro como mal pagado.

En la entrada, las paredes están recién pintadas. Parece que se hacen intentos para mejorar la imagen del recinto, pero el interior es muy diferente. La limpieza es deficiente y la mayoría de las tumbas no tienen flores. Los nombres están tapados por las hojas de los árboles.

El diácono me recibe en un espacio en pleno proceso de cambio. Era una capilla pero no hay muebles. La sala está llena de moscas y mosquitos. Rafael Plaza habla sin cortapisas y ni siquiera se detiene cuando una mosca lo molesta. Ya está acostumbrado a ellas. Y viceversa. Agita la mano rápidamente arriba y abajo de modo repetitivo y sin detenerse, pero la mosca insiste.

Cuando el diácono Rafael Plaza llegó a encargarse de la capilla del cementerio, fue advertido

sobre el principal problema del camposanto: el robo de cadáveres. Aterrizó con la incertidumbre de cuán extendido estaba el problema y no tardó demasiado tiempo en averiguarlo. En su primer día, vio como un hombre salía del recinto con una bolsa negra. Se dio cuenta de que no podía ser otra cosa que uno de los integrantes de la red de venta de huesos, así que decidió acudir al módulo policial ubicado dentro del camposanto para delatar al ladrón.

Estaba indignado al ver cómo los traficantes de huesos podían campar a sus anchas con total impunidad, sin temor a ser descubiertos. El diácono no tenía muy claro a quién debía dirigirse pero aprovechó la presencia de un agente de la policía en la entrada para denunciar el delito en caliente. Sin demasiados preámbulos, tras un rápido buenos días, señaló al hombre que iba con la bolsa.

–Mire: ese hombre acaba de robarse unos huesos. Lo he visto. Los lleva en la bolsa.

El agente miró fijamente al diácono con gesto inexpresivo. Volvió la mirada hacia el acusado sin poner demasiada atención, sin sorpresas ni sustos. Uniformado, pausado, el policía tardó en responder. Tal vez dudó entre dar una respuesta contundente o hacer una broma ácida. Al final, optó por una respuesta compasiva.

–Padre, lo siento, pero no puedo hacer nada. Ese hombre es mi padrino.

Los encargados del cementerio calculan que hay ocho cadáveres robados por día que son usados como materia prima de la religión palera o del Palo Mayombe, una vertiente de la santería cubana que trabaja con huesos humanos. La osamenta extraída del cementerio le confiere a los paleros grandes poderes. Todas las cualidades en vida del muerto son absorbidas por quien ordenó arrancar los huesos del cementerio para guardarlos en su propia casa.

Es una práctica cada vez más extendida. Mientras más rango haya logrado el cadáver en vida, más costosos son sus restos. Los policías y, sobre todo los militares, se encuentran entre los más codiciados. La petición de un ascenso en el trabajo o el fracaso del enemigo se cumplen con mayor rapidez si el muerto manejó poder en vida o alcanzó algún puesto de importancia.

El diácono quedó sorprendido con la respuesta del policía que desvelaba que la autoridad encargada de vigilar la seguridad del cementerio estaba implicada en el tráfico de huesos humanos a través de la figura de los padrinos.

Las redes de la santería cubana giran en torno al padrinazgo, una especie de líder de grupo al que los integrantes deben respeto, obediencia y con el que adquieren una obligación económica. El padrino, que guía a sus ahijados por los caminos espirituales de la santería, suele celebrar los rituales individuales y colectivos en su propia casa y autoriza el ingreso de nuevos miembros que también deben realizar aportaciones económicas.

–Cuando los padrinos cumplen años, tienes que darles plata (dinero). También se les lleva velas y dos cocos. Y aunque pasen los años, y hayas evolucionado espiritualmente, ellos siempre tienen que seguir cobrando –explica Benito Delgado, el santero de Las Minas de Baruta, una barriada popular al sur de Caracas.

Desde su llegada al cementerio, Plaza se convenció de que debía luchar contra esas redes irregulares. Mientras atendía a los familiares de los difuntos, veía cómo los excavatumbas sacaban huesos. Pasaban a su lado sin esquivarlo, incluso algunos se detenían a persignarse frente a la

capilla. Intentaba encontrar fuerza en la Biblia y en la palabra de Cristo hasta que decidió expulsarlos a toda costa. Se convenció de que debía mostrar su látigo como Jesús cuando desterró a los animales, a los mercaderes y a los fariseos del Templo.

Pero los episodios bíblicos no siempre resultan tan épicos ni gloriosos en la vida real. Plaza denunció la situación con la dirección y comenzó a exponer la problemática del cementerio en otras instancias. Llamó a autoridades eclesiásticas y también a las políticas, solicitó reuniones, se enfrentó a los traficantes y a sus cómplices. Y de inmediato, al levantar la polvareda, al señalar a los responsables y al cuestionar los negocios oscuros, comenzó a sufrir represalias.

Un día, cuando iba a presidir una oración, se encontró con que el templo no tenía asientos. Habían desaparecido. A partir de ese momento, el acoso fue en aumento: tuvo muchas dificultades para officiar las prédicas y también comenzaron a vigilar sus pasos.

Plaza comenzaba a ser incómodo no solo porque sabía muchas cosas sino porque quería saber más. Conoce la estructura muy bien organizada: los que cavan, los que vigilan y los que negocian y venden los huesos. Haciendo preguntas y escuchando testimonios, descubrió que los huesos tenían gran valor, pero el cráneo, donde se concentran los poderes del difunto, es la pieza más preciada. Por él se pagaban cuatro mil bolívares (dos salarios mínimos a precios de principios de 2013). Sabía que la lucha era difícil: los ladrones de tumbas eran los mismos que las cavaban.

El cementerio está rodeado de tres grandes barriadas pobres y no cuenta ni con sistema de seguridad ni con muros que separen la parte posterior del recinto. Suele ser el lugar de paso hacia los barrios. La policía custodia la entrada, muchas veces de forma intensa, pero no se adentra en las 270 hectáreas.

Los familiares afectados por la profanación de tumbas se han organizado para denunciar el problema ante las autoridades. Llevan años batallando contra los robos a los vivos, contra la desidia y, sobre todo, contra la desaparición de los muertos. Les perturba la idea de que sus familiares no puedan descansar en paz, de que en cualquier momento sean despertados de forma cruel de su descanso eterno. Pero sobre todo les aterra imaginar cómo los cráneos de sus seres queridos pueden terminar en la esquina de una casa rodeados de palos de diferentes plantas, de velones y de rezos para que el espíritu trabaje para hacer realidad los caprichos de su nuevo dueño.

Los paleros, que elaboran hechizos con huesos, concentran todos sus poderes en un cuenco llamado nganga. Sobre él se coloca el cráneo del muerto robado, junto con las ramas secas y palos de varios árboles. Allí, cada cierto tiempo se deja sangre de gallo para darle de beber al espíritu. Los rituales se celebran generalmente en las noches y a puerta cerrada. Están convencidos de que los hechizos con huesos humanos son mucho más efectivos que cualquier otra fórmula. El muerto es más rápido que el santo. Y si los propósitos deseados tienen que ver con hacer daño a otra persona, el espíritu ideal es el de un delincuente, alguien que en vida haya tenido el atrevimiento de violar la ley, de robar o de matar.

—Es cierto que son más efectivos, pero a la larga siempre traen problemas. No conozco a ningún palero que haya terminado bien. Muchas veces se le conceden las cosas que piden, pero si no se hace bien todo el proceso, suele traer más contrariedades y calamidades que beneficios —explica el santero Benito Delgado.

Las normas de la palería marcan que antes de desenterrar los huesos de un cadáver, se debe solicitar su aprobación. Es necesario hacer un ritual alrededor de la tumba del muerto. Se le echa ron

y se deja un puñado de pólvora. Si se enciende de forma espontánea, el muerto da su aprobación para salir de su tumba y para ayudar al palero con su magia negra. Pero con la delincuencia extendida de Caracas, los rituales de noche pueden ser inseguros y los traficantes de huesos revuelven en cualquier tumba sin pedir permiso. Así, los paleros no tienen otra opción que celebrar los rituales en la intimidad de sus casas sin saber a quién pertenecen los huesos.

Acudo al centro de Caracas, a pocos metros del mausoleo de Hugo Chávez, en los bloques de viviendas de El Silencio, para citarme con uno de los hombres que más ha investigado y combatido el robo de huesos en el cementerio. Armando Regalado no es, a simple vista, un antichavista furibundo. De mirada triste, cansada, es un hombre humilde que se desplaza en moto por Caracas. Su hijo, que fue asesinado, está enterrado en el cementerio y vive con la angustia de que algún día pueda llegar y encontrarse con la escena de la profanación: la lápida de medio lado y la urna abierta. A veces las maderas de los féretros tampoco aparecen. Son arrojadas en los rincones por donde no pasa gente. Las desguazan porque cualquier parte del ataúd puede ser valioso: una pieza de metal o tal vez alguna joya que llevaba el difunto y que quedó entre los huesos, las telas y las maderas.

Decenas de familiares han sufrido la escena de encontrarse la urna al descubierto o lo que es peor: la nada. Un hueco sin ningún rastro de su ser querido. Nadie sabe cuántos porque muchos tienen miedo de denunciar. Están convencidos de que la red de tráfico de huesos está dirigida y protegida por policías. Además, las redes perfeccionan sus métodos de exhumación y cada vez intentan hacerlo más rápido y dejar la lápida en su posición original para evitar quejas y denuncias.

—Una vez profanaron 16 tumbas de forma simultánea. Fuimos a la Fiscalía para que investigara. Ha habido algún detenido pero los han puesto en libertad a los tres días. El alcalde de Caracas (el chavista Jorge Rodríguez) hizo una rueda de prensa señalando a los presuntos culpables pero era solo un montaje. En esta red están implicados trabajadores del cementerio y policías —explica Armando Regalado, fundador y presidente de la Asociación de Promoción y Defensa de los familiares de Difuntos del Cementerio General del Sur.

Dedica buena parte de su tiempo a contactar con familiares que tengan a sus difuntos en el cementerio. Muchos llevan años sin ir y no están al tanto de la situación. Algunos cuando regresan, después de décadas, se enteran de que también han sido víctimas del robo. Entre llamadas, reuniones y visitas ha logrado reunir firmas de 3.500 familiares afectados y preocupados por la situación del cementerio. Cuarenta y cinco de ellos han presentado denuncias formales.

Pero los procesos judiciales se retrasan y las carpetas se acumulan aplastadas por otras decenas de carpetas que esperan una revisión, una firma, un sello en los tribunales colapsados. Los familiares se quejan de que las investigaciones no avanzan y los pocos detenidos por las autoridades son fotografiados y aparecen en los diarios como resultado de una operación policial pero a los pocos días vuelven a forzar tumbas.

No saben si se trata de una traba interna, de alguna mano negra pero algunos creen en la existencia de algo mucho peor: una fuerza externa, sobrenatural, que impide que las investigaciones finalicen y condenen a los culpables. En una reunión con la Alcaldía de Caracas, Regalado protestó por los retrasos, la falta de progreso en la investigación. Es entonces cuando un funcionario hizo una confesión involuntaria: el caso no era atendido con celeridad porque el gobierno municipal tenía la percepción de que Regalado estaba utilizando el problema para atacar al chavismo.

Las zonas más seguras del cementerio son las que están cerca de la entrada mientras que las más alejadas son las que sufren mayores agresiones. Una de ellas es la zona judía, donde es difícil

conseguir tumbas sin profanar. Está ubicada en el sector conocido como Las Pavas.

El 15 de diciembre de 1999, cuando Hugo Chávez apenas llevaba un año en el poder, las montañas que separan a Caracas del mar se resquebrajaron. Las lluvias continuas rasguñaron las cumbres que desprendieron con fuerza árboles y piedras sobre el cauce de los ríos y arrasaron todo a su paso. Centenares de desaparecidos y pueblos fantasma fue el resultado de una jornada trágica en la que los venezolanos debían votar la nueva Constitución. La furia del agua hizo que muchos cadáveres terminaran en el mar junto con electrodomésticos, muebles y automóviles. Pero decenas de ellos nunca pudieron ser identificados.

Terminaron en una fosa común en el Cementerio General del Sur, en ese rincón olvidado donde casi nunca nadie quiere pasar. Allí fueron apilados y enterrados en una ceremonia conjunta. Eran las víctimas anónimas, los muertos de la furia de la naturaleza.

Diez años después, en 2009, los cadáveres repitieron aquella jornada de horror. Las fuertes lluvias reventaron la tubería de aguas negras del barrio. El agua, el barro y los excrementos comenzaron a bajar desde las montañas y erosionaron el lugar donde habían sido enterradas las víctimas del deslave de 1999. Como una espantosa metáfora de la situación del camposanto, los huesos volvieron a flotar, entre las aguas negras, y cayeron arrastrados hacia la parte baja donde fueron encontrados cuando la tormenta amainó.

Pero las desgracias del cementerio no solo afectan a muertos en el anonimato sino también a los más ilustres. El recinto volvió a ser centro de interés nacional cuando se conoció que el cadáver del presidente Joaquín Crespo, que gobernó en dos períodos, 1884-1886 y 1892-1898, había desaparecido del panteón presidencial. Crespo fue probablemente el mandatario venezolano más supersticioso del siglo XIX y confiaba los asuntos de la República a un brujo llamado Telmo Romero. Al igual que Chávez, era llanero, procedía de familia humilde y creía en los espíritus errantes.

—Llegó a Caracas cuando era una metrópoli de 20.000 habitantes. Él era del estado Guárico (en el centro del país) y fue a la capital a cambiar un burro por una vaca, que tenía mayor dignidad. Invocaba a los espíritus de la sabana, como Chávez. Y es que hay que entender la tierra de donde vienen: de la inmensidad del Llano que ocasiona esa sensación de soledad y que hasta el canto de un pájaro termina convirtiéndose en algo mágico —explica el historiador Germán Carrera Damas, hombre de confianza de los expresidentes Carlos Andrés Pérez y Jaime Lusinchi, del partido político con mayor tradición antes de la llegada del chavismo, Acción Democrática.

La tumba profanada de Joaquín Crespo, patrimonio artístico nacional, fue descubierta por Lisseth Boon, periodista de investigación que trabajaba en ese momento el diario *Últimas Noticias*, mientras preparaba un reportaje sobre el destino que tuvieron los cuerpos de los expresidentes de Venezuela, tras la muerte de Hugo Chávez. Al panteón familiar de los Crespo se accedía a través de una reja que había sido forzada. Acompañada de un fotógrafo, Boon decidió entrar a la tumba que ya era familiar para ella. Había visitado el recinto años atrás cuando trabajó en Fundapatrimonio, la empresa pública encargada de mantener en buenas condiciones el patrimonio cultural de la ciudad.

Decidió bajar hacia la estancia donde reposaba el expresidente. En las escaleras de caracol, encontró restos de velones negros. También había cenizas de tabaco, un instrumento habitual en los rituales santeros. En la planta inferior, la falta de luz dificultaba observar el estado de la sala, aunque tanto la periodista como el fotógrafo temían una imagen siniestra. Decidieron disparar fotos con flash

para guiarse por el recinto. Un grafiti de lo que parecía ser un cacique fumando fue la primera imagen que obtuvieron en la pantalla de la cámara. Decidieron continuar utilizando el flash para desvelar el entorno.

El destello de luz sobre los ataúdes del expresidente y su mujer, conocida popularmente como Misia Jacinta, reveló que los cristales estaban rotos. Y entre las maderas, no había nada. Los cuerpos habían desaparecido. Sobre el ataúd solo quedaban restos de telas rotas y una colonia de escarabajos hambrientos.

—Las velas y el tabaco eran recientes. No sé si fue del día anterior o de algunas semanas, pero era evidente que se había celebrado un ritual hacía poco tiempo —explica Boon.

Ni los responsables del cementerio ni la alcaldía de Caracas pudieron determinar dónde fueron a parar los restos de Crespo ni tampoco cuándo fueron extraídos. La última vez que hay registro oficial del paradero del presidente es en 1996, cuando el Instituto de Patrimonio Cultural decidió restaurar el sarcófago. Según la investigación de Boon, el cuerpo fue trasladado del cementerio mientras se restituía el ataúd. Pocos meses después, regresó a su panteón pero nadie sabe hasta cuándo. La noticia de su desaparición tomó por sorpresa hasta al propio director del Cementerio, que agradeció la publicación de la noticia para alertar a sus jefes y a la sociedad de la falta de seguridad.

Desde el descubrimiento, las autoridades reforzaron la vigilancia en el recinto, donde también descansan otros tres presidentes de la República: Isaías Medina Angarita, Carlos Delgado Chalbaud y Rómulo Gallegos, al que robaron las letras doradas de la lápida que componían su nombre. Los expresidentes se han librado de trabajar a las órdenes de paleros gracias a las enormes losas de granito que hacen casi imposible su profanación.

Los exmandatarios, en sus años de poder, se habían querido asegurar una última morada digna. Procuraron lugares de reposo acordes con el cargo que ostentaron. Pero nada quedó de aquella grandeza, de los honores póstumos, del recuerdo y del legado. Algunos trabajadores del cementerio incluso dudan del lugar donde están enterrados. No están seguros de en qué zona, en qué pasillo se encuentran.

Sus tumbas son una más entre la multitud, no destacan sobre el resto ni tampoco tienen un ramo de flores, ni siquiera una rosa, ni un mensaje ni una carta. Se han convertido en olvido, en un enorme agujero en la memoria colectiva.

El cráneo de un expresidente de la República tendría un valor incalculable para los ritos de santería. El palero que haya podido hacerse con esa calavera contaría con una influencia y poderes insospechados. Los paleros con propósitos ambiciosos suelen ser precisos con el muerto que desean. No les vale cualquier hueso. Los cráneos de los que han sido asesinados por un tiro en la cabeza no sirven para este tipo de rituales. Por eso, cuando se descubre una tumba profanada donde todavía permanecen los huesos del difunto, con seguridad se trata de un cráneo quebrado. Pero a veces la urgencia y las prisas mandan.

—Sé que han sacado cadáveres con tiros, algo que no se debería hacer —explica Jesús Paiva, sacerdote babalawo y percusionista del grupo musical Vasallos de Venezuela.

Los restos son vendidos en el mercado del Cementerio, un recinto próximo donde, además de puestos de comida y ropa, han proliferado las tiendas esotéricas y de material para la santería: hierbas, inciensos, tabacos, animales para los sacrificios y huesos. Y la moda crece: es extraño encontrar un mercado tradicional que no cuente con puestos de material esotérico y santero.

Los establecimientos que venden objetos para los rituales se extienden por barrios y urbanizaciones a un ritmo tan elevado como el de los sacerdotes de la nueva religión. «Cada semana surgen como 30 nuevos babalawos solo en Caracas», calcula Paiva.

Los alrededores del mercado de Quinta Crespo, en el centro de Caracas, zoco tradicional de compra de comida y enseres básicos, se ha transformado también en lugar para buscar hierbas y hasta animales para los sacrificios. Los comercios que antes vendían frutas, verduras y comida para animales ahora están siendo ocupados por mercancía para alimentar el espíritu y también para los altares ocultos de los paleros.

A simple vista, venden vírgenes, crucifijos y estampas de santos populares como el médico José Gregorio Hernández, a quien se le atribuyen sanaciones milagrosas. Pero una inspección minuciosa siempre desvela otro tipo de mercancía: cartas, el tarot egipcio, manual para aprender a usar el tarot. Más escondidas están las ramas que se utilizan para trabajar los huesos, las coloridas pulseras para la santería, las hierbas para atraer buena suerte y los velones para desear el mal ajeno y amarrar a los amantes.

Pero no todos los artículos se comercializan como manda la tradición. En ocasiones, los propios vendedores son conscientes de que también están estafando a los clientes. Un comerciante muestra las ramas utilizadas en la santería. Son todas iguales, proceden del mismo árbol. El encargado explica que, para que el resultado sea efectivo, deben ser palos de veintiún árboles diferentes. Pero su proveedor ya no se los vende. Entonces procura no alertar a los clientes que, por lo general, no están tan bien informados como él de estos asuntos.

Los ritos paleros siempre han causado gran rechazo entre quienes desconocen el mundo de la santería pero también entre los que la practican. Los brujos que trabajan con magia blanca, rezan a Jesucristo, usan el sol para dar energía a los mejunjes, y hacen sus ritos puertas afuera, en las montañas o en los ríos sin ningún tipo de vergüenza. En cambio, los paleros se encierran en sus casas, evitan que sus cráneos sean vistos y usan la noche y los cementerios para sus conjuros.

Pero el pudor de la palería también tuvo un hito: el momento en el que Hugo Chávez decidió exhumar el cadáver de Bolívar. El acto, transmitido de madrugada, en la hora de los muertos, fue interpretado como un mensaje claro para los paleros. El colectivo supo que aquella ceremonia, grabada por cámaras de televisión, era un llamado a los ancestros, un grito a los muertos.

—Los científicos que acuden a ese tipo de pruebas van vestidos de colores pasteles, no completamente de blanco como hacen los paleros. Fue una ceremonia palera, sin duda alguna —razona el exministro de la Defensa, Raúl Baduel, desde la cárcel de Ramo Verde.

La transformación política de Chávez, el hombre que en campaña electoral en 1998 reconocía que en Cuba imperaba una dictadura, fue asentándose con cada viaje a La Habana, con cada llamada de consulta a Fidel Castro. Después de su primera visita a Cuba, donde fue mimado por el entonces presidente cubano, la percepción de Hugo Chávez sobre el régimen de aquel país fue cambiando. Y no solo en sus convicciones políticas sino también en sus creencias más íntimas.

A pesar de las supersticiones que lo rodeaban, nunca había dado la más mínima señal de aprobación o simpatía por la santería. Pero cuando llegó a la Presidencia, las cosas cambiaron, según explica su antiguo círculo íntimo. Chávez nunca vivió en la residencia oficial de La Casona, al este de Caracas, zona opositora, sino que acondicionó los espacios del propio Palacio Presidencial de Miraflores, sede del Ejecutivo en el casco histórico de la ciudad.

–Dormía en la suite japonesa del Palacio de Miraflores que había hecho (el expresidente) Jaime Lusinchi. Gente cercana a él me comentó que allí se hicieron ritos de magia negra y sacrificio de animales. Estas cosas son claramente influencia cubana, porque él quedó obnubilado desde el primer viaje que hizo a Cuba –explica su mano derecha durante la primera campaña electoral, Nedo Paniz.

El rumor de que Hugo Chávez sacrificaba animales dentro del Palacio corría entre los seguidores de la santería. Pero esa sombra extendida sobre la figura del presidente fallecido siempre ha sido desmentida por los allegados que estuvieron de su lado hasta el último momento.

El sacerdote de la familia Chávez, quien oficia todas las misas de aniversario por la muerte del presidente, Numa Molina, no creía a Chávez capaz de cometer un acto de ese tipo. Sus oraciones ante Jesucristo, su fe inquebrantable en la Biblia y su pasado católico, de monaguillo, impedían que el presidente estuviese inmerso en esos rituales.

Su amiga de la juventud y dirigente el PSUV en Barinas, Maigualida Santana, está convencida de que los rumores sobre los rituales de santería en Miraflores no son más que una estrategia política de desprestigio en contra de la figura del Comandante Eterno. Santana compartió su juventud en Barinas con Chávez, vivió con angustia su captura después del fallido golpe de Estado de 1992 con el que pretendía alcanzar la Presidencia de Venezuela. Sabía que era un hombre de fe, tal vez supersticioso, pero nunca santero ni mucho menos palero.

–Hugo era un hombre muy espiritual pero nunca anduvo metido en esas cosas de brujería.

Maripili Hernández, una de las mujeres más cercanas a Chávez durante buena parte de su gobierno, tampoco cree que el presidente fuese capaz de hacer un rito de palería con los huesos del hombre a quien tanto admiró y amó profundamente. Le resulta impensable imaginar a Hugo Chávez bebiendo los huesos del Libertador. Considera que el rito repetido por los santeros –que muelen los huesos y los beben en una mezcla líquida– es una escena irreal, improbable, completamente descabellada.

–Fue un acto científico. Se quería conocer las verdaderas razones de la muerte. Los huesos estuvieron siempre custodiados –asegura Hernández, en línea con la versión gubernamental.

En un país donde la figura de Bolívar ha sido objeto de culto religioso y donde el principal aeropuerto, la moneda nacional e, incluso, el propio nombre del país llevan el apellido del Libertador, la exposición pública de sus huesos pequeños y amarillentos causó consternación en gran parte de quienes adversaron a Hugo y también entre quienes lo amaron en el pasado. Exhibir los huesos centenarios, exponer la crudeza de la muerte fue interpretado como una forma de humillación.

–Me pareció un acto palero espeluznante –dijo su examante Herma Marksman.

La exhumación del cadáver de Bolívar venía acompañada de una obra más ambiciosa: la creación de un nuevo mausoleo, acorde con la figura del Gigante de América. El Libertador de cinco países mantenía un espacio privilegiado en el Panteón Nacional, donde están los héroes de la Patria, los hombres ilustres, lo más granado que ha tenido Venezuela en sus 500 años de existencia.

El Panteón Nacional está ordenado por jerarquías. El cenotafio de Francisco de Miranda, uno de los próceres venezolanos más ilustres y universales que batalló en la Revolución francesa, está abierto. Un águila blanca espera que en algún momento se encuentren sus restos para cerrarla definitivamente. Fue enterrado en una fosa común en Cádiz. También se encuentra vacía la tumba de Antonio José de Sucre, el militar y estadista que salió de Venezuela para liberar las tierras de Perú,

Ecuador y Bolivia.

Junto con ellos, presidentes, militares, poetas, médicos y algún ídolo personal de Hugo Chávez: Ezequiel Zamora, líder militar que luchó por una reforma agraria en favor de los campesinos. Hasta 2011 el recinto estaba presidido por el cuerpo de Simón Bolívar, rodeado de las banderas de los países que liberó. El espacio ha quedado vacío y sirve de entrada al nuevo mausoleo construido por Chávez, completamente blanco, de 50 metros de alto, de largo y de ancho.

En el suelo del viejo panteón, nombres desconocidos para la mayoría de visitantes han sido casi borrados por los pasos de quienes caminan sobre sus lápidas, pero el nuevo mausoleo del Libertador, bautizado popularmente como la pista de patineta, por su forma curva que se empina desde el suelo hasta alcanzar los 90 grados, muestra el culto a los ancestros con todo su esplendor. En la obra ejecutada para gloria y honor del Libertador de las Américas no se escatimó en esfuerzos ni en gastos. La entrada del nuevo mausoleo comienza en el lugar donde Simón Bolívar estuvo enterrado hasta 2011. Un pasillo panorámico y acristalado conduce al nuevo recinto. La cámara es sobria, blanca inmaculada que resalta sobre el suelo de mármol negro sobre el que también se alzan las esculturas que han acompañado a los restos de Simón Bolívar en los últimos años. En una de ellas aparece el Libertador con la mano en el pecho, símbolo masón.

Además de lugar de culto, también es un recinto turístico, aunque la mayoría de visitantes son venezolanos. Un guía explica que la madera del sarcófago proviene del estado llanero de Portuguesa, cercano a la tierra natal de Hugo Chávez, aunque Nicolás Maduro asegura que es de Barinas, donde nació el presidente fallecido. Se retiraron tres lingotes de oro puro de las arcas del Banco Central de Venezuela para dibujar cada una de las espigas del nuevo sarcófago que resguarda en su interior otra urna de cristal. En la parte posterior, sus iniciales en oro: SB.

Cuatro soldados de la Guardia de Honor, con uniforme rojo que emula al británico, custodian el cuerpo. Cada dos horas se hace el relevo en medio de un silencio sepulcral. Hasta un golpe de tos retumba entre las paredes de mármol de Sudáfrica y la cerámica traída de Suiza y España. Detrás, una rosa roja simboliza a su amante y compañera de batallas, Manuelita Sáenz.

El mausoleo también era un compromiso de Chávez con Bolívar, un regalo de tú a tú. De libertador a libertador, de presidente a presidente. En medio del idilio personal, Chávez exhumó el cadáver, ordenó el estudio de sus huesos y comenzó a despertar los fantasmas de una maldición, según el ideario popular.

¿Era posible que aquel panteón blanco levantado por Chávez en honor a Bolívar con mármol sudafricano, con un nuevo ataúd de oro de Guayana y madera de los Llanos, lejos de despertar el agradecimiento del Padre de la Patria, haya levantado su ira?

El Libertador había decretado la maldición a quien osara perturbar su sepulcro, según una versión poco fiable y no contrastada. Pero desde el momento en que Chávez muestra en televisión los restos del Libertador, el fantasma de Bolívar comenzó a recorrer Caracas. Se había levantado sobre el Panteón Nacional al ser despertado de su último descanso.

Tras la exhumación del cadáver del Libertador, murieron en accidentes o víctimas de enfermedades repentinas en los meses siguientes: William Lara, exgobernador del estado Guárico; Luis Tascón, diputado de la Asamblea Nacional; Alberto Müller, exvicepresidente del partido de gobierno; Luis Ceballos, diputado del Parlatino; Lina Ron, dirigente vecinal que es recordada como una guerrillera urbana; Clodosbaldo Russián, contralor general y, tres años después, el propio

presidente, Hugo Chávez.

Lo que podría ser un hecho natural en cualquier otro lugar del planeta, comenzó a convertirse en un encadenamiento de sucesos extrañamente relacionados entre sí. La profanación de la tumba no podía pasar sin consecuencias.

Las muertes comenzaron a ser relacionadas con «la maldición de Bolívar», un término del que se hicieron eco los diarios nacionales y que después fue reproducido por la prensa internacional. Así como la maldición de Tutankamón se cernió sobre los antropólogos, egiptólogos y científicos que descubrieron su tumba, el espíritu de Bolívar también había decidido castigar a quienes perturbaron su descanso. Y la versión de la venganza bolivariana que corría por la calle también adquirió fuerza entre quienes conocieron a Chávez en persona.

–Yo sí creo lo de la maldición de Bolívar –dice Nedo Paniz–. Muchos de los altos dirigentes del chavismo se han enfermado de cáncer y otros lo padecen pero no lo quieren anunciar públicamente.

En el Cementerio General del Sur también continúan las exhumaciones pero sin exposición pública, en secreto, en las noches que no coincidan con cuarto menguante, cuando también se pueden desatar las maldiciones entre los que profanan tumbas. El diácono no tiene duda de que la extracción ha crecido durante los últimos años a un ritmo superior al del crecimiento de la santería. La nueva industria religiosa necesita una alta producción de huesos.

–Se han convertido en auténticas redes profesionales. Tengo la convicción de que no solo trabajan para Venezuela, sino que abastecen el mercado del Caribe. En Cuba nadie se atreve a profanar una tumba. Eso explica que hay una nueva industria de la exportación –explica el diácono Rafael Plaza–. Siete u ocho cadáveres diarios son demasiados para el consumo interno.

Marxistas, leninistas y santeros

–¿Le confesó Hugo Chávez si en algún momento practicó la santería?

–No, nunca hablamos de eso, pero un día vino en una visita oficial a San Cristóbal y llegó con un grupo de babalawos cubanos.

–¿Le preguntó usted qué relación tenía con esos babalawos?

–No, nunca le pregunté.

Entrevista con Mario Moronta, Obispo de San Cristóbal

La capilla fue construida en tiempo récord. Trajeron unas láminas que sobraron de obras públicas, los carteles que repartieron durante las últimas campañas electorales y los santos que los vecinos quitaron de los altares de sus casas. La idea surgió de los propios seguidores. Las visitas al Cuartel de la Montaña, el lugar donde oficialmente fue enterrado Hugo Chávez, terminaban con ofrendas, cartas, peticiones, flores que eran retiradas inmediatamente por los militares que custodian el lugar.

Cada día los visitantes y los vecinos ofrecen velas, retiran las flores marchitas y colocan otras nuevas. También le llevan agua y café. Una bandera de Venezuela custodia cada lado de la capilla hecha de madera y techo de zinc, precario como muchas casas de los cerros de Caracas, pero cuidado, limpio y con una capa de pintura azul que parece fresca. Un par de palmeras jóvenes fueron colocadas a cada lado de la entrada. En el interior, un gran afiche de Hugo Chávez haciendo el saludo militar a Cristo con su cruz a cuestas. La imagen adapta un lema bíblico de Romanos: «Nosotros y ¿quién contra nosotros?». Afuera, un cartel avisa que no es una capilla cualquiera: «Santo Hugo Chávez del 23».

El barrio lo declaró santo después de su muerte y de la ceremonia de entierro. Las cartas de peticiones se colocan junto a las velas de todos los colores. Piden casa, trabajo y también fortaleza para seguir con la lucha de su proyecto revolucionario. La capilla es un templo informal junto al oficial: el Cuartel de la Montaña. A pocos metros, un mural de Cristo con una ametralladora da la bienvenida al lugar.

El 23 de Enero fue el epicentro del movimiento Tupamaro, considerado por años uno de los grupos de la izquierda armada más radicales de Venezuela. De tendencia marxista-leninista, sus dirigentes usaron pasamontañas para ocultar su rostro y su identidad hasta el 2003. Del mismo nombre que un movimiento uruguayo, había ganado la reputación de ser un grupo armado peligroso por los gobiernos que precedieron al de Hugo Chávez. Pero los Tupamaros, que se han extendido como partido político, son vistos como uno de los brazos civiles y armados del chavismo. Su lucha contra los narcotraficantes que azotan los barrios les ha grajeado no pocas simpatías.

También estuvo en el centro de la polémica durante las protestas estudiantiles que conmocionaron

al país al principios de 2014. La oposición los acusó de organizar actos violentos y represivos contra los manifestantes que se habían adueñado de las calles en las grandes ciudades del país. Los opositores cortaron vías con barricadas, incendiaron basura y pusieron en jaque al gobierno chavista. Y tras varios días de protesta, llegó la respuesta de los colectivos chavistas. Los videos grabados con teléfonos móviles y difundidos a través de las redes sociales mostraban hombres rompiendo cristales de los vehículos y robando sus pertenencias en las urbanizaciones opositoras del este de Caracas. También se les vio armados, disparando contra los manifestantes, según denunciaron los estudiantes y sectores de la oposición.

El grupo, que nunca ha ocultado su condición armada, negó haber asesinado estudiantes y causar daños a los opositores. En su defensa salió el propio presidente, Nicolás Maduro, que les dio categoría de «grupos de paz».

Para buscar respuestas sobre el alcance social de la santería, decido visitar a uno de los dirigentes de los Tupamaros que se ha entregado a esta religión. Como muchos procesos surgidos durante el chavismo, la llegada de la santería a la organización de izquierda radical también llegó de la mano de los cubanos.

Williams Benavides, miembro del Consejo Nacional de Tupamaro y líder de las Juventudes, me cita en un despacho en el edificio Ambos Mundos, en el centro de Caracas, a pocos metros de la plaza Bolívar, la Catedral y el Congreso y que fue sede durante muchos años del diario *El Universal*, uno de los más importantes del país. Es un inmueble de los años cincuenta, construido en plena transformación urbana por el auge petrolero de mediados del siglo pasado y que parece estar infrautilizado o casi deshabitado.

La entrevista fue concertada pocos días después de que Maduro se alzara con la victoria presidencial. Benavides acude con retraso a su cita. Llega tarde, pero llama para avisar que está aprisionado en una de las largas colas de tráfico que padece la ciudad casi a cualquier hora. Para compensar la espera, me invita a comer.

El dirigente marxista va acompañado de dos ayudantes. Los dirige, da órdenes y también les entrega dinero en efectivo para comprar la comida en un restaurante casero cerca de la oficina. Es notorio que goza de cierto poder entre los suyos. Benavides parece desconfiado, pero poco a poco se va abriendo y no tiene reparos en reconocer que los Tupamaros son un movimiento armado y que saldrán a la calle para evitar el regreso de «la derecha». Lo declaró meses antes de las protestas callejeras de febrero de 2014. Y cumplieron su promesa, según las acusaciones de la oposición.

El despacho es humilde, con mobiliario viejo, algo descuidado. En la entrada da la bienvenida el rostro de Túpac Katari, el indio aimara que organizó un ejército de 40.000 hombres para tomar la ciudad de La Paz y liberarla del dominio español pero que fracasó en su intento. También está impresa la frase que se le atribuye antes de su ejecución en manos del ejército español: «Muerdo, no importa, pero algún día volveré hecho millones».

Los Tupamaros son más que un grupo armado. Obtuvieron, en las últimas elecciones presidenciales, 226.000 votos en todo el país. A pesar de que dan apoyo al gobierno, lanzan críticas sobre su gestión. Cuestionan que el partido de Chávez y Maduro, el PSUV, se haya convertido en una mera maquinaria electoral y que no haya dado el giro definitivo hacia la izquierda. Sobre la pizarra blanca, en la que se explican sus tácticas políticas, permanece una frase escrita en una reunión anterior: «La mejor política es atacar al enemigo».

Estados Unidos valoró la posibilidad de considerar a los Tupamaros una organización terrorista, un extremo que no se concretó, para desgracia de sus integrantes.

–Eso hubiese sido un orgullo porque demostraría que estamos en la causa justa. Públicamente se dice que somos malandros, pero lo que hacemos es intentar evitar que la derecha regrese al poder – explica Benavides.

Desde su fundación, la organización marxista-leninista no aceptaba ni elementos religiosos ni integrantes que profesaran públicamente algún tipo de fe. Eran los días en los que se tomaba con la máxima literalidad aquella sentencia de Karl Marx: «la religión es el opio de los pueblos». Pero hoy las cosas han cambiado radicalmente. Varios dirigentes del partido, con cargos de responsabilidad, son abiertamente santeros, algunos de ellos sacerdotes babalawos, y tienen relación permanente con los máximos jefes de la santería de otros países.

Benavides desvela su verdadero nombre dentro del mundo de la santería: Awo Williams Benavides Ifa Ose Awulera, lo que significa que es descendiente de la casa worení, una tribu africana. Explica que la santería tiene dos vertientes: el Ifá tradicional, originario de África, y la santería de la diáspora cubana. Asegura haber estudiado de manera profunda las raíces y la historia de esta religión, lo que lo ha llevado a rechazar la rama cubana que ha introducido el dinero en los rituales. Por todo se cobra. Iniciarse en la santería es una práctica de lujo. También hacer ofrendas y mantener al padrino. Por ello, el santero revolucionario, el seguidor de Marx, siente más afinidad por el Ifá tradicional que, asegura, tiene más de 12.000 años de historia.

Benavides tuvo su primer acercamiento con la santería durante un viaje político a Cuba. Dentro de los Tupamaros, tiene acceso a armas, pero también dispone de instrumentos que considera más poderosos: los collares protectores que le aportan la práctica de la santería. La oración y el armamento pueden conjugarse en una fe de vida. Nada nuevo en la historia de las religiones.

–Empecé en esto porque fui a unas jornadas de trabajo social en Cuba. Conocí a un profesor que me dijo que era babalawo. A mí me apasionan los procesos independentistas, hablamos de temas históricos, de las raíces africanas. Cuando me enfermé, me propuso consultarme con él. De inmediato me contó la historia de mi vida. Antes dudaba, pero me dijo cosas muy íntimas, los problemas que había tenido, situaciones que era imposible que las adivinara si no tuviese un poder especial – explica el joven.

El líder tupamaro también tenía una predisposición familiar hacia esos temas. Su madre practicaba espiritismo aunque explica que de pequeño nunca se sintió atraído por ese tipo de rituales.

El movimiento armado asegura que durante los últimos años se han abolido algunos dogmas dentro de la organización. Bien por asimilar la realidad sociológica venezolana o por conveniencia electoral, los miembros del grupo abrazaron una nueva premisa: «Si el pueblo cree en Dios, nosotros también tenemos que creer».

–Nos dimos cuenta que es una realidad que no podemos obviar, ni evitar. Hay que respetar estas creencias. Antes en el partido había un importante elemento dogmático. Ahora tenemos paleros, pentecostales, curas, babalawos y musulmanes. El responsable político del estado Zulia es musulmán – explica Benavides.

Los tupamaros se abrieron sin complejos hacia la santería al mismo tiempo que el líder de la revolución, Hugo Chávez, comenzaba a abordar estos temas incluso en sus discursos televisados. El presidente denunció en una ocasión que sus enemigos habían arrojado un zamuro muerto en el Palacio

de Miraflores, un acto que inmediatamente interpretó como ataque político. «Me quieren ver muerto. Por ahí me dejaron un animal muerto en Miraflores», dijo en cadena presidencial. El mensaje no fue esporádico sino que fue repetido con posterioridad.

–Esto que voy a decir yo no es mentira: los adecos tenían más de cien brujos haciendo de todo, prendiendo candela. Se tiraban al suelo, en el agua, en la tierra. Se pusieron incluso en cruz, unos por aquí en Barlovento, otros por allá en El Junquito, otros por allá en Vargas, en Maracay. Haciéndome una cruz a mí para cruzarme y neutralizarme. Una vez en Miraflores, en el techo, conseguimos unos animales de esos que preparan en vudú. Los lanzaron. Pero aquí nosotros quebramos brujería y todo, pulverizamos brujería y todo –dijo Chávez en otra edición de Aló Presidente.

El mensaje coló rápidamente entre la población creyente, mayoritaria en Venezuela. Además de declararse maoísta, musulmán, seguidor del Che Guevara y defensor del comunismo cubano, Chávez también creía en el poder de los rituales y los hechizos.

En un acto de campaña, en el estado llanero de Guárico, en el centro del país, donde las creencias en espectros, ánimas y fantasmas están ampliamente extendidas, Chávez se dirigió al público con un discurso en el que unía en la misma oración dos conceptos arraigados en la cultura popular: enfermedad y brujería.

–La contrarrevolución, la burguesía, jugó a que yo no podría ni caminar, que yo me estaba muriendo, que no podía ni boquear. Hasta brujería me han lanzado pero yo ando con Dios –dijo Chávez el 17 de julio de 2012.

Las palabras de Chávez tenían una peculiar interpretación entre los creyentes, que veían en él a un presidente supersticioso. Cuando hablaba de negritud, de los ascendientes africanos, los santeros interpretaron claramente que se estaba abriendo también a la religión yoruba que trajeron los esclavos africanos a América pero que aprendieron a sincretizar en los santos católicos para no ser reprimidos ni castigados.

En el estado Vargas, donde buena parte de la población depende económicamente del puerto y del aeropuerto que sirven a la ciudad de Caracas, la santería dejó de ser una confesión residual. Las dos principales infraestructuras del país están rodeadas de barriadas humildes con viviendas de autoconstrucción y grandes bloques levantados al final de la dictadura, en la década de los cincuenta. En los años de la expansión económica de mediados del siglo pasado, La Guaira era un balneario donde los caraqueños acudían en carnavales, vacaciones y Semana Santa a disfrutar de sus playas casi vírgenes, rodeadas de algunas viviendas residenciales y hoteles.

Hoy, el litoral luce otro panorama. La construcción sin control ha cambiado el verde de la vegetación frondosa por el cemento sin orden. Las montañas son casi siempre de color ladrillo salpicadas por algún verde, un blanco o un azul por los habitantes que han querido pintar sus viviendas para darle cierta dignidad. Sufren grandes problemas de servicios básicos, la recogida de basura falla y sus aguas negras se vierten directamente a las quebradas y a los ríos. Pero la pobreza también es relativa y muchos de ellos disponen de antenas de televisión por cable y suelen disfrutar de algunas comodidades electrónicas y pantallas planas de televisión. De estas zonas provienen la mayoría de los trabajadores del puerto y del aeropuerto.

–De los 800 empleados de la línea aérea, la mitad eran santeros. Funciona en la base y también en lo más alto del poder. Muchos de los altos cargos que trabajan en Miraflores hacen santería, aunque no sé si palería –explica Ramón Barrios, antiguo director del aeropuerto Simón Bolívar, en Caracas

y exvicepresidente de la línea aérea Aeropostal.

Barrios había disfrutado de altos cargos durante el gobierno socialcristiano de Luis Herrera Campins entre 1978 y 1983. Fue director del aeropuerto, el principal del país. Abogado, criminólogo y doctor en derecho, es un apasionado de la política nacional, pero también tuvo otra debilidad oculta: la santería.

Me cito con Barrios en una panadería y pastelería cerca del Centro Comercial San Ignacio, lugar de encuentro de opositores y también de personalidades con poder. El local, que ofrece pasteles frescos, se ha convertido en una casa de cambio encubierta. El cambio de moneda extranjera está prohibida por las autoridades venezolanas y restringida solo a los métodos de cambio oficiales. Allí acude Barrios, con una guayabera blanca bien planchada.

El día en que lo iniciaron en la santería, le colocaron una masa de maíz en la cabeza que destilaba agua. El maestro que ofrecía la ceremonia sacrificó un gallo mientras golpeaban su cuerpo con ramas para purificar su alma. La santería es una religión donde casi todos los rituales son a gusto del consumidor y ninguna explicación suele ser igual a otra. Tampoco ningún ritual. Los más ortodoxos, durante el período de iniciación, deben dormir en una esterilla, no deben practicar sexo y están obligados a vestir completamente de blanco. Barrios no pasó por tantos rigores.

Al poco tiempo de que le impusieran los collares, acudió a pedir auxilio a su padrino que residía en Miami. Lo habían involucrado en un caso de corrupción por la entrada al país de un grupo de inmigrantes ilegales. El escándalo estuvo a punto de costarle la libertad. Además de su buena defensa, que coordinó gracias a sus extensos estudios en derecho, recurrió a los espíritus africanos.

Hicieron un trabajo en el Ávila, la gran montaña de Caracas. En la santería, un hechizo tiene nombre de carga laboral. Barrios acudió con su padrino, un sacerdote babalawo que tenía cierta reputación incluso fuera de las fronteras y celebró un rito en un pequeño pozo formado en una cascada. Cumplió con todos los pasos con fe, mientras escuchaba las oraciones en lenguas africanas.

Al salir del río sentía como si se hubiese liberado de una gran carga en sus espaldas y en su cabeza. El juicio no solo se resolvió a su favor sino que su enemigo, que intentó llevarlo a la cárcel, tuvo el destino que deseaba para Barrios. «Terminó tras las rejas».

Desde ese momento, el exdirector del aeropuerto comenzó a pedir a las deidades y dedicó gran parte de su tiempo a cultivar la religión. La santería no es un culto cómodo de ir a misa algunos domingos. Los orishas conceden peticiones pero necesitan constantemente atención y comida: huevos, pescado, miel, tortas, un gallo o una gallina. Son los manjares de los espíritus. Barrios no necesitaba más pruebas y comenzó a vestir sus siete collares de santo. Había aprendido una lección: trabajo que haga un buen babalawo, no lo tumba nadie.

A diferencia de otras religiones, la santería no cuenta con una estructura piramidal. La relación es casi directa entre el devoto y el santo, aunque muchas veces cuenta con la mediación del padrino. En Venezuela se extendieron las dos vertientes de la santería: la cubana y la africana. Los concedores coinciden en que la rama cubana ha derivado en una religión cara, destinada a mantener un alto nivel de vida de los padrinos. Es una religión profundamente capitalista, extendida en un país comunista.

Pero a diferencia de otras confesiones, que exigen caminos de espiritualidad, sacrificio y penitencia, la santería se ha vendido como una religión eficaz para lograr un nuevo trabajo, apartar a los enemigos del camino o conseguir ascensos.

Concejales y alcaldes de los tupamaros han comenzado a reconocer abiertamente su devoción santera. Y aunque militares, policías, ministros y altos cargos del partido también han admitido en privado participar en rituales e, incluso, haberse iniciado en la religión, pocos han reconocido sin complejos su confesión. Fue el caso del joven diputado chavista Robert Serra, un dirigente juvenil relevante en los círculos del partido chavista. «No es sacerdote babalawo. Él es simplemente santero», confirmó su asistente Adán meses antes del asesinato del dirigente. Serra fue uno de los diputados chavistas más beligerantes en la defensa del proyecto político de Hugo Chávez que promovió la diversidad religiosa en Venezuela.

El círculo de Serra estaba lleno de santeros y babalawos. De hecho, en los interrogatorios de su asesinato, los implicados reconocieron practicar rituales de santería en la casa del diputado. Las primeras versiones policiales apuntaron a que uno de los jóvenes encargados de velar por su seguridad, con quien supuestamente había mantenido una relación sentimental, le asestó treintaiséis puñaladas, una versión que no fue confirmada por las autoridades.

Entre los diputados, policías y militares confesos, la santería o religión yoruba garantiza el éxito personal y a corto plazo. En el Festival Internacional de Tradiciones Afroamericanas (FITA) que se celebró en Venezuela durante cinco años, los militares asistían a cursos de formación en temas relacionados con la religión yoruba. Acudían para ser consultados y también para obtener más conocimientos acerca de la religión en pleno apogeo.

Pero la lectura del Ifá no era un acto desinteresado, sino que se cobraba en dólares. Hasta cien por sesión. Los invitados y expertos internacionales están convencidos de que las consultas gratuitas son contraproducentes. Los santos y los babalawos merecen abundancia. Pero la cita, celebrada en un conocido hotel de Maracay, era, sobre todo, un escenario de homenaje a lo negro, a la cultura africana, a los rastafaris, a los ancestros, a los esclavos. Por ello, las sesiones con las deidades se mezclaban con cursos de capoeira, talleres de danza popular de Mozambique y clases de percusión, la mayoría de ellas dictadas por cubanos. Lo místico, lo religioso y lo cultural confluían en un hotel de prestigio.

–Fui como investigadora. Me inscribí en un taller de canto yoruba y estaba lleno de militares. Yo debía ser una de las pocas civiles. Y mi sorpresa fue que todos se sabían los cantos. Allí me di cuenta de la verdadera penetración que había logrado la santería, que era hasta hace poco una religión residual en los sectores populares –explicó la investigadora Michaelle Ascencio, dedicada a estudiar fenómenos de la religiosidad popular.

Los años previos a su muerte, Ascencio, escritora, investigadora y profesora universitaria, se dedicó a visitar brujas, espiritistas, tarotistas y santeros. Quería desentrañar la religiosidad cultural venezolana que plasmó en su libro *De que vuelan, vuelan*. Muchas veces iba de incógnito a consultarse como una clienta más. Nacida en Haití y criada en Venezuela, estudiaba los rituales pero sobre todo se interesaba por el tipo de clientela que acudía a las consultas y por los asuntos que querían desvelar con cartas, tabacos y caracoles. Entre los brujos, casi siempre recibía la misma respuesta:

–Mis principales clientes son militares y gente del gobierno.

Después de varios años de investigación, Ascencio concluyó que la santería no había crecido de forma espontánea en Venezuela sino que había sido impuesta desde Cuba para ayudar a crear una especie de religión alrededor de la figura de Chávez. Y como desde la Iglesia católica no recibió apoyos para estos propósitos, el Gobierno –según Ascencio– intentó utilizar las religiones

emergentes: la santería y los evangélicos.

–El uso de las creencias religiosas del chavismo es una forma de hacer política. El reto era convertir al ciudadano en devoto. El devoto rinde culto a una deidad o divinidad. Hay un culto a Chávez que genera actividades sumisas y no se cuestiona el dogma o lo que se predica. Los ciudadanos se comportan frente al político como frente a un Dios. Él formalmente se convierte en Dios en la tierra, el redentor, el salvador –analizó Ascencio después de unas jornadas de política y religión celebradas en la Universidad Metropolitana de Caracas en abril de 2013.

La rapidez de la santería y de la hechicería también ha tenido efectos sobre los patrones culturales de quien la practica. El trabajo constante y el esfuerzo son valores que pierden sentido ante la inmediatez de los orishas. Un buen trabajo puede conseguir, con algunos rezos y una gallina degollada, la prosperidad del cliente. La rapidez manda y cuando un brujo recibe a una persona interesada en ganar dinero, suele sobrevenir la misma duda:

–¿Usted quiere ganar dinero trabajando o sin trabajar?

La pregunta no es banal y revela que hay dos ritos muy diferenciados para quien desea triunfar y obtener beneficios de su trabajo y para quien quiere montarse en el ascensor social por medio de hierbas y conjuros.

La batalla entre la santería y la religión católica se siente en la Iglesia de Santa Paula, de la Virgen de la Caridad del Cobre en Caracas, donde acude la mayor comunidad católica cubana de la ciudad. Los fieles ya no son los mismos que los de hace veinte años. Cada vez asisten a la iglesia más devotos con sus collares de santería.

–Siempre ha habido santería en Venezuela pero en los años del chavismo ha crecido de una manera pavorosa. Ahora va unida a una opción política. Cada vez vienen más personas que han sido inducidas a ese tipo de prácticas pero que siguen siendo católicos. Han sido intimidados. Tienen un terror terrible por sacarse los collares. Yo les he sacado algunos y les digo que no se preocupen, que toda la maldición, si es que la hay, me caerá a mí y no a ellos –explica el párroco de la iglesia, Manuel Díaz Álvarez.

El 9 de julio de 2003, cuando el féretro del cardenal Ignacio Velasco, que intentó convencer a Chávez de que renunciara tras el golpe de Estado de 2002, salió por la puerta de la Catedral de Caracas, un grupo de simpatizantes de Hugo Chávez empezó los festejos. Habían comprado fuegos artificiales, llevaron pitos y habían ensayado consignas para ocasión: «Se hizo justicia, murió el golpista». El ataúd del cardenal y arzobispo de Caracas tuvo que salir por la puerta principal de la Catedral junto a la esquina caliente, centro neurálgico de los seguidores chavistas más agitadores y activos en la calle. Las fuerzas de seguridad también se habían preparado y fueron equipados con gases lacrimógenos para dispersar el festejo y dar paso a la marcha fúnebre.

Los feligreses aplaudían, en un intento por acallar los pitos y las explosiones de los defensores de Hugo Chávez. Pero no lo lograron. Junto con otros párrocos de Caracas, Manuel Díaz Álvarez permaneció imperturbable ante los gritos que acompañaban la marcha: «Váyanse al infierno», «Terminarán en la quinta paila». Entre la muchedumbre, el sacerdote pudo reconocer a una integrante de su comunidad, colaboradora y también receptora de ayuda parroquial, que acompañaba al grupo de confrontación.

–¿Felicia? ¿Qué haces tú aquí?

La mujer, atrapada entre el luto y el festejo, entre el llanto y la pirotecnia, no sabía si debía llorar o reír, si pedir perdón o enfrentarse al cura que la había ayudado en momentos difíciles. Llevó su dedo índice a los labios, implorando silencio, y susurró:

–Es que me obligan.

Felicia, avergonzada, no tuvo tiempo de dar demasiadas aclaraciones. Tal vez fue obligada por sus propias circunstancias, por la presión de sentirse parte de una agrupación que también recibe ayudas directas del gobierno, pero que exige lealtad en la causa y presencia en las manifestaciones.

Que la santería está metida de lleno en el gobierno es una teoría generalizada de las que pocos dudan en Venezuela. Hasta la alta jerarquía de la Iglesia católica tiene conocimiento de ello. Monseñor Mario Moronta, obispo de San Cristóbal, fue, sin duda, uno de los sacerdotes más cercanos a Hugo Chávez. El presidente fallecido se dirigía a él como un amigo. «Yo tenía mi candidato a cardenal y su nombre es Mario Moronta», dijo Chávez en la Asamblea Nacional al criticar al cardenal Urosa Savino, adversario de su gobierno.

El cardenal crítico con el chavismo motivó la primera manifestación de santeros contra la Iglesia católica en Caracas. Se produjo a raíz de un pronunciamiento en una misa de Semana Santa el año 2010. «A veces a personas débiles en su fe los engañan y les dicen que pueden ser santeros y católicos. No se puede ser chicha y limonada. Respeto mucho a las personas que tienen otra religión, pero si tienen otra religión no pueden ser católicos», dijo el cardenal que encendió la ira de los santeros que también se consideran católicos y que se concentraron frente a la Asamblea Nacional para pedir respeto a la libertad de culto.

Acudo a San Cristóbal para entrevistar a Mario Moronta. En la frontera con Colombia, el estado Táchira, andino, ha dado siete presidentes a Venezuela y es una de las regiones más católicas y donde la Iglesia tiene mayor influencia. También es la zona donde el chavismo es más débil y donde se iniciaron las protestas estudiantiles que sacudieron el país a principios de 2014. Las barricadas convirtieron a San Cristóbal en una urbe paralizada y segregada donde los estudiantes llegaron a incendiar tanquetas militares.

Mi visita se produce días después de que Maduro ganara las elecciones presidenciales. Se percibía cierto ambiente de malestar que encendería la mecha meses más tarde: en San Cristóbal no se conseguía pasta de dientes por ningún lado. En las farmacias, en los abastos, en las pequeñas tiendas de barrio, al preguntar por pasta de dientes, solía recibir la misma respuesta: «¿Usted no es de aquí, verdad? Hace meses que no tenemos pasta de dientes».

Las colas en las gasolineras perduran las 24 horas. A las dos o a las cuatro de la madrugada, siempre hay vehículos esperando para repostar gasolina. La zona padece los problemas de Venezuela y también los ocasionados por ser estado fronterizo: los colombianos compran masivamente todo tipo de productos por ser más baratos en Venezuela y la situación agrava el desabastecimiento y también el malestar que haría estallar la violenta ola de protestas. El epicentro del descontento se concentró en San Cristóbal, donde monseñor Mario Moronta también debe cargar la cruz de chavista.

El obispado mantiene un cuidado patio colonial con muebles de la época, una fuente y un jardín bien mantenido. El edificio está enclavado en una amplia plaza de piedras en el suelo y donde los jóvenes de las escuelas se reúnen en los tiempos de receso. Parece un día tranquilo, alejado de lo que le depararía nueve meses después.

En la oficina de Mario Moronta un cartel advierte a las visitas: «El Obispo no redacta cartas de

recomendación para el ingreso a colegios». En muchas instituciones educativas con alta demanda, la carta de un alto jerarca de la iglesia puede ser determinante, pero monseñor Mario Moronta se niega a perjudicar al resto de aspirantes. A pesar de la advertencia, muchos padres siguen llegando al obispado con la misma petición: «Quisiera que monseñor hiciera una carta de recomendación para mi hijo».

El despacho de Mario Moronta acumula centenares de cruces de todas partes del mundo. El obispo es un coleccionista de arte, el arte de los crucifijos. Las paredes de su despacho parecen no guardar espacio para una más. Las hay de todos los tamaños, formas y materiales. Recargadas, de madera, bañadas en oro, coloridas, sobrias.

A pesar de la cercanía que tuvo con Chávez, Moronta no aparenta ser un religioso al servicio de un partido político. Se muestra sosegado en su análisis sobre la utilización de la religiosidad en el chavismo y sobre el auge de la santería. Sabe que en el camino hacia el aeropuerto hay un santuario muy concurrido por los seguidores de la santería. Dispone de señalización para que no se pierdan en el camino y ofrece cierta privacidad que protege a quienes evitan ser tachados públicamente de herejes o ignorantes.

—La mayoría lo oculta. Hay un político local que me lo ha confesado, me ha dicho que practica esas cosas. A otro lo descubrí yo porque vi que su vehículo se dirigía al santuario. Le dije que lo había visto y se avergonzó —explica Moronta, que entiende la práctica de la santería como un fenómeno social en el Caribe que ha penetrado verticalmente en todos los sectores y clases sociales.

Pero el obispo cercano al chavismo tiene una actitud comprensiva con las prácticas santeras, que describe como una expresión cultural que combina a santos y próceres independentistas, entre ellos Simón Bolívar, en el mismo altar. Moronta es consciente de que la santería ha crecido en sectores concretos: deportistas de élite, cuerpos de seguridad del Estado, militares, policías y actores y animadores de televisión. Casi todos, relacionados o dependientes directos del dinero gubernamental.

Quien parecía no haber hecho demasiados esfuerzos por disimularlo fue Hugo Chávez. En un viaje oficial a San Cristóbal quiso visitar al obispo y acudió con su personal de confianza y sus guardaespaldas. Era una gira de rutina, de las muchas que solía programar el presidente en el interior del país. Asistió con un grupo importante de seguidores desconocidos para Moronta. El personal que lo escoltaba era numeroso. Los cubanos le habían recomendado moverse con anillos de seguridad. El más cercano al presidente casi siempre era cubano y parecían quererlo demostrar.

Iban acompañados por un grupo de hombres vestidos completamente de blanco y de tonos claros y que exhibían sus coloridos collares de santeros en honor a las deidades: los rojos y blancos de Changó, los verdes y amarillos de Orula y los blancos y azules de Yemayá. No era una provocación. Los santeros consideran su religión como prima-hermana de la católica. Y sienten que no deben avergonzarse de sus creencias. Ni siquiera frente a un obispo al que saludaron con respeto. Después de todo, también es una autoridad de su iglesia.

Mario Moronta saludó a todos con cordialidad, pero quiso ser discreto con los acompañantes del presidente. A pesar de la buena relación que había entre ambos, no se atrevió a preguntar a Chávez si se había iniciado en esos mundos. Hay cosas que la Iglesia prefiere desconocer.

El diablo anda suelto

Amaneció un día en Caracas en que la santería había perdido el halo antropológico heredado de los esclavos que vinieron encadenados desde África. Un temor generalizado se suspendió como una enorme nube negra sobre la ciudad. Un cunaguaro, el felino autóctono que vive entre cuatro rejas en el zoológico del Pinar, despertó mutilado. Una pata trasera y otra delantera. Encerrado en su celda con las barras descoloridas, el animal se lamía para intentar curar las heridas y calmar el dolor. El zoológico pidió una investigación judicial pero las asociaciones en defensa de los animales adelantaron su veredicto: «Fue víctima de una mutilación para rituales de santería».

El terror se apoderó de los trabajadores del zoológico que sospechaban de sus compañeros. Ninguna valla del recinto fue forzada, todas las rejas estaban intactas. Las miradas acusadoras cayeron sobre el cuidador del animal. La dirección del zoológico prohibió a todos los empleados dar declaraciones a los medios. Temían que el caso fuese utilizado políticamente para acusar al zoológico de colaborar con este tipo de rituales. El animal fue retirado de su jaula para ofrecerle tratamiento veterinario.

Las primeras sospechas apuntaban hacia un posible rito santero, pero los sacerdotes de esta religión avisaron rápidamente de que ninguno de sus rituales utiliza huesos de animales. Tan solo una rama de la santería, la palería, recurre a huesos de cadáveres, pero siempre de humanos. Las asociaciones ecologistas comenzaron a sospechar que se trataba de algo más serio: un posible rito satánico. La duda se había disparado como un rumor malicioso de una sola vía y sin retorno. Las sombras de las sectas satánicas, que se habían extendido a finales de los ochenta entre grupos de jóvenes de las principales ciudades, volvían a planear sobre el país.

Las voces de alerta comenzaron a multiplicarse: los demonios sobrevolaban en bandada. La Iglesia evangélica comenzó a advertir sobre el aumento de los ritos satánicos: sacrificios, invocación de espíritus malignos y de energía y magia negra. En la iglesia Marianata, ubicada en una de las oficinas del Centro Comercial El Recreo, en Caracas, el pastor Enrique Soto alertaba a los feligreses de los peligros que entrañan ese tipo de prácticas, detrás de las cuales asegura que está el mismísimo Lucifer.

El pastor está convencido de que el demonio mueve muchas de las cosas que han ocurrido en el país últimamente. La llegada de nuevos ídolos, el auge de la santería y de los sacrificios se explican por presencias malignas. Para su iglesia, los nombres de las deidades, Ochún, Changó u Obatalá, lucen claramente demoníacos. No necesitan más luces ante tal convencimiento. Las noticias de supuestos sacrificios de animales y de humanos y de pactos con espíritus malignos también han llegado a esta iglesia evangélica que contempla con horror cómo Satán gana terreno en Venezuela.

El pastor Soto percibe que el mal conquista el poder y de allí se extiende hacia el resto de las estructuras de la sociedad venezolana: la policía, los militares, los dependientes de los programas sociales del gobierno, los necesitados. Para detenerlo, las iglesias evangélicas han pasado a la acción y organizan cada vez más rituales para liberar a personas de las «cadenas que les impone la

santería» y reparten folletos en la calle, en las universidades y hasta en las cárceles. Todo esfuerzo y despliegue parece insuficiente ante el avance de los demonios.

En una iglesia de El Paraíso, una zona de clase media en el suroeste de Caracas, un pastor convoca a su comunidad para presenciar un acto inusual. Se prepara espiritualmente para una dura batalla, por lo que quiere congrega a la mayor cantidad de testigos posibles. Cualquier cosa puede suceder. Es el exorcismo del siglo XXI. Frente al altar de la Iglesia, el pastor recibe a un nuevo integrante que quiere convertirse a su religión. El hombre había acudido atormentado donde el pastor para que lo liberara de la mala influencia. Sentía que había decepcionado a los espíritus africanos a los que había pedido ayuda. Estaban molestos con él. Tal vez no cumplió su parte del pacto, porque la santería no es una religión de devoción hacia los entes todopoderosos. Es un sistema de negociaciones y acuerdos. Tú me das y yo te doy.

No es extraño que un santero atormentado acuda a la Iglesia evangélica, porque se siente perseguido y afectado por algún trabajo de magia negra. Los seguidores de Cristo prometen deshacer todas esas malas influencias. Como si el ingreso formal a una nueva confesión fuese capaz de anular los demonios de un plumazo. Es la salida rápida, la vía de escape más expedita para librarse de las influencias malignas.

El pastor inició sus rezos carismáticos, dirigió su oración como telepredicador cercano. Los sacerdotes evangélicos casi siempre son buenos oradores. Es una cualidad necesaria. Sus palabras generan seguimiento, convicción. En el auge de la oración, el líder de la iglesia decretó la liberación de aquel hombre de todos los espíritus africanos, de las fuerzas del mal.

–Déjenlo, libérenlo en nombre de Jesucristo nuestro señor –gritó el sacerdote en la Iglesia.

Sus palabras retumbaron en las paredes. En ese momento, el collar santero que el hombre aún llevaba en su pecho reventó. Las decenas de pepitas de colores comenzaron a rodar por el suelo saltando de un lado a otro, tropezando con los bancos, las paredes y tocando los zapatos de los presentes que intentaban sacárselas de encima como si ellas estuvieran movidas por el Diabolo.

–Ese es el verdadero poder de Cristo –dijo el pastor ante el silencio de los presentes.

Cierta o fantasiosa, la anécdota es conocida por varios miembros de la Iglesia evangélica de Caracas, convencidos de que Jesucristo doblegará a los espíritus más siniestros. Pero la batalla religiosa entre los espíritus africanos y los seguidores de Jesucristo, entre santeros y evangélicos, no solo se libraba en las calles de Caracas. También había llegado al Palacio Presidencial.

Los pastores evangélicos suelen citar los versículos de Isaías para advertir a quienes sacrifican animales y desentierran huesos que los males más insospechados pueden caer sobre ellos. «¿Te sientes atrapado por estas prácticas? Solo Cristo te da la liberación. Arrepiéntete y renuncia. Abre tu corazón y dile a Cristo que lo recibes como Salvador y Señor», explica un folleto que circula por Caracas bajo el título «Prácticas prohibidas», que distribuyen los pastores evangélicos.

Pero las advertencias no surten demasiado efecto y la cría de pollos, gallinas y chivos para ser sacrificados en ritos continúa siendo una práctica nada extraña en el país. Los santeros chavistas siempre han sabido que la religión también formaba parte de una nueva manera de entender la política venezolana. La sociedad había cambiado, los pobres y excluidos tenían ascendencia en el poder. Y la religión yoruba, denostada a lo largo de los siglos por los blancos católicos, por los conquistadores, también comenzaba a surgir sin complejos, lista para conquistar espacios de la alta política.

La santería casa muy bien con el poder. Es una religión rápida y efectista. El cumplimiento de una meta, el alcance de un objetivo concreto suele conducir a ritos cada vez más extravagantes.

Orlando Fernández, político venezolano referente de la izquierda dominante antes del chavismo y que dio apoyo al presidente fallecido durante los primeros años de gobierno, vio en Hugo Chávez una persona extremadamente ambiciosa, dispuesto a probar cualquier hechizo y ensayar cualquier acto de brujería con el propósito de obtener más poder. Fue gobernador de Lara, pero perdió el apoyo del presidente cuando comenzó a cuestionar los acercamientos con los dirigentes cubanos. Fernández comentó en una ocasión al presidente que las intenciones de Fidel Castro pasaban por aprovecharse del petróleo venezolano. Desde ese momento, perdió la confianza del mandatario.

—Chávez fue cambiando poco a poco su conducta política y personal y se fue descarnando. Me confesó que estaba dispuesto a hacer lo que fuese con tal de mantenerse en el poder. Y me remarcó «lo que sea». Eso me lo dijo a mí, no me lo contó nadie. Era un hombre sin alma que solo se adaptaba a las circunstancias —explica Fernández.

Apenas tres años después de haber asumido el poder, el presidente comenzó a enfrentar adversidades que difícilmente hubiese imaginado al inicio de su gobierno. Los empresarios habían convocado sucesivos paros, los sindicatos organizaban reuniones con los militares del régimen, la oposición lograba marchas kilométricas. La buena fortuna le había dado la espalda. Al levantarse cada día, recibía peores noticias y rumores. Desconfiaba de casi todos sus colaboradores. Sabía que un golpe estaba en marcha, que los militares se movilizaban y pretendían desconocerlo. La calle ardía por su empeño de intentar someter a Petróleos de Venezuela, la principal compañía del país, a sus mandatos, algo que no había podido lograr en sus tres primeros años de gobierno.

Eran días de reuniones secretas en los restaurantes, de órdenes tensas en el Palacio Presidencial y de marchas con asfixia lacrimógena en la calle. El presidente no podía conciliar el sueño. Las empresas convocaban a paros nacionales mientras Chávez llamaba a sus ayudantes de confianza al Palacio, a media noche, de madrugada. La hora no importaba. Tenía poco tiempo para desactivar un golpe de Estado inminente. Mandaba a apersonarse a cualquier militar de quien sospechase. Quería desenmascarar a los traidores. Tenía experiencia en ello. Había pasado largos años conspirando y salió airoso de todas las delaciones. Pero ahora él estaba del otro lado.

Atravesaba los momentos más críticos de todo su gobierno. Ninguna noche de abril de 2002 había logrado conciliar más de cuatro horas de sueño, según explicaron sus allegados. Entonces había recordado aquellos años en los que su hermana Cristina le había recomendado colocar el vaso de agua volteado debajo de la cama. Su personal cercano conocía la costumbre. Nadie tocaba el vaso y plato que servían para ahuyentar los nuevos demonios de Hugo Chávez. Comentan que el ritual también fue compartido con Fidel Castro. En Cuba se le llama revocación, un acto para ahuyentar los malos deseos. Pudo haber sido un truco aprendido de su asistente personal Celia Sánchez, que fue una gran espiritista y que pudo haber mantenido una relación sentimental con Castro, según la convicción de los allegados de Chávez.

El vaso había vuelto a funcionar a Hugo más de diez años después. Era consciente de que necesitaría una ayuda sobrenatural para superar la mayor adversidad de su carrera política. El 11 de abril de 2002 se había precipitado al fondo del abismo que tanto temía. Una larga conspiración en su contra terminó con un millón de manifestantes dirigiéndose hacia el Palacio de Miraflores para exigir su renuncia.

Chávez necesitaba más que una asesoría política. Sin la guía de Cristina, tenía la urgencia de

ponerse en manos de poderosos guías que lo ayudaran a reunir fuerzas para enderezar la dura situación. En esos días de incertidumbre y amenazas, una figura política se alzó amenazante sobre el presidente. El líder sindical Carlos Ortega, presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, CTV, había liderado manifestaciones contra las políticas del gobierno. Firme y decidido, Ortega era uno de los hombres que conspiraba aquellos días para intentar derrocar al gobierno de Hugo Chávez.

Carlos Ortega representaba una seria amenaza para el gobierno. Contaba con una energía movilizadora peligrosa, con un don de masas que podría hacer temblar al gobierno chavista. Activaba a la fuerza trabajadora, era capaz de paralizar las principales actividades económicas del país y no era percibido como un dirigente acomodado ni obsesionado con el dinero o con el poder. Después de aquellos días turbulentos, una inquietante información llegó a los oídos del líder sindical.

En una visita presidencial organizada a Suráfrica, donde se celebraba la cumbre de la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Chávez hace una parada inesperada para algunos miembros de su gabinete. Se trataba de un viaje para que el líder supremo de la Revolución comenzara a percibir la energía de los ancestros, para pedir ayuda a los espíritus de quienes alguna vez fueron arrancados de aquella tierra. De aquellas anchas sabanas, llenas de vida, de fauna salvaje y del vigor implacable de la naturaleza, había surgido el hombre y allí se concentra la energía originaria que mueve a los seres humanos, según las creencias de la zona.

Chávez ordenó desviar su viaje para trasladarse al interior del continente. El séquito presidencial se había hospedado cerca de un poblado con pequeñas casas de barro, paja y caña. Era una sabana extensa que le recordaba a los Llanos venezolanos, aunque el clima era más seco y la vegetación menos densa.

Parte del equipo no era consciente de la misión que los había llevado a realizar aquella parada de la que no habían tenido conocimiento previo. Algunos creían que era un capricho de última hora del presidente, un cambio más a los que ya estaban acostumbrados. Con Chávez, las agendas eran inútiles y la preparación previa muchas veces resultaba un trabajo perdido.

Parte de los que acompañaron al presidente en aquel viaje conocerían el motivo de aquel cambio de planes. Rodeado de floridos flamboyanes y algún baobab milenario, Chávez apareció en un terreno despejado junto al poblado con un ejército de babalawos. Eran soldados espirituales pero también su primer círculo de seguridad, su personal de absoluta confianza, todos cubanos.

En medio de la noche, el círculo más íntimo del comandante supremo presenciaría una escena insólita. Los tambores habían comenzado a sonar en un terreno cercano al pequeño poblado. En medio de la oscuridad, completamente desnudo, Chávez salió de una de las casetas. Se dirigió hacia el pequeño grupo de confianza que se había encargado de que el lugar no contara con la presencia de extraños.

El pequeño poblado había sido blindado. Allí, frente a sus guardianes espirituales, Chávez se prestó para el ritual africano sin ningún pudor. No tenía vergüenza ni miedo al demostrarse de forma descarnada. Nunca fue particularmente vergonzoso y menos en ocasiones en las que el pudor solo podía entorpecer las energías.

Con las rodillas sobre la arena seca y polvorienta, comenzó a cavar para hacer un pequeño hueco. Rodeado de sacerdotes babalawos y brujos de magia negra y vudú, recitaba en voz alta los conjuros

mientras colocaba una vasija con pócimas dentro del hueco. Hablaba alguna lengua africana que los asistentes fueron incapaces de descifrar. Parecía que el Comandante Eterno dominaba el idioma y tal vez no era la primera vez que recitaba aquellos conjuros.

Uno de los sacerdotes acerca a Chávez uno de los ingredientes principales del ritual: una foto. Los testigos intentaban ver la imagen pero no podían vislumbrar de quién se trataba, aunque algunos, finalmente entre las sombras de las luces de las velas fueron capaces de poner rostro a aquella imagen: se trataba de Carlos Ortega, el dirigente sindicalista que tanto había atormentado a Chávez aquellos días de rebelión.

El comandante giró la foto y la dejó boca abajo. Uno de los babalawos acercó a él un cuenco con vísceras, no se sabe si de animales o de humanos, aunque supusieron que se trataba de la primera opción. Otro de sus colaboradores también le acercó una bandeja con un costillar seco. Sobre él no hubo ninguna duda: por su tamaño, era humano, probablemente extraído de algún cementerio de la zona.

Colocó todos los ingredientes siguiendo las indicaciones del maestro que oficiaba la ceremonia. Sus acompañantes ayudaron a que toda la tierra tapara completamente aquella tenebrosa preparación.

El insólito episodio, casi inverosímil, llegó años después a los oídos de Carlos Ortega, hoy exiliado en Lima, Perú. Una amiga en común que tenía con Chávez, le aseguró haber presenciado personalmente el ritual. Aquel acto de magia negra no daba descanso a la mujer que, a pesar de que era completamente escéptica y que rechazaba esas prácticas, quedó afectada por lo que vio.

Carlos Ortega no dudó de la palabra de su amiga ni tampoco sospechó que hubiese pinceladas de exageración en su relato. Había tenido noticias, de diferentes fuentes, de que el presidente era un seguidor asiduo de ese tipo de prácticas. Pero Ortega, también incrédulo, no resultó afectado por aquel supuesto episodio al que no confirió mayor importancia.

Había olvidado la anécdota hasta que años después, en su exilio en Lima, recibió un correo electrónico de su cuñado con el título: «Lee lo que sale allí». Un enlace a un texto publicado en internet en un blog de contenidos evangélicos¹⁰ en el que describía el viaje presidencial a Mozambique, pero con mayor detalle. La información despertó la curiosidad de Ortega, quien devoró aquella lectura que guardaba grandes coincidencias con el testimonio que le había confiado su amiga con anterioridad.

—Yo no creo en nada de eso. Había escuchado que el presidente era seguidor de todo ese tipo de cosas. Todo eso era *vox populi* pero nunca tuve ningún elemento certero, ninguna comprobación de todos esos rituales. Pero creo que si eso tuviera algún tipo de efecto, se le revirtió, porque yo sigo con salud, en la Tierra, y él terminó como ya todos sabemos —explica Carlos Ortega en conversación telefónica desde Lima.

El 11 de abril de 2002, los demonios habían tocado a la puerta de Hugo Chávez. La gran manifestación hacia el Palacio Presidencial, la mayor que ha vivido Venezuela en sus últimos años, se había convertido en una gran carnicería que terminó con manifestantes y defensores del gobierno muertos en una confrontación confusa entre policías, militares y francotiradores. Chávez había obligado a las cadenas de televisión a transmitir su mensaje cuando parecía condenado a perder el poder. Las televisoras privadas habían dividido la imagen: mostraban al presidente dirigiéndose al país, acusando a la oposición de fraguar un golpe de Estado en su contra, mientras en la otra mitad las cámaras hacían acercamientos a las heridas de los manifestantes, a la sangre que brotaba por sus

bocas, a las convulsiones que precedían a la muerte. Las imágenes repetían, una y otra vez, el momento en que las balas impactaban en los cuerpos de manifestantes y fotógrafos.

Esa misma noche era arrestado por el mando militar acusado de masacrar a los manifestantes indefensos. Transcurrieron dos días de prisión y de arrepentimiento por haber confrontado al país. Pero el golpe fracasó en menos de 48 horas y los mismos militares que le habían dado la espalda a Chávez el 11 de abril permitieron su regreso triunfante el 13. Ese día, buena parte de los líderes conspiradores asistieron al Palacio Presidencial de Miraflores para aplaudir la autoproclamación del presidente de los empresarios, el líder de Fedecámaras, Pedro Carmona Estanga, como nuevo presidente del país. Fue un golpe de Estado improvisado y condenado al fracaso que contó con un gran ausente: Carlos Ortega.

En el momento cumbre, la redacción de los documentos de cambio de poder y en la toma de posesión, Ortega no apareció. A 8.600 kilómetros de distancia, las vísceras se descomponían sobre su fotografía. Esa fue la convicción extendida. Chávez lo había neutralizado. Carlos Ortega tuvo que huir del país después de haberse fugado de la cárcel de Ramo Verde en la misma celda que años más tarde ocuparía otro enemigo de Hugo Chávez, su compadre y exministro de la Defensa Raúl Baduel.

Desde ese momento, los adversarios políticos comenzaron a ver signos de brujería en cada acto de Chávez. Cualquier obra, cualquier inauguración era interpretada como un nuevo ritual santero, como un intento desesperado por retener el poder y seguir contando con el apoyo popular a través de la invocación.

La moneda nacional venezolana transformó radicalmente su diseño en 2007 cuando el gobierno cambió su denominación de «bolívares» a «bolívares fuertes». Por primera vez aparecieron en los billetes personajes históricos normalmente presentes en los altares de la religiosidad popular y de la santería. El cacique Guaicaipuro, en los billetes de diez bolívares con tonalidades rojizas y terracota. El teniente Pedro Camejo, conocido popularmente como el Negro Primero, en los billetes de cinco bolívares, de tonos naranja. En el reverso también había plantas, montañas, ríos y animales.

El Ávila, la gran montaña sobre la que descansa en su valle la ciudad de Caracas, los llanos venezolanos y el Parque Nacional Canaima sirven de fondo a animales como el cachicamo, el águila arpía, la flor de gusano, las tortugas carey y el oso frontino. La naturaleza venezolana, sus animales, sus próceres y líderes históricos. Todos sobre los papeles que tocan con sus manos cada día los venezolanos. La táctica obedece a la lógica de la magia y la santería. Entre los adversarios no había dudas. Si el papel puede convertirse en un elemento de dominación cada vez que se toca con las manos ¿qué mejor que los billetes que usa el pueblo cada día? ¿Qué arma puede ser más efectiva que el dinero que todos desean tener en grandes cantidades?

Tres años después, en 2010, el gobierno decidió erigir un singular monumento en el centro de Caracas, en la Plaza de El Venezolano frente a la cual se encuentra la casa natal del Libertador Simón Bolívar. Los transeúntes miraban con sorpresa el singular cilindro: una especie de obelisco circular con franjas rojas y negras como las pulseras de Eleguá, la deidad a la que rinde culto la santería y que es dueña de los caminos, de la sabana y de los montes. Pero la nueva estructura, rígida, se eleva en vertical como si quisiera tocar el cielo o como si, tal vez, recibiera alguna energía del firmamento.

—De las cosas que te han dicho que Chávez pudo haber hecho, brujerías, sacrificios de animales, hechicería y magia negra, debes creerlo todo. A lo único que no le doy credibilidad es al rumor de que sacrificaba a los niños de la calle. Hasta ahí estoy seguro de que no llegó —explica su

exseguidor, el exgobernador de Lara Orlando Fernández.

La afición de Hugo Chávez a los rituales y a la brujería se intensificó desde su primer viaje a Cuba, según sus excolaboradores. Su asistente durante la primera campaña electoral, Nedo Paniz, vio una transformación del candidato después de su primera visita a La Habana el 11 de diciembre 1994, cuando pronunció su célebre discurso en la Universidad de La Habana.

Su ayudante personal aquellos días de campaña comprobó cómo Chávez llegó obnubilado de Cuba. Había quedado deslumbrado por el recibimiento de Fidel Castro que lo había tratado como un jefe de Estado. Paniz percibió que el líder cubano había logrado conectar de forma muy especial con el militar venezolano. No era la primera vez que Cuba intentaba una relación especial con Venezuela y, a ojos del excolaborador, Fidel vio en Hugo su última oportunidad para meter mano al petróleo venezolano.

Cuenta Nedo Paniz que al final de la campaña, la transformación del candidato comenzaba a preocupar al equipo. Seis meses antes de las elecciones, en una reunión en la que participaron dos históricos líderes de la izquierda venezolana y que posteriormente formaron parte de su gobierno, Luis Miquilena y José Vicente Rangel, algunos colaboradores alertaron del cambio del carácter de Chávez, que se estaba convirtiendo «en un monstruo».

–Sí, pero es la única salida que tenemos –respondió Miquilena, que lo acompañó durante los dos primeros años del gobierno.

Una de las astrólogas más mediáticas del país, Adriana Azzi, que saltó a la fama por su horóscopo dominical en el diario *El Nacional*, pero que últimamente ha sido criticada por haber pronosticado sin éxito las derrotas electorales de Chávez, también se alinea con la teoría de la transformación. Con una dicción en ocasiones atropellada, Azzi no lucía como una astróloga mística, sino más bien como una bruja corriente, cercana a la mayor parte de la población venezolana. Era una mujer del pueblo, sencilla, con el tono de la calle. De cabello negro y de semblante serio, pocas veces sonriente, aglutinaba todas las características de la bruja que consulta en los barrios o en las urbanizaciones pero terminó adquiriendo gran notoriedad.

Azzi no juzga al chavismo desde una posición desprejuiciada. Exiliada en República Dominicana, ataca desde la vertiente espiritual al gobierno socialista, al que asocia con las «fuerzas oscuras».

La bruja había conocido a Hugo Chávez en Radio Caracas Televisión, el canal que cerraría años más tarde por mantener una férrea línea editorial en contra de su gobierno. El entonces candidato había asistido a los estudios del canal de televisión para ser entrevistado en un programa matutino. La productora Adriana Carrillo invitó a comer al exgolpista y a la bruja mediática, una pareja explosiva. En el encuentro, Azzi tuvo una buena impresión de aquel hombre con una energía arrolladora. Percibió que era un militar astuto, leído, preocupado por la situación del país. En medio de aquella comida, Azzi se atrevió a lanzar su primer pronóstico sobre el candidato, que recibía en aquel momento amablemente tanto los elogios como las críticas.

–Tú vas a llegar a la Presidencia pero vas a ser un mandatario retrógrado.

La sentencia, sin preámbulos, dejó pensativo a Hugo Chávez. Meses después, Azzi también coincidió con el candidato pero en otro canal de televisión: Venevisión, propiedad de quien hasta ese momento era la familia más adinerada en Venezuela: los Cisneros. Entonces ya las encuestas lo daban ganador y, según Azzi, el ascenso político lo había llevado a una degradación espiritual. Cuenta la bruja que el presidente del canal, Carlos Bardasano, le pidió que le leyera las cartas a

Chávez en su propia oficina. Pero Azzi percibió en aquel segundo encuentro una energía diferente. Ya no veía en él a un hombre afligido por la pobreza del país, sino a un militar ambicioso, con una energía más interesada, con más sed de poder. En el fondo, sentía un halo más demoníaco. Pero ¿qué había cambiado en tan solo pocos meses en el candidato presidencial que remontaba como la espuma y a cuya victoria todos querían apuntarse? ¿Se trataba de un cambio en el político o eran tal vez los prejuicios de la pitonisa?

Azzi explica que algunos militares que estuvieron cercanos a Chávez como Antonio Rojas Suárez, exgobernador que salió del gobierno por discrepancias políticas, avalan su teoría. También asegura que Marisabel Rodríguez, la segunda esposa de Chávez, es una mujer atormentada por los ritos satánicos que presenció.

—Yo una vez le dije a Marisabel que estaba convencida de que Chávez había hecho un pacto con el diablo, un rito satánico, para mantenerse en el poder. Después de decirle eso, me dio una respuesta contundente: «¿Cómo sabes eso?».

Con bases reales o falsas, el propio Chávez se encargaba de alimentar el mito de sus ritos de magia negra con sus alocuciones. «A ese cardenal (Ignacio Velasco) me lo voy a conseguir en el infierno. Estoy seguro», dijo el 13 de abril de 2008 en un discurso en conmemoración de los cinco años del golpe de Estado del que salió airoso.

Las continuas menciones que utilizaba Hugo Chávez del infierno y del diablo despertaron las alarmas entre sus adversarios, que comenzaron a cuestionar las verdaderas creencias del presidente. Satanás ya era un paradigma constante para referirse a los enemigos y, en ocasiones, a él mismo. El bien y el mal, Jesucristo y Lucifer, se habían convertido en ejes políticos, en guión de discurso de campaña. Llamas, demonios, condenas eternas. «Irán directo a la quinta paila», «Aquí huele a azufre», «nos vemos en el Infierno».

—Chávez dijo «si es necesario me reúno con el diablo». Si tuviese una fe verdadera, no utilizaría esa expresión —opina el exgobernador Orlando Fernández.

En Caracas comenzaron a sentirse los repiques de los tambores en las noches, generalmente en las zonas de la ciudad controladas por la oposición, pero no eran golpes de fiesta sino de llamado a los espíritus. Nadie sabía de dónde provenían ni quién los tocaba. Aunque nunca se vio a los misteriosos tamborileros, el sonido se extendía por las urbanizaciones y cada noche más gente creía haberlos escuchado. Desde el anonimato que le aporta Twitter, una pitonisa comenzó a dar explicaciones místicas sobre los eventos políticos que habían envuelto a Venezuela desde que el cáncer tomara el cuerpo del presidente.

@MuiMona prefiere no revelar su verdadero nombre. También utiliza fotos falsas en Twitter. Asegura que es parte del misterio que ha creado con su personaje. No consulta en persona. Solo con llamadas telefónicas o a través de chat. Pese al ocultismo, a mediados de 2014 cobraba 1.600 bolívares por consulta o 150 euros a los clientes residentes en el exterior. Con su trabajo había logrado reunir a más de 84.000 seguidores. Todos estaban pendientes de sus profecías que siempre relacionan la brujería, la espiritualidad y el rumbo político de Venezuela.

Herma Marksman, la compañera sentimental de Hugo Chávez durante diez años, se sorprendió por los pronósticos que había hecho la pitonisa en Twitter acerca de la enfermedad de Chávez y las apariciones posteriores. Por la descripción que dio del presidente y de quienes lo acompañaban, pensó o que era una excelente pitonisa o que había tenido acceso directo al entorno de Hugo Chávez.

Muimona aseguró que el presidente había realizado numerosos hechizos, con la asesoría de babalawos cubanos, para aplacar los ánimos de sus enemigos políticos y de los ciudadanos que lo adversaban y aseguró que Hugo Chávez tuvo una muerte clínica a finales de diciembre de 2013, dos meses antes del anuncio oficial de su fallecimiento.

Días después de las descripciones que la pitonisa misteriosa hacía sobre el presidente, Marksman recibió una información que la perturbó. Los amigos íntimos que habían podido ver a Chávez en sus últimos días le enviaban mensajes preocupantes. Todos lamentaban su estado, conectado a las máquinas, con graves dificultades respiratorias. A sus pulmones de fumador empedernido no le llegaba el oxígeno y tuvo que permanecer conectado durante las últimas horas de su vida. El hombre que daba discursos televisados durante más de cinco horas y que hacía mítines interminables, murió en el más absoluto silencio y sin poder hacer lo que tanto le entusiasmaba: hablar.

Muimona interpretó aquel final como un castigo por los terribles sacrificios y hechizos que el presidente supuestamente había realizado durante los últimos años. La pitonisa asegura que nunca ha tenido información terrenal sino que todas sus visiones provienen de una vela encendida en su casa. A través de ella, ve imágenes, señales y escenas que no puede corroborar ni constatar pero que, después de visualizarlas, no tiene ninguna duda de que han ocurrido. Y las visiones se transforman en verdades a través de su Twitter.

Chávez se había convertido en un permanente rumor que antes de acabar ya había encendido otros nuevos. Se le atribuyó bañarse con la sangre de un león en el Palacio de Miraflores y también de rociar con pócimas mágicas la ciudad de Caracas desde un helicóptero para adormecer a los ciudadanos los días antes de las elecciones.

Meses después de la aparición del cunaguaro herido del zoológico, la fiscalía aseguró que se trató de una autolesión producto del estrés por las malas condiciones de vida del animal. Ni ritos paleros, ni sectas satánicas. La investigación se cerró con la conclusión de que al animal se le detectó sangre en sus jugos gástricos y perdió un diente en el ataque a sus patas. Las conclusiones, sin embargo, no conformaron a los defensores de los animales que no dieron crédito a las versiones oficiales.

Para el chavismo, todas estas suposiciones responden a un interés político por intentar desvirtuar el verdadero espíritu social y religioso de la revolución. Para ellos, Chávez no fue más que un santo que merece un altar en el barrio del 23 de Enero, misas y peregrinaciones para mantener la memoria de su espíritu, de su fuerza liberadora. Si no fuera así, no se explicaría su entrega hacia los pobres, tal como hizo Jesucristo en vida. Ante las dos visiones contrapuestas ¿cuál de los dos Chávez era el verdadero? ¿Realmente se entregó a la brujería, a la palería y a los hechizos para mantenerse en el poder y aplastar a sus enemigos? ¿O, por el contrario, no fue más que un santo contemporáneo que se dejó la vida en la batalla por los pobres?

Asegura la astróloga Andrea Caricatto, celosa con la información que maneja de sus clientes políticos, militares, hombres de poder y dos presidentes centroamericanos, que la mayoría de los rumores callejeros, aunque no sean del todo ciertos, tienen una base real. El diagnóstico era compartido por la antropóloga Michaelle Ascencio que daba credibilidad a los comentarios sobre los asuntos esotéricos, sobre los ritos secretos en Palacio y los conjuros para conservar la presidencia.

—Todo eso que dice la gente que estuvo cercana a él y la gente en la calle, todo eso es verdad. Al menos es una verdad desde el punto de vista antropológico, porque es lo que la gente habla en la calle y es la creencia generalizada. Porque si no, ¿cuál va a ser la verdad? ¿La que te cuente el

Gobierno?

La visita a María Lionza

Cuando la sacerdotisa me leyó el tabaco, también me auguró que cumpliría todos los objetivos que me estaba trazando. No me dijo que iba a ser presidente, pero no hacía falta que lo dijera. Las cartas, los chamanes, los santeros, los marialionceros, todos guardaban la misma convicción y pensaba que tanta gente con creencias diferentes no podía estar equivocada.

Antes de iniciar mi primera campaña electoral decidí visitar Sorte, esa montaña mágica que encierra los secretos y la espiritualidad de nuestros pueblos indígenas, porque María Lionza era india, era sangre y era polvo de esta tierra antes de que llegara la masacre, porque a nuestros indígenas los masacraron. Esa es la verdad. No vinieron a civilizarnos, a evangelizarnos. Nos enseñaron a admirar a los conquistadores, como nos enseñaron a admirar a Superman, a Mandrake el Mago o a Tarzán, el Rey de los monos. Claro, nosotros éramos los monos. Él era el Rey. Pero esa educación eurocéntrica, la visión colonial, nos escondió la sabiduría y las enseñanzas del cacique Guaicaipuro, de la negra Hipólita, de Josefa Camejo, de Bolívar el verdadero, de los hombres que llevamos en nuestra sangre.

Los sacerdotes de Sorte me hicieron llegar una invitación cordial, amable. «Mira, Hugo, queremos que vengas para acá, que conozcas lo que hacemos, para que nadie te vaya a contar cosas que no son verdad». Ese fue el mensaje. Así que no es que haya ido yo a rituales ni a brujerías. La visita se había programado para conocer los problemas de la zona, las quejas y las necesidades que tenían esos trabajadores. Me contaron que les fallaba la luz, pedían más seguridad, necesitaban más servicios. La electricidad había llegado desde hacía pocos años. Yo estoy seguro de que así como los indios yaruros de Elorza vieron en mí una sensibilidad diferente, los marialionceros también se acercaron a nosotros porque no tenemos prejuicios con sus creencias ni los criticamos porque colocaban próceres en los altares ni por los tabacos que usaban en sus sesiones de espiritismo. Ellos sabían que yo era un indio más, que llevaba a María Lionza en la sangre de mis venas, como llevaban esos ríos el alma de los antepasados de las tribus que fueron exterminadas.

Llegué a Sorte y vi cómo los devotos de María Lionza le ofrecían todas las riquezas de la tierra a su Diosa autóctona. Había un altar sencillo, pero diverso y abundante: habían dejado frutas, licores de todo tipo, granos, tortas. Se podía hacer una fiesta para un regimiento con toda la comida y bebida que le habían regalado. Me dijeron que de vez en cuando los brujos le pedían permiso a la Reina y se la comían para que no se perdiera. Otras veces se llenaba de hormigas y quedaba allí. En aquel lugar me explicaron la versión más autóctona de María Lionza. Ustedes saben que hay tantas Marialionzas como venezolanos hay, tantas Marialionzas como esperanza hay en cada uno de sus devotos.

La leyenda cuenta que una tribu recibió la premonición de que una niña de ojos verdes nacería. Cuando viera el color de sus ojos reflejados en el agua del río, saldría dentro de ella una serpiente que causaría destrucción de toda la tribu, por lo que los indios decidieron sacrificarla. Entonces su padre la llevó a vivir a una cueva, vigilada por varios indios que se encargarían de

que jamás se acercara al río. En un descuido de los guardias, la niña se escapó y logró ver el color de sus ojos en el reflejo del agua. En ese momento, se convirtió en Anaconda y creció tanto que su cuerpo explotó y desbordó las aguas de los ríos que arrasaron con la tribu.

Es la leyenda todavía viva y contada de tantas maneras como narradores hay. Así se interpreta la historia de una mujer que algunos dudan de su existencia real, pero ahí está su espíritu que quedó errando por esos bosques húmedos, por esas montañas de Sorte y Quibayo. Es un mito, pero el espíritu de María Lionza existe, está vivo. Está tan vivo como el legado de nuestros indígenas que tenían la convicción, no se sabe cómo ni por qué, de que una tragedia se avecinaba. Y esa tragedia se llamaba descubrimiento. María Lionza es América, es el alma india, buena, protectora de la naturaleza y que hace renacer a quienes visitan con fe la montaña.

El olor de Sorte es especial. Corren los ríos como corrió la sangre de aquellos indios que tuvieron que batallar hace 500 años por sus tierras. Huele a agua, huele a selva, pero también huele a tabaco. Los tambores no paran de sonar. Son la herencia de los descendientes de los hermanos de África, también oprimidos como los indios, como los amerindios originarios de estas tierras, hermanos en el sufrimiento que llegaron encadenados en los barcos.

Sus tambores, 500 años después, siguen pidiendo ayuda a los espíritus de quienes se han ido antes. Invocan a las cortes que deambulan por esas tierras, porque los espíritus en Sorte también están organizados como los ejércitos. Yo, como muchos venezolanos, siempre tuve una conexión especial con la de los Libertadores.

Mientras caminaba por la orilla del río, recordé cuando iba con la Negra Cristina a hacer aquellos rituales de limpieza en el río Soapire con otro viejo brujo: el señor Monasterio. Fui dos veces de noche allá a Santa Lucía en el estado Miranda, a pesar de que al día siguiente tenía que trabajar. Allí iba yo, a limpiarme. Y el agua de ese río yaracuyano me hizo revivir los ensalmes de mis años de conspiración. El sonido del agua fue energía para mí, para mi espíritu. Sentía que esa fuerza me regeneraba y me llenaba.

Me explicaron lo que significa la religión de María Lionza no solo para los devotos sino también para la economía de la región. Allí van autobuses llenos de gente pidiendo favores, implorando milagros. De Barquisimeto, de Maracaibo, de Valencia, de Caracas.

En el primer río ya pude ver como la gente se bañaba sola o acompañada de un grupo que hacía los rituales. Entre la vegetación, me sorprendieron las nubes de humo blanco que emergen de repente de cualquier rincón. Son las explosiones con pólvora que ahuyentan las energías negativas. Donde menos te lo esperas, ¡bum!, hay una explosión. Eso es que ahí están haciendo un ritual.

Al internarme en la selva, quedé sorprendido por la energía del lugar. Vi a la gente llorar, gesticular como no lo hacían antes, mirar de forma diferente, como si su alma estuviese dormida y en aquel momento su cuerpo estaba dominado por otro espíritu. Es cierto que un buen actor podía tener la capacidad de transformar su voz de esa manera pero era imposible que en todas las quebradas de Sorte hubiera tantos buenos actores. Algo tenía que haber de cierto en todo aquello que estaba presenciando.

Quería conocer todos esos caños, descubrir cada rincón donde los santos, las vírgenes y los libertadores eran citados en aquellas ceremonias. Los espiritistas me invitaron a subir a los pozos más alejados, donde normalmente hay más privacidad. Iba con un pequeño equipo con el que ya

comenzábamos a preparar la primera candidatura presidencial, pero aquello fue como una visita de un jefe de Estado. Todos los brujos querían ofrecernos las mejores atenciones para explicarnos cada detalle de la historia de la montaña mientras nos adentrábamos en ella.

Cuando presenciaba las ceremonias, parecía que me impregnara de esa energía especial que dicen que tiene la montaña. Llevábamos mucho tiempo caminando, casi no habíamos dormido la noche anterior pero yo me sentía respaldado por una fuerza sobre mis espaldas, sobre mis glúteos y mis piernas como si los santos me ayudaran a subir aquella montaña mágica, como si me facilitaran el camino de todo lo que allí arriba me iba a suceder.

Cuando llegamos al pozo de los Libertadores, vi todas las prendas que los soldados dejaban allí: sus placas, sus botas y sus uniformes en agradecimiento a los espíritus por guiarlos a cumplir sus propósitos. Era el rincón de los militares de la patria, creyentes, esperanzados, convencidos de la posibilidad de crear un nuevo país.

Ahí fue cuando dije que no me podía ir de ese lugar sin hacer el ritual que tantos compañeros de armas habían recibido. Empezó todo como un reto, echando broma. Me tuve que sacar la ropa, me quedé con unos shorts que me prestaron los muchachos que andaban conmigo. Ahí me metí en ese agua que parece que baja de un glaciar. Estaba muy fría y eso que apenas me llegaba un poco más arriba de las rodillas. Todos formaron un semicírculo a mi alrededor. Primero me hicieron una limpieza, me echaron unos ramalazos, invocaron a todos los espíritus que yo creo que me siguen desde hace años, Guaicaipuro y su grito de guerra, Simón Bolívar y sus pensamientos, y hasta al Negro Felipe. Allí me dieron unos rezos y comenzaron a repetir oraciones de protección.

Después me salí del pozo y me acostaron en la orilla, en un pequeño espacio de tierra donde apenas cabía mi cuerpo entero y dibujaron unas rayas en el suelo sobre las que comenzaron a echar pólvora. Era una rutina para eliminar las malas energías de los que habían pasado antes. Permanecí con los ojos cerrados mientras escuchaba las explosiones al lado de mi cabeza. ¡Fum! Sentía como el calor del fuego me llegaba a la cara y percibía como esa energía abrasadora iba subiendo y desapareciendo entre las plantas que nos rodeaban.

Después me levanté y unos muchachos comenzaron a tocar los tambores. Allí estaba un hombre que se ofrecía como materia. Así le dicen al que va a prestar su cuerpo para que baje el espíritu. Detrás se ponían dos para sujetarlo. Los cueros sonaban cada vez más duro mientras los que lo soportaban le cantaban: «que le den, que le den ¡fuerza!»», «que le den, que le den ¡fuerza!»». Pude recordar aquellos días en los que estuvimos presos y los espíritus bajaban para acompañarnos en la cárcel de Yare en las noches de ron y de ouija.

Aquel hombre comenzó a sufrir espasmos. El espíritu le estaba entrando. Hacía unos sonidos guturales extraños, como de dolor. El proceso parecía más trabajoso de lo normal. Los ojos se le pusieron completamente en blanco, entonces supe que ya estaba poseído, bien montado, como dicen los marialionceros. Comenzó a hablar fuerte, el espíritu había llegado molesto, perturbado. Me sorprendió porque de cada tres palabras que decía, dos eran groserías. Entonces una de las muchachas que estaba de apoyo allí descubrió de quién se trataba. Se acercó a mi oreja y me dijo. «Es el negro Felipe. Es que es muy mal hablado».

El negro empezó a decir que sus descendientes estaban tristes por lo que estaba pasando en el país. Esos santos parecen políticos, pensé yo. Siempre terminan haciendo un análisis de los problemas del país, baje quien baje. Le empezaron a preguntar cosas. Yo no quise ser el primero por respeto a los locales, pero todos querían que yo hablara con el espíritu.

–Te veo rodeado de mucho oportunista, carajo. Tienes que saber de quién te puedes fiar y de quién no. La traición está en tu camino, carajo.

Así empezó a hablar y terminaba cada frase de la misma manera: «carajo». Me acompañaban unos amigos del partido MAS y otros civiles de la lucha que me habían ido a visitar en el cuartel San Carlos los primeros días que estuve preso.

El negro bebía demasiado y escupía saliva oscurecida por el tabaco en un pequeño recipiente. Junto a él, había como cinco asistentes pendientes de lo que hacía el espíritu. No es la primera vez que ha habido muertos porque pueden bajar espíritus demoníacos, agarrar cualquier objeto y empezar a atacar a los presentes. Parecía que estaban muy atentos a todo lo que hacían.

El ritual era dirigido por una mujer a quien le decían la sacerdotisa de la montaña. Me habían dicho que hasta extraía cosas espantosas por el ombligo a la gente que tenía una brujería montada. Cuando la visité, había colas de hasta treinta personas para consultarse con ella. Ahora ya está anciana, con problemas de vista y ha perdido parte de su poder de atracción. Esas cualidades también merman con la edad, como le pasó a mi hermana Cristina.

Me contó que la estatua de María Lionza que está en la autopista en Caracas, frente a la Universidad Central, y donde la gente que pasa por ahí se persigna y le dejan flores, fue mandada a construir por el expresidente Marcos Pérez Jiménez como promesa para que no prosperara la conspiración que ya tenían contra él. No le dio demasiados resultados, pensé yo, porque lo sacaron cuando llevaba diez años en el poder. Pero a pesar de eso, me convencí de que yo también tenía que hacer monumentos a los espíritus que siempre me han apoyado y a los que me pueden acompañar.

También me narró la historia de la diosa india en aquel bosque profundo mientras llenaban de velas el altar improvisado. En ese momento, cuando iban encendiendo fósforos y colocando velones, recordé de repente mis primeras patrullas por el Llano con mis soldados.

Una vez iba con mis compañeros y mandé a hacer un alto debajo de un pequeño bosque. Para cubrirnos de la visión aérea, pues andaba rondando un helicóptero por allí. Tomé mis binóculos y escudriñé el Llano, vi más lejos, las majaguas y su gran extensión de aguas. Luego, dirigí la vista hacia el valle que tenía a mi izquierda, y pude observar, entre los árboles, el zinc amarillo y oxidado del techo de una casa. Decidí bajar con mi gente. Nos adelantamos González y yo a hacer el reconocimiento del lugar. Bajamos rápidamente y llegamos a un frondoso y tranquilo bosque. Una pequeña llanura atravesada por un riachuelo de agua cristalina. Al ver eso, sentí una tremenda desconfianza, porque es un lugar ideal para acampar las tropas irregulares. A la derecha, pasando el riachuelo, hay una casa de zinc, que es la que vi desde allí arriba. La casa tiene un corral, donde había cerdos y ganado vacuno. Muy sospechoso.

Llamé a González y le ordené quitar el cargador con cartuchos de fogeo y colocar el de guerra y sacar el cono reforzador, «por si las moscas». Mientras yo pasaba el riachuelo y avanzaba hacia la casa, con muchas precauciones, él me prestaba protección. Me asomé por la ventana y estaba vacía la casa. Luego miré más allá hacia donde corre el agua, y observé con estupor una gran cantidad de velones de todos los colores esparcidos por el suelo. Todo cubierto de hojas secas. Seguía avanzando, y le hice señas a González para que me cubriera. Cada vez tomaba yo más desconfianza del lugarcito ese. Me olía a brujería o cosa parecida. Más adelante hay una pequeña casita. Muy cuidadosamente, y mirando hacia todos lados, me metí. La sorpresa fue

mayor aún. Dentro había más velas, tabacos apagados, pantaletas cubiertas de sangre no muy recientes y, lo más raro, algunos santos sin cabeza. Al frente, había un escrito. Lo leí. Lanzaba una maldición a todo aquel que entre allí con otros motivos que no sean los del culto. Esto va con nosotros, pensé. Pero yo no creía en esas ridiculeces, así las llamaba yo entonces, y lo que hice fue arrancar de un manotazo el aviso.

Salí y seguí observando. Más a mi derecha hay una pequeña represa de zinc. Y a mi izquierda, arriba, ¡oh!, ¿qué es aquello?, me dije. Una serie de piedras, que amontonadas unas sobre otras forman una escalera bordeada por velas y chicotes. La escalera termina allá arriba en una oscura gruta. Subí. Una pestilencia enorme había en el interior de la cueva que se extiende unos cinco kilómetros hacia adentro.

Introducido en la roca de la montaña, tuve que taparme la nariz. Dentro había algunos murciélagos que batían sus alas. Salí rápidamente y le dije a González que no era nada. De inmediato mandé al cadete a buscar al resto de la patrulla que estaba esperando en la media-pendiente de la montaña, unos doscientos metros más arriba. Nunca había visto algo así, fue mi primer contacto con la brujería, así de cerca cuando ni sospechaba todo lo que había detrás de ese mundo.

En esa época no creía nada de eso. Solo confiaba en la buena suerte y en la mala suerte. Y hoy, al recordar aquellos años, siempre regresan a mi memoria las frases de uno de mis brujos en La Habana, que cuando lea esto sabrá quién es: «Es mejor que tus enemigos no crean ni en tus rituales, ni en tus sacrificios ni en tus hechizos. Así pensarán que todo lo malo que les pasa es solo por mala suerte».

La sacerdotisa de la montaña

La capilla de Juana de Dios estaba casi preparada para el ritual. Los ayudantes de la sacerdotisa de Sorte, del centro espiritual Divino Pastor, que vestían uniforme de franela roja, habían colocado más de cincuenta vasos plásticos en el suelo con licores de todo tipo: whiskys escoceses de 18 años y rones de Venezuela, de las mejores marcas. El cocuy se reservó para el indio Guaicaipuro, uno de los caciques muertos durante la conquista española, y las bebidas más costosas, para María Lionza.

Trabajaban sin parar y concienzudamente como un equipo completamente coordinado. Formaban un ejército espiritual. Habían traído más de veinte botellas de todo tipo: necesitaban variedad y abundancia. También sirvieron café y agua. Junto a los vasos, colocaron frutas variadas enteras: manzanas, patillas, cambures, peras, lechosas, ciruelas, fresas, naranjas, kiwis.

Afuera, los grillos cantaban y los tambores de las diferentes ceremonias hacían eco entre los árboles de la orilla del río. Soplaban una brisa tenue mientras las mujeres preparaban las orquídeas, los claveles, los bastones y las rosas, y los hombres barrían el suelo de tierra. El lugar olía a tabaco intenso. Cada reunión al borde del río es un acontecimiento especial. Los hombres que preparan los altares, conocidos como plastiqueros, alquilan los recintos casi siempre presididos por un pequeño altar de piedra lleno de ceras de diferentes colores de las velas que se han consumido para cumplir promesas anteriores. Los asistentes suelen quedarse varios días en Sorte. Lavan la ropa en el río y la cuelgan en improvisados tendedores.

Dentro de la capilla, una de las más conocidas de Sorte, siguen las preparaciones con el rito autóctono y tradicional. Una india guajira interrumpe los trabajos que coordina la propia sacerdotisa. Necesita «una limpieza» con Juana de Dios y uno de los ayudantes le traslada el mensaje.

–Ok, dígame que la atiendo, pero que se baje de la mula ya. Son 300 bolívares –responde la sacerdotisa mientras clasifica las flores.

Cuando la mujer se apersona, Juana de Dios es mucho más sutil y señalando a sus ayudantes, ofrece una explicación a su clienta.

–Los 300 bolívares no son para mí, mi amor, sino para ellos –señala a sus ayudantes–, que también necesitan su *platica*.

La capilla es un espacio sencillo pero más cuidado que el resto de las construcciones improvisadas en la montaña sagrada de Sorte, en el estado Yaracuy, a 300 kilómetros al oeste de Caracas. Las paredes blancas habían sido recién pintadas y el techo de zinc estaba nuevo. Los constructores habían dejado unos pequeños espacios entre los bloques para permitir la ventilación del santuario.

Junto a los vasos de alcohol, colocaron puñados de lentejas, arroz, caraotas, arvejas y granos de todo tipo. Es el símbolo de la abundancia que se ofrecerá en agradecimiento a los espíritus por los buenos resultados que obtuvo el organizador del ritual en una operación de compra-venta. El agradecido no se presenta pero envía a su equipo a organizar la fiesta para María Lionza y sus cortes

espirituales. Al final, encienden decenas de velas que iluminan los rostros de los santos católicos, los orishas africanos y los libertadores venezolanos, todos en una misma corte mística, rodeados de abundancia, de buenos sabores, olores, luces y sombras de las llamas que se mueven con el suave viento.

Los asistentes se reúnen en actitud de meditación. Hablan poco, se preparan para el ejercicio espiritual. De repente, una anciana completamente envuelta en una túnica blanca aparece en medio de la oscuridad y los devotos entran en silencio y forman un semicírculo alrededor de la espiritista. De piel morena, marcada por las líneas de los años y con bordados y detalles brillantes sobre su manto, Juana de Dios, la sacerdotisa de Sorte, solo sonrío. Parece que maneja bien los tiempos y desea crear expectación. Logra su propósito desde su llegada.

La anciana junta las manos, cruza los dedos en posición de oración e inicia la sesión de la misma forma como lo haría cualquier sacerdote católico: con el rezo colectivo del Padre Nuestro y del Ave María. Es acompañada por los presentes: los amigos del misterioso hombre de negocios que llevan camisetas rojas, el color de la revolución. También presencian el acto los seguidores de Juana de Dios que ven en ella un aura especial.

A pesar de sus más de ochenta años, dirige la ceremonia con energía y adapta los rezos a los tiempos que corren en Venezuela en el final de su plegaria. «Libéranos de los ladrones, de los secuestradores y de los asesinos. Amén».

Su salud comienza a resentirse y su vista cada vez es más limitada. Cuando tiene oportunidad, entre rezo y rezo, lanza un reproche a María Lionza. «Te he pedido que devuelvas la vista pero no me escuchas», dice, sin reparos. Las oraciones de Juana de Dios tampoco parecen infalibles.

Tras la bienvenida, la sacerdotisa da el paso a uno de sus ayudantes. Alto, robusto, vestido con camiseta roja, el hombre se ofrece como materia para que bajen los espíritus y utilicen su cuerpo para enviar mensajes a los asistentes. Los tambores resuenan al ritmo de la canción ampliamente conocida entre los espiritistas: «que le den que le den, “¡fuerza!”, que le den que le den, “¡fuerza!”». El hombre comienza a temblar. El espíritu no tarda en llegar y sacude su cuerpo que apenas hace unos minutos estaba colocando lentejas en pequeños vasos de plástico. Recibe fuertes embestidas. Se trata de un espíritu enérgico.

Los ayudantes conversan entre ellos en medio del rito. No parece que estuvieran presenciando nada extraordinario. Las apariciones y el contacto con los espíritus no representa nada grandioso para ellos. Es una rutina diaria como cepillarse los dientes.

El hombre respira con ansiedad, como si le faltara el aire. Sus ojos se quedan en blanco y su cuerpo poco a poco comienza a serenarse. Ha finalizado la fase crítica. Las mujeres que le rodean se separan. Entonces adopta una postura corporal erguida. No parece el mismo hombre. No tiene mirada porque sus pupilas no se pueden ver, ya que están apuntando hacia su interior. Es lo que llaman en los altares «tener los ojos volteados». De repente, comienza a hablar una lengua desconocida para la audiencia. Su tono de voz es fuerte, robusto.

Repite cuatro frases de forma constante. Otro de los ayudantes hace de traductor y explica que se trata de un espíritu de una tribu nativa de Norteamérica. Primero hace una presentación de su persona. Fue un indio guerrero que combatió la llegada de los ingleses. Los entes que bajan en Sorte casi siempre tienen historias interesantes que contar. Casi nunca son personajes anónimos, sino viejos conocidos de los espiritistas. El traductor parece conocer a la perfección la lengua nativa del

ente. Traduce con velocidad y nunca se confunde. El espíritu se marcha pronto pero es sustituido por otro de la corte chamarrera.

Las almas que deciden materializarse en la montaña de Sorte, pertenecen a diferentes cortes como la africana, llena de espíritus violentos que se infligen cortes en su cuerpo y clavan alfileres en la lengua, la vikinga, la libertadora, donde se encuentran los espíritus que lucharon por la independencia de Venezuela, la chamarrera, integrada por ancianos, cultos y respetuosos con la naturaleza. Últimamente también han aparecido la corte kalé, integrada por delincuentes, violadores y asesinos, y la corte rosa, de espíritus que fueron homosexuales en su vida terrenal. Cada una tiene sus gustos particulares, pero casi todas sienten predilección por las bebidas alcohólicas y por el tabaco, es decir, tienen las mismas aficiones de quienes los convocan.

Los ayudantes saben que los espíritus de la corte chamarrera, que usaban chamarras en sus tiempos mozos, prefieren el tabaco masticado y no fumado. Así que además del ron, que es bebido por quien recibe al espíritu como si fuera agua, el hombre que recibe los espectros en su propio cuerpo, obtiene un cuenco para que escupa el tabaco negro mientras lo mastica.

El espíritu habla calmado, como un abuelo. Pide sentarse. Arrastra el cansancio de su vida a lo largo de su muerte. Una vez acomodado en una pequeña silla, comienza a contestar las preguntas de los presentes que hacen cola.

—Está a punto de conocer a una nueva persona que le va a despertar muy buenos sentimientos en usted, sí señor. Tiene miedo por su pareja, pero en la vida a veces hay que dejarse llevar por lo que el destino le pone en el camino, sí señor —explica el espíritu del anciano a través del ayudante de la espiritista.

En sus años de mayor actividad, Juana de Dios tenía que empeñarse para atender las enormes colas de los devotos que acudían en búsqueda de una cura para una enfermedad, una contra para una brujería o una guía sentimental. Intentaba atender incluso a los políticos que pedían luces sobre los procesos electorales. Juana de Dios tenía respuesta para casi todo y las recomendaciones de sus clientes se extendían por todo el país. Un emisario del candidato Luis Herrera Campins, el exgobernador de Lara, Rafael Andrés Montes de Oca, quien se convertiría en su ministro de Relaciones Interiores, acudió a la casa de Juana de Dios para conocer con antelación los resultados electorales.

—Le dije que ganaría pero por pocos votos. Hasta sacaron la noticia en un periódico, pero fue la última vez que me metí en esos temas. María Lionza me ha prohibido hablar de política —explica Juana de Dios.

La primera vez que vio a María Lionza, la más veterana de las espiritistas de Sorte apenas era una adolescente. En aquella época, se escuchaban con insistencia los cuentos de la Llorona y de la Sayona, dos almas en pena que sembraban terror entre los campesinos de la Venezuela que apenas comenzaba a explotar sus riquezas petroleras. Una tarde, Juana de Dios vio a una mujer hermosa sentada sobre la sombra de un árbol. Tenía una larga cabellera negra y no dejaba de sonreír a la adolescente que en un primer momento pensó que había visto a alguno de los espíritus de la sabana. Pero con el tiempo supo que había presenciado el espíritu de María Lionza que le confiaría algunos de sus secretos.

Juana de Dios recorre varias veces por semana el trayecto de Chivacoa a Sorte y en el camino se detiene para comprar algunas hierbas a los campesinos de la zona. Esta vez lo hace para pedir unas

ramas de mapurite. Las receta para los pacientes que sufren cáncer pero les advierte de un uso comedido, limitado, porque daña la vista. El último tramo de camino está sin asfaltar. La modernidad aún no llega a Sorte, una montaña que no destaca ni en belleza ni en altura del resto de formaciones de la cordillera central venezolana.

La anciana ha cultivado éxito con sus consultas, lo que le ha permitido hacerse con casi una decena de casas. Su vivienda habitual en Chivacoa fue bautizada como María Juana, una composición de su nombre con el nombre de la Diosa a quien siempre ha venerado.

En el salón de su casa, Juana de Dios cenó en dos ocasiones con el expresidente Rafael Caldera, quien entregó el poder a Chávez y que era oriundo del mismo estado, y uno de los pocos que pasó por la zona sin consultarse. Caldera, cristiano, formado en la universidad y con las élites políticas e intelectuales de su época, era una excepción entre los políticos creyentes, practicantes y atraídos por los rituales autóctonos.

A mediados de los años ochenta, en plena debacle económica de Venezuela cuando Chávez avanzaba en su proceso conspirativo, la esposa del presidente de la República Jaime Lusinchi, decidió visitar Sorte el día de la festividad mayor de la zona: el 12 de octubre. Gladys Castillo acudió a la montaña sagrada como una peregrina más. No se ocultó como muchos políticos aquellos días sino que se dejó fotografiar por la prensa. Explicó que asistía a un acto cultural, y al día siguiente, el 13 de octubre de 1985, apareció en la portada de *Yaracuy al Día* junto con el entonces rector de la Universidad Central de Venezuela, Edmundo Chirinos, quien años más tarde se convertiría en el psiquiatra de Hugo Chávez.

Chirinos también acudió a Sorte como turista, como un visitante capitalino que se siente atraído por las expresiones culturales más autóctonas de la Venezuela rural. Devorador de libros, amante de la música clásica y profundo conocedor de la obra de los grandes pensadores de la historia, Chirinos estaba de campaña política. Sus allegados veían en él ambiciones de máximo nivel y por esa razón hacía esfuerzos por mezclarse en medios en los que tradicionalmente no se desenvolvía.

Chirinos era capaz de relacionarse con hombres de élites o campesinos sin estudios, y podía mimetizarse en un respetado profesor universitario o en vecino creyente de los ritos de María Lionza y de las cortes libertadoras. Tenía la capacidad de cuestionar los rituales esotéricos y practicarlos con gran pasión, un carácter bastante parecido al de su paciente Hugo Chávez. Chirinos terminó en la cárcel tras el asesinato de una de sus pacientes, que amenazó con desvelar los abusos sexuales a los que el psiquiatra sometía a las mujeres que se atendían con él.

Pero fue el propio Hugo Chávez quien encarnaría la visita más relevante que recibió en toda su carrera de guía espiritual, según revela la pitonisa. Cuando aún no era presidente, acudió a reunirse con los marialionceros. Juana de Dios asegura que lo asistió, rezó por él y le dio unos ramalazos. El candidato había llegado a Sorte de la mano del exgobernador del estado Lara, Orlando Fernández. Había iniciado el camino de su campaña electoral y quería visitar a los espiritistas, conocer su forma de vida, sus problemas y, de paso, invocar la ayuda de los espíritus autóctonos.

¿Se trata de una elucubración de una pitonisa que pretende encumbrarse con la publicidad de haber atendido al venezolano más influyente de los últimos tiempos? Para comprobar la veracidad del testimonio de la sacerdotisa, contacto con Fernández, quien accede a mantener una conversación telefónica desde su residencia en el estado Lara. Miembro del círculo íntimo de Chávez durante su primera campaña electoral y fiel amigo en el inicio de su gobierno, Fernández compartió avión presidencial y mantuvo largas conversaciones con el candidato.

–Sí, Hugo visitó a todos los brujos de Sorte, oró con ellos, le leyeron el tabaco y le echaron sus ramalazos. Allá donde había un brujo, Chávez iba corriendo –confirma Fernández.

Después de la visita de Chávez, los santuarios de Juana de Dios fueron visitados por políticos locales, militares y jefes de las policías de la zona. Todos bajo la influencia del Gobierno. Los dirigentes socialistas predicaban políticas de igualdad y condena al materialismo en la plaza pública pero en la privacidad de los templos, con los espíritus y los velones por testigos, pedían ascensos y dinero.

En 2008, un aspirante a la alcaldía de Cocorote, una población cercana, se presentó en los templos de Juana de Dios. Era Marcial Valenzuela, un joven con escasa experiencia política y con dificultades para expresarse en público. Estaba decidido a presentarse como candidato a la alcaldía, pero quería ayuda espiritual para combatir su problema: la oratoria.

–Ese hombre no sabía ni hablar. Pidió para que mejorara su expresión oral, para que se comunicara mejor en público. Juana de Dios accedió a hacerle el trabajo. Y ganó –explica uno de los colaboradores de la sacerdotisa.

Valenzuela estaba dispuesto a todo para lograr sus propósitos políticos. Joven y con ambición, hizo gran amistad con Juana de Dios, siguió sus consejos y cumplió con cada ritual, según revela su entorno. Contra todo pronóstico, pudo imponerse al resto de aspirantes de su partido y finalmente obtuvo la alcaldía.

Como la mayoría de los devotos de María Lionza, Marcial fue agradecido por los favores recibidos y mandó a construir otra capilla a María Lionza en Sorte como recompensa.

Valenzuela cargó con los costos de la reforma aunque no quiso levantar el nuevo templo con lujos excesivos. Unos bloques y un techo de zinc. Antes de asumir el poder, el alcalde visitaba con frecuencia el recinto de Juana de Dios, acudía a orar y a hacer sesiones de espiritismo cada semana. Pero el ascenso político le impidió continuar con los mismos rituales y construyó un altar propio para invocar a los espíritus desde la privacidad y comodidad de su casa.

El círculo más íntimo de Juana de Dios pertenece a hombres y mujeres agradecidos de sus favores. Los asistentes a sus rituales aseguran haber presenciado escenas insólitas. «Yo vi cómo sacaba gusanos negros del ombligo de un enfermo que le habían hecho una brujería», explica una de las asiduas a los rituales de la sacerdotisa, esposa de un militar que dirigió la policía en el estado Lara.

Atilio, yerno de Juana de Dios, es uno de los grandes agradecidos de las artes de la pitonisa. Con poco más de 20 años, llegó de Guasualito, un pueblo en la frontera con Colombia en los años en los que aún no se asfixiaba por la violencia. Estaba muy deteriorado y no podía comer nada. Todo lo vomitaba. Acudió varias veces a los médicos de confianza y a los hospitales de la zona pero nadie le diagnosticó nada anormal. Los análisis arrojaban valores correctos, no detectaban bacterias, infecciones ni enfermedades. Pero su estado empeoraba y comenzó a vomitar hasta el agua que bebía.

En una de las visitas al hospital, sorprendido por el rápido deterioro en una persona con todos los resultados médicos normales, uno de los doctores se dirigió en privado donde la madre.

–Mire, señora: su hijo no sufre ninguna enfermedad. Yo lo que le recomiendo es que busque otro tipo de ayuda. Este muchacho lo que tiene encima es una tremenda brujería.

Las conclusiones médicas de este tipo no eran infrecuentes en la Venezuela de aquella época, rural y llena de supersticiones. La familia de Atilio aceptó sin rechistar el diagnóstico. Comenzaron a

pedir ayuda en el pueblo. Necesitaban un brujo, algún experto en deshacer hechizos y maleficios. En Guasimalto recomendaron a la familia acudir a la montaña de Sorte, donde debían preguntar por Juana de Dios, experta en curar este tipo de maleficios.

–Estaba a punto de morirme. Cuando Juana de Dios me vio, se molestó y empezó a decir: «¿Cómo me traen a este hombre así aquí? Está casi muerto» –recuerda Atilio, un hombre amable y robusto, treinta años después.

A la sacerdotisa no le gustaba recibir a enfermos al borde la muerte. Temía que por el pueblo se corriera el rumor de que los pacientes fallecían en medio de la consulta. Pero la familia insistió en que necesitaba su atención.

Juana de Dios encendió el tabaco e invocó a los espíritus que le comunicaron que el hombre tenía una brujería montada en su propio pueblo. Acudió allí con la familia y, ayudada por los espíritus, llegó al lugar donde le habían enterrado el maleficio.

–Mandó a desenterrar en un lugar junto al río, al lado de un árbol y allí encontramos algo espeluznante: una lata de leche en polvo con una chola mía y unas plumas de zamuro. Era la brujería que me estaba matando, así que quemaron todo eso. Y esa misma noche pude volver a comer – explica Atilio.

Con el paso del tiempo, las cosas han cambiado en Sorte. El culto a María Lionza se ha transformado con la nueva realidad social. Los brujos de la zona ven con resquemor el cambio en el perfil de los devotos. Cada vez acuden más santeros cubanos y venezolanos. Los hombres van sin camisa, las mujeres a menudo lucen bikini.

Los orishas están presentes en casi todos los altares y van ampliando su presencia en Sorte, donde hasta hace pocos años dominaban los espíritus autóctonos, de indios, negros y libertadores. También se comienzan a hacer sacrificios de animales al borde de los ríos, una práctica de la santería cubana hasta hace poco inusual en esas tierras.

A pesar de ello, las ánimas autóctonas siguen bajando con mayor frecuencia que el resto. El Negro Felipe, el cacique Guaicaipuro o Simón Bolívar son los más invocados. Pero recientemente, un nuevo espíritu comienza a ser protagonista. Habla de política, del futuro del país, de los cambios que necesita la sociedad venezolana.

–Baja triste, decepcionado, dice que ha sido traicionado por todo lo que han hecho y están haciendo los que le acompañaron en vida en su proyecto político –explica John Petrizzelli, estudioso del fenómeno y autor del documental *María Lionza, aliento de orquídeas*.

Petrizelli ha convivido con los brujos de Sorte, con los espiritistas y también con los devotos que acuden allí para purificar su alma y para buscar respuestas. Para él, tampoco hay duda sobre el nuevo fenómeno de la montaña.

–Es el espíritu de Chávez.

Todo el mundo sabe que el Llano está lleno de fantasmas. Las ánimas de la Sabana, así les dicen. ¿Cuántas veces no hemos oído historias de esas ánimas penando en la inmensidad del Llano? En el patio de mi abuela escuché los primeros cuentos de fantasmas y apariciones. Era grande, hermoso, con muchos árboles: de ciruelos, mandarinas, mangos, naranjos, aguacates, toronjas, semerucos y topochales. Allí aprendí a moler maíz para hacer cachapas mientras escuchaba esas historias: que si en La Marqueseña hay un muerto que se aparece a los que pasan por ahí, que si en la carretera se puede ver a «bola 'e fuego», el muerto que fuma. Y uno iba por ahí con ese miedo, que cuando uno pasara, se le apareciera algo.

Mi abuela era una mujer muy católica, pero como todo el mundo en el Llano, le tenía mucho respeto y miedo a los fantasmas. Una vez, estaba mi compadre Alfredo Aldana, «Pancho» Bastidas, el «Cigarrón» Tapia y mi primo «Chiche» Frías. Yo tenía apenas como 10 años, pero eran unos muchachotes ya. Vivíamos muy cerca de la planta eléctrica y cuando pasaba allá sobre las ocho, Mauricio Herrera con su bicicleta, era que ya iban a apagar la planta. Entonces salían los muchachos con una sábana blanca corriendo por la plaza «buuuuuuh», por el cementerio, imagínense. Bueno, cosas de muchachos. Tremendos eran.

Una vez pusieron una vela, por la orilla de la madre vieja a mi pobre viejita. Creo que fue mi primo Adrián Frías que era otro que se disfrazaba, pero yo no decía nada. Mi abuela sale, ve eso, y me dice:

—¿Te das cuenta? ¡Ahí andan los muertos!

—No, abuela, tranquila. No son los muertos, son los muchachos que quieren llevarse un saco de naranjas, entonces ponen una vela en el patio para que la gente se asuste y no se acerque —le dije yo.

De pequeño siempre me dio miedo ir a cerrar la puerta de noche. Prefería que entrara un ladrón antes que un espíritu. Recuerdo uno de esos momentos cuando era cadete y tenía un compañero que se llamaba José María Morales. Le decíamos Willy Mora, un cadete muy popular, bastante conocido el muchacho. Yo le guardo mucho afecto. Era todo un personaje: cantaba muy bien y era el jefe de la sala de periódicos. A veces Willy, en la noche, hacía brujería en la sala. Jugaba a la «ouija». Nos llamaba a los nuevos y salía con una capa negra, una capucha ahí. Tenía su show de la «ouija».

Una madrugada, Willy armó un alboroto. Nos levantó a dos o a tres de nosotros y después despertó al brigadier. Tenía una cara llena de horror.

—Miren como estoy de frío —me dijo agarrando mi mano y llevándola hasta su frente—. Me acaba de salir la muerta.

Nos contó que había visto una mujer junto a la reja de la enfermería, donde yo había hecho muchas guardias nocturnas.

–Mire, mi alférez, yo estaba ahí con mi fusil, caminando, pasando revista y de repente siento como un silbido que pasa: ¡fuis! Di la vuelta y estaba bajando una nube blanca –me dijo.

Al principio, la gente se lo tomó como un chiste, como un cuento, pero él insistió mucho en lo que vio que, poco a poco, eso fue corriendo como pólvora y todos preguntaban qué había pasado con la muerta. Fuimos averiguando y era cierto que en ese lugar había fallecido una mujer. No de nada violento, sino de un infarto. Pues resulta que a los tres días, me tocó a mí hacer la guardia frente a esa reja. Les juro que estaba electrizado por el miedo. Aquello había generado un estado de pánico durante las noches. Un nuevo, por allá en el gimnasio, le echó un tiro a un brigadier que andaba pasando revista. El nuevo tenía miedo, y cuando escuchó unos pasos, se le escapó un tiro. A los pocos días, otro cadete de segundo año, sin casco ni fusil, llegó diciendo que también había visto a la muerta.

Pasamos unos días con las luces encendidas en las noches y no hicimos guardias individuales sino de a dos. No estoy exagerando nada de esto. Tuvo que venir el cura, viejito ya, a echar agua bendita a la reja y a celebrar una misa por el descanso de la difunta. Íbamos todos rezando. Parecía un seminario en vez de un batallón. Pero eso llevó calma y paz nuevamente a ese lugar. Aunque nunca vi ni escuché nada, aquellas cosas me espantaban. Por ahí decían: los cuentos de espanto y brinco.

Después del consejo de Cristina, tuve que utilizar el vaso de agua volteado muchas veces, incluso en Elorza, en el escamote Francisco Farfán. Allá me habían destinado a combatir guerrilleros, en la frontera con Colombia. Cuando llegué y pregunté por qué el pueblo se llamaba Elorza, nadie sabía. «Pregúntale a aquel viejito por allí», y nada. Tampoco nadie conocía a Francisco Farfán. Ningún soldado sabía quién era, qué había hecho. Así que yo mismo me puse a investigar en la biblioteca que había en la sede del destacamento. Allí encontramos un libro maravilloso, lleno de humedad y amarillento: «El Centauro de las Queseras: Francisco Farfán».

Yo mismo les explicaba, les daba charlas de dos y tres horas sobre la vida de Farfán. Una vez iba con dos soldados más en caballo a Elorza y les comentaba las hazañas de Farfán. Era de noche y en el horizonte del río se asomaba la luna atravesada por algunas rayas de nubes. Resplandecía en los campos y en los matorrales. El cielo estaba repleto de estrellas y se podía ver el Llano por kilómetros hasta el final. Les iba contando que Farfán fue uno de los 150 soldados que, al ser perseguidos por el Ejército español, con más de 8.000 hombres, decidieron pasar de la huida al ataque en la operación «Vuelvan caras». Eso confundió a los españoles que tuvieron que frenar y causó gran daño en el enemigo. Eso está ahí, en los libros de historia que guardarán para las próximas generaciones los capítulos más gloriosos de la patria.

Pero la grandeza de Farfán, les explicaba yo, es que terminó enfrentándose al propio Páez cuando éste se puso del lado de la oligarquía después de haber expulsado a Bolívar. Pues Farfán tomó San Fernando de Apure al grito de «¡Viva mi general Bolívar!».

Yo iba rememorando ese capítulo histórico aquella noche al lado del Arauca. Íbamos a comprar cigarrillos y algunas cosas para comer con los muchachos. Había una brisa suave. Recuerdo que parecía un soplado de los espíritus. Iba y venía. ¡Fuhhhhhhhhh!

Avanzábamos a paso lento cuando de repente el viento cambia de dirección y nos comienza a golpear con fuerza en la cara. Las hojas de los árboles se batían con cada latigazo. Duro aquel viento. Las nubes corrían una tras otra. Taparon la luna y todo se puso oscuro. ¡Ay, compadre! Los caballos comenzaron a marchar muy lentamente como si se hubiesen cansado de repente. Y

comenzamos a oler a lluvia.

Se levantó una polvareda que me nubló la vista y la tierra del camino comenzó a entrarme en los ojos.

–¡Dios mío, la que nos va a caer! –pensé yo.

Intenté tapar los ojos con una mano para protegerlos del polvo, cuando veo una tela blanca, ahí en la orilla del camino, batiéndose como una bandera. Era una cosa como fantasmagórica, ahí a pocos pasos, cerquita de nosotros. Intenté fijar la mirada para ver qué era eso. Entre ráfaga y ráfaga, vi el rostro de una mujer con los cabellos negros que también se movían con el viento. De repente, mi caballo se frenó y se alzó sobre las patas traseras y, poco después, los otros dos caballos también se encabritaron.

Estábamos petrificados. Nadie dijo nada y decidí acelerar el paso. Los soldados iban detrás de mí, pero ninguno pronunció una palabra hasta que llegamos a ver las luces y escuchar el ruido de Elorza. Allí ya no hacía viento ni olía a lluvia. Era un clima totalmente diferente. No había ni una sola nube. ¡Qué susto, Dios mío!

A primera hora del día siguiente, fui al teléfono público que teníamos junto al batallón para hacer una llamada a Caracas. Cuando escucho la voz de Herma, tuve que hablarle sin preámbulos.

–Herma: no te vas a creer lo que me pasó ayer. Se me apareció La Llorona.

La fe y el miedo

Miles de personas habían acudido a la misa cristiana. No había ni un solo asiento vacío. Los presentes batían las palmas y se entregaban de lleno a la liturgia. Era un domingo de efusividad y auténtica fiesta. Dos presentadores, un hombre y una mujer, carismáticos, con amplias cualidades de telepredicadores, animaban la celebración. Entre la entusiasmada audiencia había deportistas, actores de televisión y alguna personalidad en la primera línea de la política nacional. La presentadora se dirige al público y señala a uno de los asistentes.

—Señor ministro Rangel: Dios me da una palabra para usted. El Señor me dice que usted maneja mucha presión, mucho estrés, que tiene mucha responsabilidad sobre sus hombros. Y a veces hay dolor en los hombros, dolor en la columna y el señor le dice: «pon tus cargas sobre mí», porque Dios es quien va a llevar su carga y él le va a llevar toda la sabiduría que necesita para estar en ese lugar. Permítanos por favor orar por usted, señor ministro.

El general del Ejército, Gustavo Reyes Rangel Briceño, estaba estrenando su cargo. Era el noveno ministro de la Defensa de Hugo Chávez. Parecía cómodo en la celebración, arropado por decenas de militares que también colaboraban con el ritual. Vestido con su uniforme militar y luciendo la condecoración militar de los cuatro soles, Rangel Briceño, robusto, de rostro ancho y bigote, no se pudo resistir a la invitación. Había comandado la Reserva Militar, quinto componente de la Fuerza Armada Nacional, fue inspector general del Ejército y comandante de la IV División de Infantería. Fuera de aquel recinto, se mostraba como un hombre duro, un líder militar de firmes convicciones patrióticas y exhibía su don de mando. Pero dentro de aquella misa celebrada en Maracay, a 130 kilómetros al oeste de Caracas, la máxima autoridad militar del país parecía un niño a las órdenes de un animador de televisión. Tímido y obediente.

—Dios me muestra que hay a su alrededor espíritu de muerte y de peligro pero el señor dice que él es su guardador, su libertador, de manera que no hay nada que temer —continuó la presentadora que da el pase a su compañero.

Las banderas de Venezuela ondean en el recinto y los más efusivos aplauden con las manos alzadas. Es la entrega espiritual en masa, dirigida por dos oradores experimentados, que de repente se convierte en un acto político.

—Voy a pedir que extiendan sus manos aquí. La Biblia manda a orar por nuestros gobernantes. Padre, yo oro por el ministro de la Defensa Nacional de la República Bolivariana de Venezuela —continuó el animador.

El ministro cierra los ojos y extiende las manos. Se entrega en cuerpo y alma al espectáculo. Es un hombre de armas pero también es un soldado de los cielos. La justicia divina está armada y organizada. Militares muy jóvenes lo rodean y se concentran para la oración, colocan sus manos sobre la espalda del enfermo. Uno también le toca el brazo. Están listos para transmitirle toda su energía. En el recinto, miles de personas esperan con atención el milagro.

–La carga y el cansancio. Tócalo y alivia su espalda. Quítalo ahora Señor, tócalo y alivia sus hombros, Señor, en el nombre de Jesús. Gracias, Señor. Gracias por su sanidad en el nombre de Jesús.

El animador pide al ministro que se agache, poco a poco, con la espalda recta. Lo logra. Luego lo invita a hacer movimientos laterales, de un lado a otro. El ministro se pliega a los deseos del telepredicador y repite los movimientos.

–¿No hay dolor? –pregunta el animador.

–No –contesta el ministro con una franca sonrisa.

–¿Se fue el dolor? ¡Se fue el dolor! ¡Tenía cinco hernias discales pero Jesús le ha tocado!

La presentadora grita, el auditorio estalla en aplausos. Y la orquesta, que parece medir muy bien los tiempos, empieza a tocar para dar la entrada al coro:

–¡Amén!, ¡amén!, ¡amén..!

–Demos un fuerte aplauso. ¡Sí señor! ¿Cómo se siente, señor ministro?

Rangel Briceño vuelve a cerrar los ojos. Permanece callado. Las miradas de todo el auditorio se centran en él. El silencio se extendía en la misa que hasta ese momento había sido animada y ruidosa. Era el tiempo del milagro, de la expectativa.

Pero el ministro no puede contestar, comienza a perder el equilibrio, cierra los ojos y cae con su propio peso delante de las cámaras. Sus subalternos militares impiden, en dos ocasiones, que el cuerpo de Rangel Briceño termine desplomado en el suelo.

–¡Aleluya! –grita la presentadora– eso es lo que Jesús quiere: a los gobernantes de Venezuela tomados por el espíritu. ¡Aleluya!

Aunque los rituales de militares no suponen una gran sorpresa en Venezuela, la difusión del video a través de las redes sociales causó revuelo en las Fuerzas Armadas, con fuerte presencia de grupos masones y católicos. Casi tan rápido como la desaparición de sus hernias, su paso por el ritual evangélico también hizo saltar a Rangel Briceño del ministerio de la Defensa.

El episodio podría ser una anécdota más de las curiosidades religiosas de los políticos venezolanos de no haber sido porque Rangel intentó crear una importante plataforma evangélica para lograr un control militar, a través de la religión, de las Fuerzas Armadas. La periodista de *Quinto Día* Sebastiana Barráez, que ha hecho un seguimiento sobre los movimientos religiosos dentro del ministerio, explica que Rangel intentó fundar el Consejo Nacional Evangélico de las Fuerzas Armadas a través de cultos semanales.

La lucha religiosa comenzaba a tener una secreta correspondencia con la lucha política. La imagen de la Virgen de la Divina Pastora, que genera gran devoción en el estado Lara, en el occidente del país, recibió un tiro en la mejilla. Días más tarde fue destrozada y uno de sus cuadros quedó dañado con pintura roja. No fueron los únicos incidentes. Grupos afectos al gobierno habían invadido iglesias evangélicas para crear «centros socialistas» y meses atrás las paredes de la catedral de Caracas habían amanecido con grafitis alertando a los curas que irían al Infierno, tal como había vaticinado Hugo Chávez.

Junto con la santería, la Iglesia evangélica ha sido otra de las confesiones que ha tenido un fuerte crecimiento en Venezuela. En los años noventa, la población evangélica rondaba el 5%. Dos décadas

después, el porcentaje ha subido hasta rondar el 20%.

Parte de la Iglesia católica está convencida de que el apoyo y las facilidades que el gobierno ha dado a los sectores evangélicos y a la santería tienen como propósito debilitar la religión mayoritaria en Venezuela. Desde su encarcelamiento en 1992, algunos militares que acompañaron a Chávez en su rebelión militar abrazaron el mensaje cristiano. Pasaron del espiritismo a la prédica evangélica en pocos meses de encierro.

El gobierno de Chávez vio en la infraestructura de la Iglesia evangélica un excelente mecanismo para llevar su mensaje político a los sectores populares. Por ello se aprovechó de algunas sectas religiosas de corte cristiano como Nuevas Tribus, esparcidas por el Amazonas, para expandir su prédica a las comunidades indígenas, según explican excolaboradores del chavismo. Los integrantes de las sectas contaban con lanchas, helicópteros, en muchos lugares poseían una mayor infraestructura que la de las Fuerzas Armadas.

Acudo a un centro religioso en la urbanización Las Mercedes, una zona pudiente de Caracas, para conversar con César Mermejo, portavoz de la iglesia evangélica en el país. Mermejo es el invitado especial a una celebración dominical. Los participantes son divididos por grupos para recibir clases sobre la Biblia. En una de las reuniones, los miembros demuestran su dominio sobre el contenido de las sagradas escrituras. El pastor improvisa preguntas y siempre recibe respuestas satisfactorias. Después de algunos minutos de observación, acudo a una sala en construcción del templo que se levanta con las aportaciones de sus miembros para hablar con el portavoz eclesiástico.

—Es cierto que hemos crecido durante el gobierno de Chávez. Quiso darnos visibilidad, pero para aliarnos políticamente. La Iglesia evangélica es muy variopinta y hay sectores que han apoyado al Gobierno, esos mismos que comulgan con ideologías de izquierda y apoyan la teoría de la liberación pero como institución, nos hemos mantenido al margen —explica César Mermejo, director ejecutivo del Consejo Evangélico de Venezuela.

El portavoz no oculta que la cúpula eclesiástica es contraria al gobierno de Hugo Chávez, aunque reconoce que un importante sector se ha adherido al discurso oficialista que quiso buscar figuras de influencia en las zonas populares para introducir el discurso chavista en la población más necesitada.

—Hay barrios donde nadie sale a la calle después de las seis de la tarde. Solo los pastores porque son respetados hasta por los delincuentes por la labor social que hacen —explica Mermejo.

La independencia y dispersión de esta congregación, que no cuenta con la estructura piramidal de la Iglesia católica, hizo posible que algunos grupos aceptaran llevar el mensaje del gobierno, recibir sus ayudas y subvenciones y hasta incluir cánticos del tipo «Uh ah, Chávez no se va» en las ceremonias dominicales, según explican los párrocos críticos con el gobierno.

El pastor Enrique Soto, de la iglesia Maranata en Sabana Grande, sintió el llamado de Cristo cuando fue a la Universidad en Pittsburgh, Estados Unidos. Allí se graduó de ingeniero mecánico y comenzó su labor evangelizadora. Tras su regreso a Venezuela, repartía folletos en la Universidad Central y aprovechaba celebraciones familiares y cumpleaños para llevar el mensaje de salvación. En ocasiones podía resultar invasivo: «Hola, te quiero hablar de Dios».

En los pasillos de la universidad, tras horas de trabajo evangélico, regresaba a casa con dolor al comprobar que casi todos los folletos que había entregado estaban tirados en el suelo o en las papeleras. Era otra Venezuela. Pero en veinte años la situación, al menos en su iglesia evangélica, ha cambiado por completo. El pastor comprueba el quiebre de empresas, pérdidas de trabajo y una

violencia exagerada en la calle. Los alimentos escasean y es difícil llenar la nevera tras acudir solo a un supermercado. Ante tanta incertidumbre, ha notado que se buscan más certezas a través de la religión. «Cuando la gente tiene dinero y las cosas le van bien, no acude a Cristo», explica el pastor en plena mudanza de su oficina, ubicada en un centro comercial.

La base de la Iglesia aumentó durante los primeros años del chavismo y la prosperidad y el poder ganado por sus máximos dirigentes permitieron su rápida expansión. La presencia de Ronald Blanco La Cruz, exgobernador de Táchira, y Edgar Hernández Behrens, catapultó a la rama evangélica dentro del gobierno y también multiplicó las obras sociales que se hacían en nombre de Dios.

Hernández Behrens explica la ayuda aportada a la Iglesia evangélica con dinero público a través de un libro lanzado en 2013, *Dios en la gerencia y los negocios, cómo Dios transformó un banco en bancarrota convirtiéndolo en modelo de prosperidad para la aplicación de principios bíblicos*. Behrens, tal vez el evangélico más poderoso que ha tenido el gobierno entre sus filas, detalla todas las donaciones en un sermón pronunciado en la iglesia Maranatha de Valencia, Venezuela, el 1 de noviembre de 2013 ante una sala abarrotada de comerciantes y empresarios evangélicos.

—El libro es un resumen de todo lo que Dios hizo en Banfoandes (una entidad pública) de 2000 a 2006. Dios primero actuó en mí. Transformó primero mi bolsillo y luego mi corazón. Cuando yo recibí a Dios definitivamente, ya llevaba quince años diezmado. Y cuando usted está diezmado y da dinero a Dios, está haciendo un acto de obediencia y amor porque ese dinero le pertenece a Dios —explica Behrens ante una sala repleta de fieles cristianos que rezaron con el capitán y aplaudieron cada vez que él lo ordenaba en nombre de Jesucristo.

Durante su presidencia, las donaciones se fueron multiplicando exponencialmente: 495 millones de bolívares en 2001, 6.400 millones en 2002 y 12.500 millones en 2003. En 2005, las aportaciones a los deseos de Dios, en palabras de Behrens, ascendían a 1.500 millones de bolívares al mes y en enero de 2006 alcanzaron los 7.400 millones. Buena parte del dinero era administrado por su mujer, Roraima Blanco, presidenta de la fundación del banco dirigido por Behrens. «Es el dinero para establecer y vivir el reino de Dios en la tierra», asegura el banquero.

El gerente evangélico está convencido de que los diezmos, las ofrendas y las primicias, donaciones a la Iglesia evangélica y a fines sociales, son recompensadas con mayor prosperidad. Así lo ha experimentado en su vida personal y así se repitió en el banco que presidió. Mientras más donaba, más se multiplicaban las ganancias, explica.

Y Behrens no solo es servidor de Dios, sino también su socio. Asegura que buena parte de las propiedades no son de él, sino del que está arriba, aunque estén registradas a su nombre. El dirigente chavista tiene acceso directo al Creador y por ello a veces se levanta de madrugada con una llamada celestial.

—Una noche el Señor me levantó a las dos de la mañana y me dijo que nos daría mucho dinero, pero que ese dinero no era mío. Me dijo que mis hijos podían tener casa, carro y negocio pero el resto del dinero tenía que ser para el diezmo —prosigue Behrens en su discurso de predicador.

Los sacerdotes de base de la Iglesia evangélica confirman la ayuda recibida por muchos pastores y miembros de la comunidad religiosa por parte de los más destacados líderes chavistas. A veces, detrás de esas donaciones —explican— estaba la mano del propio presidente.

—Chávez le dio mucha ayuda a los que se dejaron. Hay pastores que no se daban cuenta pero eran manipulados. Utilizaba la religión, a los pastores evangélicos, para ganar votos. Chávez era un

encantador en el sentido de que hechizaba a la gente. Los pastores que lo tuvieron cerca sintieron un gran magnetismo. Era bueno o malo, pero tenía una atracción incontenible –explica el pastor Soto en Sabana Grande.

Pocos meses después de llegar al poder, el rumor que corría por los ambientes santeros también llegó hasta los sectores evangélicos. «Chávez se montó el santo en Cuba». Nadie en el gobierno lo desmintió oficialmente, una omisión que permitió la autoconfirmación de quienes lo expandían. A pesar de la simpatía inicial del chavismo por los sectores evangélicos, la Iglesia estaba dividida en relación al seguimiento de un líder político tan peculiar. ¿Cómo un pastor que condenaba la celebración de rituales santeros podía apoyar a un movimiento político que simpatizaba con ese fenómeno?

–Al principio, los pastores que lo apoyaban negaron que Chávez hiciera brujería y que fuese santero. Después, cuando las evidencias fueron cada vez más fuertes, comenzaron a justificarlo. Y esto se entiende porque muchos pastores cayeron en la tentación del dinero. Chávez compró a muchas iglesias. Raúl Ávila, del Centro Cristiano para las Naciones, ha sido el pastor más chavista. Recibió un montón de dinero, reformó su iglesia, hasta en su página web tenía propaganda del gobierno. Él hacía campaña por Chávez en las misas. Era radicalmente chavista. También hay otro pastor de la iglesia Maranatha, de Cabimas, que en las misas utilizaba cánticos de las campañas electorales y oraba como si Chávez fuese la cuarta persona de la Santísima Trinidad –explica Soto.

A pesar de las ayudas otorgadas a algunos pastores, la Iglesia evangélica, en especial el sector crítico, comenzó a temer medidas del Gobierno. Hubo un intento de expropiación en los templos de El Paraíso y Las Acacias, dos urbanizaciones de clase media en Caracas. La Oficina Nacional Antidrogas denegó los permisos para continuar con Hogar Nueva Vida, un programa de rescate de pacientes con adicciones y el gobierno impuso dificultades para el trabajo de la Pastoral Evangélica Penitenciaria, según explica la cúpula de los evangélicos.

El presidente también llegó a condenar al Foro Cristiano Venezolano cuando algunos de los pastores habían rechazado la propuesta de reforma Constitucional, con la que Chávez quiso eliminar las restricciones para la reelección indefinida.

–Te condeno a los infiernos, líder farsante. Vete con Satanás porque aquí está la propuesta divina de Cristo, el redentor de los pobres –dijo Chávez a los pastores evangélicos en tono amenazante.

La ira del presidente hacia la cúpula de la Iglesia evangélica terminó por reflejar el carácter que utilizó en todos los ámbitos de su acción política. Intentó simpatizar con las bases sociales, donde solía tener más apoyos, pero condenaba a su dirigencia, que rechazaba las formas de proceder de su gobierno.

Pero Chávez no ha sido el único político en usar la fuerza de la religión para fines partidistas. El último candidato opositor que se enfrentó a Hugo Chávez en unas elecciones presidenciales, Henrique Capriles Radonski, hizo campaña con sus crucifijos a cuestas y visitó y besó a la Virgen del Valle, en el oriente del país, a la Virgen de la Chiquinquirá en el occidente, a la Divina Pastora en el centro y al Santo Cristo de la Grita, en la frontera con Colombia.

Capriles siempre está rodeado de mujeres. Las jóvenes lo siguen como a una estrella de televisión o un cantante. Muchas de quienes lo persiguen no quieren hablar de proyectos políticos. Solo desean un beso, una gorra firmada y una foto para subir a las redes sociales. El candidato es un fenómeno que despierta fervor femenino, que no ha revolucionado el sistema político del país pero sí las

hormonas de parte de sus seguidoras. Es también un sueño erótico.

Precisamente el campo sexual del excandidato ha servido como arma arrojada por parte del chavismo. Capriles fue acusado de homosexual como si esa supuesta condición fuese un delito, una aberración política.

–Sifrinitos (niños adinerados consentidos), mariconzones, fascistas –dijo Maduro a los opositores en un mitin electoral ante el aplauso y las risas de sus seguidores, entre los que se encontraba Maripili Hernández, la mujer encargada de las relaciones con el Vaticano.

Días después, Maduro tuvo que pedir perdón varias veces por la palabra utilizada y para aclarar que no es homofóbico. Pero su perdón, sus disculpas preparadas, terminaron por esparcir la sospecha de que el líder opositor podría ser homosexual y, por tanto, constituyeron una nueva sentencia política.

–Si yo fuera homosexual lo diría a los cuatro vientos y amaría, con el corazón, a la persona que me tocara amar. Pero los peores son los que discriminan a los de su misma condición. Son como los negros en la colonia que azotaban a sus propios hermanos africanos –aseguró en otro auditorio días después, tras la protesta de colectivos chavistas homosexuales.

Del más de medio centenar de entrevistados con los que conversé para esta investigación, solo uno pidió que su nombre no apareciera en ninguna parte de esta investigación. Se trata de un fiel colaborador de Chávez durante los primeros años del Gobierno. Es conocido por ser un profundo conocedor de cómo las prácticas religiosas, las sectas y la orientación sexual se han utilizado en Venezuela con propósitos políticos.

El exintegrante del chavismo y ahora hombre crítico del proceso me recibe en Los Teques, la capital del estado Miranda, gobernado por Capriles Radonski. Converso con él en la cafetería de un centro comercial donde explica su colaboración con el régimen durante los primeros años del gobierno chavista. Asegura que Hugo Chávez tejió una meticulosa estrategia política para favorecer el ascenso de homosexuales a puestos claves del poder. El presidente quería que sus seguidores con una vida sexual oculta ocuparan cargos estratégicos y de vital importancia en el gobierno, según sus informaciones. Procuraba hombres casados y con hijos, pero que mantuvieran relaciones con otros hombres. Ante la extrañeza que produce tal afirmación, el exchavista, detalla:

–Se buscaba la fidelidad absoluta. Y por eso era importante la presencia de homosexuales en el gobierno con una vida oculta. Eran promovidos, ascendidos y manejaban áreas estratégicas. Es una táctica política asesorada por la inteligencia cubana. En algún momento, desde el gobierno se les hacía saber que se conocían todos sus pasos y sus gustos inconfesables. Cualquier traición podía ser castigada con hacer pública esa información y arruinar su vida familiar. De esta forma, se garantizaban una lealtad inquebrantable.

Para apoyar su versión, el confidente aporta una lista de nombres, hombres y mujeres, chavistas supuestamente homosexuales con altos cargos. También menciona a políticos opositores de los que el gobierno tiene las sospechas o el convencimiento de que mantienen relaciones homosexuales. Los servicios de inteligencia cubanos han participado en la elaboración de esos archivos para utilizar los datos con propósitos políticos, según el confidente.

La homosexualidad como arma para lograr la fidelidad absoluta entre algunos integrantes del alto equipo del gobierno salió a colación en una entrevista que el historiador Agustín Blanco Muñoz hizo a Jesús Urdaneta Hernández, hombre de confianza de Hugo Chávez durante la revuelta militar de

1992. En el 2000, Urdaneta ya se había alejado del chavismo y se había convertido en un crítico del proceso.

–Yo le decía (a Chávez) sobre Ignacio Arcaya: ¿cómo es posible que tú tengas a un homosexual como ministro? Y él se echaba a reír. Un día le dije: eso se pega ¿oíste? Cuidado no se te pegue. «Oye compadre, no me eche vaina». Pero, ¿como tú tienes esa gente allí? Yo no sé, pero yo me siento ofendido, los hombres que formamos parte de todo esto, que tengamos al lado a esa gente tan mala, tan nefasta. Y él nunca me supo dar una respuesta. No, no y no. Siempre me decía que eran males necesarios.¹¹

La teoría del antiguo colaborador chavista también es ratificada por la ex fiscal nacional número 25, Romina Pulido, que investigó a los exgobernadores acusados de corrupción Didalco Bolívar y Eduardo Manuitt. Pulido, que fue amiga personal del fiscal Danilo Anderson, concedora a fondo del chavismo, se encuentra exiliada en España. «Si hay dos características muy presentes en el chavismo son la santería y la homosexualidad. Y yo creo que estas dos preferencias han sido utilizadas como método para controlar a los suyos. Una para ganar seguidores religiosos y la otra como herramienta para amenazar a quienes llevan una vida sexual oculta y mantener control sobre ellos», explica la exfiscal.

El amigo de Hugo Chávez en el golpe de Estado y compañero en la cárcel, Yoel Acosta Chirinos, considera que el comandante-presidente utilizaba la fe y el miedo para expandir su proyecto político. La fe para sus seguidores y el miedo para sus detractores. En casi todos los sectores del país, Chávez despertó fe y miedo. Y ambas le dieron buenos resultados.

Del brujo Tarazona al vudú de Carlos Andrés Pérez

–Ahí en Birongo era que tenían los adecos unos brujos contra Chávez –dijo el presidente.

–Ahora los brujos son chavistas –interrumpió la alcaldesa del municipio Brión, Liliana González.

–Entonces que nos manden sus rayos para acá también. Pero ellos tenían, en verdad, los adecos tenían un poco de brujos. Querían embrujarme. Una adeca por ahí casi me embrujó, pero no me dejé.

Programa Aló Presidente número 366 emitido el 31 de octubre de 2010

A finales del siglo XIX, el presidente Joaquín Crespo estaba preocupado por el incremento de locos en Venezuela. El manicomio de Los Teques colapsaba al atender la creciente cantidad de enfermos mentales procedentes de todos los estados del país. La locura fue debatida en varias ocasiones en el Consejo de Ministros. En aquellos días, el comerciante de ganado tachirenses Telmo Romero iluminó a los dirigentes nacionales con un anuncio publicado en el diario *La Opinión Nacional* en el que proponía al gobierno otorgar el remedio que había hallado para curar a los locos. La oferta consistía en «celebrar un contrato para la curación de los enajenados de Los Teques, y elefanciácos del Asilo, siempre que tenga a bien darme el privilegio exclusivo como único poseedor de dichos secretos», publicó Romero en el periódico para llamar la atención de los gobernantes de turno. Y la táctica funcionó.

El general y presidente Joaquín Crespo era, como buen venezolano de aquella sociedad rural, creyente y supersticioso. Su padre, don Leandro Crespo, también había sido brujo y se decía que creaba pócimas para curar enfermedades y recetaba conjuros para ahuyentar a los malos espíritus. Cuando el presidente propuso firmar un contrato con el brujo Telmo Romero, ninguno de sus colaboradores, entre los cuales se encontraban figuras relevantes y cultivadas en la sociedad de la época, se atrevieron a objetar la propuesta. Tampoco lo hizo el historiador, ministro de Relaciones Interiores y hombre fuerte del gobierno, Francisco González Guinán, que fue criticado por no oponerse a la medida y que tuvo muchas dificultades para explicar el contrato entre el brujo y el gobierno.¹²

Romero era buen jinete y coleador, según lo describe el historiador Ramón J. Velásquez. Emprendió numerosos viajes a la Goajira donde conoció al cacique Chorpa, que también utilizaba el título de Piache (doctor en medicina).

Al regresar al estado Táchira, su tierra natal, proclamó que había aprendido los secretos medicinales de los indígenas. Astuto y hábil comerciante, Romero rentabilizó la experiencia con la publicación de un libro: *El bien general*.

La obra fue un compendio de fórmulas y mejunjes para vencer el sueño, hacer crecer el cabello o estimular el crecimiento de los senos. Solía recomendar la utilización de plantas como la zábila, el culantro, la chicoria, el bejuco sapo, el palo de mora u otros ingredientes más inusuales como leche de vaca negra recién parida, manteca de culebra o colmillos de caimán.

La publicación llegó hasta la capital y obtuvo un éxito de ventas inesperado: imprimió tres ediciones, una tirada extraordinaria en aquella época. Fue el inicio para darse a conocer y acceder a la familia presidencial. Llegaría a atender a la todopoderosa Jacinta Parejo de Crespo, mujer de Joaquín Crespo, y conocida popularmente como Misia Jacinta. No solo mandaba en su casa sino también tenía gran poder sobre su esposo, en quien influía para lograr indultos penitenciarios que beneficiaban a conocidos y amigos. Presidió reuniones de gobierno y también participaba en las intrigas del poder. Para ella, su marido mandó a construir el Palacio Presidencial de Miraflores y desde allí contemplaba cómo el paisaje de hatos y haciendas daban paso a una nueva realidad urbana.

El Palacio de Miraflores fue levantado en una colina y los lugareños veían con admiración aquella vivienda que el presidente había construido para su amada mujer. Parecía un gran barco anclado en tierra, rodeado de hatos y de pequeñas tiendas y pulperías.

Fue hecha a medida de Misia Jacinta, católica practicante, pero temerosa del mal de ojo que podía recibir de los enemigos y envidiosos del poder que ella y su marido habían acumulado. Se cree que fue ella quien convenció al presidente de construir pasadizos subterráneos para proteger la vida de Crespo. También disponía de numerosas habitaciones porque la pareja presidencial tenía diez hijos: cuatro niñas y seis niños.

Los pequeños sufrieron graves problemas de salud y algunos de ellos fallecieron antes de alcanzar la mayoría de edad. Misia Jacinta creía que algunas enfermedades que aquejaban a su familia no tenían cura dentro de los campos de la ciencia y dejó sus cuidados al brujo Romero, que supo mantener un trato exquisito con la alta alcurnia de aquellos días.

Crespo gobernó con mano dura durante dos períodos presidenciales. Quiso dejar a un sucesor para preparar su regreso y regir los destinos del país en los inicios del siglo XX y para eso delegó la presidencia en el general Ignacio Andrade tras unas elecciones con sospechas de fraude electoral.

Cuando el candidato rival de su sucesor, José Manuel Hernández, «el Mocho», desconoció los resultados y se internó en el campo para conformar un movimiento armado, el presidente salió en su búsqueda. Era un hombre valiente pero también *pantallero*, así que anunció por todos los medios la cruzada que iniciaría contra los rebeldes. Crespo había ordenado a Romero la elaboración de un amuleto para que lo protegiera en su nueva misión.

Decidió ir en búsqueda del Mocho Hernández cuando fue sorprendido y asesinado. Nadie pudo prever tan terrible destino, ni siquiera Romero. Sus seguidores fueron en su auxilio pero ya era demasiado tarde. Encontraron en su bolsillo el talismán que no pudo protegerlo de la muerte ni de la profanación de su cadáver un siglo después. Crespo estuvo predestinado a la gloria en vida, dirigió como quiso las rienda del país, torció la voluntad de los demás a la suya propia. De eso se trata el poder ahora y de eso se trata hace dos siglos. Pero su destino también estaría sometido a la peor de las humillaciones una vez muerto. Nunca pudo imaginar Crespo que la tumba que él mismo había mandado construir para el descanso eterno de él y su familia sería saqueada más de cien años después.

Sus huesos servirían para alimentar los hechizos en la política venezolana, una costumbre de la que él mismo fue precursor. Nada se sabe de su cuerpo ni del cuerpo de su esposa, Misia Jacinta, pero sí de sus espíritus. La primera mujer que pisó el Palacio Presidencial de Miraflores sigue rondando su casa. Sus pasos se escuchan en los pasillos. Las puertas se cierran repentinamente. Sus trabajadores lo saben. Ella sigue allí deambulando por el palacio que nunca ha dejado de ser suyo.

El brujo de los Crespo estuvo a punto de ser nombrado rector de la Universidad Central de Venezuela y fue ministro de Sanidad, pero la muerte de su cliente más poderoso también truncó sus aspiraciones políticas. Desapareció de la vida pública de forma casi tan repentina como Crespo.

Suelen los brujos guardar los secretos más inconfesables de sus clientes. Una década después, Juan Vicente Gómez, el dictador que más tiempo retuvo el poder durante el siglo pasado y uno de los presidentes más herméticos del país, comenzó a confiar los secretos de Estado y también sus intimidades a Eloy Tarazona, su escolta y guardia personal, mejor conocido como el Brujo Tarazona.

Fue descrito como un hombre misterioso, sin ningún familiar conocido, y quien se encargaba de probar toda la comida preparada para el dictador Juan Vicente Gómez antes de que el presidente engullera algún bocado. El sistema permitía a Romero proteger la vida de Gómez a costa de la suya propia en caso de un posible envenenamiento, una de las obsesiones del presidente que gobernó desde 1909 hasta 1935.

De ascendencia indígena, Tarazona era una de las pocas personas que caminaba por la casa presidencial como si fuera suya. Vigilaba los fogones de la cocina, los jardines y las caballerizas. Su secretismo dio pie a múltiples rumores, entre ellos que Tarazona era el brujo oficial de Juan Vicente Gómez y que, al igual que Telmo Romero, había aprendido las dotes adivinatorias de los indígenas. Los sirvientes presidenciales solían decir que Romero tenía dificultades para leer y escribir, lo cual no le restaba habilidades para ser un excelente administrador de haciendas y de la casa presidencial, ubicada en Maracay. También para guardar los secretos del poder y tal vez hasta para conjurar hechizos.

Poco antes de morir Gómez, Tarazona, acusado de brujo, fue arrestado. Cuando el presidente estaba moribundo, un grupo lo privó de libertad para evitar que intentara hacerse con el Gobierno. Se había iniciado la lucha interna por la sucesión y fue trasladado a Caracas donde estuvo encarcelado. Los hombres del nuevo militar que había asaltado el poder con las armas, Eleazar López Contreras, tenían la convicción de que el ayudante del presidente Gómez conocía el destino del supuesto tesoro presidencial.

Muchos se acercaban a Tarazona con cuidado, temiendo algún ataque sorpresivo o previendo que en cualquier momento saliera volando. Fue torturado y recibió promesas de compensación a cambio de la información que revelara el lugar donde descansaba la fortuna de Gómez. Pero Tarazona se negó a cooperar.

Los encargados de su custodia tuvieron que recurrir a sesiones de hipnosis para intentar hacer hablar al brujo. En medio de los interrogatorios, se apareció el médium catalán Josep Mir Rocafort, mejor conocido como Fassman, uno de los hipnotizadores más célebres de la época, que protagonizó la película *Fascinación* en Argentina y que logró renombre en varios países de América Latina. Fassman aseguraba dominar la mente de las audiencias en sus espectáculos colectivos, pero sus resultados con Tarazona fueron más modestos. «Brujo no puede con brujo», dicen expertos en asuntos esotéricos. El hipnotizador catalán no logró extraer información alguna al mayordomo que murió de inanición en la cárcel.

Telmo Romero, Eloy Tarazona o Cristina Marksman. Los profetas de poder también fueron el puente entre lo terrenal y lo divino, entre el poder humano y el sobrenatural que tanto ha fascinado a presidentes de todas las épocas. Pero la historia de consejeros espirituales del poder se remonta a 400 años, mucho antes de los primeros brujos presidenciales venezolanos.

Cuando Michel Nostradamus comenzó a escribir versos en los almanaques con evidentes tonos proféticos, la nobleza francesa se fijó en el hombre que mostraba más conocimientos de astronomía que cualquier otro en su época. Utilizando varias lenguas y con frases enigmáticas para evadir la fiscalización de la Inquisición, los escritos de Nostradamus se expandieron con carácter premonitorio.

La reina Catalina de Médici fue cautivada por los versos misteriosos y lo citó en la Corte. Después de una innegable conexión personal, fue nombrado consejero y médico de la Casa Real y tuvo que viajar desde el sur de Francia a París con bastante frecuencia.

En el verano de 1559, la capital francesa estaba de fiesta. La hija del Rey Enrique II, Isabel, contraía nupcias con el rey de España, Felipe II. El monarca francés, aficionado a las batallas, se lanzó a combatir con el joven Gabriel de Lorges, conde de Montgomery, para demostrar sus buenas cualidades marciales en el Campo de Marte, los jardines que hoy dan acceso a la Torre Eiffel. Algunos asistentes intentaron convencer al Rey de que el atrevimiento suponía un riesgo innecesario para un monarca de su edad. Pero pocos tienen éxito en intentar torcer la voluntad de un hombre de poder. Enrique II decidió salir a batallar para exhibirse ante los invitados de la boda.

En uno de los enfrentamientos, la lanza del conde se quebró accidentalmente y se coló entre las rendijas del yelmo del Rey. Le perforó el ojo y la lanza llegó hasta el cerebro. El monarca tuvo una muerte larga y dolorosa. Habría pasado como un episodio de mala suerte si Nostradamus no hubiese escrito un intrigante verso años atrás.

*Le lyon jeune le vieux surmontera,
En champ bellique par singulier duelle,
Dans caige d'or les yeux luy crevera:
Deux classes une, puis mourir, mort cruelle.*

*El joven león vencerá al viejo
En el campo de batalla en combate singular
En jaula de oro le quebrará los ojos,
Dos flotas una, después de morir, muerte cruel.*

Cuando la corte desempolvó el viejo presagio de Nostradamus, nadie tuvo dudas. Ni la reina Catalina de Médici ni su asesino accidental: Nostradamus había predicho el fatal accidente del Rey, que sucumbió diez días después.

La ambigüedad con la que trabajó Nostradamus para evitar la hoguera no solo le granjeó éxitos para conservar su vida sino también para ganarse la confianza de la Reina a quien solía pronosticar un futuro prometedor siempre lleno de cosas maravillosas. Decía, en el fondo, lo que sus interlocutores poderosos querían escuchar. ¿A quién no le gusta conocer un porvenir lleno de triunfos, logros, abundancia y felicidad?

La corte francesa había iniciado el camino a las interpretaciones de las Centurias de Nostradamus. Pero no fue la única. Casi dos siglos después, el ejército nazi, interesado en ciencias del ocultismo, también utilizó las predicciones de Nostradamus para animar al pueblo alemán al que vaticinaba victorias sobre los enemigos. En la misma guerra, los ingleses encontraron versos que podían ser utilizados contra los alemanes y repartieron panfletos por todo el territorio enemigo recordando terribles castigos y finales crueles contados por Nostradamus.

A principios del siglo pasado, las oraciones y el supuesto poder de sanación de un siberiano hijo de campesinos y conocido como «el monje loco» llegaron hasta los oídos de la Casa Real rusa. La zarina Alejandra Fiódorovna confió la delicada salud de su hijo Alexei Nikoláyevich Románov, aquejado de hemofilia, a Grigori Rasputín. Conocido por su carácter rebelde desde niño, el místico había logrado gran reputación en la alta sociedad rusa por su elocuente oratoria. Rasputín aceptó el reto de curar al niño Alexei, quien mejoró temporalmente de su enfermedad, según las crónicas de la época.

Con enormes barbas rizadas que le llegaban al pecho, el brujo ruso utilizaba el método de la hipnosis para el tratamiento de los pacientes. También ejercía un magnetismo especial sobre las mujeres y solía fotografiarse alrededor de decenas de nobles y aristócratas que se disputaban su amistad. Se creía una mente dominante y como tal trataba a sus allegados. Es una de las artes que todo brujo debe saber transmitir: sus conocimientos siempre están por encima del resto.

Rasputín no era excesivamente halagador, sino más bien parco, extravagante y enigmático, una personalidad que sirvió para ganarse la confianza de la zarina Alejandra y con la que comenzó a influir en la política rusa e internacional. Según la mayoría de sus biógrafos, no había decisión que tomara el zar ruso que no pasara por su supervisión. Su poder en la corte había sido documentado por los servicios de inteligencia británicos que conspiraron en su contra.

Pero el místico también era un hombre atormentado y siempre vio un futuro negro no solo para él y su círculo, sino para todo el país. En sus visiones, oscuras, llenas de sufrimientos y penurias, veía a Rusia «envuelta en una enorme nube negra e inmersa en un mar de lágrimas». También había escrito una carta a la zarina en la que confesaba sus temores de ser asesinado por grupos cercanos a la corte.

El vidente no se equivocó. El escritor y aristócrata ruso Félix Yusúpov, casado con la princesa Irina Alexándrovna Románov, lideró la conspiración para asesinar a Rasputín. Concedor del interés del brujo por su mujer, invitó a Rasputín a una cena en el Palacio Moika en San Petersburgo, donde un grupo de nobles y militares habían planificado su muerte. A Rasputín le sirvieron vino y pastas con cianuro. Pero lejos de causar algún efecto en él, los conspiradores comprobaron que el místico cantaba y amenizaba la reunión que había sido preparada para asesinarlo. Contemplaban horrorizados como el veneno parecía animar aún más el carácter del místico. Llegaron a creer entonces que realmente Rasputín era inmortal, y que si sobrevivía, los castigos más insospechados podían caer sobre ellos.

El plan iba mal. Yusúpov perdió la paciencia y optó por dispararle por la espalda. Todos los conspiradores cantaron victoria pero cuando decidieron levantar el cadáver para ocultarlo, el místico pronunció unas palabras maldiciendo al hombre que intentó asesinarlo. La muerte se le resistía. Con la espalda llena de sangre, Rasputín logró huir del Palacio aunque fue alcanzado nuevamente por otro disparo. Había caído de nuevo, esta vez en la nieve que se teñía de rojo por sus dos heridas. Yusúpov creyó en ese momento que tenía la oportunidad de acabar con sus dones, sus capacidades y su inmortalidad y lo remató con un tiro en la cabeza. Parecía que el brujo de la corte

no saldría con vida de aquel trance. Su cadáver fue lanzado al río. Días después, la autopsia oficial concluyó con una inquietante revelación: el brujo había muerto ahogado y no por los disparos. Con su muerte violenta y el fusilamiento de la Familia Real por la revolución rusa, Rasputín había acertado su última predicción y el mito apenas comenzaba.

La brujería no parece estar hecha para políticos tibios y grises, sino más bien para hombres ambiciosos capaces de recurrir a todas las instancias a su alcance para permanecer en el poder. En el fondo, deben ser fríos y sin demasiadas contemplaciones para intentar someter el destino de los demás a la consecución de un objetivo íntimo y personal. Fue el caso del general Perón. Su custodio, José López Rega, había escrito un libro tres años antes de conocer al matrimonio presidencial: *Astrología esotérica*. Hombre introvertido y de pocas palabras, conoció a los Perón en 1965 y ascendió a las alturas del poder como casi todos los brujos: con un plan sigiloso, con paciencia y astucia. Así llegó a convertirse en el consejero de confianza de Isabel.

Fue cantante de boleros en los tugurios de Buenos Aires pero supo abrirse paso para llegar a tocar los más finos hilos del poder peronista. El ascenso resultó relativamente sencillo: a la pareja presidencial y a él los unía una afición común: las artes esotéricas. Sus visitas al Palacio solían incluir sesiones de prácticas adivinatorias y la creciente confianza en el brujo terminó por convertirlo en el secretario privado del matrimonio presidencial durante su exilio en España, una época en la que aprovechó para escribir los horóscopos de un diario vespertino, según los periodistas de la época. Ingresó en logias masónicas y las logias de la P-2, además de pertenecer a la secta de los rosacruces y ser practicante de la religión Umbanda, un culto brasileño similar a la santería cubana y heredado de los esclavos africanos.

A la par que ganaba confianza como confidente espiritual de Presidencia, se hacía con los mandos políticos del país. En 1973, cuando ejercía como ministro de Bienestar Social, prácticamente todo el gabinete había sido nombrado por él. Fue miembro de la logia masónica irregular Propaganda Due, a la que pertenecían militares que años más tarde asestaron el golpe de Estado que lo sacó del poder¹³. Fundó la Triple A, que encargaba asesinatos a dirigentes políticos opositores en nombre de Jesucristo, participó en acciones de exterminio de miembros de la izquierda peronista y tuvo poderes casi absolutos tras la muerte del general Perón y el ascenso de Isabel a la Presidencia. Pero años más tarde, la viuda de Perón comenzó a ser testigo de comportamientos que terminaron por derrumbar su imagen.

–Era un demonio y yo no me había dado cuenta –dijo.

Mientras en Argentina la brujería se unía al exterminio de la izquierda, en Venezuela los presidentes utilizaban los elementos mágico-religiosos para afianzar su popularidad. La magia fue traída por los esclavos africanos que se escapaban de sus amos coloniales y que se adentraron en las montañas donde vivían en absoluta pobreza pero con el premio de haber logrado la libertad. Allí crearon cumbes y rochelas, se regían por sus propias reglas y adoraron a sus dioses sin temor a ser perseguidos. Birongo o Bilongo según quien lo pronuncie, un asentamiento histórico de los descendientes de los esclavos africanos huidos de las haciendas y las casas coloniales, fue uno de los lugares donde se conservaron los conocimientos de la magia africana, a menos de cien kilómetros al este de Caracas.

Allí, un pequeño muchacho, Segundo Berroterán, fue aprendiendo de las propiedades de las

plantas y comenzó a curar enfermedades, a aliviar dolores de espalda y a calmar las angustias de las noches de insomnio. Berroterán popularizó los famosos baños con cariaquito morado (la creencia popular siempre recomienda bañarse con cariaquito morado durante las rachas de mala suerte) y también organizaba ensalmes.

A principios de los años sesenta, el presidente Rómulo Betancourt visitó Birongo y Berroterán propuso limpiarle la pipa. El primer mandatario democrático después de diez años de dictadura no ocultaba las visitas al brujo. Tal vez le interesaba dejarse ver por el pueblo, para que todo el país se diera cuenta de que era un hombre cercano, practicante de las mismas costumbres que el populacho. En Birongo nadie tenía duda de que la pipa ensalmada aportaba buena suerte a Betancourt para superar las enormes dificultades de su mandato, especialmente durante el segundo. Sobrevivió a golpes militares, conspiraciones internas e internacionales, dos escisiones de su partido político Acción Democrática, una fuerte devaluación y medidas de ajuste salarial que causaron gran descontento social.

Siempre inseparables, el presidente y su pipa parecían disfrutar de una protección sobrenatural. En La Habana, un desconocido se le acercó por sorpresa para intentar inyectarle veneno de cobra, pero el presidente se encaró a él y el conato de magnicidio se esfumó con la misma velocidad con la que el hombre huía despavorido. El periodista Humberto Hernández escribió: «Se dice, y no son pocos los que lo creen, que todo ese esotérico poder que lo protege emana de su pipa ensalmada por un brujo barloventeño».¹⁴

El día crítico para Betancourt fue el 24 de junio de 1960 cuando se conmemora en Venezuela la última batalla ganada contra los ejércitos españoles. El presidente quería acudir puntual al acto de celebración del día del Ejército. Desde su residencia, se dirigió acompañado del ministro de Defensa, el general Josué López Henríquez y su esposa, y del jefe de la Casa Militar, el coronel Ramón Armas Pérez. Al llegar al parque de Los Próceres, en Caracas, el coche presidencial es sorprendido.

—En la avenida de Los Próceres, a las 9:20 de la mañana, estalló una poderosa explosión, que lanzó el automóvil nuestro fuera de la vía y lo convirtió en una masa de hierro y fuego. Pereció allí mismo, alcanzado directamente por el cono de la explosión, el valeroso y bueno Ramón Armas Pérez, ascendido *post mortem* a general de brigada. Murió también el estudiante Juan Eduardo Rodríguez, transeúnte ocasional. El chofer Azael Valero fue despedido del vehículo y cayó sobre el pavimento, ardiendo —contó el propio presidente.¹⁵

Entre las cortinas de fuego que consumían el vehículo, salieron el ministro de la Defensa, su mujer y Betancourt. El presidente sufrió graves quemaduras que afectaron los ojos, el rostro y los brazos. Fue trasladado al hospital Clínico de Caracas, donde pidió a los médicos que moderaran la dosis de morfina porque tenía que dirigirse al país.

Al día siguiente, la nación amanecía agitada por los rumores de que Betancourt estaba muerto. El presidente había perdido la visión en su ojo derecho. Estaba hinchado y él mismo bromeó con que parecía «Quasimodo» cuando llegó a Palacio, donde siempre decía que lo sacarían «con los pies por delante». Estaba decidido a grabar el mensaje de televisión. Apareció con las manos llenas de vendas y algodones, con el rostro hinchado y durante la alocución, los labios empezaron a sangrar.

—No me cabe la menor duda de que en el atentado de ayer tiene metida su mano ensangrentada la dictadura dominicana. Existe una conjunción de esfuerzos entre los desplazados el 23 de enero (día del derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez) y esa satrapía, para impedir que Venezuela

marche hacia el logro de su destino final; pero esa dictadura vive su hora preagónica. Son los postreros coletazos de un animal prehistórico, incompatible con el siglo XX –dijo el malogrado presidente.

En la calle no había duda: a Betancourt lo protegían las fuerzas sobrenaturales. Decían que iba fumando la pipa mientras ocurrió la explosión y los poderes contenidos en aquel tabaco pudieron salvarle la vida. Se trataba de otro trabajo del brujo de Birongo.

El 3 de diciembre de 1978, Luis Herrera Campins, el candidato conservador de Venezuela, se impuso en las elecciones por poco más de 100.000 votos. Inauguró teatros, centros residenciales, el metro de Caracas y grandes complejos deportivos aprovechando la bonanza petrolera que le permitían los altos precios del barril de petróleo: hasta 34 dólares la unidad, un nivel histórico hasta ese momento. Fue un hombre profundamente católico y con buenas relaciones con la jerarquía eclesiástica, lo que no le impedía tener sus creencias en otras fuerzas sobrenaturales. Sus allegados comenzaron a desvelar el rumor de que el presidente llevaba un amuleto protector en su bolsillo.

–No era un rumor, era cierto. Cargaba siempre su pepa de zamuro y decía que eso lo protegía – explica Ramón Aveledo, hijo de su secretario privado Ramón Guillermo Aveledo, un líder político que se ha enfrentado al chavismo durante los últimos años. Aveledo padre fue amigo y asistente personal de Herrera Campins y conocía su inquebrantable devoción católica.

–Sobre todo, recuerdo que era muy *curero*, muy amigo de los curas –explica Aveledo hijo.

Herrera Campins reconoció públicamente su amuleto cuando participó en un conocido programa de televisión conducido por un astrólogo argentino y su mujer: Horangel y los 12 del Signo, en el cual los participantes debían adivinar el signo del zodiaco de los invitados.

Desde entonces, no ha habido político venezolano que no haya tenido episodios relacionados con la brujería, las fuerzas ocultas y la santería. En la campaña electoral para sucederlo, el candidato socialdemócrata Jaime Lusinchi contrató los servicios de un futurólogo estadounidense que vaticinaba su victoria. El partido Acción Democrática decidió transmitir un anuncio en televisión.

El diario español *El País* reseñó la singular acción electoral. «El futurólogo norteamericano Melvin Shapiro ha sido el último protagonista de esta irregular campaña. El hombre que en su tarjeta de presentación dice haber vaticinado la elección de Reagan, Luis Herrera Campins y Juan Pablo II, ha anunciado ahora que Jaime Lusinchi ganará con 3,2 millones de votos, lo que representaría un 45% de las papeletas válidas. Más o menos lo mismo que vienen apuntando las encuestas. En este país donde todo el mundo cree en brujas (el propio Lusinchi dice: “Yo no creo, pero que vuelan, vuelan”), el partido Acción Democrática (AD) se ha apresurado a publicar grandes encartes publicitarios en la prensa con el aval de Shapiro para su candidato. En el fondo no han hecho otra cosa que copiar lo que hicieron sus adversarios de Copei cinco años atrás, cuando la bola de cristal era benéfica para ellos».¹⁶

Eduardo Fernández, entonces secretario general del partido demócrata-cristiano Copei, desgastado por la primera gran crisis económica del país y por debajo en todas las encuestas, denunció que la profecía era un engaño y que Shapiro ofreció vaticinar el triunfo de Copei previo pago de 250.000 dólares.

Tal como vaticinaban todas las encuestas y el futurólogo, Lusinchi obtuvo la victoria y gobernó cinco años en medio de un profundo deterioro económico y envuelto en sonados casos de corrupción.

Su sucesor en la Presidencia, Carlos Andrés Pérez, fue uno de los hombres más poderosos e influyentes de Venezuela cuando gobernó por primera vez entre 1973 y 1978. Al inicio de su mandato, el precio del petróleo se disparó y el país recibió dólares a raudales. Gestionó la abundancia y se construyeron carreteras, escuelas, autopistas y también florecieron empresas y fortunas.

Pero las luces del primer mandato se transformaron en las sombras del segundo. Una bruja también emergió desde el anonimato. Fue bautizada la bruja del poder, un apelativo promovido por ella misma. No era un secreto que Evenia Rengifo era la consultora espiritual de Carlos Andrés Pérez. También visitó a otros presidentes e importantes banqueros, según publicita.

Acudo a su mansión, en una exclusiva urbanización de Caracas. La fachada avala el poder de la clientela de Rengifo. Cámaras de seguridad, alambrada eléctrica contra intrusos y altos portones reforzados. El acceso es a través de una pendiente pronunciada que conduce a la entrada principal. En la fachada, varias esculturas que figuran la «boca de verdad» romana.

En el interior, la decoración es suntuosa y abundante. Hay pocos espacios vacíos: esculturas, jarrones, mesas, flores. En el jardín, dos trabajadores cuidan la tierra y riegan la hierba mientras alimentan a las coloridas guacamayas. Y desde primera hora de la mañana, una enorme cascada artificial relaja a la bruja que se despierta en un reducto paradisíaco. Sus clientes son generosos con ella cuando los trabajos son eficaces. Y por el nivel de vida que lleva, la Rengifo debe haber acertado en más de una ocasión.

Evenia sale elegante de la cama, duchada, maquillada. Los retoques cosméticos pueden despistar acerca de su verdadera edad. Reconoce que fue la bruja de Carlos Andrés Pérez, pero se niega a hablar. Es una mujer con carácter, temida por sus enemigos. Unos días después, el allanamiento de su casa confirma que no es una bruja cualquiera, que maneja información y mantiene relaciones privilegiadas. El organismo de inteligencia venezolano, Sebin, entró a su residencia, se llevó documentación y también las cintas de las cámaras de videovigilancia.

Evenia tuvo la premonición de la muerte de Chávez, pero no fue la única. Políticos, médicos, periodistas y medio país apostaban por el fallecimiento del presidente tras la reaparición de los últimos tumores y el agravamiento de su enfermedad. La policía política, el Sebin, sospechaba que Evenia, como buena parte de los brujos del poder, también podía estar envuelta en conspiraciones. Y la información que obtenía de banqueros, empresarios y políticos podía utilizarla para sus premoniciones. Tal vez cuando una bruja avizora una conspiración, una muerte o un cambio político no está haciendo una proyección de futuro, sino que tiene la certeza de que ocurrirá por la información que obtiene de sus clientes, socios y amigos.

Su última premonición pública, dos meses antes del allanamiento, vaticinaba el surgimiento de un nuevo líder.

–Será del color de Venezuela, y el país volverá a su camino. El líder tendrá olor a tierra firme. Ha estado en prisión bajo el yugo del que murió, la juventud aún lo envuelve. Lo conocerán por sus ojos, lo que escribe y su caminar –anunció la bruja dos meses antes de la acción policial.

Pero el allanamiento de su residencia no fue un caso único ni extraño. Diecisiete años antes, el 23 de octubre de 1996, el astrólogo José Bernardo Gómez fue detenido por la policía política del gobierno de Rafael Caldera, el presidente octogenario antecesor de Hugo Chávez. Estaba dando unas conferencias sobre astrología, cuando los agentes lo esperaban para detenerlo. Meses atrás, en otras

conferencias, Gómez había pronosticado la muerte del presidente Caldera antes de la finalización de su mandato.

Se activó la búsqueda. Se registraron 27 vehículos y se allanaron 14 viviendas. Se interrogaron amigos, familiares y vecinos. Se rastrearon teléfonos móviles y, finalmente, la policía pudo cumplir con las órdenes del ministro de Interior, José Guillermo Andueza. El astrólogo estuvo 36 horas incomunicado y, según su versión, nunca supo los motivos por los que se le había detenido. «Queríamos saber si sus predicciones tenían base científica real», explicó el ministro.

El vaticinio habría quedado en el secreto de una conferencia de empresarios si el Gobierno no hubiese desplegado todos los recursos de las fuerzas de seguridad del Estado para lograr su detención. Gómez, hasta ese momento un profesor universitario y astrólogo relativamente desconocido, saltó a las portadas de todos los diarios del país.

Había explicado que la llegada de Urano al signo de Acuario y de Plutón a Sagitario traerían grandes cambios al presidente, entre ellos, la muerte. El astrólogo observaba unas condiciones que facilitaban su predicción. El presidente Caldera, octogenario, comenzaba a mostrar signos evidentes de debilidad frente a las cámaras y su voz se quebraba con frecuencia. Pero Caldera murió trece años después de la profecía, cuando el chavismo llevaba varios años en el poder. «No fue una equivocación, porque la muerte de una persona puede ser física o simbólica», justificó el astrólogo en marzo de 2013 en una entrevista realizada por el periodista Mario Villegas para obtener un pronóstico de la enfermedad de Hugo Chávez.¹⁷ El astrólogo, que tuvo un espacio en la radio venezolana años más tarde, se negó a hacer nuevos vaticinios presidenciales.

En el segundo período de Carlos Andrés Pérez, otra astróloga se había ganado la confianza de la familia presidencial. La mediática Adriana Azzi, que contaba con importantes espacios en el diario *El Nacional* y en la televisión, acudía a la residencia de La Casona para hacer consultas. Las hijas del mandatario estaban preocupadas.

–Yo llego a la familia de los Pérez por medio de la jefa de La Casona (residencia presidencial), Marilú Colimodio. Ella me presenta a las hijas del presidente: Marta y Carolina. Hice buena amistad con Carolina, que en aquel momento tenía una fundación que donaba sillas de ruedas. Ellas anotaban todo lo que le decía en las cartas. Recuerdo que después del golpe de Chávez, les dije que vendría otra insurrección militar. Fue la del 27 de noviembre de 1992 –asegura Azzi, que también acusó a los organismos de inteligencia del Estado de espiarla.

Dos años después, cuando Carlos Andrés Pérez fue ingresado en prisión por un caso de corrupción, y mientras se ganaba como clientes a los hijos del presidente provisional, Ramón J. Velásquez, Azzi vuelve a ser contactada por la familia. Marta y Carolina Pérez querían que la astróloga analizara un macabro hallazgo en la celda del expresidente. Pérez había notado algo incómodo en la almohada y al abrirla descubrió que tenía unos muñecos, cuenta la astróloga.

–Le habían montado vudú, porque querían matarlo. Yo agarré esos muñecos y le desbaraté todo eso en un río. Después, le dije a las hijas que su padre podía dormir tranquilo.

—El Salón de la Patria es un lugar de culto y santería. Allí se encuentran todas las deidades, pero no están presentes en la forma en la que las conocemos tradicionalmente sino de manera simbólica, para que nadie se dé cuenta. Por ejemplo, Yemayá, la diosa de los mares, está representada por un ancla. Y no estoy hablando de una pintura ni de un cuadro. Sobre la pared, reposa un ancla de un barco.

Germán Ramírez, el santero que organizó durante décadas la fiesta de Santa Bárbara-Changó en el Círculo Militar, me confiesa que el Palacio presidencial de Miraflores es un centro de poder sobrenatural y que los espacios de la nación también se han convertido en lugares de culto. Ramírez conoce bien el Salón de la Patria, un espacio que está abierto al público siempre y cuando su gestor, el pintor Chepín López, autorice las visitas. Por allí han pasado logias de masones, santeros cubanos y casi todos los altos cargos del chavismo.

En mi segundo viaje a Caracas para completar las entrevistas para esta investigación, acudo al lugar que previamente Ramírez me había descrito. Busco el Salón de la Patria, el supuesto lugar en el Palacio Presidencial donde se realizan rituales santeros y al que también se había referido —sin mencionarlo explícitamente— el exministro de la Defensa, Raúl Baduel.

Me dirijo al ala norte del Palacio de Miraflores. En las instalaciones de la Brigada de la Guardia de Honor Presidencial se encuentra el Salón. En la entrada se divisa el edificio principal del Palacio, del lado opuesto de la avenida donde despacha el presidente de Venezuela. Al edificio del Salón de la Patria se accede después de un exhaustivo registro: foto, huella dactilar y copia de la cédula de identidad. Pero es un trámite menor en comparación con todos los filtros que hay que superar para acceder a otras instalaciones del Palacio.

Una mujer muy joven, tal vez con menos de 20 años, es la encargada de controlar los accesos al Palacio. Pregunta si tengo el permiso del profesor Chepín. Respondo que he enviado la solicitud para visitar el Palacio por correo electrónico, como manda el procedimiento, pero no he recibido respuesta. Me pide que tome asiento. En la pequeña sala de acceso, hay casi una decena de personas que aguardan el permiso oficial. A algunos nadie les espera, pero intentan hablar con algún responsable, muestran referencias y cartas de amigos y conocidos para obtener una audiencia. Cualquiera puede sentirse legitimado para pedir favores personales en el Palacio Presidencial. Miraflores también es una oficina de colocación y un despacho de beneficencia.

La mujer me concede el acceso más rápido de lo previsto y dejo atrás a quienes habían llegado antes. Una vez que ingreso en el recinto presidencial, pregunto a un grupo de militares casi adolescentes el camino hacia el salón. Los uniformados vigilan el interior del recinto casi siempre con rostros de cansancio o aburrimiento. Nada más rutinario que cuidar un Palacio Presidencial donde nunca ocurre nada interesante, al menos a la vista de los soldados de base. Uno de ellos hace un ligero gesto con los labios hacia afuera indicando el camino bajo un sol abrasador sin ninguna posibilidad de sombra.

El edificio luce un blanco impoluto. Seguramente se pintó hace pocos días. Un cartel anuncia la llegada: «Salón de la Patria». La puerta sólida, maciza, tiene grandes cristales por los que se puede ver el interior. Está cerrada. Toco como puedo entre la cristalera y la reja gruesa y negra. Un guía, un hombre de unos cincuenta años, da la bienvenida y me invita a entrar. No hay nadie en el salón, solo el personal de limpieza. La luz entra por los vitrales y llena de colores los espejos y las paredes. Parece un lugar imponente, un rincón relevante que arrastra el peso de una historia de batallas permanentes, de guerra eterna entre los fuertes y los débiles, entre los opresores y los oprimidos.

La estancia está compuesta por un salón central con varias salas anexas, algunas de ellas separadas con puertas que también sirven como lienzo para plasmar las imágenes históricas. Desde la base del suelo hasta el techo, todo está decorado con escenas alegóricas a las gestas libertadoras. El guía me invita a hacer el recorrido solo. «Si tienes alguna duda, avísame», se ofrece de forma amable.

Comienzo a dar pasos perdidos en el recinto para contemplar las pinturas. La primera de ellas muestra la vida de los indígenas en Venezuela antes de la llegada de los colonizadores españoles. Es un paisaje exuberante, casi idílico dibujado con colores y tonalidades fuertes. La vegetación espesa daba cobijo a unos indígenas que vivían felices y en armonía. El pincel grueso, tanto en el relato como en la pintura, a veces deja su huella.

Me acerco con cuidado para ver los detalles, las tonalidades de la obra. Al observarla de un lado a otro, tropiezo con unos objetos en el suelo. Bajo la mirada y veo una osamenta de caimán junto a mis pies. A su lado, una cesta de mimbre con frutas, un caparazón de tortuga y flores de todo tipo. Un conjunto de objetos de culto al ras del suelo complementa la obra. Es, sin duda, un altar santero en pleno Palacio Presidencial a la vista de cualquier visitante. No hay nada que ocultar ni nada que esconder. Se trata del recinto donde los símbolos de la santería se integran con las pinturas que recrean la historia del país. Hay arte y velones. Inciensos, oro y banderas, todo junto en una efervescente pseudorreligión patriótica.

A la izquierda de la entrada, una segunda pintura explica otro capítulo de la historia en el Salón de la Patria: la del descubrimiento. Ahí encuentro el ancla de la que me había hablado Germán Ramírez. Es el símbolo de Yemayá, que está presente apoyada a la pared. Pero no es el único: también hay ladrillos en el suelo junto al cuadro del terremoto de 1812 y dos grilletes bajo la pintura que recrea la batalla entre indígenas y conquistadores. En el salón de las heroínas, reposa un crucifijo, y la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, ha sido instalada en la pared. En los salones de Sucre, Miranda y Bolívar, hay flores, espejos y velas en cada esquina. Alguien cuida que las velas estén siempre encendidas, que no se apaguen, tal vez para que no se vayan nunca los espíritus que pretenden retener.

En el salón central reposan varias vitrinas con objetos de los cinco países bolivarianos: muñecas de trapo, monedas y billetes. Juguetes y dinero que rodean el principal objeto de culto de toda la sala. En el centro, resguardada en una caja de cristal, descansa la espada del Libertador Simón Bolívar.

Un recipiente transparente con caramelos descansa sobre el cristal que protege la espada. Lo dulce seduce a las ánimas y atrae a los espíritus. La escena es desconcertante y permanezco paralizado frente a ella, rodeado de flores, velas, espejos y pinturas que recrean una historia lineal del país, sin demasiadas complejidades ni matices. El compendio de pinturas es una oda a las gestas independentistas del pasado, una exaltación a la gloria de la Patria.

Un hombre con bata blanca sale de uno de las habitaciones anexas y cruza la sala principal. Parece contar con más de sesenta años, con el cabello rizado gris y muy delgado. Saluda cordialmente y se dirige a otra de las estancias. El guía del salón acude a mi ayuda e intenta explicar la historia del Salón de la Patria. Es un homenaje a los aborígenes, a los indios y a los negros.

En los murales también está retratado el cacique Guaicaipuro que sostiene su cabeza después que lo decapitaron y las negras a las que las blancas criollas quemaban los rostros y sacaban los ojos para que sus hombres no se sintieran tentados por su belleza. También quedó plasmado el terremoto de 1812, que los representantes del Rey interpretaron como castigo divino por los movimientos independentistas, y el prócer e intelectual Francisco de Miranda encarcelado en la prisión de La Carraca.

Recibo las explicaciones de los momentos más que conocidos de la historia venezolana, cuando regresa el hombre mayor de cabello rizado. Camina rápido, parece que lleva prisa aunque en el salón nadie lo espera. Solo nos encontramos la mujer de limpieza, el guía, él y yo. Se trata de Chepín López, autor de los murales y las pinturas del Salón de la Patria y su celoso cuidador. Es el padre de un recinto que linda entre museo y santuario, que combina pinturas y objetos de santería. López se muestra amable. Parece halagado de recibir visitas que se interesen por los contenidos expuestos en el salón.

De palabra apasionada, explica los momentos en los que encuentra la inspiración. Antes de pintar, López medita. Un gran número de visitantes, principalmente de altas personalidades del gobierno venezolano y de delegaciones extranjeras, han sido cautivados por la obra, según explica el autor. El propio Hugo Chávez quedó tocado con su primera visita al Salón de la Patria. Conocía a López por ser el pintor de referencia de las instituciones militares venezolanas y cuando se vio sumergido en aquella obra de historia viva, no tuvo dudas.

–Chepín: este lugar no puede estar cerrado. Hay que abrirlo a todos los venezolanos porque aquí emana una energía especial que deben sentir.

Los deseos de Chávez, ya presidente, raramente eran cuestionados, así que pocos días después de aquella visita, el Salón comenzaba a recibir visitantes. Nunca en grandes grupos, siempre con discreción. Delegaciones ministeriales, colectivos cubanos, logias masonas y representantes de la inteligencia militar.

–Es un lugar muy especial, mágico. No solo es un museo, sino también un espacio de culto a la Patria, a los ancestros y los libertadores. Es el altar de Simón Bolívar. Aquí han sucedido cosas realmente increíbles –explica Chepín López.

Cuenta el director que años atrás, un jerarca de la Iglesia española quiso visitar, junto con su comitiva, el Salón de la Patria. El guardián del recinto solía ofrecer la visión más cruel de los conquistadores y de los españoles de la época, por lo que tenía cierto temor de despertar la incomodidad de los visitantes. Al final de aquel recorrido, el jerarca eclesiástico pidió permiso para besar la bandera de Venezuela. Desde entonces, el director del museo se convenció, tal como confirmó Chávez, que el lugar contenía una energía especial. En una visita posterior, un político de India se quedó con la frente en el suelo durante mucho tiempo porque sintió una fuerza que se desprendía de la espada de Bolívar.

En medio de las explicaciones, los responsables del recinto se ausentan unos minutos. Me quedo solo frente a las pinturas, junto al indio Guaicaipuro sujetando su cabeza tras ser decapitado y me

percato de que todas las puertas del salón están abiertas menos una. Entonces recuerdo las palabras del exministro Raúl Isaías Baduel, que me aseguró que había lugares oficiales de la nación que habían sido utilizados para celebrar ritos santeros.

Decido entrar con el riesgo de recibir una reprimenda de los responsables del Salón y de ser expulsado del Palacio. Me acerco a la puerta y me cercioro de que nadie se encuentre cerca. Me dispongo a abrirla y me preparo para descubrir cualquier sorpresa. Bajo el mango y empujo la puerta lentamente para que las bisagras no hagan ruido. Es una habitación completamente oscura. Doy unos pasos y solo tengo la visión de la luz exterior que entra en el recinto. El espacio está vacío y solo hay una escalera portátil y utensilios de pintura. Nada de rituales tenebrosos ni ofrendas extrañas. Al final, los altares estaban a la vista. La santería ya no supone una vergüenza y no hay nada que ocultar.

Cierro la puerta y Chepín López regresa para proseguir su relato que ya adquiere un cariz más místico que histórico. Cuenta que durante los últimos años, en el salón comenzaron a ocurrir fenómenos sobrenaturales. Una mujer se desmayó cuando vio salir al indio Guaicaipuro, sin cabeza, de la pintura. Otra señora sufrió mareos cuando entraba al salón de Simón Bolívar y comenzó a sufrir una presión que la aplastaba contra el suelo.

Pero uno de los casos que más recuerda es el de un dirigente vecinal del chavismo que quedó paralizado en medio de la visita. No era un hombre susceptible a fenómenos paranormales ni a apariciones. Se trataba de un líder de barrio duro y combativo, un chavista de franela y gorra roja. Durante el recorrido, el hombre rompió en llanto sin ningún motivo aparente. Su rostro había quedado paralizado con la mirada perdida. Había entrado en trance. Después de varios minutos fuera de sí y recuperado de aquella transformación, quiso compartir la experiencia con el resto de visitantes:

–Escuché una voz que me decía que tenía preparada para mí una misión muy importante.

El Salón de la Patria también es un lugar de revelaciones. La puesta en escena ayuda: anclas, velas, flores, espejos, dinero, caramelos. La pintura que representa el futuro de Venezuela está acompañada de las riquezas minerales del país: bauxita, aluminio, acero. También hay monedas de Venezuela y del resto de naciones liberadas por Simón Bolívar. Representan el dinero, la abundancia, un deseo repetido en el mundo de la santería. Cuando me quedo a solas con el guía oficial, no quiere profundizar en el significado de los objetos. Parece avergonzado por la versión sobrenatural de todo lo que allí está expuesto. Pero el creador del recinto, cada vez aporta más detalles. Revela que su fuente de inspiración no es de este mundo.

Cuando ya tenía casi todo el salón a punto, se dio cuenta de que las columnas blancas debían ser utilizadas para contar algún episodio histórico. Empleó meses analizando distintas posibilidades: próceres independentistas, héroes anónimos, presidentes recientes. Pero una tarde en la que se encontraba en la soledad de sus pinturas y acompañado con los grilletes, las rosas, velas y la osamenta animal, López escuchó una voz que retumbó en el salón.

–¿Cuántas hijas tuvo Bolívar? Bolivia fue su predilecta –escuchó el pintor.

Miró todos los rincones del salón, pero no había nadie en el recinto ni en las inmediaciones. No fue una imaginación. En el espacio se escuchó una voz con el timbre y la fuerza de cualquier vivo. López mira a cada una de las columnas y las cuenta: son seis, una para cada país bolivariano: Ecuador, Perú, Panamá, Colombia, Venezuela y Bolivia. No está seguro de quién pudo haber pronunciado esas palabras pero no dudó en que debía obedecer. Y ese mismo día partió hacia su

estudio en el barrio de La Pastora para preparar la obra.

–Esa es la forma en la que te hablan los espíritus. No te dicen pinta esto o aquello. Simplemente te van guiando el camino –explica el artista.

El maestro Chepín ha completado de forma definitiva la obra que representa el futuro del país. A un lado, dibujó a Ezequiel Zamora, el líder campesino que fue una de las inspiraciones ideológicas de Hugo Chávez. Sobre los cielos, plasmó los dos rostros de Comandante Eterno: uno joven mirando hacia la izquierda y otro más maduro con la mirada hacia su derecha.

Al final del recorrido, un libro de visitas recoge las sensaciones de los visitantes. En él, abundan las rúbricas de militares, mensajes místicos, religiosos de altos cargos del gobierno y visitantes cubanos. No parece un lugar concurrido por ciudadanos comunes sino más bien por los grupos selectos. «Gracias a Dios y al Todopoderoso y a nuestros libertadores Simón Bolívar y nuestro Comandante Eterno, Hugo Rafael Chávez Frías, hoy tenemos patria», escribió el teniente José Daniel Pérez Palacios. «Doy gracias a mi Dios por darme la oportunidad de poder observar lo más hermoso que nos han dejado nuestros libertadores y mi comandante supremo y eterno Hugo Rafael Chávez Frías. Tenemos patria, que *nadien* se equivoque», plasmó el teniente Carlos Miguel Álvarez. «En nombre de todos los cubanos que no han tenido la oportunidad y el honor de visitar este sagrado lugar, le agradezco al profesor Chepín», rubricó Gustavo Díaz Sánchez, colaborador deportivo cubano.

El libro demuestra que el Salón de la Patria es un rincón prácticamente desconocido en Miraflores. No hay firmas cada día, sino cinco o seis cada mes. Lo más frecuente es que la sala esté vacía y que solo se abra a grupos concertados o que ya conocen el lugar y acuden allí a buscar paz con los ancestros. Indago en cada hoja del libro de visitas y me encuentro con un mensaje que sobresale entre todos los demás.

«Hoy gracias al Dios Supremo que nos permitió visitar este espacio sagrado un día como hoy que nuestro comandante entregó toda su alma a este pueblo revolucionario, dejándonos el gran legado de tener patria, llena de luz y esperanza para el resto del mundo. Agradecidos como un nuevo equipo dispuesto a dar la lucha por mantener viva la llama eterna de nuestro Comandante Eterno».

El mensaje lo firma Nicolás Maduro Guerra, hijo del presidente Nicolás Maduro que comienza a mostrarse como portavoz del nuevo chavismo y que ha ejercido cargos de responsabilidad como jefe de Inspectores de la Presidencia.

Antes de Maduro, había visitado el recinto la Gran Logia Masónica Lealtad N° 19, los «hermanos cubanos» y los médicos de los programas sociales Barrio Adentro. Pero además de los visitantes pautados, el Salón también organiza actos más secretos a los que el pintor prefiere no dar demasiada publicidad, pero que finalmente termina por desvelar.

–Aquí hacemos sesiones de espiritismo y aunque te lo puedas imaginar, no te puedo decir quiénes han participado en ellas. Hablamos con ellos, y yo sigo sus recomendaciones y los obedezco. Te confesaré algo que no te había dicho antes: además de pintor, también soy espiritista.



Los tambores retumbaban en el acto televisado por el canal del Estado, Venezolana de Televisión, para pedir por la salud del presidente Chávez. Con sus amplias faldas azules y rojas, las mujeres hacían actos de contorsión como si una energía superior se apoderara de sus cuerpos y los retorciera. Una de ellas llevaba unas ramas en la mano que batía con fuerza cada vez que se agachaba y se levantaba. Unas mujeres se dirigen al altar con algo oculto que llevan tapado con una bata blanca. Al llegar, desvelan el secreto: una mujer con corona, completamente vestida y pintada de blanco observa la ceremonia mientras los cánticos retumban en el altar presidido por Simón Bolívar sobre los colores de las banderas de Venezuela y Cuba.

La televisión pública no solo lo promueve sino que lo explica: se trata de una petición de sanación del presidente Chávez a través del baile a Oyá, la deidad favorita de Changó. Era el bilongo al comandante. La locutora de televisión confiesa veladamente los lazos de Chávez y Changó. Se celebró en La Habana con santeros y babalawos allegados a Chávez pero el ritual se repetía por los pueblos y las ciudades de Venezuela. No era novedad ni sorprendía a nadie. Días antes, los chamanes indígenas hacían conjuros en televisión para la sanación del presidente, en un anuncio que se repetía entre programa y programa. Ritos santeros, sesiones de espiritismo, convocatorias de oración con múltiples representantes religiosos. Todo tenía un mismo propósito: pedir a las deidades, a los espíritus, a Dios, la salvación del comandante.

—Fue la última prueba de que era santero porque esos tambores no se los tocan a nadie que no lo sea —explica el babalawo cubano Carlos Valdés.

Al enterarse de la enfermedad de Chávez, los babalawos revolucionarios y chavistas de la barriada popular del 23 de Enero comenzaron a buscar ayuda en África y Brasil con reconocidos expertos en curaciones de este tipo de enfermedades. Algunos de ellos aseguraban tener la fórmula para la curación. El grupo de babalawos revolucionarios se puso en marcha para poner a su disposición los conocimientos milenarios. Mandaron mensajes a través de alcaldes y gobernadores amigos, pero nunca recibieron respuesta. Como recurso desesperado también intentaron comunicarse a través de las redes sociales. Primero por Twitter. Después por Facebook. Pero tampoco obtuvieron contestación.

Desde ese momento, los santeros comenzaron a tener dificultades para contactar con el presidente. También los seguidores de María Lionza y los sanadores que había conocido en sus tiempos de campaña electoral. Cada vez que las comunidades espirituales intentaban comunicarse con Chávez, recibían la misma respuesta: el silencio. Parecía que el presidente había comenzado a transitar otros caminos espirituales.

El padre Numa Molina se había convertido en uno de los sacerdotes de cabecera del presidente cuando le diagnosticaron su enfermedad. También era el favorito de su madre, doña Elena Frías. Fue su amigo, su acompañante espiritual durante los últimos tres años de su vida. Lo conoció en un acto en favor de las misiones, los programas sociales con los que Chávez intentaba atender las urgencias

de la población pobre, especialmente en materia de salud, alimentación y vivienda.

Acudo al despacho de Numa Molina en la iglesia de San Francisco, en Caracas, para conocer la última andadura espiritual de Chávez. El párroco, de trato cordial y amable, me recibe en la parte trasera del templo. Ofrece un jugo de frutas y un vaso de agua. Su asistente sirve las bebidas en una habitación austera pero bien conservada.

Molina, el párroco que nunca ocultó su admiración hacia Chávez, concede elogios al gobierno. Mantiene una postura contraria al resto de la jerarquía de la Iglesia católica y alaba la vocación social del chavismo, algo que le permitió ganarse la confianza del presidente. Molina se siente a gusto con su cercanía al régimen y con la familia Chávez aunque no ocultaba su incomodidad cuando el líder de la revolución atacaba a la jerarquía eclesiástica, a sus compañeros y superiores. El «Nos vemos en el infierno», que Chávez dedicó al difunto cardenal Ignacio Velasco, puso al sacerdote chavista en una difícil tesitura.

Velasco había intentado convencer a Chávez de que renunciara cuando fue encarcelado tras el golpe de Estado frustrado el 11 de abril de 2002. El chavismo está convencido de que la jerarquía católica había jugado un papel fundamental en el movimiento subversivo que finalmente fracasó y que terminó con el regreso triunfal de Chávez, dos días después de su derrocamiento. El episodio abrió definitivamente la brecha entre el chavismo y la cúpula eclesiástica venezolana y se convirtió en un abismo insalvable.

Pero después de todo, Molina supo ser equilibrista y conjugar su condición de eclesiástico con la simpatía por un gobierno que atacaba a la institución. El sacerdote no dudó en apoyar y colaborar con los planes sociales del gobierno y sus halagos fueron sellando una amistad personal con el presidente, que también necesitaba sacerdotes cercanos, sobre todo cuando cayó en desgracia por el tumor que crecía en sus entrañas.

El cáncer lleva el signo de un cangrejo. Y así creció dentro de él. A veces permanecía oculto, como si hubiese desaparecido, pero de repente emergía por sorpresa. Era en esos momentos en los que Chávez necesitaba a Molina.

Después de la segunda quimioterapia que recibió en el hospital Militar de Caracas, el presidente comenzó a buscar en la religión respuestas a una desgracia que no podía obtener con teorías científicas. No al menos las que él esperaba. ¿Por qué un hombre que había entregado la vida a su pueblo, a los pobres, a los desfavorecidos era castigado de aquella manera? ¿Cuál era la razón por la que los designios divinos querían apartarlo del poder? ¿Sería un castigo por todos sus rituales paganos? En esos días, Chávez descuelga el teléfono para hablar con Numa Molina, quien se considera «guía espiritual del presidente» durante la última etapa de su vida.

Las llamadas inesperadas del mandatario siempre causaban el pánico entre sus colaboradores más cercanos, que recibían reclamos y debían rendir cuentas en las horas más intempestivas. Pero cuando Molina escuchaba a Chávez al otro lado del teléfono, le alegraba el día. Lo saludaba de forma cordial, se interesaba por el trabajo del padre Numa y por sus asuntos personales.

Aquel día, después del largo saludo cariñoso de rigor, Chávez desvela la razón de su llamada.

–Padre: recomiéndeme algún pasaje de la Biblia. Quiero leer.

El párroco no dudó en dirigirlo a un episodio en el que siempre vio paralelismos con la situación venezolana. Isaías 2,2-5: el monte de la casa del Señor en la cima de los montes.

Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor». Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor.

La cita bien podría ser un tratado político, una visión cristiana y benévola de lo que representaba Chávez y el chavismo para el país. También podía ser interpretada como una comparación entre la guía de Dios y el liderazgo de Hugo Chávez. «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas». Es la frase que Molina recordaba de forma literal y también puede resumir la política social que Chávez pretendió instaurar en las Fuerzas Armadas: el Ejército debía estar al servicio del pueblo. Por eso, al inicio de su mandato creó el Plan Bolívar 2000, un conjunto de medidas que incluían la llegada de soldados a los barrios más pobres para limpiar alcantarillas o para pavimentar carreteras.

En los momentos más bajos de la enfermedad, Hugo comenzó a orar con asiduidad tanto en privado como en público. Su vocación y su carrera hacían que se acercara a los evangelios con una mirada política.

—Me quedé impresionado cuando interpretaba la Biblia en función de lo que pasaba en América Latina, cómo mostraba la cercanía hacia el pobre. Y yo pensaba: «¡Wow! Eso es la Teoría de la Liberación», pero él seguramente ni sabía que la estaba interpretando de ese modo. Si tienes fe en la Biblia, Dios te va iluminando y lo entiendes todo —explica Molina.

En las noches de desvelo, en la soledad del Palacio, Hugo Chávez comenzaba a dedicar tiempo, entre la firma de documentos, el repaso de los programas de campaña y las llamadas que realizaba a altas horas de la madrugada a sus colaboradores, a leer la Biblia. Molina da fe de la memoria privilegiada de Chávez. Recordaba largos pasajes que le habían llamado la atención. Sabía si se encontraban al principio, en el medio o al final de la página. Entonces comentaba con sus amigos: «El pasaje ese que está en las últimas páginas en el centro de la página».

La extraordinaria memoria de Hugo Chávez es una de las cualidades que todos alaban, incluso quienes lo adversaron. Es una de las principales virtudes que recuerdan su amante y compañera de conspiración, Herma Marksman, el colaborador de su primera campaña electoral, Nedo Paniz, y la amiga que le dio refugio en su casa, Elisabeth Sánchez. La condición también es destacada por Maripili Hernández, una de sus más íntimas amigas. Hernández, hija de canarios, fue una de las mujeres más cercanas al mandatario, ministra y colaboradora hasta el momento de su muerte.

El día que lo conoció, antes de alcanzar la Presidencia, fue citada a una reunión prevista para un par de horas, durante el desayuno, pero el encuentro se convirtió en almuerzo, merienda y cena. La conexión entre ambos fue evidente. Teóloga de formación y periodista, Hernández ocupó la Presidencia del canal del Estado, Venezolana de Televisión, y fue ministra de la Juventud. Durante su último año de vida, Chávez se comunicaba con cierta frecuencia con Hernández para consultarle asuntos religiosos.

—Una vez me llamó para que le explicara cosas sobre el libro de Job, uno de los 73 libros de la

Biblia. Alguien se lo había recomendado, pero no sé quién. Me preguntó de qué trataba y le dije que contaba sobre las dificultades y pruebas de la vida. La enseñanza que deja es que a pesar de todo, siempre se debe mantener la fe en Dios –cuenta Maripili Hernández en entrevista telefónica.

Su cercana colaboradora está convencida de que el presidente siempre mantuvo la esperanza de salvarse. A pesar de las confidencias, de los debates políticos, de las reflexiones religiosas, Chávez nunca le confesó su temor a la muerte. Pero la ayudante podía oler el miedo en sus discursos y la angustia en sus alocuciones.

–No creo que se tratara de un miedo a su muerte física, sino al fin del proyecto. Su Plan de la Patria fue concebido para veinticinco años. Los resultados no son inmediatos y él tenía el profundo temor de que su muerte paralizara todo ese proyecto.

La Biblia siempre había estado en las mesillas de noche de Hugo Chávez en los momentos de dificultades. Cuando fue apresado por su golpe de Estado fallido en 1992, se sumergía en las enseñanzas de Pablo, Isaías y los Corintios, lo que no impedía que participara en otro tipo de rituales como el espiritismo o la *ouija*. Mario Moronta, uno de los arzobispos más cercanos a Chávez, asegura que guardaba creencias populares algo contaminadas de «elementos impuros».

–Tenía una religiosidad propia del Llano con parte de formación y también de ignorancia. Una vez me preguntó qué era un escapulario, qué significaba. Le dije que venía de los monjes dominicos carmelitas. Es una cinta que se utilizaba de coraza a modo de protección del soldado y que cargaban los fieles que no eran curas ni monjas. Desde ese momento, comenzó a regalar escapularios a su familia y amigos. A quien quería de verdad le regalaba uno –rememora Moronta.

Los escapularios de Chávez se convirtieron rápidamente en objeto de deseo, en un talismán invaluable. Después de que entregó uno a la Virgen de Coromoto, en Guanare, un año antes de morir, los fieles comenzaron a preguntar en la basílica dónde estaba el escapulario de Chávez. Por los pueblos del estado Portuguesa se comentaba que era de oro y los vecinos de Guanare decían que tenía diamantes.

Pero los colaboradores de la Iglesia se dieron cuenta de que se trataba de un escapulario vulgar, sin ningún valor diferente al simbólico. Y decidieron retirar el objeto para evitar que la Virgen pudiera sufrir algún daño si alguien decidía arrebatárselo. El regalo presidencial fue retirado del pecho de la Virgen y su paradero es un misterio. Nadie sabe adónde fue a parar. Hugo Chávez se había convertido, él mismo, en un fenómeno religioso.

Pero el fenómeno no se produjo por la cercanía con la muerte. En 1998, Agustín Blanco Muñoz, periodista e historiador venezolano que escribió el primer libro sobre Chávez, *Habla el comandante*, lo siguió durante su primera campaña electoral. El profesor, referente de la izquierda venezolana, forjó una relación con el candidato y entabló una buena amistad. Blanco Muñoz fue espectador de los baños de masas del aspirante presidencial y vio con inquietud el fervor que despertaba Chávez entre la multitud.

–Las mujeres empujaban, querían hablar con él, besarlo y mi sorpresa fue mayúscula al ver las señoras mayores que lo tocaban y se persignaban –recuerda Blanco Muñoz.

En ese momento, nacía también una esperanza, una fe colectiva en la población más desfavorecida. Chávez no solo era un candidato, sino también un salvador. A su paso entre la muchedumbre era alcanzado y besado como un Cristo en procesión en Semana Santa. Al finalizar el acto, el periodista, que no había visto un fenómeno similar con otros aspirantes, lo aborda con preocupación.

–Hugo, ¿te has dado cuenta de que esto se está convirtiendo en un fenómeno mágico-religioso? ¿Qué vas a hacer tú para frenarlo? –preguntó Blanco Muñoz–. No recuerdo sus palabras exactas pero me hizo saber que él no se oponía a eso, que era la realidad social del país y que debía aprovecharla durante su campaña.

El candidato estaba dispuesto a utilizar no solo las emociones religiosas sino también los sentimientos de todo tipo. Meses antes de pisar el Campo de Carabobo, Hugo hace un viaje a Colombia. Uno de los lugares de obligatoria visita era la casa de Simón Bolívar en Bogotá, donde el Libertador había vivido con su amante y compañera de batalla, Manuelita Sáenz. Es una casa colonial con jardines interiores y fuentes. Un día antes de la visita, Chávez ordena a su colaborador, Nedo Paniz, comprar un cofre de plata. «De esos pequeñitos donde se meten dijes», detalló.

Antes de iniciar el recorrido, Chávez se ausentó unos minutos. Luego fue atendido con la cortesía y el protocolo que merecía una personalidad relevante y que con seguridad se convertiría en presidente del país vecino. Al final del recorrido, y sin que nadie se lo solicitara, Chávez comenzó a improvisar un discurso. Habló de la gesta de Bolívar, hizo un repaso histórico de las batallas de la independencia y al final, sorprendió a todos los presentes.

–Les agradeció a todos su cortesía. Y sacó de su bolsillo el cofre de plata que había comprado yo el día anterior. Dijo que dentro contenía tierra del Campo de Carabobo, donde Bolívar derrotó finalmente al Ejército español. No sé de dónde sacó la tierra si del patio o de un jardín vecino, pero seguro no era del campo. Ese era Hugo Chávez –explica Paniz.

En ese momento, su cercano colaborador tuvo la certeza de que aquel hombre, hábil manipulador de los sentimientos y de las emociones históricas, sería presidente de Venezuela.

De campaña por los cielos

Cuando se quedaba solo frente al altar, Hugo Chávez no solía reposar sus rodillas sobre el suelo ni sobre los reclinatorios de las bancas de las iglesias. Tampoco agachaba la cabeza frente a Jesucristo ni se daba golpes de pecho como muestra de arrepentimiento. Su relación con Dios fue muy diferente. El presidente no necesitaba elevar sus plegarias porque sentía a Cristo como a un ser cercano. Si él había recibido ese don innato de liderar los pueblos de su país y de guiar las naciones latinoamericanas, era porque Dios lo consideraba excepcional, y por eso había sido señalado para marcar el futuro de millones de personas. No era un vulgar soldado en los ejércitos de los cielos.

Cuando Hugo, el hombre, el mortal ante los ojos de Dios, se quedaba solo en la inmensidad de una iglesia, llamaba a Jesucristo para contarle sus proyectos políticos y le pedía colaboración para hacer realidad sus planes como si fuese un funcionario, un burócrata de un ministerio popular.

El sacerdote Numa Molina, que trabajó con los jesuitas en El Salvador y que está convencido de que Jesús era socialista, conoció de primera mano las oraciones de Chávez.

—Él se dirigía al altar y decía: «Mira, Cristo, estoy ahora haciendo un proyecto para darle casa a la gente de tal zona. Tienes que ayudarme con eso. Necesitamos que eso se dé rápido, sin demoras» — explica Molina.

El trato de Chávez con Jesucristo se había convertido en una relación de amigos. El mandatario se permitía tutearlo. Así como él había trabajado para tener la imagen de un presidente cercano, quería tener a su lado un Dios cercano, de los que escuchan siempre y cumplen peticiones de forma rápida, sin intermediarios. No parecía demasiado preocupado por alcanzar paz espiritual, sino que imploraba más vida. Pero no para él sino para su proyecto político.

Con el tumor reproduciéndose dentro de su cuerpo, al presidente invencible, al Comandante Eterno, no se le volvió a relacionar con las prácticas paganas, los rituales santeros, los sacrificios y los despojos. Regresó a la herencia de su tierna infancia, a los tiempos que fue monaguillo y en los que se rezaba todos los días en su casa. Su madre, doña Elena, era presidenta de la legión de María. En esos días Chávez también rescató de su memoria los momentos en los que su querida abuela Rosa Inés encomendaba el resguardo de su casa a la Virgen para que la protegiera de la mala gente y de los ladrones. «Gracias por cuidarme la casa, Virgen de la Soledad», decía cada vez que regresaba y su humilde vivienda estaba tal como la había dejado.

En 2010, un año antes de que Fidel Castro, su admirado revolucionario de Granma, de Sierra Maestra y del Cuartel Moncada, le diera en persona la noticia de que su cuerpo alojaba un tumor cancerígeno, Hugo Chávez visitó por primera vez La Grita, un pequeño pueblo en los Andes venezolanos, cerca de la frontera con Colombia, que se había convertido en punto de peregrinación.

El automóvil presidencial, fuertemente escoltado, sufrió los embates de una vía descuidada y de un camino que discurre de forma irregular por el borde de las montañas casi siempre cubiertas de niebla y nubes. La humedad crea musgo hasta en los tendidos eléctricos y, a diferencia de otras zonas del

país, las colinas y las montañas no están repletas de viviendas precarias apiladas, de color ladrillo. Las casas humildes tienen un aspecto más amable, menos agresivo, a menudo rodeadas de verde, llenas de plantaciones y casi siempre pintadas con colores diferentes.

Los andinos son distintos al resto de venezolanos y marcan de forma diferente el lugar en la carretera donde mueren sus familiares. No hay cruces simples ni ramos de flores marchitas. Erigen casas e iglesias en miniatura, pintadas de colores pasteles, discretos, como el carácter de sus habitantes. Es su forma peculiar de recordar la fatalidad de un viaje, la muerte inesperada en una carretera mal iluminada o con huecos.

Los Andes, la región más fría del país, también ha sido la más adversa del gobierno de Hugo Chávez y del chavismo. Tradicionalmente más conservadora y católica, la sociedad tachireña cultivó el mito del Santo Cristo de La Grita, una talla que no cuenta con una característica ni distinción particular pero que ha promovido un culto popular de primer orden.

El tiempo pasa sobre La Grita pero no deja huellas ni acontecimientos destacados. El pueblo siempre es el mismo, con las tiendas repletas de objetos religiosos, cruces, vírgenes y santos alrededor de la iglesia y con los vendedores ambulantes con figuras de Jesucristo, el libertador Simón Bolívar y Hugo Chávez triunfantes y airoso, juntos y por separado en cuadros, telas, llaveros y gorras. Cada seis de agosto el pueblo protagoniza un concurrido acontecimiento cuando sus calles y plazas colapsan por la llegada masiva de peregrinos de todas partes del país y también de Colombia.

Pero el día que Chávez visitó por primera vez la localidad, los habitantes se comportaron como si se celebrara el día del Santo Cristo. Llegó gente de los pueblos vecinos, de los caseríos y hasta de los Llanos, a cientos de kilómetros. Las mujeres buscaron lugar desde primera hora en la puerta principal de la iglesia, donde Chávez entraría para visitar el Santo Cristo. Los niños habían subido a las rejas de la estatua de Bolívar para poder tener una visión cercana del comandante y los jóvenes y soldados se sentaron en el techo del cuartel militar.

La llegada de Chávez conmocionó a una localidad sin demasiados acontecimientos ni novedades. En el ala izquierda del templo estaba, entre rejas, el Santo Cristo de La Grita. Las autoridades eclesiásticas bajaron al santo para que Chávez lo tuviera en sus manos. Allí, el párroco pidió un lugar más digno para el Cristo, que estaba arrinconado. Chávez consultó a Monseñor Mario Moronta sobre la propuesta y, tras su visto bueno, ordenó la puesta en marcha de un santuario ubicado en las afueras de la población.

Pero el Comandante Eterno también había sido sorprendido. El párroco de Pueblo Hondo lo invitó a entrar a la iglesia. Una vez adentro, Chávez se encontró con mujeres necesitadas, madres solteras sin casa, familias sin vivienda, jóvenes que pedían trabajo. Era una encerrona en toda regla. El párroco había engañado al presidente para interceder por los pobres de su localidad. Estaba convencido de que un contacto con Chávez podía cambiar la vida de ellos.

Lejos de mostrarse incomodado, el presidente ordenó a sus ayudantes a tomar nota de los nombres, de los teléfonos y de las necesidades de cada uno de los presentes. El comandante quedó paralizado por el desparpajo y la astucia del párroco, hábil y, hasta cierto punto, manipulador. Supo ver en él no solo un liderazgo religioso sino también social que ejercía como defensor de la comunidad. Seguramente encontró parecidos entre ambos.

El cura explicó los problemas de cada uno de los necesitados, de memoria, sin guiones ni recordatorios, como solía trabajar Chávez. El párroco señalaba, dirigía, se hizo dueño de la

situación. Entonces el presidente no dudó en llamarlo a una conversación privada, cerca de la Virgen, alejados del resto de los presentes. El cura tal vez esperaba una amonestación, un regaño privado por haber guiado al presidente a una situación incómoda.

–Padre, nosotros nos comprometemos a estudiar esta noche cada caso. De verdad me preocupa la situación de todas estas familias. Pero también quería hablar con usted en confianza. Dígame, ¿usted qué necesita? –preguntó Chávez.

El cura no esperaba una reacción de ese tipo. No buscaba protagonismo, tan solo la solución de los pobladores más urgidos y necesitados. Tampoco se había planteado la posibilidad de hacer una solicitud personal al propio presidente, pero el párroco también tenía sus urgencias.

–A mí me gustaría tener algún vehículo para moverme porque necesito más autonomía. No solo soy el sacerdote de Pueblo Hondo, sino también de otras localidades.

Los milagros presidenciales también podrían ocurrir, aunque en el fondo, el sacerdote tenía ciertas reservas sobre los resultados de aquella reunión. Quince días después, recibió con sorpresa la llamada de los colaboradores del presidente: le enviarían un vehículo nuevo para sus desplazamientos en las zonas en las que trabajaba. Chávez había cumplido sus compromisos privados. Sabía que era algo que debía hacer para no perder la confianza de los suyos.

Pero la promesa al pueblo, el nuevo templo para el Santo Cristo, había quedado en los despachos ministeriales. La obra cayó en el olvido burocrático hasta que el presidente regresó un año después al santuario. Lo decidió cuando estaba en La Habana durante la primera intervención quirúrgica y en la primera fase de su tratamiento.

El 8 de junio de 2011, Chávez había corrido al baño a llorar. En la soledad del sanitario del hospital, donde nadie lo veía ni escuchaba, el Comandante Eterno se desahogó entre los inodoros, los lavamanos y el papel higiénico. Era un hombre derrumbado, hundido.

Pero en octubre del 2011, Fidel Castro, el mismo que le anunció la detección del cáncer, sería el encargado de darle otra noticia mucho más esperanzadora: después de los primeros tratamientos y de la intervención quirúrgica, no se había detectado ni una sola célula maligna. Lo habían ratificado todas las pruebas finales después de su primera operación del 20 de junio de 2011. Fue sometido a una resonancia magnética que duró varias horas y una tomografía axial computarizada, de un tomógrafo de 120 cortes, que analizó con contrastes todos los órganos.

Ambos exámenes permitieron verificar científicamente que el cuerpo del comandante-presidente estaba limpio. Se hicieron pruebas exhaustivas en el cerebro, los bronquios, los pulmones, la vejiga, el intestino, el sistema digestivo y el respiratorio y en la zona pélvica, donde se había alojado el primer tumor. También se practicaron exámenes de hematología y otros complementarios.

Entre pruebas, entre tomografías y análisis de sangre, el presidente decidió que si salía con vida de aquel trance, el primer lugar que visitaría al regresar a Venezuela sería el Santo Cristo de La Grita. El nuevo templo para el santo, que había quedado olvidado entre carpetas y papeles, se convirtió nuevamente en prioridad nacional.

Su equipo cercano había ordenado acondicionar la carretera, preparar el aeropuerto y acelerar las obras del nuevo santuario, con una estructura blanca metálica abovedada. Se debía construir en una explanada en la entrada al pueblo. El espacio parecía suficiente para albergar a los 80.000 visitantes que cada seis de agosto acuden a La Grita.

El Gobierno también colgó carteles y pancartas de agradecimiento al Santo Cristo. Los rostros de Chávez y de Cristo parecían recordar, no a los fieles, sino a los ángeles y a los santos, que el presidente trabajaba para dar a Jesucristo un lugar más digno. Estaba de campaña por los cielos, convenciendo de sus bondades, su lealtad y buenas intenciones. Era lo último que le quedaba por probar. Si sus métodos habían funcionado en la Tierra ¿por qué no lo harían en el firmamento?

Se había encomendado a Jesús, al Dios de sus padres, diría Simón Bolívar; al manto de la Virgen, diría su madre Elena; y a los espíritus de la sabana, diría Florentino Coronado, el llanero que ganó cantando al Diablo. Pero en su segunda visita, un aire enrarecido había quedado suspendido sobre La Grita. La iglesia ya no estaba llena de feligreses, sino de militares. Una densa capa de uniformes verdes se había apoderado del templo y el mitin electoral se había transformado en una plegaria urgente.

El comandante había decretado su salida del abismo, de aquella cueva sin luz y sin estrellas en la que había quedado sumido desde que Fidel le anunciara que convivía con un cáncer. Sentía que subía por otro camino empinado pero podía ver el amanecer y el final de aquel episodio amargo. «¡Gracias, Dios mío!», gritó en La Grita, enclavada entre las verdes montañas.

Al salir del templo, el pueblo clamó por escuchar las palabras del presidente. Deseaban como siempre su verbo espontáneo, su trato cercano, su espectáculo improvisado. Allí estaban los mismos vendedores ambulantes que lo habían visto por primera vez un año antes. Ese día vendieron más Santos Cristos que en la primera ocasión. También más pulseras de santería. Así es el comercio informal: siempre está presto a vender imágenes religiosas o paganas, banderas chavistas u opositoras, imágenes de Cristo o de Changó.

Mientras Chávez explicaba su devoción por el Santo Cristo de La Grita, uno de los vendedores ambulantes se preguntaba por qué el presidente había elegido aquel crucifijo sin mayores rasgos distintivos. Tal vez andaluz, tal vez sevillano, los habitantes y los curas del pueblo todavía explican que fue tallado por el propio Jesucristo una noche en la que su escultor lo dejó a medio hacer. Pero entre tanto Cristo con milagros atribuidos, ¿por qué Chávez había elegido aquél? En medio del discurso, el mismo presidente respondió las dudas, como si las hubiese escuchado entre la multitud.

Por allí había pasado Simón Bolívar doscientos años antes en el inicio de su Campaña Admirable, el recorrido militar con el que el Libertador barrió gran parte del ejército español. Antes de comenzar su ofensiva triunfal, declaró que solo se rendía ante aquel Cristo, pidió la victoria para la misión que tenía por delante y el santo le cumplió. El Libertador culminó la campaña militar más elogiada de la gesta independentista. Doscientos años después, había llegado su turno. De nuevo, un prócer revolucionario se rendía ante él. Pedía un triunfo diferente. Ya se había impuesto en gestas heroicas, había vencido a una dura oposición y había triunfado en todas las elecciones a las que se había presentado salvo en una. Pero llegó el momento crucial, como cuando doscientos años antes Simón Bolívar emprendió aquella campaña liberadora. Necesitaba también la ayuda divina. Aquel Cristo tampoco podía fallarle en su batalla contra la muerte.

La última celebración de Reyes

Había empezado el 2012 con fuertes rumores de que la enfermedad de Chávez era, en realidad, una macabra estrategia electoral para catapultar, a través de la lástima, la figura del presidente. Entraba en campaña para su tercer mandato. Algunos adversarios políticos pensaban que el comandante era capaz de cualquier cosa con tal de mantener sus altos niveles de popularidad. Los viajes a los hospitales de Cuba, las ausencias, su rostro hinchado y sin cabello podían ser tan solo una estrategia bien planificada para arrastrar más simpatías hacia el candidato.

En la capital espiritual de Venezuela el rumor también estaba extendido. Guanare, capital de Portuguesa, uno de los estados más chavistas del país, dudaba de la enfermedad del presidente. El párroco Pablo Gregorio Aguilar, encargado de bendecir todas las obras que inauguraba el gobernador, el oficialista Wilmar Castro, escuchaba las suspicacias incluso entre los simpatizantes del chavismo.

Aguilar solía acudir a los actos oficiales donde se oraba por la salud de Chávez. Él también guardaba sus dudas. Al escuchar las versiones de que el cabello de Chávez no se había caído sino que estaba siendo afeitado, crecían las incertidumbres. Pero igualmente rezaba por su salud, en caso de que estuviera enfermo.

Pese al tumor diagnosticado en Cuba hacía pocos meses, Chávez volvía a estar en campaña, pero en esta ocasión el escenario había cambiado. Su gira había comenzado por las iglesias. Debía visitar los santuarios para congraciarse con el Dios de su familia, el Jesucristo de sus años de monaguillo y la Virgen del Carmen de quien siempre fue devoto, según explica su sacerdote de cabecera, Numa Molina. Pero los templos elegidos para sus primeros días de campaña electoral no solo debían tener un significado religioso sino también histórico, político, revolucionario.

Decidió entonces visitar el lugar en que se apareció la primera virgen venezolana. El templo de Coromoto fue levantado donde, según la tradición, la Virgen se materializó ante el cacique Coromoto para pedirle que promoviera el bautismo entre la tribu. Es otro de los grandes lugares de peregrinación del país y Chávez había anunciado su presencia inminente para finales de 2011.

Pero la visita presidencial se había retrasado y la expectativa ante su llegada se diluyó con el silencio y el paso de los meses. Casi todos habían olvidado el acto cuando el cinco de enero, el padre Pablo Gregorio Aguilar recibe una llamada de la Casa Militar para informarle que el máximo líder asistiría a Guanare el día siguiente, el 6 de enero, día de Reyes y cumpleaños del padre de Hugo Chávez, Hugo de los Reyes Chávez.

Casi dos años después de la celebración, acudo a Guanare a conversar con el padre Pablo en medio de un operativo militar extendido por todo el país. A los pocos días de ganar las elecciones, Nicolás Maduro decreta el plan Patria Segura. Hay alcabalas improvisadas en las principales carreteras. Un viaje de cuatro horas suponía el control de, al menos, cuatro alcabalas. Eran soldados que detenían y revisaban los vehículos al azar. A mi llegada a Guanare, uno de los militares ordena la detención del taxi donde viajaba. Un oficial de Tránsito Terrestre, de unos cincuenta años, se

inclina para asomar su cabeza dentro del vehículo. A diferencia de la conducta ruda que se espera de los funcionarios de seguridad, el hombre sonrío amablemente y comienza su discurso aprendido.

–Buenos días, ciudadanos. ¿Cómo están pasando el día? ¿Qué tal va el viaje? Yo no los he detenido para ponerles una multa ni nada de eso. Yo los he detenido para presentarles este disco que se titula «Una esperanza viva». Es una producción aniversario del Cuerpo Técnico de Vigilancia de Tránsito y Transporte Terrestre. El que canta soy yo, Marcos Viloría, y por el módico monto de 50 bolívares, pueden llevárselo a casa –explica el oficial mientras muestra la carátula del disco hecha con una impresora casera.

En el disco aparece Viloría, con el uniforme de Tránsito Terrestre, mirando hacia el ocaso, con vista firme, decidida. Al lado de su foto está impreso el salmo 37 y en la parte inferior, el sello oficial del Cuerpo Técnico de Vigilancia del Tránsito Terrestre. «No te impacientes a causa de los malignos ni tengas envidia de los que hacen iniquidad porque, como la hierba (sic) verde, se secarán. Confía en Jehová y haz el bien...». Viloría deja su teléfono móvil impreso en el disco. Parece que también se promociona como artista y como orador.

El taxista no sabe qué decir. En el fondo teme que una negativa a adquirir el disco del oficial pueda terminar en una multa. Un conductor en Venezuela normalmente viaja en condiciones proclives a ser multado. Pero tampoco parece dispuesto a pagar 50 bolívares, el equivalente en ese entonces a unas bebidas o a un desayuno básico. Accedo a comprarlo porque necesito alguna prueba que acredite el episodio. De otra manera, la anécdota podría parecer inverosímil. Son diez canciones con títulos que incluyen «Matrimonio» y «Si no tienes a Cristo». Con la compra, también adquiero el derecho a entrevistar brevemente al artista evangélico y guardia de tránsito.

–¿Hay mucho evangélico en Tránsito Terrestre?

–Usted ni se imagina, doctor.

–¿Y entre los militares?

–Uuuuuy, más aún.

–¿Y en el Gobierno?

–También doctor, estamos en todas partes, como Cristo. Tenemos más influencia que nunca. Muy buenas tardes. Muchas gracias y feliz viaje.

Introduce el billete en el bolsillo mientras el taxi continúa su camino. Le sigo los movimientos a través del espejo retrovisor y constato que prosigue su tarea, selecciona otro vehículo y lo detiene. El taxista, que había permanecido en absoluto silencio durante más de dos horas de viaje, se atreve a emitir opinión. «Ahí se queda, martillando a otro». Martillar, una expresión en desuso, describe al acto de supervivencia del funcionario público, siempre proclive al soborno, buscando un sobresueldo para completar sus paupérrimos ingresos oficiales.

El camino prosigue con enormes vírgenes en las redomas de las carreteras. Entre virgen y virgen, yace en el asfalto algún perro muerto. Cada uno en diferente estado de descomposición, con sus cuerpos abiertos como recordando las entrañas de una sociedad que prefiere mirar a otro lado para no lidiar ni con la muerte ni con la descomposición.

Al llegar a Guanare, un cartel advierte de la importancia de la ciudad. «Capital espiritual de Venezuela». Los taxis, los restaurantes y hasta las compañías de seguros llevan nombres de vírgenes y santos. El despacho del padre Pablo se encuentra en una calle en la que no se puede distinguir si

forma parte del centro o de las afueras. El desorden urbanístico de Guanare confunde a los visitantes. Espero, bajo el sol inclemente, al sacerdote que tarda unos minutos más de lo previsto. Llegar tarde también es una norma en Venezuela y siempre hay excusas reales para justificarlo: tráfico inmóvil, servicio eléctrico interrumpido, una inundación.

Delgado y de carácter sereno, el párroco llega ajetreado. La gente en el Llano suele caminar despacio, de forma apaciguada, como si el calor los adormeciera, pero el párroco se mueve de forma ágil, con energía. Recibe sus visitas en una modesta casa en Guanare.

Da la impresión de que tiene mucho trabajo, que los fieles y los necesitados no le dan descanso. El joven párroco usa la sotana incluso bajo el sol inclemente del Llano. En su despacho humilde, hace algo de espacio en el escritorio para facilitar la entrevista. No muestra excesivas simpatías hacia el chavismo, pero tampoco hacia la oposición y no parece demasiado enterado del acontecer político venezolano aunque siempre había aceptado las invitaciones para bendecir y santificar la obra de Gobierno.

Al conocer que debía encargarse de la misa de Chávez, no pudo contener sus nervios. Le preguntaron sus datos personales: cédula de identidad, dirección, lugar de nacimiento y también los detalles de lo que iba a decir en la misa. «No fue por censura sino simplemente por protocolo», aclara. Era el acto más importante de su vida. Chávez quería pedir a la Virgen de Coromoto los favores para no recaer en la enfermedad. Era necesario cerciorarse de obtener la bendición de los cielos y, tal vez, la visita al Santo Cristo de La Grita no había sido suficiente.

Tres meses antes de conocerse la enfermedad de Chávez, el templo de la Virgen de Coromoto fue sometido a obras de mejora y mantenimiento. Había sido inaugurado en 1996 durante la visita del papa Juan Pablo II en un acto al que acudieron medio millón de fieles, pero poco quedaba del esplendor de hacía quince años. El recinto sufría problemas de humedad, se inundaba cuando llovía y los devotos solían ser víctimas de robos en una inmensa infraestructura con poca afluencia.

Pablo Gregorio Aguilar, entonces párroco de la basílica, pidió al Gobierno la mejora de los jardines, la reparación de las filtraciones y la solución definitiva a los problemas de seguridad. El chavismo se comprometió a ejecutar las obras y, tras la detección de la enfermedad presidencial, el propio comandante hizo saber que él mismo quería comprobar el avance de los trabajos.

Aunque no hubo mucho tiempo para anunciar su llegada, poco antes del amanecer, las riadas de campesinos comenzaban a llegar al santuario. No se hicieron anuncios por prensa ni por televisión, pero los seguidores acudieron en masa. Querían ver de cerca al presidente. Con suerte, podrían tocarlo o entregarle una carta con su petición. Al entrar en el altar, el padre Aguilar se encuentra con la madre de Hugo Chávez, doña Elena, completamente derrumbada y vencida por el llanto. Había llegado muy temprano con su hijo Adán. Se dirigió al párroco con una súplica y envuelta en lágrimas.

—Rece por mi hijo, por favor. Pídale a Dios que se cure, que me lo sane.

En ese momento, el padre Pablo entendió que el rumor era falso, que realmente el presidente estaba luchando contra el cáncer y posiblemente su situación era mucho peor a la que había anunciado tres meses atrás ante el Santo Cristo de La Grita.

En las inmediaciones del templo, llegaban autobuses facilitados por los alcaldes chavistas y por la Gobernación. También se acercaron las comunas, los espontáneos y voluntarios que deseaban ver,

quizá por última vez, al presidente más cercano y amigo que recordaban. Quienes llegaron después de las ocho de la mañana, tuvieron dificultades para entrar a la explanada. Sabían que acercarse al templo sería imposible. Se esperaban 15.000 personas y asistieron 30.000, según las autoridades locales.

Chávez se presentó con una caravana de vehículos. Iba de pie en un automóvil descapotable. Saludaba, lanzaba besos y giraba sus brazos sobre su pecho como si abrazara a alguien sin volumen. Al final, se abrazaba él mismo y sus manos llegaban a acariciar su espalda.

Como un huracán, su paso hacía estremecer a todos. Al bajar del vehículo comenzaron los saludos, besos, abrazos y sus preguntas que hacían sentir a la gente importante. Era una marea de rostros. Unos se intentaban superponer a los otros. Los cuellos se estiraban, las puntas de los pies se alzaban para buscar una posición privilegiada que pudiera contribuir con el propósito del día: entregarle al comandante supremo una carta de peticiones: trabajo, ideas, proyectos para la comunidad, ayudas para los más desfavorecidos. Todos buscaban la oportunidad para, en el momento en que pasara junto a ellos, poder extender la mano y dejar su carta.

—¿De dónde vienen? Por ahí estuve yo de niño, bañándome en esos ríos y lanzándome desde los árboles.

Quiso abrazar a una bebé en pañales que alzó en brazos para el júbilo de todos los presentes. Las mujeres comenzaron a llorar, los equipos de emergencia tuvieron que retirar a una que se desmayó luego de que Hugo la tocó. De repente, comenzó a correr y se vio una estampida que lo perseguía. Algunos intentaban desearle una rápida recuperación, otros solo pretendían darle cartas con sus peticiones. Las caras se repetían y competían por recibir una mano extendida, un saludo o tan solo una conexión visual. Anhelaban que el Comandante Supremo reparara en ellos aunque fuera de forma fugaz. Querían que su mirada se resbalara sobre sus rostros para tener la certeza de que al menos, en una fracción de segundos, se había percatado de que ellos existían, que estaban allí y que su mirada llenaba de significado sus vidas.

Todos sabían que tenía una memoria privilegiada. Si conseguían hacerle una petición, se acordaría y no descansaría hasta tener aquel problema resuelto, porque nadie dudaba de que solo una mirada podía significar la diferencia entre tener una nueva casa o continuar viviendo en la miseria.

Pero el presidente comenzó a correr sin rumbo fijo, como una fiera recién liberada de su jaula. Después de tantos meses encerrado en un hospital de La Habana, necesitaba el contacto con la gente, sentirse nuevamente querido, idolatrado.

—Realmente había una energía especial. Se sentía en el ambiente. Vi como un mar de gente se le vino encima y entonces el equipo de seguridad tuvo que meterlo rápidamente en el templo.

Aquel cuerpo con esa fuerza indomable no parecía estar enfermo. Apartaba al círculo de seguridad que lo separaba de la muchedumbre. Sus guardaespaldas ya estaban entrenados para improvisar en función de los deseos del mandatario.

Cuando entró, abrazó al padre Pablo con gran efusividad, tanta que parecía que el débil cuerpo del párroco parecía peligrar.

—Venga para acá, padre, y deme un abrazo.

El sacerdote comenzó la jornada con una oración por la familia en homenaje a Juan Pablo II y continuó con una petición para la mejora de la salud de la presidenta Argentina, Cristina Fernández, y

con la oración por Venezuela. Apenas terminó el ritual, Chávez subió al altar para entregar el escapulario a la Virgen. Tras un minuto de oración llamó a su hermano Adán, al gobernador de Portuguesa y a altos cargos militares.

–Aquí está Henry Rangel Silva, hombre humilde y luchador por el pueblo. Hoy hago pública su designación como nuevo ministro de la Defensa de la República aquí en este templo sagrado delante de la Virgen de Coromoto. Y aprovechando que está aquí, pedirle a la Virgen de Coromoto que lo ayude en esta tarea tan difícil como dirigir a nuestras Fuerzas Armadas, nuestros soldados.

Chávez improvisó una vez más su propia misa. Habló de lo que era para él la esencia del cristianismo y volvió a opacar a los párrocos y a todos los predicadores que se encontraban en el templo.

–Si Dios se hizo hombre es porque coloca al humano en primer lugar, como ser supremo. El proyecto de Dios es lo humano, la igualdad de los pueblos, la paz de los pueblos.

Mientras daba su discurso, las puertas del templo comenzaban a ser golpeadas por la muchedumbre que no había podido entrar. Una gran marea empujaba con la intención de abrir las puertas. El sonido de los golpes en los portones subía por la estructura de cemento para retumbar en la cúpula y regresar a la planta de forma distorsionada:

–Cháaavezzz, Cháaavezzz.

Los golpes sonaban como tambores lejanos que se tocaban desde la otra punta de la llanura. Las bisagras de hierro macizo fueron dobladas y estuvieron a punto de ceder. A su salida del templo, Chávez confesó que acudió junto a la Virgen para darle gracias por su recuperación, pero en su momento de oración quiso hacer otra promesa frente a la «Virgen india, la Virgen criolla».

–Luchar sin descanso, tratar de ser cada día mejor para dirigir los rumbos de Venezuela hacia la grandeza de la patria. Que Dios los bendiga. Gracias, padre Pablo, écheme la bendición.

El párroco recuerda el episodio como uno de los momentos más emocionantes de su vida. Y por ello es recordado hoy adonde va. No lo reconocen como el padre que estuvo en la basílica de Coromoto sino como el párroco que recibió a Chávez.

Al final del acto, el presidente preguntó a Aguilar su opinión sobre la construcción de un hotel en la zona, a lo que el sacerdote asintió. Chávez también deseaba un lugar más digno para la Virgen de Coromoto y ordenó inyectar recursos para adecentar el lugar. Pero el párroco no quiso desaprovechar la oportunidad para hablar de sus problemas personales. Le dijo que tenía una paga pendiente de su anterior trabajo como sacerdote que no podía cobrar por trabas administrativas. Chávez prometió solucionar el asunto y a las pocas semanas, el cura comenzó a recibir sus pagos. La historia se repetía con los párrocos. No dejaba una sola promesa sin cumplir, un solo favor sin conceder.

El presidente había dejado en él una imagen de fortaleza y de desprendimiento. Pero su impresión mayúscula aún estaba por llegar. Varias semanas después de su visita, el padre Pablo veía por televisión el programa Aló Presidente cuando Chávez menciona su visita a Guanare.

–Por allí estuve, en el santuario de la Virgen de Coromoto. Nos atendió el padre Pablo. Un saludo afectuoso para el padre Pablo.

Aquella mención, aquel recuerdo televisado hizo sentir al párroco como un fan tocado por los labios de su artista. Y el saludo hizo a Chávez más grande ante los ojos del sacerdote.

–Se acordaba de la gente, no solo en ese momento, sino también después. ¡Eso era lo que lo hacía realmente especial!

Después de la visita de Chávez al santuario, se construyó una estatua del indio Coromoto arrodillado ante la majestuosidad de la Virgen y se procedió a remozar los jardines que estaban abandonados y en un estado precario. Los pasillos del templo se llenaban de agua y bajo las paredes de su moderno e inclinado hormigón bajaban las filtraciones de la lluvia como lágrimas silenciosas. También se pusieron cámaras de seguridad, una de las principales peticiones del sacerdote que relevó al padre Pablo. Se trata del padre Degni Terán, quien asegura que las promesas de Chávez se cumplieron pero, al final, los problemas no fueron resueltos.

El párroco nos recibe en una de las estancias posteriores de la iglesia. Tal vez no llega a los treinta años. Es un cura joven como casi toda la población del estado. Es de trato serio pero amable y, sobre todo, crítico. Cuenta que las cámaras de seguridad fueron instaladas, pero ningún vigilante visualiza las imágenes. Los robos persistieron contra los devotos, que han sufrido atracos violentos y alguna violación. El templo también padece las fallas de luz que afectan a buena parte del país. La iglesia se suple con generadores de electricidad que adquirió la parroquia hace veintidós años. El gobierno mandó a arreglar las filtraciones pero en pocos meses la capa asfáltica, inadecuada para el recinto, se abombó y el problema revivió.

En las afueras de santuario, un enorme cartel del gobernador Wilmar Castro anuncia el presupuesto que el gobierno regional ha dedicado a la preservación del templo. Como en todos los anuncios propagandísticos, no puede faltar el rostro de Chávez junto al detalle presupuestario, pero el sacerdote desvela una trampa del político local, que participó junto con Chávez en el golpe de Estado de 1992.

–En esa valla se detallan obras que no se hicieron con el dinero del gobierno regional sino con dinero del gobierno central y del Obispado. Los recursos no son suficientes. Cuando a la policía que custodia los alrededores se le estropea la moto, me piden dinero para arreglarla –explica el padre Degni en medio de un ruido ensordecedor producido por los generadores eléctricos del templo.

En uno de los santuarios más emblemáticos de Venezuela lo normal es que no haya luz. Apenas ha llovido pero la parte trasera de la iglesia está llena de agua. El templo es como el Llano que lo rodea: una inmensidad poco explotada. También refleja la sobredimensión de un recinto que pone en evidencia la incapacidad para el mantenimiento de una iglesia de esas proporciones. Solo un pequeño grupo de Maracaibo acude ese sábado por la mañana. No hay más de diez vehículos en el estacionamiento, pero cada vez que llega un automóvil con fieles, un nutrido grupo de niños aborda de forma brusca a los visitantes. Les ofrecen contar la historia del templo, pero de inmediato aflora la impaciencia y piden dinero. Ninguno debe pasar de los diez años. Viven en un caserío cercano, San José de la Peña, un conglomerado de viviendas con carencias de servicios básicos. Al final, su insistencia resulta casi intimidatoria. Persiguen a los visitantes hasta los pies de la Virgen, aunque algunos de ellos se resiste a entrar al templo.

Además del agua, las paredes también rezuman patriotismo: de ellas cuelga una enorme bandera venezolana que se enlaza con otra del Vaticano. El templo es, después de todo, una sede diplomática. Bajo las escaleras hasta los enormes sótanos que permanecen a oscuras. Allí reposan los agradecimientos de los fieles que han visto cumplir sus milagros: la ropa de un bebé de una pareja que tuvo dificultades para tener hijos, las muletas de un lesionado que disfrutó de una exitosa operación. La sala es enorme tanto en espacio como en agradecimientos. Dejo el salón y vuelvo a

subir. El recinto huele a humedad. Tropiciego en la oscuridad con un gato que me persigue y no deja de maullar. Parece hambriento o al menos es lo que finge ante los turistas para obtener algo de comida. Él también ha sabido aprender a sobrevivir en un entorno difícil.

Afuera los niños vuelven a abordar a los feligreses que no les dieron dinero en la entrada. El padre Degni les había ofrecido formación y unas horas de trabajo remunerado con horario y compromiso de asistencia estable. Pero los niños rechazaron vestir uniforme y depender de la iglesia. Prefieren su autonomía y no quieren rendir cuentas a extraños. El sacerdote está convencido de que, detrás de ellos, se encuentran los padres que han encontrado una forma de vida con la mendicidad de sus hijos.

Dejo a los niños esperando la llegada de nuevos devotos y continúo mi camino por la carretera que recorrió Chávez el año anterior. De aquella visita quedan pancartas y algún anuncio electoral descolorido por el sol y la lluvia. El camino está despejado. No hay nadie en la carretera, ni rastro de aquella multitud que lo recibió como héroe y devoto, como presidente y feligrés. Cruzo el río Guanare, la puerta de entrada y salida de un recinto que Chávez quiso convertir en polo de atracción turística regional. Es un puente de guerra, instalado como paso de emergencia, una solución provisional que se convirtió en permanente. Solo hay un sentido y los conductores pugnan por entrar primero. El camino también es un fiel reflejo del olvido colectivo, de la ineficiencia y de los milagros que se resisten a ocurrir.

El abismo llamó al abismo

El general Jacinto Pérez Arcay fue el único hombre que, no siendo brujo, adivinó el destino político de Hugo Chávez. Cuando el mandatario ya había incursionado en los caminos de la insurrección, pero aún era un militar anónimo, Pérez Arcay le regalaba libros de historia y filosofía.

–Tú serás jefe de Estado, nadie podrá evitarlo. Por eso estudia, fórmate y cuídate –le dijo en una ocasión a Chávez.

El general siempre compartió con el Comandante Eterno un amor infinito, casi obsesivo, hacia los libertadores. Los unía la visión romántica de los inicios heroicos de la patria, de las guerras de independencia y de la subversión contra el imperio español. A su hija pequeña le puso el nombre de Bolívar. Bolívar Pérez. Los amigos la llaman Bolivita. Desde el Patio de Armas, quien estaba destinado para ser presidente escuchaba los discursos de Pérez Arcay. Siempre comenzaba de la misma manera: invocando a los próceres de la independencia.

–Muchachos, Bolívar; muchachos, Sucre; muchachos, Miranda; muchachos, Zamora; ahí está la raíz de ustedes, muchachos militares del siglo XXI...

José Rafael, uno de sus hijos, estaba en el batallón de Hugo Chávez cuando se alzó en 1992 contra el presidente Carlos Andrés Pérez. El general Pérez Arcay fue varias veces a la cárcel a visitar a Chávez pero no lo dejaron pasar. Al igual que sus primeros amigos y compañeros de insurrección militar, nunca lo llamó por su apellido. Siempre fue Hugo a secas. Ejerció como su mentor en la Academia Militar y años más tarde también fue asesor. Oficial de artillería, licenciado en Historia y Geografía, estudió la obra de Cristo y también de la de Chávez, a quienes en más de una ocasión relacionó en sus análisis históricos. El octogenario general siempre vio en Chávez, más que un militar o un presidente, un guía tocado por la historia.

En los años previos a la enfermedad de Chávez, Pérez Arcay quiso dar una advertencia a su alumno, al hombre que marcó el camino de la redención espiritual, tal como declaró años después.

–Te oigo, analizo mucho tus discursos. Y andas hablando mucho, demasiado, de la muerte. No deberías hacerlo porque *abyssus abyssum invocat*.

El abismo llama al abismo. Fue la frase en latín elegida por Pérez Arcay para expresar una superstición generalizada: la palabra dicha termina convirtiéndose en un decreto inexorable. La muerte era una idea recurrente en los discursos de Chávez. La llegó a convertir incluso en lema político desde 2007: «Patria, socialismo o muerte». En privado, también solía decir que poco le importaba morir por la construcción de la nueva patria. El sentido de sus palabras tal vez no estaban referidas a la literalidad sino a la intención de trabajar hasta el límite para alcanzar sus objetivos políticos.

Chávez no dio importancia a aquellas palabras en latín de su mentor político, de su guía en la Academia Militar. Pero años más tarde, con el tumor reproduciéndose a una velocidad escalofriante, Hugo volvería a recordar aquellas palabras de Pérez Arcay. Recién salido de su operación, el día de

su cumpleaños número 57, el presidente se asomó de nuevo al Balcón del Pueblo, el lugar donde había celebrado los triunfos electorales junto con sus seguidores, el espacio donde había jurado, con la espada de Bolívar en mano, profundizar la revolución.

Aquel día se dirigía a los suyos para informar que el chavismo debía desterrar la palabra muerte de su lema electoral y de su grito de guerra. El sustantivo nefasto, compuesto por aquellas cinco letras que había arrastrado durante los últimos días como una carga pesada sobre sus espaldas, tenía que ser borrado por decreto de todas las consignas y campañas políticas.

Corrían los días de la difícil aceptación de la enfermedad. Acusaba a sus enemigos de haberle inoculado el cáncer. Se encontraba confundido, golpeado, pero aún así quiso organizar una enorme fiesta de cumpleaños para dejar claro el nuevo mensaje de la revolución. Estaban invitados los cantantes favoritos de su juventud que tocaron con cuatro, arpa y maracas el ritmo de la música llanera: Cristóbal Jiménez, Cristina Maica y Reina Lucero. El presidente bailó desde el balcón, cantó sus canciones favoritas, agitó su discurso político y prometió cumplir veinte años más para celebrarlos con sus seguidores. Ante ellos proclamó su nueva consigna, su nuevo eslogan con el que alargaba cada palabra frente al micrófono, como si el énfasis en cada sílaba sentenciara sus deseos.

—Aquí no habrá muerte, tenemos que vivir y tenemos que vencer. Por eso propongo otros lemas: Patria socialista y victoria; viviremos y venceremos. Viviré, viviremos viviendo. Gustosamente viviendo, plenamente viviendo en cuerpo, alma, nervio y espíritu juntos al servicio de la patria viviente, de la patria viva —dijo Chávez a sus seguidores reunidos en el Balcón del Pueblo del Palacio Presidencial de Miraflores.

Viviremos viviendo. Viviremos y venceremos. Vida. Los últimos días de Chávez fueron una súplica por vivir que también dejaba ver un profundo arrepentimiento por aquel abismo, por aquellas declaraciones de muerte con las que se le escapaba un poco de vida cada vez que las pronunciaba.

El Jueves Santo de 2012, junto a la figura del Cristo en su tierra natal, Barinas, y frente a toda su familia como auditorio en la cercanía y al país entero como espectador a través de las cámaras de televisión, se enfrentó por primera vez a la muerte. Antes de su fallecimiento, Simón Bolívar dijo que no había sido «más que un vil juguete arrastrado por el huracán revolucionario». Y el Che Guevara escribió en la última carta a sus padres que sentía bajo sus piernas «el costillar de Rocinante». Al recordar a sus ídolos históricos, Chávez también quería enfrentar a la muerte de una forma poética, trascendental.

—Todos sabíamos lo que eso significaba —dijo Chávez frente al Cristo—. Montó a caballo de nuevo, en Rocinante. Y se hizo eterno en la higuera, en las altas montañas de la amada Bolivia.

Al final del acto pronunció su petición ante el aplomo de su hermano Adán y su padre Hugo de los Reyes, y el llanto de su madre, doña Elena.

Esta vida desde hace años no ha sido fácil. Si lo que uno vivió no ha sido suficiente, sino que me faltaba esto, bienvenido. Pero dame vida, aunque sea vida llameante, vida dolorosa, no me importa. Dame tu corona, Cristo, dámela que yo sangro. Dame tu cruz, cien cruces que yo las llevo, pero dame vida porque todavía me quedan cosas por hacer por este pueblo y por esta patria. No me llesves todavía. Dame tu cruz, dame tus espinas, dame tu sangre que yo estoy dispuesto a llevarlas pero con vida.

Los días antes de anunciar su última operación, el Comandante Eterno había pedido un último deseo: volver a ser libre. Quería poder caminar tranquilamente, aunque fuese por unos días sin guardaespaldas, sin vigilancia. Perderse sin ser reconocido. Sabía que era un imposible, pero con la cercanía de la muerte deseaba volver a ser más corriente, más normal, más mortal, más humano.

Pérez Arcay no se equivocó. A veces las palabras se convierten en sentencia. Será difícil determinar en qué medida Venezuela realmente se convirtió en una patria socialista. *Abyssus abyssum invocat*. Pero la muerte se precipitó. Y antes de los 60 años, como le había pronosticado su primera bruja, Cristina Marksman.

La premonición llegó como una bandada de murciélagos, rápida y errática. «Chávez está muerto», «Chávez está inconsciente», «Chávez está en coma». Así fue el fin de año de 2012, una parálisis colectiva apenas dos meses después de haber ganado sus últimas elecciones. En Caracas se suspendieron todas las fiestas públicas. Desde el círculo médico cercano se había escapado la información de que el presidente había entrado en coma.

Entre sus antiguos compañeros, no había dudas. Estaba muerto o casi muerto. «Un amigo mío que trabajó con él hasta el último momento y que se encontraba en La Habana me dijo que estaba en unas condiciones en las que nadie se merecía estar», explica su examante, Herma Marksman.

La examiga de Chávez y opositora acérrima del régimen durante los últimos años, Ángela Zago, asegura que recibió información de su equipo médico de que Chávez murió sin poder hablar durante los últimos días. La periodista, que se declara agnóstica, pensó que se podía tratar de una maldición. Los constantes rituales, sacrificios y actos de magia negra que supuestamente se practicaban en el Palacio de Miraflores no podían desembocar en otro resultado que ese.

—Que los últimos días de su vida no haya podido hablar, fue la peor de las muertes para él. Estoy casi segura de que fue una maldición que le cayó —explica Zago.

Oficialmente Chávez regresó a Caracas vivo de La Habana, tuiteó, distribuyó fotografías con sus hijas, hizo nombramientos, firmó decretos y consintió una devaluación de la moneda.

—Mintieron para intentar que la fe de sus seguidores se mantuviera viva. Dijeron que hablaba cuando no podía hablar, que se recuperaba cuando empeoraba, que tomaba decisiones cuando su enfermedad era irreversible. Y no lo digo yo, lo dicen los hechos que desmintieron las versiones del gobierno —explica Henrique Capriles, el candidato presidencial opositor que también hizo su recorrido electoral en los principales templos del país, que visitó vírgenes y cristos y que se llenó de crucifijos en la batalla espiritual para la presidencia.

En el Hospital Militar, donde fue trasladado los días antes de su muerte, no había el gran despliegue de seguridad que se esperaba. «Tampoco fueron sus familiares a visitarlo allí», recuerda su amiga en tiempos de conspiración, Elisabeth Sánchez.

El propio Pérez Arcay sembró las dudas sobre la versión oficial de la muerte de Chávez en su discurso de despedida ante su discípulo, ante el ataúd. En los primeros años de su repentina aparición en la escena pública, Chávez tuvo un encuentro con el intelectual, historiador y escritor venezolano Arturo Uslar Pietri. El octogenario pensador, ampliamente respetado por todos los sectores del país, conversó durante unos minutos con el líder del golpe de Estado. Pero las palabras del escritor que retrató las luchas independentistas en *Lanzas coloradas*, sembraron una profunda inquietud en Chávez: «Comandante: la política es como una obra de teatro. Lo importante no es cómo uno entra sino cómo uno sale».

El presidente había confesado que la frase de Uslar Pietri lo hizo reflexionar sobre la manera en que debía salir del poder. Pero ni siquiera él pudo imaginarlo. Siempre quiso posponer ese momento. Ya no podía imaginar su vida sin su otra enfermedad: el poder. Había asegurado que se iría de la Presidencia el 2021, pero luego se desdijo y aseguró que saldría el 2031.

Intuía que tal vez su salida sería trágica y Pérez Arcay, que le había advertido sobre el camino mortuorio que estaba construyendo con sus palabras, se lo recordó cuando ya Chávez yacía dentro de su ataúd. Reflexivo, vestido con su uniforme militar y su brazalete de luto tricolor, leyó el discurso preparado.

—¿Y cómo saliste del escenario, Hugo? Como el Negro Primero. Llegaste de Cuba muerto: «Vine a decirle adiós porque estoy muerto». Y dijiste tu última proclama —dijo Pérez Arcay ante los aplausos de los centenares de dirigentes y militares presentes en los funerales.

El Negro Primero, el prócer de la independencia herido en combate, recibió una represalia por parte del general Antonio Páez, al pensar equivocadamente que huía del campo de batalla. El prócer, herido, se devolvió y dijo: «No huyo, mi general, vine a despedirme porque ya estoy muerto», pronunció antes de caer a sus pies.

Pérez Arcay quiso hacer una comparación entre la valentía del prócer y la del presidente que quiso morir en el país cuando ya sabía que no pertenecía a este mundo. Pero la oposición leyó aquella frase en la literalidad que reforzaba los rumores de que el presidente había muerto en Cuba, pero que sus herederos políticos ocultaron el hecho para preparar la sucesión y la campaña electoral.

Las dudas quedaron sin despejar. Pero tal vez la respuesta del verdadero lugar donde murió Chávez se explique en el lugar donde se le dio la extremaunción. El líder de la revolución creyó en la vida después de la muerte y por esa razón acudió a los sacramentos, también al último. «Yo le hice la unción de los enfermos cuando se le detecta el cáncer, aquí en Venezuela, pero tengo entendido que un sacerdote le dio la extremaunción en Cuba», explica monseñor Mario Moronta.

El obispo de San Cristóbal, que intenta guardar en secreto los detalles de ese último sacramento, cree que Chávez llegó vivo a Caracas. «Se le pusieron los óleos en el Hospital Militar de Caracas. Por eso creo que llegaría vivo porque cuando una persona muere, se encomienda el alma pero no se le ponen los óleos. Y a mí me lo dijo un sacerdote amigo mío y amigo del padre Numa Molina», agrega Moronta.

–Yo no creo que haya sido enterrado en el Cuartel de la Montaña. Ese lugar es simbólico, pero estoy segura de que ahí no está el cuerpo de Hugo.

–¿Por qué razón?

–Él siempre le dijo a todo el mundo que quería ser enterrado en el Llano, cerca de su abuela. ¿Tú crees que alguien, aún después de muerto, va a ir en contra de la voluntad de Chávez?

Entrevista con Elisabeth Sánchez, amiga de Chávez y cooperadora para la conspiración de 1992

Si alguien me hubiera preguntado: ¿Quieres tú el destino de Lorenzo Barquero, quedarte allá lejos en el cajón del Arauca apureño hasta que te seque el tiempo y te vuelvas terrón, y te vuelvas tierra y te vuelvas agua de esta sabana? Yo diría sí, sí y mil veces sí porque yo amo esta tierra.

Sus últimos discursos electorales desprendían un fuerte olor a testamento, a últimas voluntades. Hugo Chávez, que quería ser sepultado en el Llano como el personaje de la novela *Doña Bárbara*, dejó claro su último deseo. Lo contó a su familia, a sus amigos, a sus amantes. Nunca cambió de opinión. «Él siempre dijo que quería ser enterrado en el Llano, en un lugar cercano al Arauca», explica su fiel colaboradora y amiga cercana, Maripili Hernández.

Pero oficialmente, el lugar de descanso de Hugo Chávez es el Cuartel de la Montaña, desde donde se contempla el oeste de Caracas, las zonas populares que lo impulsaron hasta llegar al edificio que se ve justo enfrente: el Palacio Presidencial de Miraflores. Desde allí dirigió el golpe de Estado y allí protagonizó la rendición más exitosa de la historia reciente venezolana.

Con su muerte, el recinto adquiriría otra dimensión: ascendería a la condición de lugar de culto, de templo. En el patio central se construyó a toda velocidad el que sería presentado como el último lecho de Hugo Chávez. El mausoleo es, ante todo, un museo, pero no uno cualquiera sino uno ideológico.

Una tarde de abril de 2013 un grupo de estudiantes de la Academia Militar visita el Cuartel de la Montaña. Los recibe un guía que muestra el apellido en la chapa de su uniforme militar: Castro. Moreno, de pelo casi completamente blanco, el guía ordena al grupo interrumpir la marcha para gritar al unísono el último lema del Comandante Eterno: «Patria socialista, viviremos y venceremos». Todos comienzan y terminan la frase con una sincronización perfecta en las comas, las pausas, las intensidades. Sin duda, ya lo habían ensayado con anterioridad.

No pierden la formación ni para contemplar las vistas sobre Caracas. Al frente se divisa el Palacio de Miraflores. El guía señala el Balcón del Pueblo, el lugar desde donde Chávez celebró todas sus victorias electorales. También se ve el helipuerto presidencial, la sede del Banco Central de Venezuela y la mayoría de los ministerios. El poder de Venezuela se concentra en cuatro calles

que se contemplan con ángulo privilegiado desde el cuartel. Caracas no luce como una gran metrópoli sudamericana. Vista desde dentro, parece pequeña, encerrada entre montañas con densas favelas. Pero desde el Cuartel de la Montaña, la ciudad gana otra dimensión. Los edificios residenciales del 23 de Enero, la parroquia que envuelve a la fortaleza y que es considerada uno de los reductos fuertes del chavismo, se alzan como colmenas donde constantemente entra y sale gente, donde se asoman por las ventanas y sus balcones, siempre tras las rejas instaladas en muchas de las casas.

Desde el enclave, los futuros cadetes miran en silencio el horizonte donde está dibujada la mirada de Hugo Chávez. «¿No lo ves? Está allí en ese edificio», explica uno de ellos. Pero el joven se confunde y no mira a la sede del Banco de Venezuela sino hacia la sede administrativa de la Asamblea Nacional, donde también está dibujada su mirada, que sobresale entre un bloque de viviendas. Desde allí, tienen la sensación de que Chávez no está muerto, que los sigue observando.

Tal vez el gobernador de Aragua, Tarek El Aissami tenga razón y, tal como confiesa en la intimidad, Hugo Chávez los vigila a todos. Allí están sus ojos, a veces en negro, a veces en rojo, pintados en los edificios más altos de la ciudad para recordarles que sigue dirigiéndolos, que continúa vivo como dicen todas las consignas políticas de su partido.

A las 16:25 horas cada día se lanza un cañón de salva al aire para recordar la hora de la muerte de Hugo Chávez. El cañón tiene dos kilómetros de alcance, explica el guía Castro. El ruido se escucha en el oeste de la ciudad, habitado por sectores populares mayoritariamente partidarios del chavismo pero no en el este, donde la oposición ha concentrado sus protestas.

—El cañón siempre se dispara hacia el este. Espero que ninguno de ustedes viva en el este — comenta el guía Castro intentando arrancar alguna risa con el chiste político.

Pero no hay ni una sonrisa ante la broma preparada. Parecen absortos, preocupados por otros asuntos. La división de clases sociales, las fronteras invisibles de Caracas que dividen a pobres de la clase media no arranca ninguna complicidad entre los futuros militares.

Continúan el recorrido y se detienen en la llama encendida, una antorcha acompañada con una corona de flores, un enorme cartel metalizado que combina con los colores anaranjados y rojos del edificio: 4F. Las siglas recuerdan el día del golpe de Estado en el que Hugo Chávez se rindió al no poder tomar la Presidencia de Venezuela por la vía armada.

Hacia las afueras, el Cuartel de la Montaña se muestra imponente, como un recuerdo de que la revolución, que comenzó con la lucha armada, sigue ardiendo. Pero en el interior, el mensaje tiene otro matiz. El recorrido por los pasillos del cuartel invitan a la introspección, al recogimiento espiritual y al contacto con el líder sentimental del país. Es como si el recinto enviase un mensaje amenazador a los detractores pero, puertas adentro, transmitiera aliento a los partidarios.

La visita guiada no es otra cosa que un recorrido por la vida de Hugo Chávez. Las fotografías gigantes que cuelgan del techo hasta el suelo interrumpen el recorrido como si la vida de Hugo Chávez fuese una alcabala de paso a los andantes, como si las historias de su vida tropezaran de repente con el camino de los asistentes. Los episodios no descubren ninguna faceta del presidente que había invadido la privacidad de los venezolanos, habituados por las cadenas de radio y televisión a contemplar hasta su fiesta de cumpleaños. También se le vio inaugurando una sesión en la Bolsa de Nueva York en Wall Street o asegurando ante la Asamblea de las Naciones Unidas que el expresidente de Estados Unidos, George Bush, encarnaba al diablo en persona.

Allí estaban los recuerdos de una vida trepidante, llena de extras importantes, rodeado siempre de estrellas, de líderes y poderosos. Allí estaba Chávez besando niños, posando con su familia entera, pero también estaba retratado con el crucifijo con el que pidió la reconciliación nacional después del golpe de Estado del que fue víctima el 11 de abril de 2002. Las fotos, elegidas para resumir su vida lo colocan al lado de Fidel Castro, su figura política de referencia, pero también sonriente con la modelo internacional Naomi Campbell luciendo su faceta más seductora.

El museo quiere mostrar al presidente en todos sus aspectos: político, militar, revolucionario, guía espiritual, estrella mediática. Siempre aclamado entre las masas, perseguido por los medios y llevando su mensaje por el mundo. ¿Cuántas vidas necesitaría para agradecer una vida como aquella?

Sus vivencias son solo la antesala al momento cumbre de la visita guiada del cuartel que termina con la muerte. En el patio central del recinto se encuentra la fuente de los cuatro elementos, el lugar donde reposa Hugo Chávez. Sobre la fuente con constante circulación de agua se construyó el mausoleo presidencial con mármol de tonos grises, marrones y verdosos. El cuidado de la obra y el concepto sobre el cual reposa no parece producto de la improvisación. Pocos de los que estuvieron allí dirían que el lugar donde reposan los restos de Chávez fueron diseñados y construidos en pocos días, desde el momento de su muerte hasta su entierro.

Los tonos agrisados del mármol contrastan con el suelo colorido y con las paredes de tonalidades rojas, rosas y naranjas. El agua bajo sus restos fluye como los ríos en los que se quería convertir después de muerto y discurre también como los visitantes que hacen cola para encontrarse con el féretro. Algunos tocan la piedra en la parte de los pies como si quisieran apresurarse a un primer contacto, como si el tiempo fuese insuficiente en el encuentro con el Comandante Eterno. Cuando van acercándose, tocan con más confianza el lugar donde se encuentra el abdomen y luego en el pecho donde muchos se atreven a besar el mármol. A la altura de la cabeza casi siempre hay una parada obligada. Allí reposa la mente que condujo los destinos del país, el cerebro que refundó la patria. El instante de reflexión es interrumpido por los que desean una fotografía. Algunos con rostro de tristeza, otros con una ligera sonrisa. Entre la entrada por la izquierda y la salida por la derecha, casi todos se persignan. Cuando pasan los dedos sobre la lápida algunos son capaces de sentir los latidos del líder indestructible. La voz retumba en el cuartel, dando órdenes o invitando a sus seguidores a continuar su obra.

El recorrido de los visitantes es interrumpido, como cada día cinco de mes, por algún acto conmemorativo. Es el día en el que quedó registrada la muerte de Chávez. Se ha difundido una convocatoria oficial que se retrasa, como muchos de los actos organizados por el gobierno.

Un grupo de mujeres entra en el recinto mientras los guardias interrumpen el recorrido de los visitantes alrededor del féretro. Una mujer mayor se dispone a dirigir el acto y toma la palabra. Un silencio solemne se impone en el templo chavista.

—No sentimos que te has ido. Antes de actuar, pensamos en cómo actuarías tú para seguir tus pasos. Te inocularon el cáncer y no lo pudimos evitar, pero ahora estás más vivo que nunca.

La diputada María León habla como si un alarido saliera de su interior con cada palabra pronunciada. Su voz se desgarrá cuando eleva el tono. Es el quejido de una fiel seguidora, de una mujer que perteneció a la guerrilla venezolana, que militó en la izquierda en sus años de juventud y que terminó como fiel diputada del chavismo, radical defensora de las decisiones del presidente. Con mirada profunda y su tono de abuela amorosa pero estricta, tal vez controladora, León exagera el énfasis en las sílabas tónicas.

El acto no es inusual en la tumba de mármol presidencial. Los guardias están acostumbrados a presenciar todo tipo de celebraciones en el Cuartel de la Montaña. En una ocasión observaron cómo un grupo de altos cargos del gobierno y del Estado se reunieron alrededor de la tumba del Comandante Eterno. Todos colocaron sus manos sobre el mármol. Intentaron sentir con las yemas de sus dedos las vibraciones en el interior de la tumba. Formaron un círculo y pidieron claridad de pensamiento. También el propio presidente Maduro suele dormir en el lugar para encontrar inspiración, según él mismo ha declarado.

Pero ese día, las mujeres de la revolución no se salen del guión y escuchan con atención los discursos. Algunas hablan como si el presidente las escuchara. Una de ellas es incapaz de contener las emociones y sus ojos claros se aguan. El maquillaje comienza a desdibujarse con la caída de cada lágrima y su rostro se ennegrece cada vez que arrastra los dedos debajo de sus ojos.

Maigualida Santana, que entonces era diputada de Barinas y que lo conoció desde la juventud, se emociona cuando se acerca al cuerpo de quien en vida fue un jefe duro. En más de una ocasión la regañó por servir la comida primero a él y luego al resto de invitados, algo que el presidente consideraba una descortesía. Era exigente pero ello nunca evitó que sus seguidores vieran en él un ejemplo incuestionable, una voz con autoridad en un país lleno de normas incumplidas. Los recuerdos y las lágrimas también dan paso a la alegría y Santana experimenta en el Cuartel una experiencia extrasensorial nunca vivida hasta ese momento. «La sensación de estar aquí es indescriptible. Siento su voz, su energía. Y no digo que percibo su voz desde un punto de vista figurado. La escucho de verdad, hoy me ha pasado», explica Maigualida Santana a pocos metros del cadáver del líder supremo.

—Este ya es un lugar de culto religioso. Cuando vas a Jerusalén, ves el culto que hay hacia Jesucristo que tenía las mismas cualidades de Chávez. Cristo hacía milagros con mujeres. Chávez también fue feminista. Está ocurriendo lo mismo que con Lenin en Moscú. Miles de personas acuden al mausoleo. Chávez está más fuerte que cuando estaba vivo —comenta la diputada María León.

Después de la experiencia sensorial, los seguidores chavistas solo pueden buscar la calma y el sosiego en una capilla que se ha convertido en la última parada del recorrido. Después de las exequias, la familia Chávez llamó al padre Numa Molina para que ayudara a instalarla en uno de los salones laterales del patio central, donde se encuentra el cuerpo del Comandante Supremo.

El espacio estaba lleno de cajas, estantes y objetos militares. Era una habitación donde se guardaban cosas prescindibles. La familia Chávez necesitaba un lugar de oración, un recinto apartado donde se pudieran celebrar misas privadas, lejos del alcance de las cámaras y los curiosos. Era el lugar perfecto.

Cada vez que se celebra una liturgia importante, la familia llama al padre Numa Molina. Las ventanas frontales se pierden en el verde de la montaña del Ávila, donde se asienta el valle de Caracas.

—Es un lugar muy fresco, hermoso. Me llena de recuerdos, es una mezcla de tristeza y compromiso —dice Molina.

Del centro del altar emerge la imagen de Cristo y a los lados cuelgan dos fotos de Chávez. También está acompañado por cuatro imágenes de Vírgenes: la Rosa Mística, la Virgen del Valle, la Virgen del Carmen, que veneraron sus antepasados, y la de Luján, un regalo personal de la presidenta de Argentina, Cristina Fernández.

Allí termina la visita. Y ante tanta imagen religiosa, vírgenes, cristos y Chávez, ninguno duda hacia dónde tiene que dirigir sus oraciones y a quién deben mirar cuando se arrodillan.

Regresé a la cárcel de Ramo Verde para visitar por segunda vez al general Raúl Isaías Baduel. Corría el mes de octubre de 2013 y el país había entrado en un nuevo proceso electoral para elegir gobernadores y alcaldes. El general había hecho cambios en su celda, que seguía llena de libros y con los retratos de Mahatma Gandhi, Nelson Mandela y Martin Luther King. También permanecían los mismos presos que en mi primera visita, seis meses atrás.

Los pasillos, donde deambulan los reclusos con más libertad, están llenos de vírgenes, rosarios y oraciones impresas en pequeños papeles de colores para llevar la palabra de Dios en cualquier lugar: en un bolsillo pequeño, en la cartera, en un monedero.

Esta vez el general Baduel recibe la visita de un pequeño grupo religioso. Forman parte de la iglesia evangélica de Maracay y no escatiman recursos en visitar cárceles, barrios y viviendas para predicar la palabra de Dios. El joven pastor dispara palabras y no deja espacio para silencios. Cuenta que el Todopoderoso le ordenó visitar al exministro de la Defensa de Chávez y él no dudó en obedecer. Lleva tiempo acudiendo a la cárcel de Ramo Verde y haciendo prédica entre los presos. Y ha encontrado un oyente atento en el compadre de Chávez.

Pero algo ha cambiado en la cárcel desde mi última visita. El Comandante Eterno se había aparecido ante algunos reclusos y casi todos los presos políticos tuvieron noticias del acontecimiento. Comento de la supuesta aparición con el exministro Raúl Baduel, pero evade el tema. No quiere hablar del hecho. El general, de respuesta directa, no desea hacer comentarios. Pero según los presos, el mensajero, el recluso que tuvo contacto con el espíritu del presidente, trasladó el mensaje de Chávez a Baduel.

—Él sabrá que realmente soy yo cuando lo saludes de este modo —explicó haciendo el gesto—. Solo él y yo nos abrazábamos así —dijo el espíritu de Chávez según el rumor extendido en la cárcel.

Algunos presos no dan credibilidad al relato pero otros están convencidos de que el espíritu de Chávez deambula en busca de reconciliación. Y esa reconciliación para ellos pasa por la libertad de los presos políticos. Los muertos a veces traen mensajes a conveniencia del destinatario.

A la antropóloga Michaelle Ascencio le extrañaba que Hugo Chávez no se hubiese aparecido con anterioridad, los primeros días después de su muerte. Su ascensión a los altares del venezolano se esperaba desde el primer momento pero, como muchos asuntos gubernamentales, hubo demoras.

—Se ha manejado el espíritu de Chávez de forma artificiosa. Y la gente se da cuenta de eso. La aparición que presencié Maduro, Chávez en forma de pajarito, casi dio risa. Si Chávez era un hombre con aquella energía, con aquel ímpetu ¿cómo se va a aparecer en forma de pajarito? Perdieron la oportunidad de que se le apareciera a alguna trabajadora de Miraflores y que dijera que lo vio firmando documentos en su despacho —razonó Ascencio.

Chávez no se le puede aparecer a cualquiera. Su presencia revelaría una consideración de primer nivel con el testigo. Por ello, quien más se siente legitimado para recibirlo es el presidente Nicolás

Maduro. Y así lo comunicó al país. Chávez, encarnado en un pajarito, voló sobre la cabeza de su heredero político y pió sin parar hasta lograr que el presidente entendiera su mensaje: estaba vivo y acudía desde el más allá solo para hacer notar su presencia, para certificar que aún vive, aunque sea en forma de ave.

Maduro, en medio de un programa de televisión, contó con el mismo tono de voz, con las mismas pausas y los mismos gestos que Chávez, que el espíritu del gigante de América había bajado desde los cielos. El sucesor quiso mantener una conversación con él y comenzó a piar de la misma manera. Se trataba de un diálogo místico, de una conexión más allá de la vida.

Algunos consideran que Maduro inventó la anécdota para intentar granjear simpatías entre los seguidores de Chávez pero otros, entre los que se incluyen seguidores y adversarios, están convencidos de que realmente el presidente cree que fue testigo de una aparición.

Las revelaciones del sucesor de Chávez comenzaron a levantar gran preocupación dentro del propio gobierno, en especial en los últimos días de campaña electoral en los que Maduro se impuso por estrecho margen. El periodista Mario Silva, que se adentró en el aparato de poder del chavismo y logró extraordinarios privilegios, reveló que el episodio del pajarito no había sido un hecho aislado.

Silva, acérrimo defensor del chavismo, brazo armado y mediático del proceso y conductor del programa de televisión La Hojilla, desveló un episodio según el cual Maduro creía que su propio rostro había aparecido en una pintura de Hugo Chávez en el Cuartel de la Montaña.

Silva confesó la anécdota a Aramis Palacios, un teniente coronel del organismo de inteligencia cubano, G2, en una grabación que desveló el diputado opositor Ismael García y que obligó a Silva a desaparecer de la vida pública durante dos años a raíz de las acusaciones de corrupción vertidas sobre el presidente de la Asamblea Nacional Diosdado Cabello.

–Yo lo llamo (a Maduro) y ¿sabes qué me dice? Ojo: esto es lo que él me dijo, y me mandó una foto. Que la cara de él se había aparecido en el cuadro del comandante que está en el Cuartel de la Montaña, y que grabaron video y todo. Ahorita, como buen ateo que soy, yo te puedo decir que a lo mejor eso fue un tema de última hora que quisieron meter. Pero yo me dejo de pendejadas, llamo a Jorge Rodríguez y le digo: Jorge, está pasando esto en el Cuartel de la Montaña. Y me dice Jorge: «cuidado con lo que dices, Mario, porque en dos días nos tumban la campaña completa diciendo que Nicolás está loco». Aún cuando comparto la preocupación de Jorge por la maldad con la que actúan esos medios, me impresionó ese evento.

Silva está convencido de que, en el fondo, el entonces candidato estaba siendo influenciado por las creencias religiosas de su mujer, Cilia Flores, pero tampoco tenía dudas de que Diosdado Cabello, el segundo hombre del régimen a quien se le atribuye una pugna con Maduro por el control del poder, estaba interesado en difundir el suceso para perjudicar al heredero de Chávez.

–Él (Maduro) me dice que eso se dio delante de la gente de Casa Militar, delante de Tarek El Aissami (gobernador del estado Aragua). Sin embargo, yo pienso, aquí en mi muy malvada y maquiavélica cabeza, que esta vaina la fomenta Diosdado Cabello, sabiendo que si esa vaina salía al aire...

–Era un boom –responde el agente cubano.

–Era un boom. Decían que Nicolás estaba loco y perdía.

–¿Y esa foto realmente...? –pregunta el agente.

–No lo sé. El video nunca lo recibí. Lo que recibí fue esta foto de Tarek El Aissami. Me la mandó por correo. «Impresionante», me pone. «Coño, Chávez nos está vigilando», y vainas así. Y yo, como buen marxista, me quedé callado y no dije nada.

¿Qué es lo que yo veo ahorita? Tengo temor, Palacios, de que Nicolás, primero, esté siendo manipulado por Cilia (Flores, su mujer). Este es un continente de caudillos, compadre, y la mujer tiene que estar en la sombra. Yo se lo dije en una oportunidad a Hanoi: Coño, ¿habrá alguien que le diga a Nicolás que deje de estar mostrando a Cilia? Que se mantenga como líder, y no como «aquí está mi mujer, un besito» y vainas así. Esta no es una campaña norteamericana, esta es una campaña latinoamericana.¹⁸

El chavismo asiste a una profunda crisis política tras la divulgación del audio. En la grabación, Silva acusa de corrupción a Diosdado Cabello y a otros dirigentes. Pocos días después, Cabello debía enfrentar a los periodistas en una rueda de prensa en la sede del Partido Socialista Unido de Venezuela. La seguridad era máxima. Solo los periodistas confirmados con anterioridad pudieron acceder a una pequeña sala en la sede del partido en la plaza Venezuela, en Caracas. Se trata de una vivienda de planta baja, pequeña, pensada para uso residencial y reconvertida en sede del partido político más importante de Venezuela, prácticamente el único capaz de desplegar una aplastante maquinaria a nivel nacional.

Las paredes están completamente pintadas de rojo. La sala es tan pequeña que la mayoría de los periodistas deben esperar de pie o sentados en el suelo. El equipo de seguridad es contundente con las órdenes internas y prohíbe la conexión de equipos y teléfonos a la red eléctrica. El retraso obliga a algunos periodistas a ordenar un relevo por la finalización de su jornada laboral.

Es un día delicado para el hombre fuerte del chavismo. Por primera vez, uno de los suyos desvelaba abiertamente las supuestas prácticas corruptas del régimen. Cabello, el principal señalado, apareció con hora y media de retraso. Estaba acompañado por Freddy Bernal, el expolicía, masón y dirigente chavista, y Noelí Pocaterra, activista indígena. Se trataba de tres representantes vitales para el partido. Cabello se sentó en el centro, escoltado por sus compañeros políticos. Su semblante era serio, como de costumbre. Es un hombre de sonrisa escasa. Sus ojos estaban aguados pero no por las lágrimas retenidas sino, tal vez, por los nervios.

Hasta ese momento, para defenderse del cisma político generado por sus palabras, Silva había dicho que el audio era un montaje de los servicios secretos israelíes. Ese había sido el argumento utilizado por el chavismo para arropar de forma monolítica a su militar todopoderoso, al hombre que ejerce un férreo control sobre las Fuerzas Armadas, una amenaza para el propio presidente Maduro y el ala más comunista del chavismo, según el polémico audio.

Aquel día, en su primera aparición pública tras semejante acusación, Cabello se enreda en sus explicaciones y, de forma sorpresiva, terminó otorgando cierta credibilidad al audio atribuido a Mario Silva que lo acusaba de corrupto. «Lo que dijo es su opinión», respondió ante las principales cámaras de televisión del país.

Al final de la comparecencia, logro hacerme espacio entre la maraña de periodistas que intentan arrancar alguna declaración final de Cabello. La espontaneidad tras la rueda de prensa suele dejar jugosas noticias cuando los comparecientes se olvidan del guión. Los escoltas intentan bloquear

cualquier acercamiento con Cabello. Cumplen con su trabajo a rajatabla. El poder debe mantenerse inaccesible al menos mientras quienes lo detentan no decidan lo contrario. Una mirada del exmilitar chavista basta para que los escoltas se abran de forma coordinada. Cabello asiente con la cabeza cuando lo abordo para tratar un tema poco usual en una rueda de prensa del Partido Socialista Unido de Venezuela. El presidente de la Asamblea Nacional accede a contestar la pregunta de las supersticiones y supuestas apariciones de Hugo Chávez. Se detiene, acepta conversar unos minutos sobre el tema y hasta esboza alguna sonrisa, la única de toda la jornada ante las cámaras. Parece cómodo con el tema, tal como había asegurado Mario Silva.

—El chavismo es un fenómeno político, económico, cultural y para algunos también es un fenómeno religioso. Y es un fenómeno religioso, yo también lo considero así, por el profundo amor que el pueblo venezolano le tenía a Hugo Chávez. Cuando Chávez llegó al Hospital Militar de Caracas de su tratamiento en Cuba, una enfermera dijo que lo había visto caminando por los pasillos. Eso es algo imposible. Bueno, no es que fuera imposible, pero no lo hizo. Pero ¿quién voy a ser yo para desmentir un sentimiento profundo, auténtico que siente una persona por el amor que le tenía a Chávez? —explica Cabello, quien se declara no creyente en todos estos fenómenos.

Los espíritus y las apariciones también causan enfrentamiento dentro del chavismo. Mientras un ala considera la faceta religiosa como una variante más del movimiento, los altares y los aparecidos generan alarma política en otros sectores más marxistas. Jorge Rodríguez, el jefe de campaña de Nicolás Maduro y alcalde de Caracas, no quiere oír hablar de religiosidad, de apariciones ni de experiencias paranormales.

El médico psiquiatra, que en 2005 y 2006 fue presidente del Centro Nacional Electoral, el órgano encargado de velar por la transparencia y equidad de las elecciones venezolanas, y que un año después fue nombrado vicepresidente de la República, se ha convertido en una celebridad en muchos sectores populares de Caracas. Rodríguez, de verbo irónico y aguerrido, ha sabido azotar a la oposición mientras refuerza su mandato en el casco histórico de la ciudad.

En la escuela Gran Colombia, al oeste de Caracas, una multitud lo esperaba en la entrega de unos morrales gratuitos a los estudiantes. Rodríguez, el cerebro de las campañas electorales chavistas, convierte cada acto de gestión en una plataforma electoral. El anuncio de las mejoras en las instalaciones de una escuela termina con un enorme despliegue técnico. Cadenas de radio y televisión de todo el país se interesan por unas obras de mejora en una escuela primaria.

En el patio del colegio se congregaban los padres, las madres, los estudiantes y un ejército de colaboradores. La comitiva era apabullante. Decenas de hombres de seguridad, gestores de prensa, cámaras y periodistas de la televisión pública generaban una gran congestión.

Los organizadores solo quieren niños frente a las cámaras de televisión. Lo preparan todo para que no haya adultos que entorpezcan la imagen que quieren lograr: el alcalde y la gobernadora de la región designada por Chávez, Jacqueline Farías, debían salir en televisión solamente con niños. Unos besos, una escena de la entrega del morral y se cierra la conexión. Al fondo, todavía suena la música de la campaña electoral en la que Nicolás Maduro venció por la mínima. Los encargados del acto también colocan las canciones compuestas para la dura campaña de Chávez contra el candidato opositor y, sobre todo, contra el cáncer. «Vives en mí y en el corazón del pueblo, Chávez vivirá», «Uh, ah, siempre te voy a amar. Uh, ah Chávez no se va». Los trabajadores preparan a marchas forzadas el prometido parque infantil justo antes de que lleguen las autoridades. Lucen ajetreados y piden refuerzos en el montaje. Se ven nerviosos porque son conscientes de que tal vez el parque no

podrá estar listo para la inauguración.

El alcalde se presenta en una moto que conduce uno de sus colaboradores. Minutos antes ya había llegado Jacqueline Farías y le había adelantado trabajo. Iba cargando las cartas que recibía y su ayudante, un joven vestido al estilo *casual business*, anotaba teléfonos y recibía las sugerencias y peticiones. «Yo tengo muchas ideas. Yo saqué veinte puntos en mi tesis universitaria. Anota ahí: veinte puntos», decía un arquitecto que ofrecía sus servicios para el gobierno local.

Jorge Rodríguez es vitoreado en la escuela. La marea de seguidores se traslada allí donde va. Es más alto de lo que parece en televisión y también se comporta como un gran político de masas. Es probable que el municipio le quede pequeño y tenga aspiraciones de afrontar retos políticos de mayor envergadura. Los periodistas no se mostraban interesados en formular preguntas, solamente necesitaban transmitir su discurso. Todo el acto, sometido a la dictadura del directo, dependía de la conexión del canal del Estado, Venezolana de Televisión, difusor de propaganda del chavismo. La periodista del canal se limita a saludar a la audiencia y a nombrar la escuela en la que se encuentra. Es una brevísima entradilla que concluye con un acercamiento de micrófono. Al contestar, el alcalde no la mira, se dirige directo a la cámara, a su audiencia. Pronuncia unas breves palabras animando a los niños a estudiar y recuerda que la revolución los apoya y también les regala morrales. Tras las breves palabras, intento acercarme. Una mujer que protesta por las condiciones de la escuela y del transporte escolar es apartada sutilmente por los miembros del equipo de seguridad que asisten sin uniforme. El equipo la aleja para evitar que pueda deslucir el acto. Logran su propósito y la voz de la madre molesta no se cuelga en los micrófonos. Aprovecho el paso del alcalde, ya en retirada, para formularle la misma pregunta que había planteado a Diosdado Cabello: ¿Se está convirtiendo el chavismo en un fenómeno religioso?

–Yo diría que el chavismo se está convirtiendo en un fenómeno amoroso. La base del movimiento es la fe auténtica, el amor hacia el líder del proceso, Hugo Chávez, que amó como a nadie a este pueblo y que lo salvó del abismo al que estaba condenado. Y hay sectores por ahí, la oposición, que intentan desprestigiar ese amor, lo utilizan políticamente para atacar al chavismo. Tú dices que es un fenómeno religioso, y yo digo que es un fenómeno amoroso –contestó Rodríguez sin aceptar la repregunta.

El círculo de gente lo sigue. Una mujer lo bendice. «Cuídese. Nos están pasando muchas desgracias. Estamos perdiendo a muchos líderes». Pero el alcalde no se detiene. Tal vez no escuchó las palabras. Lleva prisa. La gestión de la ciudad es una campaña permanente. Se pierde entre la multitud de manos y cartas mientras vuelve a sonar la música. «Uh, ah, siempre te voy a amar. Uh ah, Chávez no se va». Y el alcalde desaparece en su moto.

Cristina Marksman, la primera bruja de Hugo Chávez, su gran amiga y confidente, contempló desde la lejanía su ascenso a la Presidencia. Desde su ingreso en prisión, tras el golpe de Estado de 1992, solo lo había visto en dos ocasiones. Su hermana Herma, amante durante diez años de Hugo Chávez, había roto todos los lazos desde que presenció su transformación en la cárcel. Ni una llamada, ni un mensaje, ni una carta. Al verlo la noche del triunfo electoral, cuando Hugo era vitoreado junto con su nueva esposa, la joven y atractiva Marisabel de Chávez, por la llegada a la Presidencia, la Negra Cristina celebraba en silencio el cumplimiento de su primera premonición.

Había enviado varios mensajes a Hugo pidiendo una audiencia. Quería saludarlo, festejar el triunfo que también ella sentía como propio. Al fin y al cabo, su victoria le pertenecía. ¿Cuál hubiese sido el destino de Hugo Chávez si ella no le hubiese advertido que rechazara la invitación de los guerrilleros colombianos en aquella carta que le entregaron en el río? ¿Qué le hubiese deparado aquel interrogatorio militar en el que tenía todas las de perder si ella no le hubiese preparado el amuleto al que Hugo se aferró con fuerza mientras era investigado por sus intenciones golpistas?

Se había propuesto organizar un reencuentro con Hugo pero sabía que debía ser paciente. Al nuevo presidente le esperaban meses difíciles con una agenda sin huecos ni tiempos muertos. Tenía nada menos que la tarea de recomponer el país, de comenzar a diseñar el proyecto de nación que había ideado durante más de diez años de conspiración. Se trataba de poner en marcha el plan que comenzó a esbozar en la cárcel y que había defendido con una campaña de cuatro años. Debía designar un equipo, ultimar los nombres de los cargos de confianza. Su agenda estaba llena de reuniones con todos los sectores del país: trabajadores, sindicatos, empresarios, medios de comunicación, representantes de la diversa plataforma política que le había dado cobijo.

El sueño de toda una generación de conspiradores, de promotores del cambio, comenzaba a tomar fuerza. Y ya Hugo no era uno más, como en los tiempos en los que le leía las cartas. Se había convertido en la esperanza de millones de pobres.

Cristina también le quiso hacer llegar mensajes a Hugo a través de amigos en común. Raúl Baduel, que había sido secretario privado de Hugo Chávez durante sus primeros años en el gobierno, organizó una cita para que el presidente se reencontrara con Cristina en una Brigada en Maracay a mediados de 2001. La Negra estaba emocionada porque quería celebrar con Hugo sus conquistas políticas. Pero a última hora, el amigo, «el hermano», el hombre a quien tanto ayudó y guió con sus cartas y sus rezos, suspendió la cita.

Fue tal vez una de las cosas que Cristina sufrió en la intimidad, afectada por el accidente cerebrovascular que habría sufrido y que la había dejado en silla de ruedas. Tantos años de amistad, de consejos, de amor desinteresado y de entrega al proyecto subversivo seguramente merecían algo más que silencio.

Recordaba aquellos años en la quinta Carysa, tantas noches de cenas con aquellos hombres uniformados y de doble vida, que juraban lealtad al presidente por el día y conspiraban contra él en

la noche. ¡Cuántas fiestas amenizadas por José Alberto Alas Méndez, el vecino que tocaba arpa y que lograba congregar a los militares y civiles en las noches cuando Chávez también acaparaba el protagonismo contando chistes o improvisando poemas! ¡Cuántas reuniones de madrugada, entre café y café, para reclutar colaboradores para la causa! También recordaba aquel poema que con tanto amor Hugo había recitado frente al Cristo negro de Esquipulas, en Nicaragua, para pedir por la salud de Cristina que aquel momento se había quebrado.

Negro y Cristo / ¡Es Cristina! / que te veo / hermana / es la luz de la vida / que tendrás al otro siglo / tu palabra / llegará. Sabia eres / Cristo Negro/ es Cristina / dale luz / dale vida / ¡y reinarás!

Las distancias con el poder suelen ser insalvables. Cuando se alcanza la cumbre, se crea un abismo alrededor de los hombres que ni los amigos más íntimos pueden superar.

El arquitecto Nedo Paniz prestó su carro, su casa y su tarjeta de crédito a Chávez durante su primera campaña electoral. Fiel colaborador en los momentos en que Hugo aún no contaba con suficiente financiación, fue un ayudante cuya lealtad jamás se puso en duda. Chávez vivió y trabajó en su casa durante buena parte de la campaña electoral. Paniz tenía recursos que ofrecer y tal vez también esperaba una recompensa cuando el movimiento alcanzara el poder. Pero el arquitecto, aficionado al paracaidismo, como Chávez, tuvo una caída inesperada. En la recta final de la campaña, el candidato comenzó a mostrarse distante. Ya no necesitaba la ayuda de Paniz porque había conocido decenas de amigos con más recursos dispuestos a aportar tanto o más que su ayudante. Se dio cuenta de que había dejado de ser útil y, por tanto, había sido relegado en la lista de ayudantes de Hugo Chávez.

La última vez que el candidato se encontró con Paniz fue en uno de los cierres de actos de campaña en el aeropuerto de La Carlota, en Caracas. La multitudinaria asistencia a los mítines certificaba un triunfo imposible de detener.

—Es obvio que vas a ganar. Esto no lo para nadie. Yo no te voy a llamar. Si tú me necesitas, ya sabes donde estoy —dijo Paniz intuyendo un alejamiento definitivo.

Sospechaba que toda la ayuda y el tiempo destinado al proyecto había sido en vano. Y los temores se confirmaron. Chávez jamás lo llamó para formar parte del Gobierno. Tampoco lo invitó a la cena de celebración por la toma de posesión donde estuvieron miles, empresarios y amigos que lo ayudaron a alcanzar la Presidencia.

El nuevo mandatario lo había excluido de la reunión, pero Paniz asistió por la invitación piadosa de otro militar amigo que había entrado en el alto gobierno junto con Hugo Chávez.

—Ahí presencié lo peor de la política y de la condición humana. Vi cómo (el empresario) Gustavo Cisneros se acercaba a Hugo pero él lo miraba por encima del hombro. Nunca se sentó en la mesa con él. Vi un exceso de adulación, de *jalabolismo*, como decimos aquí en Venezuela. Él utilizaba a la gente en función de su proyecto político, pero jamás tuvo amigos entrañables, solo oportunistas. El empresario Boulton le prestó aviones y Chávez lo volvió mierda. Cuando dejabas de ser útil, desaparecías de su vida de un día para otro.

Su amante Herma Marksman pudo ser la más utilizada durante todo el proceso. Al menos así se siente ella cuando recuerda las noches en vela que había pasado al coser las banderas de Páez para los actos de Chávez, para enviar recados, para reclutar gente y enviar mensajes en su identidad de «comandante Pedro». Muchos habían sido los viajes al interior del país, que recorrió de punta a

punta para llevar a su amante a reuniones con los sectores subversivos. Aceptó incluso ser la mujer en la sombra. Todo eso había quedado en el olvido. Herma nunca pudo ser la primera dama que habían imaginado muchos de sus compañeros de conspiración. Durante su relación, siempre estuvo pendiente de que se encontrara bien, que no le faltara nada. Pero una vez que se convirtió en figura pública, Herma quedó archivada en su hemeroteca sentimental, en su registro de personas importantes que pasaron por su vida en algún momento pero que sabía que no regresarían más.

Tras la ruptura, Herma le devolvió varias cartas y objetos personales a Hugo Chávez, pero el presidente tuvo un detalle con ella. Se los envió de vuelta. Dijo que todas esas cosas le pertenecían. Herma sigue conservando el primer mechón de cabello de Hugo Chávez la primera vez que fue a la peluquería, los diarios con sus confesiones más íntimas, las cartas, las fotografías. Se trata de una colección de objetos con gran valor sentimental e histórico.

El desprecio hacia quienes más lo quisieron ratifica el convencimiento de su examiga, la periodista Ángela Zago, de que Hugo Chávez nunca fue capaz de amar realmente a los suyos. Solo estaba enamorado de su proyecto político, del poder que había alcanzado. Desde la cárcel, el general Raúl Baduel también confirma el diagnóstico.

—A todos nos utilizó para sus propósitos políticos, pero si hay alguien a quien realmente utilizó fue a Herma.

El último hechizo

Meses después de su muerte, el suelo venezolano volvió a agitarse como si el mal dormir de un gigante sacudiera los cimientos de la patria. Hugo Chávez se llevó a la tumba un secreto que solo conoció un puñado de amigos fieles, hombres y mujeres que lo acompañaron en su primera aventura conspirativa. Mientras digerían el fallecimiento del militar que acaparó la vida pública y privada de todos, comenzaron a recordar lo que sucedió el día en que Hugo Chávez acudió al río con su espada.

El país había vuelto a estallar en protestas. Los manifestantes exigían el recuento de los votos de las últimas elecciones presidenciales y cuestionaban la victoria de Nicolás Maduro. Meses después llegó la acción violenta, la revuelta contra una forma de gobierno que había construido el Comandante Eterno quince años atrás. Los estudiantes incendiaron tanques militares en San Cristóbal y en Caracas, se enfrentaron a policías, lanzaron piedras contra sedes del gobierno mientras una parte importante del país pedía la renuncia de Nicolás Maduro. Hubo más de cuarenta muertos, centenares de estudiantes y jóvenes presos. Las calles y autopistas estaban tomadas por la oposición. Eran los días del regreso a las barricadas, a la desobediencia, a la insurrección para lograr la caída del régimen.

Pero los ánimos incendiarios y la ira colectiva se aplacaron repentinamente como si una lluvia pasajera apagara las llamas y convirtiera la insurrección en cenizas. Cuando el gobierno parecía acorralado, doblegado por la desobediencia ciudadana, al borde del abismo, todo volvió al cauce de la normalidad. Los manifestantes regresaron a sus trabajos, los estudiantes a sus aulas y la oposición se resquebrajaba una vez más y afloraban de nuevo sus divisiones. De la ira, a la calma, de las pedradas, a la siesta. Parecía que no había voluntad humana capaz de debilitar las bases de un sistema concebido, sembrado y alimentado por Hugo Chávez.

En aquellos días, el gigante de América comenzó a aparecerse a sus amigos y allegados a través de los sueños. Ya no solo se paseaba por la cárcel de Ramo Verde, donde cumplen condena los presos políticos o los políticos presos, como prefiere calificarlos el chavismo. A algunos les pedía reflexionar sobre los errores cometidos y les rogaba más visión para entender la complejidad en la que estaba sumergido el país. También demandó rectitud, no torcer en los objetivos planteados. Exigía lealtad en su ausencia como la tuvo mientras estuvo presente.

Uno de los sueños causó gran alarma entre quienes tuvieron noticias de aquella visita de Hugo al río y que conocían un secreto guardado desde hacía más de dos décadas. Un enorme pájaro negro se apareció a uno de los hombres que conoció muy bien al comandante, aunque nunca llegaron a ser amigos. Era un una especie gárgola, de grandes dimensiones, una criatura sobrenatural con un frondoso plumaje negro. La bestia se posó en la ventana de su habitación y se reclinó como invitando a montar sobre su cuerpo.

El hombre, en la profundidad de su cama, tenía temor, se resistía, pero estaba convencido de que se trataba de un llamado, de una aparición sobrenatural. Entonces decidió incorporarse sobre el ave. Cuando aún no se había acoplado a aquel extraño cuerpo, el pájaro comenzó a separar sus plumas

para preparar el ascenso.

Desplegó sus alas y las agitó rápidamente arriba y abajo para alzar vuelo cara al mar. Las batía dando latigazos secos y certeros. Sintió vértigo. El ave iba a gran velocidad y pensó que en cualquier momento se podía caer. No había luz, como en muchos de sus sueños. La noche y los días oscuros eran el telón de fondo de su mundo onírico. Nunca había sol y nunca había luna. Aquellas aproximaciones con otras realidades eran grises y borrosas.

Después de un vuelo breve, el soñador divisó tierra. Era una isla que le pareció pequeña a primera vista, pero que se iba agrandando en la medida en que se acercaba a ella. El pájaro fue perdiendo altura hasta divisar un edificio con grandes ventanas. A través de ellas pudo ver un hombre en una camilla, que se quejaba y se retorció de dolor. Estaba rodeado de equipos médicos. De repente, el enfermo se giró hacia la ventana, como si lo estuviera esperando, como si guardara un mensaje para él que solo podría transmitirle a través de aquel sueño. Al ver su cara se dio cuenta que era Hugo Chávez, con su enfermedad avanzada, aquejado de los dolores. Estaba consciente y con vida, pero su mensaje era otro: «Me mataron, me mataron». Lo pronunció dos veces, para que no hubiese lugar a dudas. Fue lo único que dijo aferrándose a su último suspiro de vida, que se había escapado hacia aquel sueño.

Esa sentencia sin culpables, con sujeto tácito, solo podía ser lanzada a través de ese limbo de fantasía y realidades, de temores y de mensajes inexplicables. Por medio de esa ventana, tal vez Hugo Chávez también quería recordar que aún seguía presente como la llama del Cuartel de la Montaña, como las velas en Sorte, como las ofrendas florales que nunca marchitan ante la tumba de Bolívar.

No hubo más palabras. Tampoco él habló. Quedó en el aire esa aterradora incógnita. ¿Quién lo había matado? ¿A quién estaba acusando? Quiso regresar, tal como había ido, sobre aquella ave mística que emprendió el mismo camino de regreso, atravesando el mar manso que también era el mar de la angustia, de los secretos y de las incertidumbres.

Volvió a avistar la tierra desde donde habían partido pero el ave quiso ir más lejos. Seguía batiendo sus alas rápidamente mientras se internaba en un bosque donde las copas de los árboles creaban un manto protector natural que cubría el río. A lo lejos también divisó unas casas y un poblado que le resultaba familiar. Tuvo algún recuerdo vago pero no estaba seguro de si solo se trataba de un sueño repetido o si había estado allí con anterioridad.

El ave bajó entre las ramas y se posó en la orilla del río. El agua bajaba con rapidez y casi silenciaba el cantar de los otros pájaros que descansaban en las ramas observando con curiosidad lo que iba a ocurrir. El plumífero funesto quedó paralizado con la vista fija y con el pico apuntando hacia el suelo. Entonces, de repente, sin saber cómo, escuchó una voz: «Es aquí, sácalo». Y volvió a repetir la orden. «¡Sácalo!, ¡sácalo!»

Quedó desconcertado ante aquella voz que no sabía de dónde provenía. Entonces el ave volvió a tomar vuelo y deshizo el camino realizado para dejar al hombre de nuevo en su casa. Al despertarse, sintió un enorme vacío como si le faltara alguna pieza para armar el extraño rompecabezas, para entender esas sensaciones que habían comenzado en su sueño pero que permanecían en él aún despierto, en la cotidianidad de su cama. Miró hacia la ventana y no había ningún pájaro negro. Estaba amaneciendo.

A diferencia de muchos de los militares y amigos de Chávez, aquel hombre no era supersticioso:

nunca nadie tuvo noticias de que iba a leerse las cartas ni la mano. Sus allegados apuestan a que ni siquiera prestaba atención al horóscopo. Pero aquella experiencia lo perturbó y ahora desea olvidarla. Está convencido de que no fue un sueño convencional, sino más bien una visión, un mensaje que no podía ni lograba entender.

A los pocos días, contó a sus amigos lo sucedido y el mensaje se fue expandiendo. En ocasiones, con las escenas intercaladas, otras veces con algunas omisiones o añadiduras. Al final, un sueño se había convertido en muchos pero el mensaje permanecía intacto. En aquella época, Chávez era una constante en todas las conversaciones, en las bodas y en los velorios. Sus allegados seguían conjugando sus verbos en presente, como si estuviese vivo, como si la muerte fuese alguna mentira inventada por sus enemigos políticos.

La escena no podía ser casual y aquel paisaje del sueño, aquellos árboles y aquel río de tierras llanas eran los mismos que habían descrito quienes tuvieron noticias de aquel ritual en el que Chávez enterró el sable de su graduación militar. Entonces lo que había sido un sueño se transformó en algo con una trascendencia mucho mayor.

Casi nadie tuvo noticias de aquel misterioso viaje de Hugo. Había quedado en el olvido. Pero los días que transcurrieron después de la muerte de Cristina, en mayo de 2002, sus familiares revisaban sus cosas mientras decidían el destino de su ropa, de sus objetos personales. Casi siempre se regalaban entre familiares y amigos. Removiendo en los armarios y los cajones, encontraron una réplica de la espada del Mío Cid y entonces buscaron el sable de graduación que Hugo había regalado a Cristina. Revisaron en todas las esquinas y los rincones y terminaron por preguntar a la mujer que en aquellos años ayudaba en su casa en las tareas domésticas. ¿Dónde estaba aquel sable de graduación de Hugo Chávez?

- Esa espada se la llevó la señora Cristina a un río para hacer un ritual - desveló la empleada.

En aquellos días, tras el golpe de Estado que sufrió Hugo Chávez en 2002, dos mujeres quisieron conocer el lugar donde se había celebrado el ritual. Una de ellas, la doctora Isabel, había sido amiga de Cristina. La otra era una mujer desconocida, pero sin duda era una bruja. Estaba interesada en conocer el punto exacto donde Hugo había enterrado su espada. Necesitaba hallar la ubicación para deshacer el hechizo que mantenía en el poder a Hugo Chávez. Y pidió la colaboración de todos los que hubiesen tenido noticias de aquel rito para intentar precisar la zona, para obtener pistas de la ubicación exacta. Pero nadie pudo ni quiso ayudar. Solo obtuvo silencio.

Son muy pocos los que tenían noticias del día en que Hugo Chávez se dirigió al río para celebrar su ritual más íntimo, pero nadie asegura conocer el lugar exacto. Se cree que fue en automóvil desde Valencia y dejó el vehículo en un área despejada, en el inicio del camino que se adentraba hasta el río para completar el trayecto a pie. Allí no se escucha el motor de ningún vehículo y se respira aire puro. Por esos caminos, ha aparecido alguna gallina degollada. Seguramente Hugo no fue el primero ni el último en acudir al río para realizar rituales. La atmósfera es limpia, y huele a bosque y a agua fresca.

Aquel día, Hugo y Cristina buscaron un lugar adecuado hacer un hueco profundo cerca de un árbol junto a aquel río elegido para atraer las energías de otros mundos. Con el agujero pretendían llamar a los que vivieron y triunfaron antes, a los ancestros, a los guerreros y a los libertadores.

El ritual no pudo ser muy diferente a los que había presenciado en la montaña de Sorte, rodeado de velas sobre la tierra húmeda. Desenfundó el sable plateado, reluciente que le habían entregado el día

de su graduación en la Academia Militar. Era el símbolo del esfuerzo, de su lucha y de todo lo que estaría por venir.

Como en casi todos los juramentos y actos especiales, Hugo transmitía una poderosa energía vital. Solía mantener la mirada clavada en el horizonte como si estuviera pasando revista a los suyos. Utilizaba un discurso solemne, como había hecho años atrás ante la tumba del Látigo Chávez, el beisbolista de las Grandes Ligas a quien le unía el apellido y el deseo de triunfar en Estados Unidos. Siempre quiso seguir su camino, ser pitcher como él, pero cuando decidió su ingreso en la Academia Militar, se vio obligado a visitar el cementerio donde estaba enterrado. Sentía la obligación de informarle que no cumpliría su sueño de niño, que había elegido otro camino, animado por su familia, para comenzar una carrera militar mucho más segura.

Hugo siempre fue hombre de sobrias escenificaciones, juramentos y discursos. No podía ser diferente el día del hechizo junto al río en el que tuvo que recordar a sus compañeros de graduación. Seguramente también hizo un recorrido por la historia al mencionar a los héroes que habían derramado su sangre para conquistar la libertad de la patria. El llamado a Pedro Camejo, el Negro Primero, uno de los mejores lanceros de José Antonio Páez, el grito al indio Guaicaipuro, a Simón Rodríguez, a Ezequiel Zamora y a Simón Bolívar. Seguramente recurrió a los pensamientos de Bolívar para sentenciar, como él, que no daría descanso al brazo ni reposo al alma hasta ver refundada la patria.

Tuvo que apoyar las rodillas sobre la tierra húmeda y dejar la daga sobre un lugar en el que casi tocaba las raíces de un árbol robusto y de tronco grueso que parecía centenario. Con sus propias manos depositó tierra sobre la espada y contempló cómo iba desapareciendo bajo el suelo. Era el momento en el que Hugo Chávez estaba sembrando su lucha. Los espíritus y las cortes espirituales más activas del país velarían porque aquella espada venciera a los enemigos, sometiera a los adversarios y permitiera el triunfo de aquel soldado de la patria, hijo de Guaicaipuro y de Bolívar, de Maisanta y de Zamora, del Negro Primero y de Simón Rodríguez.

Desde entonces, el camino se había allanado para Hugo Chávez. Los espíritus de la sabana le advirtieron de enemigos, la fuerza de Simón Bolívar se instaló en sus huesos y la astucia de los ancestros lo guió hasta alcanzar el poder y transformar el país. Sobrevivió a tres delaciones, a dos divorcios, a un golpe de Estado, y a varios planes conspirativos hasta que fue vencido por la enfermedad que llegó sin aviso y que solo Cristina le había advertido veinticinco años antes.

Ese era el convencimiento de quienes conocen aquel ritual que hoy queda como recordatorio de aquel episodio fantástico y real, como lo fue toda su vida. Ningún protagonista de aquel hechizo permanece vivo. Solo han sobrevivido testigos indirectos. Algunos están convencidos de que la salida del chavismo no pasará por la agitación callejera ni por un proceso electoral. El fin del régimen que ha acumulado el mayor poder en toda la historia democrática venezolana solo se consumará con la destrucción de ese conjuro.

Lo dicen los brujos y militares enterados de aquel acontecimiento: para que Chávez descanse, para que el país vuelva a ser el de antes, hay que desenterrar esa espada. Hasta ahora, al menos una voluntaria se ha ofrecido para ejecutar el trabajo a riesgo de que sobre ella se desate la ira de Hugo Chávez o de los espíritus que lo ayudaron con aquel pacto de poder. Estaba dispuesta a enfrentarse a ánimas aguerridas y a las maldiciones más terribles con tal de deshacer el conjuro que mantiene adormecido al pueblo de Venezuela. Pero ninguno de los conocedores del ritual ha querido colaborar. Creen que no es el momento. Temen las consecuencias que se podrían desatar si se

revuelve aquella tierra.

Mientras tanto, el sable permanece conectado a las raíces del árbol, y se alimenta de la tierra y bebe agua del río que discurre sobre él. Allí sigue vivo el último hechizo de Hugo Chávez.

Epílogo

La carta que Hugo Chávez escribió a su primera bruja, a su amiga de confianza, a la mujer que consideraba su hermana, Cristina Marksman, contiene relevaciones que trascienden la afición de Chávez a someterse a rituales de brujería. La misiva, escrita en 1985 y hasta ahora inédita, también demuestra las profundas ambiciones de poder de un joven militar que ya elegía escribir con tinta roja los documentos que requerían toda su energía.

En la misiva en la que solicita a la bruja Cristina atender a uno de sus soldados, Chávez se ofrece para asumir el costo de los trabajos que hicieran falta para solucionar los graves problemas del soldado. La atención esotérica no solo era el método rápido elegido por el conspirador para resolver los problemas de sus amigos y la vía para salir de las encrucijadas. También suponía un acto generoso, un gesto de amor con los allegados.

La fuerza y la determinación de Chávez siempre estuvo presente en todo lo que hizo. «Nos chupaba la energía a todos. Cuando se iba, sentíamos que descansábamos», recuerda su amante durante una década, Herma Marksman. En la carta en la que pide ayuda a su bruja Cristina, su energía infinita, su impulso arrollador también queda plasmado. El joven militar comienza la misiva contando a la vidente que percibe «una fuerza muy grande». No hay espacios para un simple «¡Hola! ¿Cómo estás». Sus mensajes siempre tenían mayor vuelo y trascendencia.

Y el ímpetu del hombre que se sentía predestinado para tomar las riendas del país no podía tener otro color que el rojo. Treinta años después, Herma Marksman se percata de la tinta utilizada en el documento y saca sus propias conclusiones: «Ya andaba con eso del rojo desde hacía muchos años. No me había dado cuenta de ese detalle hasta ahora». El color de la sangre y la pasión fue el elegido por Chávez para algunas de sus cartas pero años más tarde lo convertiría también en su color político, en el símbolo de la revolución. Era el color de la adhesión, de la uniformidad.

A pesar de ser considerada una pseudociencia, los estudiosos de la grafología coinciden en que los autores que usan el bolígrafo o la tinta roja suelen tener gran energía, determinación y capacidad de liderazgo.

La grafóloga hispano-argentina Agustina Gómez Rodríguez, considera que los colores de los manuscritos dan información sobre la personalidad y la intencionalidad del autor. «El color rojo es el del fuego, el de la sangre, por lo que se le asocia al peligro, la guerra, la energía, la fortaleza, la determinación, así como a la pasión, al deseo y al amor. Es un color muy intenso a nivel emocional. La preferencia por la tinta de este color revela que se trata de una persona que gusta de vivir intensamente. Amante de las aventuras», explica Gómez Rodríguez.

La grafología también señala una vertiente autoritaria entre quienes se decantan por este color al escribir. «Es el líder natural, por excelencia. Revela también una persona dinámica y creativa. Persona que pone en juego sus fuerzas para lograr sus objetivos. Tendencia a un lado agresivo que debe controlar. Se le asocia al don de mando», asegura la misma autora.

La pasión, la determinación, la guerra y el amor. Al margen de las posibles coincidencias en las

explicaciones grafológicas de quienes usan la tinta roja con la personalidad de Hugo Chávez, los cuatro elementos están presentes en el documento en el que el joven militar pide el auxilio a su consejera espiritual. Chávez tenía una estrecha relación con Cristina Marksman. Era mucho más que amistad, se trataba de un vínculo casi familiar. Al menos lo fue durante los años conspirativos. Esa relación queda reflejada en la breve pero rotunda despedida. Con el «Te quiero mucho. Hasta el fin», Chávez transmite sus sentimientos sin cercos, infinitos, como sus ansias de triunfo, como su vocación de conquistar el poder.

La carta también refleja dos aspectos detallados en este libro: la devoción por su ídolo político y familiar Maisanta y su inclinación hacia postulados y sentencias verbales relacionadas con la muerte. Este elemento está contenido en el nombre de su grupo militar: «Los centauros de la muerte». Tal como le advirtió su amigo Jacinto Pérez Arcay después de la detección del cáncer, Hugo Chávez abusaba de sus menciones a la muerte. La usó como canto de guerra político y como sinónimo de la determinación en su causa. Y la costumbre se remontaba a sus inicios conspirativos. La muerte y el infierno formaban parte de su diccionario habitual. «Patria, socialismo o muerte», «Lucharemos hasta la muerte», «Mis centauros de la muerte».

En esos años también había consolidado su devoción personal hacia Maisanta, su bisabuelo con pasado revolucionario y figura histórica controvertida. Hizo que sus compañeros se acercaran al personaje de quien creía que había heredado mucho más que sus genes. También se sentía predestinado a seguir su camino de lucha, a alzar la bandera de los desterrados, de los pobres y los desatendidos.

La figura de Maisanta había salido en el interrogatorio motivado por la segunda delación durante la preparación del golpe de Estado de 1992. El propio Fernando Ochoa Antich, el ministro que tuvo que enfrentar el golpe de Estado de 1992 y que fue removido cuatro meses después de la sublevación militar, quiso hablar de Maisanta durante los interrogatorios en los que acusaban a Chávez de golpista y comunista.

El bisabuelo de Chávez era tema de interés para el mundo militar y todos debían saber quién fue y qué hizo. Era uno de los símbolos que necesitaba, y así lo transmitió a sus conspiradores y aliados políticos y a todo el país. Y su vidente, la mujer que alejaba a los espíritus «con sus artes y su corazón», también debía saber que Maisanta marcaba el camino. Su camino era el de todos. El de la fuerza inmensa, el de la revolución y el de los amuletos y los rituales esotéricos para doblegar a los adversarios y a los enemigos.

ELORZA, 03 OCT 1985.

QUERIDA CRISTINA:

UN ABRAZO GRANDE,
ESPERANDO QUE TE ENCUENTRES BIEN.

YO ESTOY ACÁ SOBRE LA PROPIA
TIERRA DE MALSANTA, CON UNA FUERZA
MUY GRANDE.

AMIGA MÍA, ACUDO A TÍ
PARA PRESENTARTE AL CASO P^{ro}.

JOSÉ DEL CARMEN MEJÍAS, QUIEN
ES UNO DE MIS "CENTAUROS DE LA
MUJERTE" Y PRESENTA UN PROBLEMA
SERIO. YO SÉ QUE TÚ LO VAS A
AYUDAR.

MÁNDAME ESCRITO LO QUE TÚ CONSI-
DERES DEL CASO. Y LO QUE NECESITAS
PARA TU TRABAJO.

TE QUIERO MUCHO. HASTA EL FIN.

HUGO ROSAEL (H)

ORACIÓN DEL DELEGADO

Chávez nuestro que estás
en el cielo en la tierra, en el mar
y en nosotros, los y las delegadas.

Santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu legado
para llevarlo a los pueblos
de aquí y de allá.

Danos hoy tu luz
para que nos guíe cada día.

No nos dejes caer
en la tentación el capitalismo,
mas líbranos de la maldad
de la oligarquía, del delito de contrabando,
porque de nosotros y nosotras
es la patria, la paz y la vida.
Por los siglos de los siglos, amén.

¡Viva Chávez!

María Uribe, delegada Partido Socialista Unido de Venezuela (Psuv) en la clausura del I Taller para el
Diseño del Sistema de Formación Socialista el 1 de septiembre de 2014.

Índice onomástico

Academia Militar, *11 menciones*
Acosta, Noé, *1 mención*
Acosta Chirinos, Yoel, *4 menciones*
Aguilar, Pablo Gregorio, *12 menciones*
Aissami, Tarek El, *2 menciones*
Alas Méndez, José Alberto, *1 mención*
Aldana, Alfredo, *1 mención*
Álvarez, Adalberto, *1 mención*
Álvarez, Carlos Miguel, *1 mención*
Andueza, José Guillermo, *1 mención*
Arias Cárdenas, Francisco, *17 menciones*
Armas Pérez, Ramón, *1 mención*
Arvelo Torrealba, Alberto, *1 mención*
Ascencio, Michaelle, *3 menciones*
Aveledo, Ramón Guillermo, *1 mención*
Ávila, Raúl, *1 mención*
Azzi, Adriana, *3 menciones*
Babalú Ayé, *1 mención*
Baduel, Isaías, *5 menciones*
Bardasano, Carlos, *1 mención*
Barquero, Lorenzo, *1 mención*
Barráez, Sebastiana, *1 mención*
Barrera, Alberto, *1 mención*
Barrios, Ramón, *3 menciones*
Bastidas, «Pancho», *1 mención*
Benavides, Williams, *2 menciones*
Bernal, Freddy, *2 menciones*
Berroterán, Segundo, *1 mención*
Betancourt, Rómulo, *6 menciones*
Blanco La Cruz, Ronald, *8 menciones*
Blanco Muñoz, Agustín, *3 menciones*
Blanco, Roraima, *1 mención*
Bolívar, Simón, *32 menciones*
Bolívar, Didalco, *1 mención*
Boon, Lisseth, *1 mención*
Bravo, Douglas, *1 mención*
Brito, Federico, *1 mención*
Bush, George, *1 mención*
Cabello, Diosdado, *3 menciones*
Caldera, Rafael, *3 menciones*
Campbell, Naomi, *1 mención*
Capriles Radonski, Henrique, *3 menciones*
Caricatto, Andrea, *1 mención*
Carmona Estanga, Pedro, *2 menciones*
Carrera Damas, Germán, *1 mención*
Carrillo, Adriana, *1 mención*
Castillo, Gladys, *1 mención*
Castro, Cipriano, *2 menciones*
Castro, Fidel, *31 menciones*
Castro, Wilmar, *2 menciones*

Ceballos, Luis, *1 mención*
Changó, *10 menciones*
Chávez, Adán, *14 menciones*
Chávez, Argenis, *2 menciones*
Chávez, Hugo, *105 menciones*
Chávez, María Gabriela, *1 mención*
Chávez, Rosa Virginia, *2 menciones*
Chirinos, Edmundo, *1 mención*
Cisneros, Gustavo, *1 mención*
Colimodio, Marilú, *1 mención*
Colmenares, Nancy, *2 menciones*
Contreras, Virginia, *2 menciones*
Crespo, Joaquín, *4 menciones*
Cruz, Celia, *1 mención*
Delgado, Benito, *4 menciones*
Delgado Chalbaud, Carlos, *1 mención*
Díaz Álvarez, Manuel, *1 mención*
Dios, Juana de, *8 menciones*
Doña Bárbara, *2 menciones*
Eleguá, *3 menciones*
Enrique II, *1 mención*
Farfán, Francisco, *1 mención*
Fariás, Jacqueline, *2 menciones*
Felipe II, *1 mención*
Fernández, Cristina, *3 menciones*
Fernández, Eduardo, *1 mención*
Fernández, Orlando, *4 menciones*
Fiódorovna, Alejandra, *1 mención*
Flores, Cilia, *6 menciones*
Frías, Adrián, *1 mención*
Frías, «Chiche», *1 mención*
Frías, Elena, *3 menciones*
Fuenmayor, Gladys, *1 mención*
Gallegos, Rómulo, *2 menciones*
Gandhi, *2 menciones*
García, Ismael, *2 menciones*
Gómez Rodríguez, Agustina, *1 mención*
Gómez, José Bernardo, *1 mención*
Gómez, Juan Vicente, *3 menciones*
González Cárdenas, Andrés Eloy, *1 mención*
González Guinán, Francisco, *1 mención*
González, Liliana, *1 mención*
Grüber Odremán, Hernán, *1 mención*
Guaicaipuro, *9 menciones*
Guevara, Che, *4 menciones*
Hernández Behrens, Edgar, *1 mención*
Hernández, Humberto, *1 mención*
Hernández, José Gregorio, *2 menciones*
Hernández, José Manuel «el Mocho», *1 mención*
Hernández, Maripili, *6 menciones*
Herrera, Mauricio, *1 mención*
Ho Chi Min, *2 menciones*
Infante, Claudina, *1 mención*
Isabel (malandra), *1 mención*
Ismael (malandro), *1 mención*
Jiménez, Cristóbal, *3 menciones*
Juan Pablo II, *5 menciones*
Lara, William, *1 mención*

León, María, *2 menciones*
León, Oscar de, *1 mención*
María Lionza, *15 menciones*
Lombano Domínguez, Gilberto, *1 mención*
López, Chepín, *4 menciones*
López Henríquez, Josué, *1 mención*
López, Leopoldo, *1 mención*
López, Santos, *3 menciones*
Lorges, Gabriel de, *1 mención*
Lucero, Reina, *1 mención*
Lusinchi, Jaime, *4 menciones*
Luther King, Martin, *2 menciones*
Maduro, Nicolás, *15 menciones*
Maduro Guerra, Nicolás, *1 mención*
Maica, Cristina, *1 mención*
Mandela, Nelson, *2 menciones*
Manuitt, Eduardo, *1 mención*
Marcano, Cristina, *1 mención*
Marksman, Cristina, *84 menciones*
Marksman, Herma, *62 menciones*
Márquez, Noel, *3 menciones*
Médici, Catalina de, *2 menciones*
Medina Angarita, Isaías, *1 mención*
Medina, José, *2 menciones*
Mejías, José del Carmen, *1 mención*
Mermejo, César, *1 mención*
Miquilena, Luis, *3 menciones*
Mir Rocafort, Josep, *1 mención*
Molina, Numa, *7 menciones*
Moll, Roberto, *1 mención*
Montes de Oca, Rafael Andrés, *1 mención*
Morales, José María «Willy Mora», *1 mención*
Moronta, Mario, *7 menciones*
Müller, Alberto, *1 mención*
Namberg, Torres, *1 mención*
Negro Felipe, *4 menciones*
Negro Primero, *4 menciones*
Neruda, *1 mención*
Nikoláyevich Románov, Alexei, *1 mención*
Nostradamus, Michel, *2 menciones*
Obatalá, *2 menciones*
Ochoa, Arnaldo, *1 mención*
Ochoa Antich, Enrique, *1 mención*
Ochoa Antich, Fernando, *1 mención*
Ochún, *2 menciones*
Ortega, Carlos, *3 menciones*
Otero Silva, Miguel, *1 mención*
Oyá, *1 mención*
Padrón, Carmencita, *2 menciones*
Padrón, Margarita, *1 mención*
Paiva, Jesús, *1 mención*
Palacios, Aramis, *1 mención*
Paniz, Nedo, *10 menciones*
Pardo, Isaac J., *1 mención*
Parejo de Crespo, Jacinta, *1 mención*
Peñaloza, Carlos Julio, *1 mención*
Pérez, Carlos Andrés, *11 menciones*
Pérez, Carolina, *1 mención*

Pérez Arcay, Jacinto, *2 menciones*
Pérez Palacios, José Daniel, *1 mención*
Pérez Jiménez, Marcos, *2 menciones*
Pérez, Marta, *1 mención*
Pérez Delgado «Maisanta», Pedro, *15 menciones*
Pétion, Alexandre, *1 mención*
Pettrizzelli, John, *1 mención*
Pino Iturrieta, Elías, *1 mención*
Plaza, Rafael, *3 menciones*
Pocaterra, Noelí, *1 mención*
Pulido, Romina, *1 mención*
Ramírez, Germán, *4 menciones*
Rangel Briceño, Gustavo Reyes, *1 mención*
Rangel Silva, Henry, *1 mención*
Rangel, José Vicente, *3 menciones*
Rasputín, Grigori, *2 menciones*
Rega, José López, *1 mención*
Regalado, Armando, *2 menciones*
Rengifo, Evenia, *2 menciones*
Rincón, Lucas, *2 menciones*
Rodríguez, Jorge, *4 menciones*
Rodríguez, José Luis, *1 mención*
Rodríguez, Juan Eduardo, *1 mención*
Rodríguez de Chávez, Marisabel, *2 menciones*
Rojas Suárez, Antonio, *1 mención*
Romero, Telmo, *7 menciones*
Ron, Lina, *1 mención*
Rosa Inés, *4 menciones*
Rosendo, Manuel, *1 mención*
Russián, Clodosbaldo, *1 mención*
Sáenz, Manuelita, *2 menciones*
Sáez, Irene, *1 mención*
Sai Baba, *1 mención*
Salas, Donato, *1 mención*
Sánchez, Celia, *1 mención*
Sánchez, Elisabeth, *10 menciones*
Sánchez, Nelson, *4 menciones*
Santana, Maigualida, *3 menciones*
Santodomingo, Roger, *1 mención*
Savino Urosa, Jorge, *1 mención*
Serra, Robert, *1 mención*
Shapiro, Melvin, *1 mención*
Silva, Mario, *3 menciones*
Socorro, Milagros, *1 mención*
Soto, Enrique, *2 menciones*
Sucre, Antonio José de, *3 menciones*
Tapia, El «Cigarrón», *1 mención*
Tapia, José León, *1 mención*
Tarazona, Eloy, *2 menciones*
Tascón, Luis, *1 mención*
Telmo Ojeda, Pedro, *1 mención*
Terán, Degni, *1 mención*
Urdaneta Hernández, Jesús, *2 menciones*
Uribe, María, *1 mención*
Uslar Pietri, Arturo, *1 mención*
Valderrama, Luis, *5 menciones*
Valdés, Carlos, *3 menciones*
Valenzuela, Marcial, *2 menciones*

Valera Querales, Ramón, *1 mención*
Valero, Azael, *1 mención*
Velasco, Ignacio, *3 menciones*
Velásquez, Ramón J., *2 menciones*
Villegas, Mario, *1 mención*
Viloria, Marcos, *1 mención*
Yemayá, *3 menciones*
Yusúpov, Félix, *2 menciones*
Zago, Ángela, *4 menciones*
Zamora, Ezequiel, *8 menciones*

Notas:

- ¹ Programa Comunidades en Comunicación de Comunicación 94.9 FM. Entrevista con Alexander Durán en San Cristóbal.
- ² Marcano, Cristina y Barrera Tyszka, Alberto. *Hugo Chávez sin uniforme, una historia personal*. Debate. Caracas, 2004.
- ³ Blanco Muñoz, Agustín. *La Maisantera Chávez. Habla Luis Valderrama*. Fundación Cátedra Pío Tamayo. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 2005.
- ⁴ Marcano, Cristina y Barrera Tyszka, Alberto, op. cit.
- ⁵ Blanco Muñoz, Agustín, op. cit.
- ⁶ Blanco Muñoz, Agustín, op. cit.
- ⁷ Programa Comunidades en Comunicación de Comunicación 94.9 FM. Entrevista con Alexander Durán en San Cristóbal.
- ⁸ Blanco Muñoz, Agustín, op. cit.
- ⁹ *La astucia de Shangó*. Colección Todo Santería. Editorial Panapo de Venezuela. Caracas, 2009.
- ¹⁰ <http://aceraciudadananoticias.blogspot.com.es/2012/05/abominaciones-rumores-esotericos-sobre.html>
- ¹¹ Blanco Muñoz, Agustín. *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*. Fundación Cátedra Pío Tamayo. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 2003.
- ¹² Velásquez, Ramón J. *Joaquín Crespo, el último caudillo liberal*. Editora El Nacional. Caracas, 2010.
- ¹³ Gasparini, Juan. *La fuga del brujo*. Editorial Norma. Buenos Aires, 2005.
- ¹⁴ Consalvi, Simón Alberto. ABC de la Semana. «Atentado en los Próceres».
- ¹⁵ Consalvi, Simón Alberto. ABC de la Semana. «Atentado en los Próceres».
- ¹⁶ *El País*. «Venezuela cerró ayer la campaña electoral más larga, costosa y áspera en el último cuarto de siglo». 1 de diciembre de 1983.
- ¹⁷ *Diario 2001*. «Me juré no hurgar ni pronosticar la muerte de personajes públicos». Mario Villegas
- ¹⁸ Grabación de Mario Silva con el agente de seguridad cubano desvelada por el líder opositor Ismael García.